

SÚMATE AL
CHECK LET
DESTROYER

EMPARÉJAME

UNA HISTORIA DE CASI AMOR



NINA MININA

EmparejaME

Nina Minina

1.ª edición: julio, 2017

© 2017 by Nina Minina

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-044-4

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A las Minis Minis, un futuro
en proyección astronómica*

No reírse de nada es de tontos, reírse de todo es de estúpidos.

GROUCHO MARX

Contenido

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

21
Epílogo

Prólogo

Tener una *app* de contactos puede llegar a ser muy divertido. ¿A quién no le gusta de vez en cuando jugar a ser una celestina del siglo XXI? Es casi como ser Afrodita, pero pasando de túnica ceñida y pelazo hasta la cintura, ni apariciones luminosas ni relámpagos partiendo el firmamento en dos. No, nada de esas cosas fantasiosas. En mi caso, bastaba con solo un clic y los entresijos de la tecnología moderna hacía todo el trabajo sucio. El motor de búsqueda semántico te encontraba en un plis plas un *single* afín a tus preferencias y que encajase contigo como una pieza de puzle. Y ojito, no olvidemos que existen puzles de hasta treinta y tres mil seiscientas piezas, por no hablar de la cantidad de horas de reloj que cuesta hacer un maldito puzle de treinta y tres mil seiscientas piezas. Sin embargo, tal era el nivel de acierto de mi «maquinita del amor», que EmparéjaME se había convertido en poco más de cinco años en la aplicación para ligar preferida en el territorio nacional por decenas de miles de solteros desesperados. Ninguna otra plataforma ofrecía lo que la mía: por el módico precio de nueve con noventa y cinco, te presentaba una docena de candidatos y, si en tres citas a ciegas no conseguía emparejarte, hasta te devolvía el dinero. Ya ves, una ganga. ¿Qué son nueve con noventa y cinco en comparación con hallar el amor de tu vida? Una miseria, ¿verdad?

Ah, por cierto, me llamo Mercedes Esteban, soy la fundadora de la aplicación de móvil EmparéjaMe y, por si te lo estabas preguntando: no, no tengo nada que ver con Belén Esteban, qué más quisiera ella.

—Merche, una tal Silvia quiere verte. —Bárbara irrumpió en mi despacho sin llamar a la puerta, ¿para qué?

—No tengo programada ninguna cita hoy. ¿Quién es? ¿Qué quiere? — pregunté escondiendo mi nuevo ovillo de hilo degradado en el cajón de mi escritorio.

—Ni idea, solo ha dicho que se llama Silvia y quería verte.

—¿Silvia? ¿Silvia, qué más? No recuerdo a ninguna Silvia. ¿De qué empresa viene?

—Merche, ya te he dicho que solo me ha dicho que se llama Silvia y que era urgente verte.

—Vale, bien, dile a Silvia que pase —bufé sin ganas de saber qué le perturbaba a aquella chica sin apellido ni empresa conocida.

Bárbara cerró la puerta y a los pocos segundos volvió a abrirla para anunciar la entrada de la tal Silvia.

—Adelante, Silvia. Siéntate. ¿Te apetece un café, un té...? —La chica se sentó tímidamente y declinó mi invitación con una negación de cabeza—. Cuéntame qué es eso tan urgente que te trae aquí.

—Verá, señora Esteban, sé que esta es su empresa de informática y que mi visita está lejos del interés por cualquiera de sus servicios —dijo ojeando su alrededor con curiosidad.

—Pues tú dirás entonces. —Me acomodé en mi silla.

—Tiene un despacho precioso, no parece una empresa de ordenadores.

—Porque no solo es eso y, además, me gusta estar rodeada de cosas bonitas. —Silvia estaba empezando a impacientarme con tanto misterio—. ¿Te importaría ir al grano? Estoy muy ocupada.

—Estoy desesperada, en su *app* no existe ni un solo hombre al que le guste cocinar, planchar, ir de compras y que sea adicto a la limpieza de sanitarios.

Mis ojos se abrieron más de lo habitual ante aquella mujer de pelo encrespado y ropa de lolita, y que debía de tener más o menos mi edad, aunque la vida no la había tratado tan bien como a mí; más que patas de gallo, las suyas eran de avestruz.

—Silvia, querida, no suelo atender a clientes de la aplicación de contactos nunca, jamás. Con ese fin hay un cuestionario en la página al que atendemos desde el departamento de servicio al cliente. No obstante, haré una excepción contigo, ya que has tenido el detalle de venir a verme —empecé con unas ganas tremendas de reírme en su cara—, y te diré algo para que lo grabes en tu

mente los próximos cuarenta años: lo que buscas, no existe. En toda la base de datos de Emparéjame, Paboo, Adoptauntrio o cualquier otra aplicación, web o sucedáneo, no encontrarás ningún hombre al que le guste cocinar, planchar, ir de compras y limpiar baños a fondo. Deberías ser más realista —le advertí a mi clienta, mientras hacía un esfuerzo titánico por no poner los ojos en blanco.

—Pero, señora Esteban, yo no quiero ser realista. Lo he sido tantas veces, que ahora soy exigente.

Mientras la escuchaba accedí a la base de datos de la aplicación e hice clic sobre el primer maromo que apareció, tras escribir el *hashtag* «cocinar», con una foto de perfil en la que debía de tener como mínimo seis años menos.

—¿Y qué te parece Adolfo? Le gusta cocinar, los gatos y el vino.

—Odio los gatos y el vino me da migraña.

—Pedro es muy guapo —le dije con coquetería dándole a la siguiente sugerencia—, y le gusta la ropa bien planchada, ¿eso te vale?

—Pero... ¿se la plancha él mismo? Yo odio planchar.

—¿Por qué no se lo preguntas tú el viernes por la noche?

—Está bien, pero será mi tercera cita este mes y su *app* promete que si no encuentro el amor, me devolverían el dinero.

—¿Y no te parece que haber venido a conocerme en directo ya amortiza los diez euros que abonaste? —le pregunté con la dosis de paciencia suficiente para no parecer Cruella de Vil.

—No —contestó con sumo descaro.

—Adiós, Silvia, encantada de conocerte —dije incorporándome de la silla con un gesto evidente de que la conversación había tocado su fin.

—Pero señora Esteban...

—Buena suerte. —La acompañé a la puerta y se la cerré en las narices. Bien. Por fin podía empezar a tejer mi nuevo bolso de ganchillo.

Conforme tomé asiento abrí el cajón de mi maravilloso escritorio de color marfil y saqué una cajita de Mifalo, para darme un merecido subidón de endorfinas, el ovillo de hilo y el estuche artesanal de madreperla que atesoraba mi colección de ganchillos. Era un estuche divino, que había adquirido en Westing Home expresamente para guardar la colección que había ido adquiriendo en los últimos meses a través de webs de venta *online* y alguna tienda física especializada, a medida que mi interés por el ganchillo (hoy en día más conocido por *crochet*, para darle el toque de glamur que le falta a esa afición de abuela de toda la vida) iba *in crescendo*.

Cogí un ganchillo del 4 con mango esmaltado y comencé a montar los

puntos como una autómatas, tenía tanta práctica ya que no me hacía falta ni pensar en ello, mientras repasaba mentalmente mi agenda diaria. Me sentía muy orgullosa de mi empresa, Pinkxel Solutions, y no era para menos. Soy informática graduada de profesión y siendo este mundo de bits, *cookies*, DNSs y otras palabrejas técnicas, machista por naturaleza, invertí mis primeros ahorros de cajera en un Mercalonia en montar la primera empresa de soporte informático dirigida y manejada únicamente por mujeres. Nadie de mis círculos apostaba un euro por el cochambroso estudio diáfano que alquilé en la primera planta de un edificio de la calle Maisonnave. Ni siquiera Julio, que por aquel entonces parecía venerar hasta el suelo que pisaban mis pies. Con escasos medios, lo convertí en una coqueta oficina, colgué en la única ventana a la calle un cartel escrito en una sábana a modo de pancarta y a los tres días de abrir, aún con el olor de la pintura apestando las paredes, ya tenía mis dos primeros clientes serios: un bufete de abogados del mismo edificio y una clínica dental de una conocida mía. Las siguientes semanas fueron lloviendo otros tantos clientes; estaba en la mejor zona de la ciudad, había muchos locales comerciales y empresas de servicios que requerían mis asistencias informáticas. Julio, finalmente, tuvo que reconocer que para la poca inversión que había hecho, la cosa era bastante rentable, y yo me sentía como en las nubes siendo la nueva Bill Gates de Alicante capital.

No fue hasta unos tres años más tarde, con una cartera bien surtida de clientes, cuando se nos ocurrió crear la *app* de contactos. Fue algo dicho y hecho. Entre mi equipo y yo, diseñamos un motor de búsqueda semántico de emparejamiento de medias naranjas complementarias para los clientes más exigentes, contraté a una lumbrera recién graduada para que lo programara y cuál fue nuestra sorpresa al ver que funcionaba de perlas. A las pocas horas de ponerla en marcha en Goble Play ya contaba con cuarenta solteros machos inscritos en la base de datos y otras tantas féminas ansiosas de amor, que fueron creciendo exponencialmente durante las siguientes semanas en vista de los éxitos amorosos. No paraban de llegar comentarios de clientes satisfechos y el rumor corrió como la pólvora en las redes sociales. Mirábamos como locas las cifras en aumento y casi no podíamos creer que funcionara tan bien, pero así fue. De hecho, aquel año me otorgaron el Galardón de Oro a la empresa con mejor proyección en la provincia de Alicante. Desde entonces, muchas revistas de corte femenino me han dedicado unas páginas, convirtiéndome en una heroína pública del feminismo y del éxito empresarial. De pronto, mi empresa y más en concreto mi «maquineta del amor», como a mí

me gusta llamar a la aplicación, me habían catapultado como «la reina de corazones de la ciudad» (ese fue uno de los titulares más sugerentes que me hicieron: gracias, *Bella Spagnole*). Increíble, ¿yo? ¿Precisamente, yo? Aquello era demasiado. Demasiado bonito para que me estuviera ocurriendo a mí, que había empezado cambiando tóneres en un bufete de abogados e instalando un antivirus en una clínica dental.

Tras ocho años en el mercado de las soluciones informáticas y tan solo cinco y pico en el mundo del flirteo cibernético, Pinkxel Solutions seguía ubicada en el mismo edificio, pero nos habíamos mudado a la tercera planta. Parte de los beneficios del primer año de EmparéjaME fueron invertidos en comprar el ático diáfano de ciento treinta metros cuadrados, que, además, contaba con el uso privativo de toda la terraza de la cuarta. Los muebles de Pikea fueron donados a la beneficencia y selectas y sofisticadas piezas de diseño llenaron la nueva oficina de glamur; la pintura del antiguo propietario fue enterrada bajo un maravilloso papel pintado, y la aplicación para ligar (barbilla alta y pecho fuera, y ahora sí podría pasar por Afrodita, pero la de *Mazinger Z*) había arrasado entre los solteros españolitos, desbancando a otras aplicaciones de renombre. En un par de meses, la Asociación Española de Mujeres Empresarias de la Comunidad Valenciana me iba a entregar el premio a la Empresaria del Año y saldría de nuevo en prensa. ¿Qué más podía pedir a la vida? Había triunfado en lo profesional. Mucho más de lo que nunca hubiera podido imaginar.

Muchas veces me pregunto por qué mi «maquinita del amor» funciona tan bien, y la única explicación que encuentro es que la gente se niega a vivir sola; no sabe o, sencillamente, no quiere. Parece que la sociedad nos obliga a tener una pareja para no pertenecer a ese grupo de apestados llamados «solteros», aunque ahora, para ser más *cool* y restarle importancia al asunto, se usa más el término «*single*». Sin embargo, aquí donde me veis, reputada casamentera, estaba orgullosa de pertenecer a ese grupo de apestados, o digámoslo más *cool*, era una *single* redomada.

Orgullosa de sacarle la lengua a la sociedad, que es una máquina poniendo etiquetas gilipollas, yo prefería vivir sola, no compartir un lado de la cama y, por supuesto, ni uno solo de mis palitos de Mifalo. Esas galletas alargadas, recubiertas de chocolate, fueron todo mi sustento durante el duelo por Julio. ¡Valiente cabrón! De acuerdo, relax, que nadie se lleve las manos a la cabeza; Julio no está muerto en realidad, solo lo estaba en mi vida: era mi maldito ex.

Cuenta la leyenda que, una tarde de septiembre que bajé a por una

almojábana a la cafetería de abajo, Julio entró en la base de datos de EmparéjaME y encontró una hembra más afin a su persona. Mi propio invento me había jugado una mala pasada, mi propio imperio del amor me había arrebatado el mío. Después de haber aguantado durante cuatro años sus ronquidos, su aerofagia, su mal humor y mal aliento mañanero, se largó con otra de la noche a la mañana. Dejó vacío su lado de la cama, su hueco del cepillo, sus perchas del armario... pero se olvidó un par de zapatillas de estar por casa, oh, qué pena más grande. Dichas zapatillas fueron quemadas en un ritual, casi satánico, en el que juré que jamás volvería a compartir espacio con ningún hombre. El ritual fue llevado a cabo con una botella de cazalla y unas pinzas de barbacoa sobre un plato de Arcotal de los años ochenta, donde mi madre, ejerciendo como tal, había tenido el detalle de traerme unos filetes empanados. Paquita todavía no me ha perdonado que su preciado plato explosionara en mil pedazos, pero lo que ella no sospechaba era que lo que estaba roto en mil pedazos era el corazoncito de su hija.

Tras cinco años de semicastidad y una, casi enfermiza, adicción a los palitos de chocolate y a las manualidades, tenía que admitir que me estaba cansando un poco de esa situación, y también de hacer equilibrios sobre la báscula para autoengañarme sobre los estragos que todos esos Mifalo y actividades sin riesgo acumulados estaban provocando en mi cuerpo. Había llegado el momento de esconder la lengua y sacar pecho a la vida.

Bárbara, mi amiga del alma y la cara amable que te recibe nada más entrar en Pinkxel Solutions, era la única que estaba al corriente. Tantas horas juntas daban mucho de sí. Decía que ponía ojitos cada vez que veía una acaramelada parejita haciéndose arrumacos, y que aunque yo me emperrara en decir que no, era que sí, que sí, que se me notaba, que estaba necesitada de amor y esas cosas, ¿qué sé yo? Sería que el rito diabólico estaba perdiendo eficacia y, tal vez, me hubiera venido de perlas hacerme un recordatorio (como el de la vacuna del tétanos) y volver a infiltrarme en el organismo una buena dosis de animadversión irascible contra el *Homo erectus*.

Mi querida y solidaria Bárbara, mi amiga incombustible desde que entré en aquella sala de cerámica para principiantes hacía ya cuatro años y nueve meses. Yo había ido para ocupar mi mente en otras cosas por prescripción médica, ella por una apuesta con su compañera de trabajo a que sí era capaz de esculpir un *David* de Miguel Ángel de arcilla. Ni ella ni yo conseguimos alcanzar nuestras metas y cuando terminamos ese cursillo intensivo del ayuntamiento me regaló el brazo del supuesto *David* para que colgara mis

collares de pasamanería, nueva afición adquirida por aquel entonces para lobotomizar un poco más mi mente. Mantuvimos el contacto, generalmente por WhatsApp, hasta que un día me llamó desconsolada tras ser despedida por atizar con el pene de arcilla del *David* a una compañera de trabajo. No tuve más remedio que darle un hueco en mi empresa y a la vez en mi corazón, pues su historia de cómo había golpeado con el miembro de barro a su compañera en la nariz fue lo único que me había hecho reír a carcajadas tras mucho tiempo. Así fue como Bárbara pasó a ser mi irremplazable amiga del alma y también una tortura perenne cada día.

No había mañana en la que no me insistiera para que metiera mis criterios de búsqueda en mi «maquinita del amor». Así es como ella encontró a su Héctor, entre un millón de solteros casposos, a los ocho meses de empezar a trabajar para mí. Estaba convencida de que correría su misma suerte, y que pronto encontraría mi media naranja. Yo, por mi parte, era muy escéptica al respecto. Mi media naranja al parecer la debía de estar exprimiendo otra.

En esas, Bárbara entró en mi despacho con sus taconazos y su melena rubia al viento, y soltó unas cuantas carpetas sobre mi mesa, olvidando por completo lo ocurrido minutos antes con la tal Silvia.

—¿Ya estás otra vez con los malditos Mifalo?

—Me calman los nervios, son mi relajante natural —le respondí mordisqueando la punta bañada en chocolate negro.

—Eso ya tiene nombre y se llama «valeriana». —Se sentó en el borde de mi mesa y me acomodó el flequillo detrás de la oreja—. ¿Va todo bien?

—Sí, pero que irrumpa una loca en tu empresa para buscarle pareja te deja el cuerpo como un escombros, el azúcar es fundamental para devolverte a la vida.

—O sea ¿que eso es lo que quería esa mujer? —Cruzó las piernas adoptando una pose interesante—. Puede parecerte de locos que haya osado presentarse aquí, pero vendes esperanza. ¡¿Qué digo?! Eres la máster del universo en cuestiones del amor... —levantó el dedo en el aire y se detuvo un instante para hacer una reflexión interior—... menos para ti misma.

—Ya sabes que juré no volver a compartir mi vida con ningún hombre, tú estabas en el ritual, tú encendiste sus zapatillas tras rociarlas con cazalla —dije metiéndome el palito en la boca.

—Pero de eso hace ya casi cinco años, ¡pasa página ya! —me increpó mientras intentaba birlarme un Mifalo del paquetito, a lo que me negué en rotundo asestándole un manotazo—. ¡Aaaay!, tranquila, pitbull.

—Si no me apoyas, no hay Mifalo —le advertí entornando los ojos.

Bárbara insistía mucho últimamente, incluso había osado en declarar mi vagina como territorio hostil. Me aseguraba que había leído algo al respecto. Por lo visto, las vaginas que pasaban mucho tiempo en barbecho generaban un tipo de baba asesina con tal de no dejar entrar a nadie ahí. En realidad, ella no usó la palabra «vagina», pero intento suavizar su tono, mi amiga era mucho más bruta a la hora de expresar las cosas.

—Venga, Merche, no sigas en ese plan virginal, hay que darle vida al berberecho.

—Yo le doy vida, siempre que me apetece, aún no he generado esa baba que me contaste. Mis bragas no tienen ningún agujero provocado por ácido vaginal asesino.

—¿No? —Alzó las cejas en plan escéptico—. Creía que la semana pasada me habías dicho que compraste ropa interior nueva.

—Sí, pero no por ese motivo —le repliqué con velocidad, levantándome de la mesa para encestar de lejos la caja vacía en una papelería.

Eso no era verdad. Mi berberecho de vez en cuando se daba un garbeo con Manolo, el sustituto perfecto de Julio, mi mejor amigo de juergas nocturnas, y, además, nunca protestaba por nada ni discutía conmigo. Lo cierto es que solo puedo decir maravillas de mi consolador rosa de ochenta euros, sumergible en agua y flexible como un pene de verdad, alta tecnología alemana. Sí, quizá... que solo le faltaba hablar para ser perfecto. Aunque a decir verdad, ¿para qué quería yo que hablase? Eso ya lo hacía yo por los dos. Así pues, digamos que era perfecto: nunca me fallaba, estaba disponible las veinticuatro horas del día y encima no se cansaba nunca (solo si se quedaba sin pilas, pero ya me ocupaba yo de tener el *stock* bien surtido), de hecho lo tenía tan usado que incluso le había sacado punta. Además, había ido alternándolo con algún macho de carne y hueso... De acuerdo, está bien... solo con uno... y hacía ya algún tiempo, pero la experiencia fue tan patética que no había tenido ganas de repetir con ningún otro ser de carne y hueso. Veamos... el macho en tela de juicio fue un pseudoconocido de mi madre: un primo de un sobrino de un tío de su hermano, que era amigo de su vecino que tenía un compañero de trabajo muy guapo y, según mi progenitora, era un hombre de lo más ideal. Y lo fue. Lo fue mientras estuvimos tomando unas copas, pero cuando nos pusimos al tema el muy desgraciado se corrió antes de empezar... ¡Joder! Fue meterla y: «Oh, oh, oh, Dios.» Y encima me dijo: «Dame unos minutos, es la primera vez que me pasa.» Yo, tonta de mí, me lo creí y quise darle la oportunidad al pobre

chico, pero la segunda vez ocurrió exactamente lo mismo. Ya puedes imaginar mi cara, quería hacerme un haraquiri con el cambio de marchas. Total que me fui a casa más caliente que una mona y más frustrada aún. Menos mal que en el cajón me esperaba mi Manolo. Y es que le debo la vida.

Las doce era nuestra hora del almuerzo. Siempre íbamos a la cafetería de la planta baja. No debería volver, puesto que bajar a por esa almojábana mojadita y jugosita provocó que a Julio se le pusieran los ojos del revés con aquella putona de tetas gordas, pero seguía yendo por amor a sus pasteles. No tener que preocuparme por el físico era una de las ventajas del juramento *zapatillero*.

—Haz el favor de no pedir almojábana, es bastante hortera que sigas pidiendo eso habiendo tarta Sacher o Selva negra, que son mucho más cosmopolitas —soltó Bárbara frente al mostrador de dulces.

—Yo pediré lo que me dé la gana, ¿qué tiene de malo una almojábana?

—Es como el helado de *mantecao*. ¿Qué tipo de demente pide eso habiendo de nueces de pecán?

—Pues un demente al que le gusta el *mantecao* —contesté, molesta por su actitud pretenciosa—. Por favor, ponme una almojábana, la que veas más gordita.

Bárbara era la típica petarda que cuestionaba todo, compraba miles de revistas para estar a la moda y cualquier cosa que dijera la página de tendencias de la *Choschopolitan* era sagrada. Yo era más de andar por casa, más tradicional y sosa. Según sus revistas, era una especie de monja actual, que pensaba que el color marrón era un fondo de armario ideal en cualquier época del año.

Tras hacer la comanda, nos sirvieron los cafés, y nosotras mismas los llevamos a nuestra mesa de siempre. El café quemaba más de lo normal y mientras caminaba con los dedos sufriendo una combustión lenta y dolorosa, un camarero tropezó conmigo, provocando que el líquido abrasador se derramase sobre mi mano.

—Lo siento, ¿estás bien? —se disculpó, agarrándome fuerte del brazo.

—No, estoy quemándome la mano, ¿podrías soltarme para poder dejar la taza? —contesté fastidiada por el malestar.

—Perdona, ya te suelto.

—Pero mira por dónde vas. —Bárbara no era lo que se dice delicada. Luego se volvió hacia mí—. ¿Estás bien, Merche?

—Lo siento —dijo un poco apurado el camarero batiéndose en retirada.

—Me quema muchísimo.

Bárbara sacó una crema de Sheborra de su bolso, asegurando que tenía propiedades reparadoras milagrosas. Comenzó a aplicármela mientras canturreaba mantras en una especie de ritual curativo, y la ridícula escena no tardó en captar la atención de unos cuantos clientes, que observaban curiosos mientras comían cruasanes a dos carrillos. La gente es muy morbosa, ¿verdad? Yo no sabía dónde meter la cabeza mientras le suplicaba que acabara rápido con todo aquel numerito que estaba montando, pero mi amiga (que es muy petarda), viendo la expectación que había creado, se vino arriba con sus cánticos en sánscrito inventado, mientras mi mente urdía algunas formas sutiles de asesinarla: una caída accidental desde la ventana, un poco de matarratas en el café, un disparo a bocajarro... No eran muy originales, lo sé, pero dado mi cero potencial como homicida, no estaban nada mal.

El almuerzo terminó con miles de disculpas por parte del personal de la cafetería y con una tarjeta vip que nos proporcionaba un descuento vitalicio del veinte por ciento.

—Tu torpeza nos ha proporcionado un supermegadescuento en almojabanas, estarás contenta... —comentó Bárbara volteando los ojos cuando entrábamos en nuestra oficina.

—Sí, estoy contentísima de tener una bambolla gigante en la mano y de que ese pobre chico se haya llevado una bronca monumental por mi culpa —le repliqué, de nuevo, molesta con su actitud.

—No habrá sido para tanto, luego lo he visto sirviendo mesas como si nada.

—Podrías habérmelo dicho, me hubiera gustado pedirle disculpas.

—¡Bah!, qué más da. De verdad, Merche, deberías preocuparte por otras cosas más importantes. —Bárbara señaló mis partes íntimas con la mirada.

—¿Otra vez? Eres incombustible.

—Como tu mano, mírala, sigue ahí —se mofó de mí, embadurnándose los labios con vaselina de coco.

Mi amiga se estaba poniendo tan pesada que ya me estaba planteando en serio lo de autoinscribirme en la aplicación. ¿Qué podía perder? ¿Casi cinco largos años haciendo honor a mi perseverancia? ¿Mil seiscientos ochenta y siete días siendo fiel al ritual de la zapatilla de estar por casa? Y, además, en todo ese tiempo, no me había sentido mejor, ni nadie me había puesto una medalla en el cuello. Me había autoconvencido de que era lo inteligente, de que estaba haciendo lo correcto, que sin hombres no volvería a sufrir y,

mientras, Julio vivía su vida junto a otra.

Posé los dedos sobre mi móvil, los quité, los puse, los quité... Me di un bofetón. «Intenta calmarte», me dije. Era la primera vez en cincuenta y seis meses que me planteaba encontrar pareja de nuevo, y la idea me emocionaba y me desagradaba hasta el punto de secarme la boca y provocarme palpitaciones.

Después de cinco minutos y tres largos tragos de agua, introduje mi nombre, edad, rasgos físicos, aficiones, preferencias y tendencia sexual. Debía adjuntar una foto, pero las únicas que tenía medio decentes eran las que me hicieron para una entrevista. Salía bastante bien, pero debía escoger una foto menos profesional, algo más natural y que a la vez protegiera mi anonimato; no deseaba que me reconocieran a simple vista por la calle y me gritaran: «¡¡Tú eres la desesperada esa que busca novio en internet!!» No, por favor. Eso sería demasiado.

Tenía un palo *selfie* que me regaló Bárbara en Navidad, porque según ella era fundamental hoy en día tener uno para mantenerse actualizado en las redes sociales. Pero yo me negaba en rotundo a ir por la calle con el palo a modo de bastón por muchas fundas de Love Mosquito que vendieran para hacerlo más *in*. Lo saqué del armario e inserté mi móvil en el artilugio de la punta, y, sentándome como pude en el marco de la ventana, apunté hacia mi cara. Vaya, descubrí entonces lo útil que resultaba para hacer muecas y comprobar si llevaba las cejas despeinadas en caso de no tener un espejo a mano.

Me hice unas veinte fotos, a cada cual peor; ninguna me convencía. En todas me veía un gesto forzado, como si tuviera algún tipo de problema social o estuviera contándole a un periodista en una entrevista cómo superé mis adicciones. Tenía ya el brazo tembloroso de sujetar el dichoso palo, así que finalmente opté por una pasable de entre las veinte instantáneas.

El perfil estaba completo. Solo tenía que hacer clic sobre el icono de «activar» y estaría de nuevo en el mercado. Un pequeño paso para mi dedo, un importante paso para mi persona, dadas las circunstancias. Tras pensarlo un momento, decidí formalizarlo con otro ritual, soy carne de magia negra y hechizos de chamanes, lo reconozco.

Me enderecé en la silla, respiré hondo y, homenajeando a mi heroína, Escarlata O'Hara, me dispuse a pronunciar unas palabras solemnes, con el índice apuntando al icono con forma de corazón que me proporcionaría maravillosas citas.

—A Dios pongo por testigo que, al que se me ponga por delante... me lo

ligo.

Salí de mi despacho con la cara roja como un tomate, y Bárbara tardó poco en darse cuenta de que algo me pasaba.

—¿Qué te pasa? ¿Has vuelto a buscar información sobre berberechos dormidos en internet? —comentó volviendo a sus tareas, tras saludar con el mentón a una programadora que salía de su zulo.

—Te recuerdo que esa faceta te pertenece. En realidad, venía a contarte algo.

—¡Pues desembucha! —Esta vez dejó de teclear y abrió el cajón sacando una bolsa de patatas fritas—. ¿Carbohidratos? —Me ofreció.

—No, gracias. —El crujir de la primera patata en su boca me irritó—. ¿Podrías dejar de hacer eso? Lo que tengo que decirte es importante.

—Vale, tranquila... cuéntame, Barbi te escucha.

—Acabo de decir adiós al pacto de la zapatilla de estar por casa y he decidido inscribirme en Emparéjame —dije a toda velocidad; las palabras salieron disparadas de mi boca hacia ella.

Bárbara se levantó de la silla como si el asiento la quemara y empezó a bailar como una egipcia a la voz de «bien, bien, bien».

—¡Deja de hacer eso! —La situación era ridícula y me hacía sentir idiota—. Tengo que pedirte que me ayudes a seleccionar los mejores candidatos. Estoy muy desentrenada.

—Por supuesto que lo haré, ¿crees que me perdería formar parte de esto? Estoy muy orgullosa de ti y, además, creo que deberías tener tu primera cita hoy mismo —comentó Bárbara entusiasmada, volviendo a su asiento.

—¿Hoy? —dije asustada, reculando hacia la puerta—. Ni de coña, Bárbara, todavía no estoy preparada.

—¿Por qué no? Es viernes y has tenido cinco años para prepararte.

—No sé... —Bárbara no hizo caso de mis titubeos e inseguridades, puso la palma de la mano hacia arriba y me pidió con ese sencillo gesto que le entregara mi móvil, y lo hice.

—Mira este: Carlos, treinta y cinco años, practica yoga, ama la naturaleza, trabaja en un laboratorio de investigación... —ladeó la cabeza sonriendo... y es mono.

—Déjame ver. —Le arrebaté el teléfono y me acerqué a la pantalla para ver la foto del espécimen en cuestión—. Sí, es mono —reconocí repasando curiosa su perfil— y lleva relativamente poco inscrito, solo ha tenido una cita en tres meses. No parece desesperado.

—¿Le doy? —comentó Barbi situando el dedo sobre el icono de «¿Te apetece una cita?»—. No te lo pienses mucho, estas cosas es mejor hacerlas sin meditar demasiado, no tienes nada que perder.

—¿Y no sería mejor antes tener una cibercita de aproximación? —pregunté con los ojos puestos en el icono de «Quiero conocerte» mientras sujetaba el móvil entre las dos.

—Ya te vale, estando los dos aquí en Alicante, lo mejor es una cita de verdad de la buena, y si va todo bien, os podéis dar un buen restregón.

—Vale, sí, dale —dije como una pubescente ilusionada por ir al concierto de Abraham Mateo—, pero vendrás antes a casa a arreglarme y prestarme algo de tu ropa.

—Eso está hecho.

Un, dos, tres, respiré y me calmé. Un, dos, tres, respiré y me calmé... Era la millonésima vez que ponía en práctica las respiraciones que aprendí en el curso de relajación al que me apunté para superar el abandono de Julio. Una época de mi vida que iba a dejar atrás en poco tiempo tras conocer a Carlos: un inteligente científico con un atractivo muy bohemio. Solo de pensarlo ya me temblaban las piernas. Mi primera cita desde hacía cinco años. Volví a mi despacho e impaciente abrí su ficha y comencé a releerla con más detenimiento. Tenía un perfil interesante, parecía un buen chico. Todavía no había respondido a «Mi toque», pero es que, claro, no habían pasado ni cinco minutos. No lo habría visto aún. Eso era una buena señal, sin duda. No debía de estar demasiado desesperado y, además, era indicio de que no era uno de esos enganchados al móvil que andan mirando las notificaciones cada dos por tres. Yo no quería uno de esos que prestan más atención al móvil que a mi persona y tampoco estaba buscando un hombre desesperado, ¿o sí? Llevaba tanto tiempo fuera del mercado que ya no sabía si era un bocadito apetecible. Tal vez sí necesitaba un desesperado. La incertidumbre me iba a matar, así que me puse a respirar con más ahínco.

A las siete sonó el timbre. Era Bárbara, y por el característico ruido de ruedas que la acompañaba, venía acompañada de su *trolley* de estampado felino.

—¡Pasa, estoy en el baño! —le grité a mi amiga, que poco después entró arrastrando su maletín mágico.

—Joder, cómo pesa este cacharro —dijo con la voz entrecortada por el esfuerzo—, pero tiene poderes extraterrenales.

—No creo que yo esté tan mal, ¿no? Un poco de maquillaje superfluo y un

buen vestido es lo único que necesito.

—Te quiero, Merche, lo sabes, pero necesitas algo más que eso.

Que Bárbara me dijera eso, precisamente ese día, no hizo que mi nivel de seguridad aumentase. Yo siempre me había visto bien, no es que fuera la nueva Sofía Vergara, pero debía de tener mi público.

—¿Tan mal me ves? Tengo una piel estupenda. Mírame, parezco un lavabo de Porcelarrotta y mis ojos aún no lucen patas de gallo.

—Eso es porque no te ríes, hace mucho que no sueltas una carcajada. Pero a partir de ahora esa mirada cambiará.

—A peor, porque si mi falta de arrugas se debe a mi estado de amargura, el estado de felicidad me convertirá en una vieja pelleja.

Me miré detenidamente en el espejo y me estiré la cara como Isabel Preysler. No estaba nada mal. Gozaba del cutis de mi madre: una piel suave y tersa inmune a las inclemencias del envejecimiento.

—Las arrugas producidas por un exceso de felicidad son bellas, lo dice la revista *Crazy People* —continuó diciendo Bárbara a la vez que sacaba unos utensilios parecidos a una llana de albañil.

—¡Muy acertado el nombre de la revista! —exclamé con los ojos como platos mientras Bárbara cargaba la herramienta con una especie de masilla cosmética—. ¿Me vas a echar eso en la cara?

—Cara, cuello y escote —dijo mi trabajadora de obras públicas.

—¡Voy a parecer un cenicero de barro! —grité horrorizada.

—¿Parezco yo acaso un cenicero de eso? Además, no nombres esa palabra en mi presencia, sabes que es oírlo e irritarme —dijo mirándome ofendida por haber osado pronunciar la palabra «barro»; desde el incidente del pene golpeador, esa palabra estaba vetada para ella.

—No... pero...

—Déjame hacer mi trabajo, te recuerdo que he hecho miles de cursos de maquillaje, además de pertenecer al ilustre colegio de Personal Shoppers Spain.

Bárbara siempre se apuntaba un tanto en esas ocasiones. Estaba muy orgullosa de pertenecer a esa sociedad de compradores compulsivos que podían llevar prendas ridículas porque se graduaron en un evento de hotel como *personal shopper*. Me obligó a asistir a la ceremonia de investidura como si se fuera a graduar en Medicina. Entre el público, solo estábamos yo y un señor calvo, que fue a acompañar a su nieta.

Tenía que reconocer que el resultado no estaba del todo mal, creía que

nadie me confundiría con una estatua de Miguel Hernández, aunque para mi gusto había enfatizado demasiado los ojos.

—Me gusta, pero podrías suavizar el tono de las sombras, parezco *La novia cadáver* —le pedí con un tono conciliador para no ofender su sensibilidad profesional.

—De eso nada, el *smoked eyes* es tendencia y aún más con el modelito que he traído para ti.

—Miedo me das —le dije, aunque pensé: «¡Qué miedo voy a dar yo!»

No sé cómo me dejé embaucar, supongo que me dio pena visto el tesón que le ponía al asunto. Diez minutos después, estaba vestida frente al espejo, con los ojos abiertos de par en par examinando en el espejo lo que parecía ser una versión madurita de las hijas de Zapatero.

—¿En serio me vas a dejar salir a la calle así? —le pregunté a la licenciada en moda.

—¿Bromeas? Estás espectacular, espectacular —me alabó dándome la vuelta como a una peonza.

—¿Tú crees? —dije escépticamente—. No te ofendas, Bárbara, pero no voy a hacer un botellón en el cementerio.

—No me ofendes, no tienes mi buen gusto —me replicó guardando todas sus herramientas en la maleta.

—¿Podías rebajar un poco el cardado del tupé? Creo que voy a pillar alguna red wifi con él —dije soltando una risita.

—No, no y no, vas a salir tal cual y mañana me darás las gracias por ello. —Se paró frente a mí con gesto serio y los brazos cruzados.

No tuve más remedio que salir vestida de esa guisa, Bárbara había insistido en llevarme en coche al restaurante para asegurarse de que no reculaba y me metía derecha en la ducha tan pronto cerrase la puerta de mi piso.

—Pásalo bien y mándame un *wasap* cuando llegues a casa. —Me soltó como a un toro a la plaza y salió quemando ruedas. Casi pude escuchar sus carcajadas de bruja en la distancia mientras entraba en el restaurante para conocer a Carlos.

Carlos había contestado tres horas después de haberle dado el «Toque»; horas que pasé pegada al móvil, comportándome como una de esas personas que detestaba, esperando la ansiada respuesta de mi elegido. Respuesta que podría haber sido un «Me apetece» o «Quizás otro día», pero para mi suerte había sido la primera. Luego la aplicación te permitía vía libre para chatear

con tu ligue, y allí había compartido un escueto «hola» y la ubicación y hora de nuestra cita. Pensé que Carlos prefería las conversaciones cara a cara, cosa que me gustó, yo también era más del vis a vis.

El restaurante estaba hasta la bandera. Era un lugar muy coqueto y pequeño, bastante solicitado un viernes por la noche en Alicante.

Una camarera me preguntó si tenía reserva y muy orgullosa le respondí que me estaba esperando alguien. Me acompañó hasta la mesa ante decenas de miradas mal disimuladas, era obvio que aquel *look* era demasiado atrevido para la sociedad en la que vivimos. Me consolé pensando que al menos así no me reconocería nadie. Carlos se levantó de la silla para saludarme. No era tan mono como parecía en la foto, pero como no soy una mujer superficial, pensé que eso no era importante después de todo, pues seguro que luego era un encanto.

—Hola, Mercedes, llegas cinco minutos tarde —me reprochó en un tono demasiado serio como para parecer una primera broma.

—Lo siento, el tráfico —me disculpé.

No me dio dos besos ni me tendió la mano, tampoco le quise dar importancia entonces a esos detalles, hay gente que necesita más tiempo para entablar contacto físico.

Llevábamos dos minutos sentados y aún no había soltado ni una palabra, solo investigaba todo lo que tenía delante.

—¿Va todo bien? —pregunté extrañada.

—No estoy seguro, debería comprobar el grado de contaminación bacteriana que tienen estos cubiertos y copas.

—¿Perdón? —No estaba segura de si lo que había oído era correcto.

—Soy bastante meticuloso con la higiene. ¿Sabes cuántas enfermedades pueden transmitirnos unos cubiertos mal lavados?

—No, lo siento, nunca he pensado en ello —respondí cogiendo la servilleta y colocándomela sobre las rodillas.

—Pues deberías, Mercedes. ¿Conoces los riesgos de los besos deliberados?

—Bueno, yo hace casi cinco años que no doy un beso, creo que estoy a salvo. —Me reí nerviosa.

Carlos no me miró, parecía estar más preocupado de las mitocondrias que de mí. Disimulé entonces estudiando la carta con detenimiento, mientras le veía sacar un paquete de toallitas desinfectantes y limpiar con brío todos los utensilios de la mesa. No contento con ello, le preguntó a la camarera si sabía

con qué producto habían lavado la mantelería.

—¿Sabes ya lo que te vas a pedir? Los raviolis de ternera de Kobe tienen muy buena pinta —le dije animada para distraer su compulsión.

—¿Carne de vaca? Yo no como esa carne desde que salió a la luz el virus de las vacas locas. La encefalopatía espongiforme bovina es una pandemia. Es aberrante que los seres humanos sigan comiendo carne endemoniada.

—Entonces tampoco comerás pollo, por lo de la gripe aviar —le dije con sarcasmo.

—Oh, no, eso es diferente, no afecta a seres humanos, solo a las aves.

—Gracias por el dato, pero creo que seguiré comiendo carne bovina. — Intenté zanjar la conversación pues me estaba poniendo más nerviosa aún. Él sí que era un loco endemoniado, y no las pobres vacas.

—Tú misma, serás un bonito cadáver.

Sin duda, la cita con este extraño ser estaba siendo un gran debut en esto del flirteo cibernético. Estaba agotando toda mi paciencia con sus preguntas cansinas al personal del restaurante. Incluso había insistido en que le dejaran pasar a la cocina para comprobar el nivel de limpieza, y le había ofrecido una de sus toallitas desinfectantes a la camarera para que se lavara las manos con ella antes de servirle su comida. Además, se había sonado los mocos unas diez veces y guardado luego los pañuelos en unas bolsas asépticas para analizarlos. Yo cada vez estaba más crispada, pero la ternera estaba deliciosa, así que decidí disfrutarla al margen de Carlos, que seguía actuando como un inspector de Sanidad en prácticas.

Una hora y media después de desprecios y actitudes psicóticas, me levanté para ir al baño: necesitaba hablar con Bárbara y pedirle que me llamase con alguna excusa para salir de allí.

—Rocía el inodoro antes de sentarte y luego tus manos antes de volver — me mandó con ojos de loco. Puto pirado.

—¿Y no te preocupan otras partes de mi cuerpo, como, por ejemplo, los hombros? Podría rociarme los hombros y de paso media espalda —le dije molesta y con suficiente sarcasmo como para que captara mi malestar.

—Ahora que lo dices, rocíate también los codos y los tobillos —añadió como si nada y con su completa y absurda seriedad.

Con un mosqueo brutal, entré en el baño con un espray antibacteriano en la mano, Carlos había insistido en que me lo trajera, a pesar de haberle dicho que no tres veces. Al final, a regañadientes, había accedido, la pequeña discusión había comenzado a encrespase y había comenzado a captar la

atención de los clientes de las otras mesas.

Dejé el espray en la encimera del lavabo y abrí mi bolso para sacar el brillo de labios. ¿Qué leches era eso? Un tubo de Potonesil. ¿Qué hacía ahí? No recordaba haberlo metido. Lo aparté a un lado y con la mano temblorosa por la ira que me estaba consumiendo rebusqué un rato hasta encontrar mi móvil.

Bárbara solo tardó dos tonos en contestar.

—Barbi al aparato. ¿Cómo va la cita?

—¿Me has metido en el bolso un tubo de lubricante vaginal? —pregunté sulfurada por el cúmulo de sensaciones.

—Más vale prevenir que lamentar. Lo he hecho por ti y por tu berberecho en barbecho.

—Pues va a seguir así un tiempo más, este tío es un enfermo mental, un hipocondríaco elevado al cuadrado. Tienes que salvarme.

—¡No será para tanto!

—¿Tú crees? Me ha dicho que, antes siquiera de rozarme la mano, tendría que hacerme un control de superficies, que me veía muchas ojeras y que debería acudir al médico para descartar problemas hepáticos posiblemente causados por una ingesta masiva de alcohol —le relaté acaloradamente—. Me ha llamado alcohólica y toxicómana en todo el careto. Este maquillaje gótico que llevo ha debido de encender todas sus alarmas.

—Oye, no le echas la culpa a mi trabajo como maquilladora, ese tío es un chalado a secas —comentó ofendida.

—Desde luego que podrías ganarte la vida como maquilladora de muertos, la idea es dejarlos como si estuvieran vivos.

La idea me resultó tan graciosa que esboqué una sonrisa verdadera por primera vez desde que había puesto los pies en el restaurante.

—Si quieres que te ayude, vas por mal camino —me amenazó.

—Vaaaleee, perdona. Necesito muy mucho que me ayudes a salir de aquí.

—Está bien, te llamo en cinco minutos simulando una emergencia.

—¿Qué tipo de emergencia? —Bárbara era impredecible y eso me asustaba.

—Confía en mí.

Salí del baño poco convencida, aunque aliviada, porque sabía que pronto perdería de vista a Carlos y a su singular micromundo apocalíptico.

—¿Has lavado el espray después de usarlo?

—Sí, por supuesto —mentí; lo había restregado por la taza del váter y

luego le había escupido unas cuantas veces.

—Genial, creo que podríamos llevarnos bien —murmuró guardándolo en una de sus bolsas asépticas.

—Si tú lo dices. —Ahogué el último trago de vino.

Como habíamos acordado, a los cinco minutos mi móvil sonó. Di un respingo en la silla y lo cogí emocionada por dentro.

—¿Diga?... ¿Cómo?... Sí, sí, ooooh, eso es terrible... voy enseguida, gracias por avisar, Eloísa, en breve estoy allí. —Colgué con mi mejor cara de susto—. Carlos, lo estoy pasando muy bien, pero mi vecina me ha llamado con una urgencia, por lo visto, mi gato se ha escapado. Lo ha visto saltar por la ventana del patio de luces y, como es ciego de un ojo, temo que no sepa volver a casa.

—Vaya, qué inoportuno tu felino. —Se mostró poco afectado.

—Sí, es la primera vez que lo hace. Vigilo mucho cerrar puertas y ventanas, pero casualmente hoy me he despistado.

—Puedo acompañarte a casa, pero me temo que no a buscar a tu gato: puede transmitir toxoplasmosis.

—Tranquilo, me hago cargo, no puedo exponerte a semejante peligro, ya voy yo sola si eso... —Intenté zafarme con elegancia de su ofrecimiento.

—Insisto. ¿Qué pensarás de mí si no lo hago?

Vaya, ahora se preocupaba por lo que pudiera pensar de él. Finalmente accedí, después de todo, diez minutos más de tortura no supondrían nada.

Antes de salir del restaurante, roció con su espray la mesa después de tomar la pertinente muestra de superficies con una placa de Petri que llevaba en una nevera portátil de esas que parecen una mochila, y que yo no había visto hasta ese momento. Dijo que era para analizarla más tarde, como *hobby*, maldito lunático. A esas alturas ya nada me sorprendía, así pues ni me inmuté cuando Carlos le entregó la tarjeta de crédito a la camarera con unos guantes de cirugía totalmente estériles. La chica me miró y me hizo una pregunta silenciosa con un único movimiento de cejas, a la que yo respondí que no, con otro movimiento ocular.

Por fin estaba en el portal de mi casa, a dos pasos de librarme de ese científico loco de pacotilla que se había puesto un traje como de aluminio por si aparecía mi supuesto gato con sus tóxicas uñas.

—Gracias por acompañarme, como he dicho antes, lo he pasado muy bien —comenté metiendo la llave en la cerradura.

—Espera, Mercedes, una cita no es completa sin un beso.

—¿Un beso? ¿No te preocupa que te pegue alguna enfermedad rara? —Sus intenciones de besarme me sorprendieron, si bien, no gratamente.

—No, tengo un sistema, ahora verás.

Por las pintas que llevaba imaginé que iría a hacerse algún tipo de profilaxis bucal o a embadurnarse la boca con cera de velón pascual para aislarse la cavidad de cualquier patógeno externo. Ese maletín a lo médico de SAMU podía contener cualquier cosa.

Carlos sacó de una especie de bolsa de aluminio lo que a simple vista parecía un pañuelo de papel. Lo dobló aún más de lo que ya estaba y lo colocó con máximo cuidado sobre sus labios, después cerró los ojos y se puso en posición para ser besado.

Me estremecí ante la idea de besar a ese personaje, y lo que tuve ganas entonces fue de derribarlo de un puñetazo.

—¿Pretendes que le dé un beso a un clínex?

Abrió los ojos y me miró con ardor.

—Es una medida de seguridad, el beso, sensorialmente, lo recibiré yo — afirmó, abanicando sus dedos en dirección a su boca.

Casi se lo di (el puñetazo), pero me contuve. No por falta de ganas, que las tenía, pero aún conservaba el juicio intacto.

—Adiós, Carlos, un placer haberte conocido —me despedí cerrándole la puerta en las narices, y se me quedó mirando alucinado a través del cristal sin entender mi reacción. Loocoooo.

Mientras subía en el ascensor, me miré con tristeza en el espejo. Estaba verdaderamente ridícula, parecía una estrambótica de medio pelo. Bárbara se había excedido en aplicar todo tipo de técnicas cosméticas y había sido, según ella, su obra maestra. Y lo de Carlos no tenía nombre. Era más que un hecho consumado que la gente mentía deliberadamente en sus perfiles. ¿Cómo había podido el perfecto motor de compatibilidades fallar conmigo? Mañana, sin falta, ejecutaríamos una revisión exhaustiva del programa y, por descontado, añadiría una nota de «loco» en el perfil de Carlos. No podía mandar a ninguna otra chica a cenar con ese demente: podrían denunciarnos y la reputación de EmparéjaME podría caer en picado. Supondría el fin de mi negocio del amor. Y eso que miles de bodas avalaban su éxito. No, de ninguna manera. No quería verme envuelta en ningún suicidio.

Una vez en mi casa, retiré con una toalla toda la capa de maquillaje, y de nuevo fui yo misma. Nunca más volvería a pedirle a Barbi que me prestase sus servicios, pasaba de ir con pinta de travesti por la calle. Mi próxima cita tenía

que estar más meditada, todo había sido demasiado rápido. Mi amiga había elegido al primero de la larga lista y yo me había dejado llevar por la emoción del momento. Lo que no lograba entender era cómo aún me quedaban ganas de salir con otro tío después de Carlos. ¿Aquello era un presagio de lo que me iba a encontrar?, ¿o solo una desafortunada casualidad? Ni siquiera se había preocupado de preguntarme a qué me dedicaba, aunque de haberle dicho que era informática hubiera insistido en analizarme las huellas dactilares. Lo que sí quedaba claro es que yo debía de ser una especie de adicta al sado y me gustaba sufrir torturas mentales.

No conseguí eliminar del todo el color ahumado de mis ojos, ahora sí que parecía una actriz del pasaje del terror más cutre de la Tierra. Además, el producto reparador con el que me había embadurnado, me había producido una urticaria con bastante mala pinta... Pensé en que quizá debería llamar a Carlos para que analizara mi epidermis; seguro que estaría encantado de darme unas lecciones sobre amigas cancerígenas, que en vez de ayudar, te contagian enfermedades. Lo mejor sería que me acostase, que visualizara en mi mente una vida mejor y la madre Tierra me devolvería en forma de macho todos los esfuerzos y sacrificios de estos cinco años de celibato.

Era sábado y, muy a mi pesar, tenía que ir a la oficina. Antes no abríamos en fin de semana, pero la cantidad de trabajo que acumulábamos hizo que me planteara la posibilidad. Vale que era la jefa, pero me parecía de mal gusto no venir cuando mis empleados sí debían hacerlo. Los sábados sumaban un plus a la escala de beneficios de Pinkxel Solutions y, pese a que Bárbara y Susana defendieron como sindicalistas francesas su derecho a librar, un aumento de sueldo del veinte por ciento cortó por lo sano sus aires reivindicativos.

Comprobé el estado de mis sábanas. Descubrí entonces que la funda de la almohada tenía un manchurrón negro que se extendía a lo largo de la misma, lo que me trajo a la mente a Carlos y sus brotes psicóticos, y que, además, tenía que limpiar a conciencia de nuevo mis ojos.

Encendí la televisión para que me acompañase mientras desayunaba y una noticia captó mi atención. Por lo visto, el responsable de mantenimiento de una piscina había mezclado unos productos químicos y había intoxicado a media comunidad de vecinos con una especie de nebulosa tóxica. La zona de la piscina se había convertido en un concierto de Bisbal con quinientas máquinas de humo, pero de vapores corrosivos, que se habían llevado por delante unas cuantas almas. Detrás, se observaba un gran despliegue de ambulancias, y el chico que estaba siendo entrevistado por la cadena terminó la explicación con un «la he liado parda». Vista mi suerte, no descartaba la posibilidad de que Barbi me concertase una cita con un desgraciado así, aunque superar al chiflado de Carlos iba a ser una tarea ardua y difícil.

Salí a la calle y respiré hondo, mis pulmones absorbieron el poco aire respirable de la ciudad, que a las diez de la mañana ya era un hervidero de coches y gente, mientras recorría el corto trayecto a pie que separaba mi piso de Pinkxel Solutions. Subí a la oficina con un café de Starfucks en la mano. No es que fuera el café más bueno del mundo, pero sí uno de los más caros. No obstante, como diría Bárbara, resultaba un complemento muy chic.

—Buenos días, ligona, ¿encontraste a tu gato? —bromeó mi amiga girando con gracia su silla y entregándome una caja y una tarjeta.

Encima guasa.

—¡No me hables! ¿Se puede saber cómo el programa me unió en flechazo con ese personaje? —pregunté irritada dejando mis cosas en la silla de visitas de su mesa—. ¿Qué es esto? —volví a preguntar cuando me fijé de nuevo en la caja.

—En realidad, no basé tu cita en las compatibilidades, solo busqué en la

base de datos de hombres de Alicante capital, y salió Carlos por casualidad. Me dejé guiar por las técnicas ancestrales del destino —explicó dibujando círculos en el aire con su perverso índice.

Solté un bufido.

—Pues el destino me tiene enfilada, no vuelvas a hacer semejante aberración. Yo misma me rompí la cabeza con los algoritmos de emparejamiento para que los flechazos tuvieran un mínimo del setenta y cinco por ciento de compatibilidad —le repliqué enfadada acercándome a su mesa—. Además, ¿qué es esto? —volví a preguntar con los ojos fijos en esa dichosa caja con tarjeta.

—¡A mí me funcionó con Héctor! —comentó alegremente—. ¿Esto? Una caja con papel de estraza, lo ha traído Upss a primera hora.

—Pero yo no soy tú y tú no eres yo. ¿Acaso crees que la vida me va a sorprender a estas alturas? Necesito ese programa como el comer, nunca me he visto en una situación ni parecida a la de ayer. —Me senté en la otra silla de visitas y abrí la tarjeta que acompañaba la caja.

—Sigo pensando que exageras y que todos estos años encerrada en tu mundo de *single* haciendo calceta te han vuelto demasiado exigente.

—No digas gilipollices, no estoy para aguantar tus comparaciones. Lo que viví ayer es totalmente real, no inventaría nada así y tampoco te pediría que avisaras al equipo y les pidas que le pongan una etiqueta de «loco» en su perfil si no estuviéramos de verdad ante una mente perturbada. —Quería zanjar aquella conversación que solo hacía que irritarme más, a veces la condescendencia de Bárbara me sacaba de mis casillas.

Leí en silencio la tarjeta y me puse a abrir la caja con intriga.

—¿Y para qué quieres que haga eso?

—Para que ninguna mujer caiga en la trampa y no hacerle esa putada. No quiero mandar a ninguna pobre chica a vivir una experiencia religiosa con semejante imbécil. ¿Una plancha?

—No me parece ético... ¿Cómo?

—La chalada de Silvia me ha mandado esto. —Saqué la plancha básica de Obesa y la levanté en alto—. Con una nota que dice: «Ya no la necesito.» —Dejé la plancha en la mesa y me levanté cortando la posible réplica de Bárbara ante lo que acababa de pedirle—. ¡Hazlo! Guarda esa plancha para Jerónimo y, por cierto, me debes una funda de almohada Luz de Otoño, página diez, código cinco-seis-seis-siete. —Le tiré el catálogo de La Repoute sobre la mesa y entré en mi despacho sin darle opción a decir nada más.

Mi amiga no dejaba de sorprenderme cada día que pasaba. Estaba claro que lo mejor era que yo misma eligiera al próximo candidato, pese a que la primera vez no había salido bien del todo, o mejor dicho de nada, no me iba a rendir ante las adversidades. «Tres citas para el amor», rezaba el eslogan de mi aplicación. El espíritu de Escarlata O'Hara me había poseído y, siendo fiel a mi último ritual, debía seguir mi cometido.

Revisé mi agenda de citas: hasta la una no tenía que salir a una reunión, así que tenía tiempo de echar un ojo al próximo candidato. Pero estaba tan desmoralizada que solo veía ojos perturbadores. Carlos había marcado un antes y un después y no me fiaba de nada ni de nadie. Afortunadamente, había encontrado otra aplicación que analizaba fotografías y te describía al individuo en base a sus rasgos físicos. Era muy probable que lo hubiera creado un adolescente desde su casa, pero podía ser una guía práctica en un caso desesperado como era el mío.

Subí el primer archivo fotográfico, hecho con una captura de pantalla, ya que por seguridad nadie podía descargarse las fotos de los usuarios (aunque yo misma había encontrado la alternativa a mi restricción en la *app*, por algo era una informática de éxito). La foto pertenecía a un tal David Hidalgo, natural de la provincia de Alicante, de Almoradí más concretamente. Un reloj parpadeante me avisó de que estaba siendo examinado el susodicho y al poco apareció el análisis.

«Persona de carácter agrio y de fácil combustión. La comisura de los labios precede una habilidad innata para la falsedad de documentos públicos, tramas corruptas y tendencia al consumo de estupefacientes. Putero por naturaleza. La escasa profundidad de sus ojos indica su falta de empatía hacia futuras relaciones y el ser humano en general.»

—¡Joder, qué joya! —dije en voz alta.

Esta aplicación no estaba nada mal, yo no veía nada de eso en su fotografía; a decir verdad, sus ojos me producían incluso ternura. Era posible que me equivocase con los creadores de esta aplicación y detrás hubiera un comité de expertos en fisionomía.

David ya había sido descartado de mis posibles y procedí a analizar a Berto Giménez.

«Capacidad de liderazgo, candidato perfecto para la presidencia de comunidades y asociaciones recreativas. Las fosas nasales indican un gran gusto por la pintura y la literatura poética del siglo XV. Las pestañas perfectamente alineadas indican habilidades ocultas para tocar con

precisión el oboe y la flauta travesera. Sin duda, una persona con altas aptitudes socio-culturales. El leve emponzoñamiento de sus lentes denota sensibilidad extrema por la vida.»

¿Emponzoñamiento? ¿Qué leches significaba eso? Seguramente no entendía el lenguaje de estos fantásticos fisonomistas, habría que hacerles caso.

A Berto también lo eliminé de mi lista sin ningún titubeo, ya que no me interesaba en absoluto la literatura poética del siglo XV y no deseaba conciertos en privado de ningún trompetista venido a menos.

Le llegó el turno a Ricardo, natural de Palencia, pero residente en Alicante desde hacía quince años. Se dedicaba a la venta de vinos y tenía una cara bastante agradable. Esperaba que la descripción me encajase mejor esta vez.

«Bellísima persona de rasgos nobles. La barbilla respingona le hace merecedor de una personalidad adaptable a cualquier ambiente. Amable, comprensivo, de férreas convicciones y viajero por naturaleza. El hombre ideal, en pocas palabras.»

—Sí, sí, sí, este sí. ¡Gracias, CaralízaME!, me has salvado de otra mala experiencia —chillé saltando alegremente en la silla como una adolescente repija del Cisney Channel.

Me sentía triunfal y mandé a Bárbara un *wasap* con un pantallazo del perfil de Ricardo. Tardó dos minutos en entrar en mi despacho con el móvil en la mano.

—Vaya, veo que aún te quedan ganas... —Levantó una ceja maliciosa.

Que no la hubiera dejado escoger esta vez a las claras le molestaba, pero en aquel momento, confiaba más en CaralízaME que en ella.

—Sabes que sí, nunca he dejado a medias ningún objetivo que me proponga. Le he mandado la propuesta de cita y el flechazo ha sido mutuo, ya hemos quedado y todo —comenté golpeando un lápiz repetidamente sobre la mesa.

—¿Quieres que te ayude a arreglarte? —Se ofreció con la boca pequeña.

—No, gracias, creo que seré yo misma esta vez.

—Como quieras. —Barbi se encogió de hombros—. Tu nueva funda de almohada llegará la próxima semana.

—Bien —le dije sin más.

—De nada —me contestó ella con mala baba.

Me sentí mal.

—Espera, tengo algo para ti. —Se volvió expectante, abrí el tercer cajón y

le lancé una funda de móvil hecha de ganchillo fucsia.

—¿Otra funda de estas? —dijo girándola con las manos.

—Esta tiene un bolsillo para tarjetas —le anuncié orgullosa del nuevo compartimento adherido a mi trabajo de *crochet*.

—Te vas a quedar artrítica, ¿lo sabes?

—Desagradecida.

Bárbara salió con la funda en las manos y cara de estupor moviendo la cabeza de un lado a otro.

Bajé sola a almorzar; Bárbara había quedado con Héctor para comprar no sé qué utensilio de cocina en La Osa. A veces echaba de menos hacer esas cosas en pareja pero, cuando Bárbara venía enfadada con su *costillo* por no coincidir en qué cortinas poner, se me pasaba. Cuando entré en la cafetería intenté adivinar cuál de los seis camareros era el del accidente. Mi mano estaba bastante mejor (vaya, pues iba a ser cierto lo de esa crema maravillosa). No conseguí averiguarlo, así que pedí una almojábana bien mojadita y un café con hielo. Esta vez no pensaba quemarme. Aproveché mi soledad para actualizar Twitto, Instaglam, Pixflort, Facepook y otras *mierders* sociales.

—Disculpa, ¿cómo tienes la mano?

Una voz me distrajo y levanté la vista de mi móvil.

—Hola, bien, ha sobrevivido gracias a la cosmética moderna. Siento mucho si tu jefe te echó una bronca, no fue para tanto, son cosas que pasan —le dije esbozando una sonrisa.

—Perdona, pero yo soy el jefe. Israel ya no trabaja aquí —me replicó el chico con la cabeza baja.

—Oh, pues lo siento. Si lo has echado por mi culpa, no tenías por qué, solo fue un accidente y la culpable fui yo —dije bastante preocupada.

—No, tranquila, era su último día aquí, encontró otro trabajo. —El chico intentó aclarar el asunto.

—Pues en ese caso... gracias por preguntar y por el descuento vitalicio. —Lo miré con una sonrisa complaciente esperando que se marchase y terminar esta forzada conversación.

El jefecillo levantó la barbilla en señal de aprobación y se marchó a sus quehaceres; había captado el mensaje. Pocos segundos después, recibí un par de *wasaps* de Barbi: una foto de una especie de abortador metálico y un *emoji* besucón.

Unas horas más tarde, estaba frente al espejo de la entrada de mi casa,

vestida para ligar. Presentía que iba a ser una gran cita. La definitiva. Ricardo era mi macho ibérico. Confiaba plenamente en el análisis de CaralízaME, y pensaba en lo ingenioso que era el nombre de la aplicación. EmparéjaME también lo era; a decir verdad, eran casi iguales. En mi caso el «ME» no era más que las iniciales de mi nombre y primer apellido, pero encajaban a la perfección con la raíz de la palabra. Mi padre, que también es un reputado empresario de la ciudad, me contó que cuando tenía diez años era su pequeña luciérnaga, siempre con la bombilla encendida. El nombre de su empresa también era de mi factoría: «Chasis en la Mar», un juego de palabras bastante chistoso. «Chasis» por los coches y «en la Mar» porque estaba en Alicante. Empezó como una modesta empresa de coches de importación de segunda mano y hoy en día era todo un referente del sector en la provincia. Mariano Esteban, mi padre, es todo un personaje a la americana.

La luciérnaga que habita en mí dudó por unos instantes de si el modelito escogido era el indicado (unos vaqueros y un básico negro con un collar de cuentas), pero no tenía tiempo para hacer ningún cambio de última hora; además, el *look* desenfadado te quita unos tres años de encima y yo ya había entrado en declive sexual. Treinta y cinco años me avalaban la osamenta.

Decidí pedir un taxi; pasaba de conducir un sábado por la noche y, peor aún, no encontrar aparcamiento. Cabía también la posibilidad de que Ricardo y yo encajáramos en la ruleta del amor y fuera él mismo quien me llevase a casa.

Llegué a mi destino y, con la nariz pegada a la ventanilla, vi lo que allí me esperaba. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal y unas palpitations de angustia aceleraron mi corazón. Dudé entonces si mi cita me había dado bien las señas por el chat. Estábamos en un secarral a pie de la carretera, donde se vislumbraba un cartelucho destartado que rezaba «Venta el Olivo» con una bombilla cimbreada bailándole encima. Aquella era la única luz en veinte metros a la redonda.

—Perdone, ¿pero está seguro de que esta es la dirección que le he dado?
—le pregunté al taxista antes de bajar.

—Totalmente seguro, señorita, traigo a compañeras tuyas bastante a menudo aquí.

—¿Compañeras mías? —No imaginaba a Bárbara cenando con Héctor en un lugar como ese ni de lejos; ella ni siquiera conocía esa parte de la ciudad —. No lo creo, señor, estoy completamente segura de que ninguna compañera mía vendría aquí jamás —continué diciendo con los ojos en blanco.

—Bueno, señorita, tengo otro viaje, si va pagándome ya...

El taxista grosero recogió rápidamente los doce con setenta euros de la carrera y se largó a toda mecha provocando una polvareda que me tragué de lleno. Justo cuando se incorporaba de nuevo a la carretera, caí en la cuenta de que el muy desgraciado me había llamado «puta»; me alegré de no haberle dado propina, y lamenté no haberle dicho que diera la vuelta antes de bajarme. ¿Qué hacía yo cenando un sábado por la noche en un lugar como ese? No es que me considerara una sibarita, pero aquello era un escenario a lo Norman Bates. Y por mucho que los señores de CaralízaME me hubieran descrito a Ricardo como un ser encantador estaba empezando a tener mis reservas sin ni siquiera haberlo conocido aún.

A trompicones con mis tacones, anduve por el descampado, desierto salvo por un Renault 12 de color blanco, bastante deteriorado y con los típicos dados de gomaespuma colgando del retrovisor, hasta la puerta de la venta. Una máquina de bolas infantiles y una puerta de cristal pegajosa, que no habían limpiado en años, fueron mi recibimiento. Sentí ganas de salir corriendo, pero ¿hacia dónde? Quizá Ricardo tuviera pensado llevarme a otro lugar y solo estábamos allí de paso. Me hice de la capa un sayo y decidí entrar en aquel escenario de película de Torrente y, al fondo del supuesto comedor de camioneros y comerciales de carretera, vi a Ricardo sentado a la mesa más arrinconada. Intuí que era él, porque era el único ser viviente en aquel tugurio, salvo por la señora tras la barra, un ser con un parecido más que acojonante a la bruja Lola. Sobre su mesa había un florero de comercio chino acicalado con una rosa color azul, probablemente de plástico, que pegaba de miedo (nunca mejor dicho) con el ambiente general, que era de lo más cutre.

—Hola, ¿Ricardo? —pregunté deseando que su respuesta fuera un «no».

—El mismo, muchacha, pero llámame Ricardito, así me conoce *to* el mundo, siéntate no te quedes ahí plantada —dijo con la voz cascada, seguramente por exceso de carajillo.

Yo había visto la foto de Ricardo, y sí, aquel espécimen era el de la foto por una peca que ambas caras tenían en el carrillo izquierdo; pero la foto era de hacía ya unos cuantos años y, a decir verdad, el tiempo no le había sentado muy bien al pobre. En la actualidad debía de rondar los cincuenta y tantos, la melena a lo Bon Jovi de antaño había sido reemplazada por una calva que cubría a duras penas con una cortinilla de cuatro pelos *mataos*, y dejaba a la vista unas orejas de tamaño *Dumbo*. Su vestimenta a lo granjero-busca-esposa, que haría temblar las piernas a mi amiga la estilista, tampoco ayudaba mucho a

completar su *look* de *farmer lover*.

—Qué guapa eres, carajo, la foto no *t'hace* justicia, ¿vino?

—Sí, por favor —dije a modo de plegaria.

Mientras me servía vino, marca El Casón Histórico, pensé en lo descuidada que teníamos la aplicación y en la idea de pedir un test psicotécnico antes de formar parte de la población sexual activa. Esto era estafa pública. Sin falta, debíamos mantener el lunes una reunión urgente mis empleadas y yo.

—Este vino de mesa es el mejor del *mercao*, yo fui comercial de esta marca, lo bebo desde que tengo uso de razón. —Hizo una floritura con el *brik* para cortar el líquido que ya había entrado en mi copa—. Entonces, bella dama, dime... ¿*Tas* dispuesta a encontrar el amor? Te diré que soy buen mozo, tengo muchas tierras allá en Palencia y una casa grande *pa* que vivas como una reina. Soy tasador de joyas preciosas y vivo a caballo entre Madrid y Alicante. Esta semana estaba en Alicante por un negocio y me ha *veníó* de lujo que contactaras conmigo, moza. —Alzó la copa hacia mí.

—Bueno, primero vamos a conocernos, Ricardito, no sé hasta qué punto estoy dispuesta a encontrar el amor... me han hecho mucho daño —le dije, no sabía ni lo que decía, distraída como estaba urdiendo un plan para largarme de allí cuanto antes.

—Eso te lo quito yo, moza, soy un regalo del cielo, no podrás dejarme escapar. —Su aliento podría decolorarme el pelo de un bufido—. Piliiii, sírvenos los manjares.

Una mujer entrada en carnes y con el delantal más sucio que había visto en la vida, nos plantó delante dos platos de callos con garbanzos y una ensalada especial; lo deduje por los espárragos y el atún de lata grande.

—No *me* comes *na*, prueba los callos, mujer, la Pili los limpia *mu bien*, no *tien pelos* —rebuznó aquel ser.

—Es que no me encuentro bien, Ricardito, algo me ha sentado mal, así de repente.

—¿Quieres sal de frutas? La Pili te trae un vaso.

—No, gracias... creo que debería pedir un taxi y volver a casa... —No podía seguir allí ni un minuto más.

—¿*Ande va ir*, muchacha? No *quedrás* entrar en mi lista negra en la primera cita.

¿Lista negra? ¿De qué estaba hablando? Todo esto debía de ser una broma de cámara oculta. Era tanto el agobio que sentía que, en ese momento, Carlos

me parecía el hombre ideal. Hubiera preferido mil veces que estuviera aquí analizando el delantal de la Pili o llamando directamente a Sanidad tras cruzar la puerta.

—¿De qué lista negra me hablas? —La curiosidad pudo conmigo.

Ricardo sacó del bolsillo de su camisa de nailon una hoja doblada con los bordes amarillentos y la abrió con sumo cuidado.

—Mira, aquí tengo *apuntaos* los nombres de *to los desgraciaos* que me la tienen jurada, incluida la Soledad, una *fulandongo* de mi pueblo, que me dejó *plantao* en el altar por irse con el Celesio. He jurado vengarme de *tos ellos*, no me temblaría el pulso ni un milímetro para *tirar de chirla*.

Temía que mi vejiga me jugase una mala pasada, me temblaban las canillas y estaba al borde de mearme encima.

—Ricardito, de verdad... me encantas, no dudaría ni un segundo volver a quedar contigo, pero es verdad, no me encuentro bien. —Simulé una arcada, esto se estaba saliendo de madre y tenía un huevo en la garganta que no me dejaba respirar.

—Está bien, está bien, te creo, Merceditas.

Sus últimas palabras me dieron la libertad a medias. Ricardito acarició mi cabeza como a una cabra de su pueblo. De reojo, pude ver la mugre de sus uñas cerniéndose sobre mí. Vista de cerca inspiraba un asco terrible. Cerré los ojos para no verla, aun así podía olerla con perfecta nitidez. Era un batiburrillo ambiguo entre puro y butifarras que revolvería el estómago del forense más *plantao*.

—Pediré un taxi...

—*D'eso na*, yo te llevo a casa, le pago a la Pili y nos vamos.

La señal de alarma de mi cerebro volvió a dispararse. ¡¿Que me llevaba a mi casa?! ¡No, no, nooo, aquel ser no podía saber dónde vivía! Podría venir un día y *tirar de chirla*. Tenía que quitarle de la cabeza esa idea, aunque no deseaba que me incluyera en su lista negra. ¿Qué hacía? Malditos de CaramelízaME, me iban a oír el lunes: les iba a enviar un *e-mail* que se iba a cagar la perra.

Quise mantener la calma y salir airosa de aquella situación alardeando de mi buena educación. Respiré profundamente.

—No, tranquilo, de verdad, termínate los callos.

Muy a mi pesar le acaricé la mano para disuadirlo. En ese momento, me hubiera venido de perlas el puto espray desinfectante de Carlos; le hubiera rociado espray a Ricardo hasta convertirlo en una estrella fugaz.

—Uy, Merceditas, yo creo que lo que tú tienes es un calentón de bajos que no te tienes en la silla...

Ricardito osó acercarse para darme un beso y su aliento cálido, y nada agradable, me inundó las fosas nasales.

—No te asustes si se me cae un diente.

Quise apartarme, pero no me dio tiempo. La falsa arcada de antes se convirtió en una muy verdadera y le vomité la pechera. No fue algo muy educado, lo reconozco, pero la situación me superaba.

—Lo siento, lo siento de verdad, no era mi intención.

Las lágrimas salían a borbotones de mis ojos, intuía que iba a morir esa noche a manos de Ricardo y la mugre de sus uñas, sin poder despedirme de mi familia y amigos, ni tan siquiera de mi querido Manolo.

—Tranquila, no pasa *na*, esto lo lava la Inodora mañana —dijo restregándose la camisa con la servilleta.

—Dirás la lavadora, los váteres no lavan la ropa, Ricardito. —No sé ni cómo saqué valor para rectificarle, ni a qué mala hora.

—¿*Tas* llamando retrete a mi santa madre? —Los ojos de Ricardito, antes tiernos, estaban inyectados ahora en sangre y me miraba apretando con fuerza la servilleta.

—No, ¿tu madre? ¿Inodora?, yo no pensaba... perdona, Ricardo, bonito nombre, por cierto, bueno... un placer, me voy ya... te llamaré... —Fui soltando gilipolleces mientras me levantaba a cámara lenta preparándome para salir por piernas.

Corrí hacia la salida sin mirar atrás, y en mi huida me llevé por delante dos mesas y ocho sillas. Cuando por fin respiré el aire de la noche, corrí como Forrest Gump sin rumbo fijo. Uno de mis tacones se quebró a treinta metros de la venta y me estrellé contra el suelo de tierra y grava. Me hice daño, pero en el fondo me sentía muy aliviada por haber escapado. Al alzar la vista, pude ver que la Pili y Ricardito me miraban desde la puerta en plan «niños del maíz» sonriendo con crueldad. Escuché que aquel desgraciado me decía:

—¿*Ande* vas, Merceditas?

Su voz sonó aterradora. Me levanté a duras penas sintiendo la sangre latir en mi cabeza, seguí corriendo cojeando más que El Langui bailando rap y me escondí detrás de un seto medio seco y adornado por papel higiénico en estado de descomposición. Con el pulso disparado, llamé a un taxi y la señorita me indicó que tardaría unos veinte minutos. Empecé a llorar desconsoladamente, temía que Ricardito y la Pili vinieran a por mí y me incluyera en el menú del

día siguiente y, para colmo de males, estaba empezando a llover.

El taxi llegó tres rosarios después (no soy muy creyente, pero en aquel momento necesitaba creer en algo superior, así que me lo fui inventando sobre la marcha). Aparecí de detrás de un matojo como Rambo después de lidiar contra los *Charlies*; yo tampoco me sentía las piernas de entumecidas que las tenía.

El taxista resultó ser el mismo de antes. Al verme, se echó las manos a la cabeza, se apeó del vehículo y me abrió la puerta amablemente.

—¿Un mal servicio, señorita? Parece no encontrarse muy bien, ¿quiere que la lleve al ambulatorio?

—Podría decirse que sí, pero no necesito ningún médico, solo lléveme a casa.

No me apetecía discutir para defender que no era puta.

El conductor de prostitutas de escampado me llevó sin decir nada más a mi hogar, donde no me esperaba nadie. En aquel momento deseé que hubiera existido un gato tuerto, porque necesitaba abrazar algo tibio que respirase y tuviera un corazón latiendo, y Manolo, por desgracia, no me servía para ese fin por muy palpitante que fuera en su máxima potencia.

La mala suerte se había cebado conmigo esta vez a base de bien, y lo único que había sacado de bueno era la carrera de vuelta a casa: el taxista no había querido cobrarme porque debí de darle una pena de la hostia. El olor a humedad de mi rellano me provocó de nuevo lágrimas, esta vez, despertadas por el patetismo.

El reflejo de mi cuerpo en el espejo de la entrada se me antojó aterrador: una pintura de un artista loco, por lo tétrico, y encima mi par de zapatos favoritos estaba para tirar a la basura. Sentí ganas de gritar y soltar toda la frustración que llevaba dentro y tirarme como un muñeco sobre la cama, pero aún me quedaban fuerzas para escribir toda mi indignación a los profesionales de CaralízaME. Apreté los dientes y noté cómo me chirriaba aún la grava consumida en la caída. Me senté frente a la mesa de mi despacho casero y encendí el portátil. El tiempo que necesitó para arrancar se me hizo eterno, quería decirles cuanto antes a esos desgraciados lo que su aplicación podía provocar en una treintañera soltera en busca del amor.

Destinatario: caralizame@aplicacioneschurras.es

Emisor: mercedesbenz@chickmail.com

Señores fisonomistas de CaralízaME. Sepan ustedes que los datos proporcionados por su aplicación casi provocan mi muerte en un

descampado a manos de una especie de granjero chiflado. En este momento, no dudaría ni un segundo en interponer una denuncia pública en la oficina del consumidor, pues descargarme su aplicación me ha costado un euro con quince céntimos y tengo derecho a un reembolso inmediato por estafa. Deberían tener la decencia de contratar una empresa seria de recursos humanos, que escoja con más precisión a los especialistas que trabajan en su departamento de aplicaciones de utilidad emocional. A continuación les proporciono mis datos bancarios para el abono de la cantidad pagada:

ES67 2100 47 2345 62234987645

Atentamente, una clienta descontenta y afligida.

Los primeros rayos de sol me traspasaron los párpados como puñales y me obligaron a despertarme. Siempre olvidaba bajar las persianas; Julio siempre lo hacía cuando vivíamos juntos. Era una especie de vampiro moderno, pero en ese momento lo eché en falta, a pesar de todo. A decir verdad, lo echaba de menos más de lo que quería, recordando a ratos momentos felices que me hacían esbozar una sonrisa y otros amargos que me ponían un huevo en la garganta. Era entonces cuando recurría a mis labores; había descubierto desde la ruptura que era toda una manitas, capaz de aprender casi cualquier cosa con los tutoriales de YouTube y con una actividad frenética que me empujaba a horas y horas cargadas de paz interior. Me dedicaba a la confección de todo tipo de cosas que me quedaban divinas y que regalaba a mis seres queridos con orgullo, aunque ellos no siempre sabían captar la belleza de mis creaciones.

El cojín, aún tizado de negro, fue como un *flashback* instantáneo de la noche anterior. Aquello tenía solución: un lavado y desaparecería para siempre; pero lo mío, no. Los recuerdos no son tan fáciles de eliminar de la memoria, por lo menos no en la mía, por eso Julio se me aparecía como un ectoplasma tantas veces. Ojalá hubiera una lavadora de cerebros, sin vacilar ni un segundo hubiera metido allí aquel fin de semana para borrarlo del mapa de mi mente.

Estiré los brazos aún con los ojos pegados y alcancé mi móvil de la mesita. Tres llamadas perdidas y dos avisos de mensaje de WhatsApp aparecían en la pantalla. Me incorporé torpemente; me dolía bastante la espalda, otro síntoma inequívoco de que mi *finde* había sido espeluznante.

El primero de la lista era de mi madre.

«¿Vas a venir a comer? Te recuerdo que es el cumpleaños de Mojo. Contéstame en cuanto lo veas, necesito saber qué paella usar.»

Vale, lo decidiría luego. Qué asco de doble palito azul, mi madre sabría que había pasado de ella.

El siguiente era de Barbi *superstar*.

«¿Qué tal anoche, putona? ¿Has desatascado cañerías o sigues con el asunto tapiado? Inma me ha llamado, viene a la city. Lláname.»

¡Genial!, venía la tercera en discordia a restregarme lo feliz y maravillosa que era su vida en Altea. Enclave idílico al que se mudó con el amor de su vida, un abogado de causas nobles: Fabián Contreras, una especie de superhéroe con toga que conoció por casualidad en la sección *gourmet* de El

Corto Inglés mientras compraba paté de trufa. Malditos pretenciosos que comían hígado de cerdo con saborizantes para ricos. ¿Qué tiene de malo el paté La Tiara?... Vale, llamarle a un paté La Tiara no es muy alentador ni tiene mucho gancho comercial, pero lo que sí tiene es mazo de hierro, igual que el de trufa. Inma era mi amiga de la infancia, con la que descubrí muchas cosas de la vida y las collejas aturdidoras de mi madre cuando las hacía. Y sabía que en cuanto conociera a Bárbara la incluiría de inmediato en nuestro Club de «las Pipis». Las dos conectaron a la perfección porque tenían muchas virtudes y más defectos en común.

Las tres llamadas perdidas pertenecían a mi madre; debía de estar desquiciada por no saber qué paellero enchufar a la bombona y cuántos pimientos tenía que sofreír para celebrar el cumpleaños de *Mojo*. Su perro. Le puso ese nombre porque daba unos lametones incesantes a la velocidad del viento. Ese perro debía de padecer luxaciones de lengua, fijo. Cumplía nueve años, y que te restregase la lengua por la cara con ese aliento a caldo de cocido no era muy apetecible. Iba a tener que ir, no quería que mi padre pasase ese calvario solo, estaba segura de que Paquita hasta nos pondría un gorrito y un matasuegras en la boca a cada uno conforme nos sentásemos a la mesa.

«Paella para cuatro; iré, no llevo regalo para perro.»

El año anterior se había sentido realmente ofendida por el mismo hecho. Me negué en rotundo a comprarle nada al maldito chuchó, no era mi hermano por mucho que ella se empeñara en decir lo contrario. «Pero si es tu hermanito», me reprendió agraviada por mi falta de amor fraternal, y yo le repliqué que yo no era ninguna perra. Mi padre es un hombre bastante peculiar, pero mi madre es una rara de podio. Encima de la tele tenía un árbol genealógico tallado en madera en el que yo aparecía en un recuadro con forma de corazón y, a mi lado, en otro corazón, más grande, estaba el careto del chuchó. Mi hermano. Según ella, sus dos obras maestras genéticas: una preciosa hija con un negocio de éxito y un perro caniche color canela al que peinaba igual que a Tina Turner. ¿En serio podía comparar a *Mojo* conmigo? Tenía la certeza de que mi padre había intentado atropellarlo varias veces; el pobre hombre sufría lametones con olor a hiel mientras dormía, mientras veía la tele, mientras defecaba... *Mojo* tenía que pasar a mejor vida, nueve años son como sesenta y tres tacos humanos. ¿Era una buena edad para morir, no? Igual no para un humano, pero sí para un chuchó con sarro exterminador. La imagen de mi madre envuelta en gritos y llantos de dolor me provocó una carcajada

espontánea y tuve que decirme a mí misma que parase.

Entré en el baño agarrándome las lumbares como una ancianita. Si *Mojo* hubiera estado aquí se estaría descojonando, eso me pasaba por querer matar al pobre animal.

El espejo no mágico y totalmente verdadero me regaló una insólita imagen de mí misma. Tenía un rasgón en la barbilla que parecía la perilla de un pelirrojo. Mis ojos parecían dos pelotas de golf; estuve llorando hasta quedarme dormida, y de la tensión se me había reventado una vena del globo derecho. Estaba divina de la muerte. Parecía una politoxicómana después de la fiesta de su vida. Una mujer venida a menos. Viéndome así, era bastante defendible que mi madre se hubiera tatuado el nombre de *Mojo* en el trasero y no el mío. Era la antihija.

Hasta hacía apenas cuarenta y ocho horas era normal: una chica sosa y triste que vestía de marrón, una nostálgica empedernida, que pasaba los fines de semana viendo pelis románticas y bebiendo batido de chocolate, mientras hacía manualidades por salud mental. A veces me invitaban a fiestas maravillosas, después de todo era Mercedes Esteban, una profesional de éxito en la micro *jet set* de la capital alicantina. Pero en la intimidad de mi casa me sentía una mujer corriente con sus inquietudes y sus melancolías románticas; a veces me comportaba de un modo duro con otras mujeres con más suerte que yo en el terreno sentimental, pero era mera coraza. Incluso el pensamiento recurrente de que esto de las citas no debía de ser lo mío había aflorado en mi cabeza: ¿qué ser humano tenía dos citas catastróficas en tan corto intervalo de tiempo? Si no fuera una persona perseverante y capaz de afrontar con dignidad las desavenencias de la vida tiraría la toalla, pero yo, no. Yo no iba a hacerlo, desde luego. No pensaba dar mi brazo a torcer aunque Cupido me estuviera haciendo burla desde las nubes. Pensándolo bien, hasta puede que fuera él quien provocó el derrame de café caliente sobre mi mano para avisarme de los peligros a los que me enfrentaba, y era muy probable que mi desobediencia lo hubiera puesto cardíaco y me estaba castigando a base de bien. Le hice una peineta al Cupido imaginario y me lavé la cara con abundante agua. El agua purifica. El agua significa bautizo, renacimiento, renovación. Pero no sucedía nada de eso: estaba igual de horrible, pero con la cara chorreando como la protagonista de *Flash Dance*, e igual que estaría luego en casa de mis padres por culpa del baboso de mi «hermano».

Mi familia no era grande ni pequeña: mi padre, mi madre y yo... y *Mojo*. Mi familia a veces se me hacía un poco cuesta arriba; en realidad, solo mi

madre. Era una persona difícil de tratar, tal vez porque en el fondo nos parecíamos demasiado, pero ella siempre estaba ahí para darme apoyo si lo necesitaba; después de todo, era mi madre y me quería, y yo también la quería. Mucho, además, aunque me sacara de quicio a veces. Muchas veces. Demasiadas veces.

Sin embargo, y a sabiendas de que me ganaría un sermón equiparable a una procesión de la Semana Santa, decidí ponerme el chándal, desatendiendo sus siguientes diez mensajes, en los que había sido más que clara en cuanto a vestimenta para cumpleaños familiar.

«Mamá, no voy a ponerme el vestido de la boda de mi prima Carol y tampoco el de mi graduación, porque no me cabe.»

Cogí a *Trinitario*, mi Opel Corsa negro. No era el coche más apropiado para la hija de un vendedor de coches ni para una empresaria de mi envergadura, palabra que gustaba mucho a mi madre. Mi padre me insistía en que lo cambiase por alguno alemán de alta gama de su concesionario, pero yo me negaba en rotundo; este era más manejable para la ciudad. Además, le tenía cariño; que una mujer bautice su coche es síntoma obvio de apego, y ¿qué le voy a hacer? En el fondo, soy cincuenta por ciento Paquita y otra de las cosas buenas que tengo es que no soy nada pretenciosa ni ostentosa; aunque mi cuenta corriente esté bastante boyante.

Llegué con bastante desánimo a casa de mis padres; culminar el fin de semana con un cumpleaños perruno era aún más patético si cabe. Abrí la puerta y *Mojo* apareció derrapando por el pasillo en mi búsqueda ataviado con un esmoquin negro.

—Hola, bonito, hola. —*Mojo* había empezado su incesante ataque salival —. No, para, para, *Mojo*, no me chupes las zapatillas. —Intenté apartarlo, pero mi mano sufrió las consecuencias—. ¡Qué asco, *Mojo*!

Ese perro era incansable, yo creo que tenía algún tipo de trastorno animal. En fin, era corto de entendederas.

Me fui derecha a la terraza trasera con el perro pisándome los talones, y mis padres estaban allí peleando sobre la cantidad de sal que debía llevar la paella.

—No, Mariano, no le voy a poner más sal, *Mojo* tiene la tensión alta y la paella es en su honor —farfulló mi madre removiendo el arroz.

—Merche, prueba tú el caldo y dile a tu madre que está soso, hazme el favor —me pidió mi padre.

—No le hagas caso, hija, está en su punto.

No se habían molestado en decirme ni «hola», estaban más entregados a la paella que Arguiñano. Cogí una cerveza y me dediqué a observar su riña desde una silla de jardín con *Mojo* a mis pies, que también seguía con la cabeza la absurda disputa de mis padres. Cuando mi madre se distrajo un segundo, mi padre echó un puñado y cesó la pelea.

—¿Qué te ha pasado en la cara, Merche? —Mi padre acababa de reparar en mi rasguño «barbil» y mi ojo maltrecho.

—Nada, una caída tonta. ¿Cómo van las ventas, papá? —Intenté desviar la conversación, no me apetecía dar explicaciones.

—Muy bien, no me quejo, Chasis en la Mar se mantiene en su línea, la crisis solo le ha rozado un poco, de momento.

—Me alegro mucho, papá. —Le sonreí complacida.

Mi madre se deshizo del colorido delantal de ganchillo que le había regalado hacía un mes y lo colgó con cuidado en la alcayata colocada para ese cometido en el paellero. Al verme puso el grito en el cielo. Supuse que el rasguño y mi ojo *pipa* debieron de alarmarla.

—¡Dios santo de mi vida!, pero ¿qué llevas puesto? Te he dicho que vinieras arreglada para las fotos. No entiendo cómo una mujer de tu envergadura viste de semejante guisa.

Mi madre, que llevaba un vestido de raso fucsia con aguas que deslumbraba (mi padre se había colocado las gafas de sol en señal de burla), demostraba con esas palabras lo orgullosa que estaba de mí aunque no lo pareciera.

—Ya te he dicho que me negaba a arreglarme para celebrar el cumpleaños de un perro.

—No es un perro, Merche. *Mojo* es de la familia, es tu hermano pequeño —replicó la mujer abrazando a su caniche y dejándose lamer los labios.

—¿Mi hermano pequeño? ¡Si tiene sesenta y tres años! —Esta conversación siempre me exasperaba.

—Cumple nueve, es un pequeñín. Eso de la edad en los perros es una invención absurda —afirmó ella ofendida dándole unos besitos en el morro peludo.

—¿Y vestirte de la duquesa de Alba para hacer una paella no lo es?

Vale, ya sé que no lo parece, pero la relación con mi madre era buena. A ratos. Yo pensaba que su «Dios santo de mi vida» se debía al estado lamentable de mi careto, pero no, había sido por el sacrilegio de venir en chándal al cumpleaños de su ser más querido, teniendo en cuenta mi

«envergadura», palabra que usaba con relativa frecuencia para referirse a mi éxito empresarial. Así es Paquita o, más bien, *Loquita*. Pseudónimo que se había ganado a pulso ella solita.

Como había supuesto, mi madre nos obligó a ponernos unos gorros de cumpleaños y algunos artículos de cotillón sobrantes de la última Nochevieja. Mi madre es una de esas personas que lo guarda todo por si acaso. *Mojo* presidía la mesa en una especie de trona infantil para perros con su ridículo esmoquin. Además de la trona, mi madre había adquirido un carrito para pasear al cánido. ¿Desde cuándo existen esas tiendas para chiflados de los perros? *Loquita* estaba ida con el tema; antes de comer, me había enseñado el armario ropero de *Mojo* y hasta me daba envidia. Puedo afirmar que ese chucho tenía más ropa que El armario de Tele Hincó: chándales de Adaidas estilo *cani*, petos vaqueros con camisa incorporada, chupa de cuero... hasta un disfraz de cocodrilo, colgaban relucientes en miniperchas. Mi padre había pasado por la puerta de la que fue mi habitación, que ahora pertenecía a *Mojo*, y había movido la cabeza y suspirado varias veces. Mi pobre padre era un bendito, desde luego tenía ganado el cielo soportando las excentricidades perrunas de mi madre.

Por fin pude despedirme de ese cumpleaños, que daba para un programa de Samanta o un especial *Veintiún días con Loquita*. Subí a mi coche apestando el habitáculo con un aliento perruno que tiraba para atrás, y encendí la radio. Sonó una canción veraniega que me gustaba mucho. Pese a que estábamos en septiembre, el calor seguía apretando, y lo seguiría haciendo hasta finales de noviembre. Eso es lo que tiene el clima alicantino, que no existe el otoño como tal. Me abroché el cinturón canturreando y salí tranquilamente del lugar donde estaba estacionado *Trinitario*. Esa zona residencial de la ciudad era bastante tranquila y más aún en domingo. Iba conduciendo con cierta prudencia, aunque reconozco que no prestaba mucha atención a las señales, por lo que, en el siguiente «ceda el paso», me sorprendió una *scooter* a toda velocidad en su carril preferente y me tocó frenar en seco.

Un fuerte impacto trasero golpeó mi cabeza contra el volante y el airbag se accionó, empotrándome contra el asiento. Estaba moviendo los brazos para intentar liberarme de ese globo gigante que me dificultaba respirar cuando alguien abrió la puerta de mi coche y consiguió sacarme de allí.

—¿Estás bien? —Sonó una voz varonil, pero estaba mareada y no conseguía verle bien la cara.

—Estoy mareada, el airbag casi me mata. —Tosí nerviosa.

—Tranquila, ven, siéntate en el bordillo mientras llamo a una ambulancia.

—El chico me arrastró al otro lado de la carretera.

—No hace falta, enseguida se me pasa —le dije.

—Llevas un ojo ensangrentado y un rasguño en la barbilla, debería verte alguien.

—No, no, de verdad, eso ya venía de serie.

Aún no conseguía enfocar bien y no podía distinguir al chico de cualquier objeto de mi alrededor.

—No te entiendo, creo que no estás bien, mejor será que llame.

Moví los brazos sin ton ni son, y uno de mis aspavientos le golpeó la mano. Algo cayó al suelo con un sonido plástico.

—Lo siento, no quería... no veo bien, es por el mareo, de verdad, no llames a nadie, por favor.

—Está bien, te doy diez minutos, pero a la mínima convulsión llamo al ciento uno.

—¡No voy a convulsionar! Además, ya empiezo a ver bien. —Le palpé la cara y le di unas palmaditas—. Tranquilo.

Debía de estar divina con mi rasguño, mi ojo a la virulé mirando al horizonte y sonriendo como una pava en chándal dominguero.

—Te has mordido el labio. ¿Te duele? —El chico me tocó la zona afectada.

—No mucho, solo pica un poco. —Me pasé la lengua por el labio y el sabor a sangre me embargó la boca—. Ya parece que me vuelve la vista, mi sangre es como la de los vampiros. Es curativa.

—Ya veo —dijo el chico incorporándose frente a mí.

Cuando mis ojos recobraron el maravilloso don de ver y mi cuello dolorido pudo echarse hacia atrás para ver a mi salvador con perspectiva, casi se me cayeron las bragas al suelo. Un espécimen de ojos negros, mentón pronunciado, barbita de tres días y nariz perfilada me sonreía mientras los tenues rayos de sol de la tarde lo envolvían con un halo que lo hacía parecer un dios griego. Con los daños colaterales de mi horrorosa cita: rasguño y ojo a lo Rocky Balboa, y ahora, además, el labio partido, lo miré como si acabara de recobrar la vista después de diez años de absoluta oscuridad, y eso que solo había estado ciega diez minutos.

—Soy Merche —dije conmovida por su imponente presencia.

—Diego. ¿Te ayudó a levantarte? —Mi dios particular me tendió la mano

y me ayudó a levantarme. En ningún momento pude apartar la vista de su cara —. Me alegro de que ya te encuentres mejor —me sonrió—, si quieres podemos ir arreglando los papeles del seguro.

—No te preocupes. —Miré mi coche y no parecía tener nada—. Mi coche está bien.

—Ya... pero el mío, no —dijo señalando el morro del suyo.

—Sí, bueno, pero me has dado tú, no es mi culpa.

—¿Perdona? Has frenado en seco. Está clarísimo que es culpa tuya —me replicó todo chulesco.

—De todos es sabido que quien da por detrás, paga —le contradije poniéndome en jarras y elevando el volumen ante su despropósito.

—Quieres desquiciarme, ¿verdad? ¿Quieres que pierda los papeles y me dé de cabezazos contra esa señal? —dijo separando los brazos y moviéndolos como una vieja en un baile, hablando en un tono de voz poco apropiado, lo que hizo que un par de personas se parasen a observar la escena.

—Mira, sabes lo que te digo, que voy a llamar a la policía inmediatamente.

Desde la otra acera, un señor en chándal de *tactel* me increpó a gritos que lo hiciera, le eché una mirada y asentí con la cabeza armada de razón. Saqué mi móvil como si fuera un arma de destrucción masiva y marqué el número de la local. Tras hablar con la señorita de centralita, volví a la carga con el chico guapo.

—Están de camino —le dije satisfecha, pero él no me hizo el menor caso. Estaba en medio de la calzada enfrascado en un cabreo monumental, clamando al cielo con un repertorio de lo más extravagante que incluía entre otros movimientos: imitaciones de gorilas, egipcios e incluso gallinas *caponatas*. Lo seguí con la mirada, alucinada. Vaya pirado.

Mientras llegaba la policía, el señor que no entendía de moda (el *tactel* hace más de una década que no se lleva), me condujo a su rincón privilegiado de la acera junto a unos cuantos transeúntes más, que se habían detenido para curiosear el accidente.

—¿Qué hace ese chico? —preguntó una señora exageradamente perfumada.

—Le ha dado por detrás a la señorita y quiere que su seguro pague el estropicio; de todos es sabido que el que da por detrás, paga —le explicó el del chándal con voz de perito.

—Que se lo digan a mi hijo que es puto de lujo en Chueca: todos los que le

dan por detrás, pagan —sentenció la señora desvelando la vida personal y laboral de su hijo.

—No, no, a ver, señora, no se confunda. Este chico no me ha violado la puerta de atrás. Ha golpeado por detrás mi coche, no mi trasero —intenté aclararle.

—Lo mismo da, lo mismo tiene. Quien da por detrás, paga —volvió a sentenciar la madre del puto de Chueca.

La conversación fue aumentando de tono cuando el señor del chándal comenzó a interrogarla acerca de su hijo y su profesión. Por suerte, la policía llegó para socorrerme.

—¿Qué ha sucedido, señorita? —Un agente regordete me preguntó recolocándose el pantalón a la altura de los sobacos, mientras su compañero trataba de detener los aspavientos, sin ningún éxito, de mi agresor al volante.

—Pues verá usted, señor agente, ese chico de ahí, que ha perdido los papeles totalmente, me ha golpeado por detrás y pretende que mi seguro pague los daños que él mismo se ha ocasionado en su vehículo —me expliqué lo mejor que pude para no dar lugar a confusión a ese agente tan majo de doble papada.

El agente se fue derecho hacia el chico guapo de mente dispersa y este lo amenazó levantando un dedo y rozando la nariz del agente, motivo por el que el policía tardó un tris en aplacarlo e inmovilizarlo en el suelo, avisando de que necesitaba ayuda.

—Alfonso, sal del coche y ayúdame, este señor está fuera de sus cabales —gritó el agente sujetando con su pierna la espalda del individuo esperando la llegada de su compañero—. Ponle las esposas.

—Estese quieto, caballero, si no quiere que le hagamos daño —dijo Alfonso al inesperado delincuente intentando ponerle las esposas.

—No me peguen, estoy embarazada —sollozó el chico mono que se retorció en el suelo.

Los policías se miraron atónitos ante la reciente declaración del detenido y las personas allí congregadas tardaron décimas de segundo en sacar sus móviles y grabar la escena con la clara intención de colgarla más tarde en YouTube, con tal de ganar un millón de *likes*.

—¿Que está usted qué? —preguntó el compañero de Alfonso para cerciorarse de que lo que había oído era cierto.

—Soy transexual y mi mujer no lo sabe, soy abogado, soy profesor de chino mandarín y religioso.

Los agentes intentaron aguantar la risa como pudieron y los cámaras improvisados también ante tal declaración; luego, añadió su periodo de gestación: se encontraba en el sexto mes y además de gemelos. Todo terminó con la detención de aquel muchacho de bella tez y mente loca, y por fin pude marcharme. No sin antes aclarar cómo me había hecho todo el estropicio en la cara y hacer pensar a los agentes que yo también estaba para ingresar en la Santa Faz.

Llegué a casa con ganas de pasar la tarde tirada en el sofá. Necesitaba más que un drogadicto en rehabilitación un buen chute de *Love Actually*. No sé qué tiene esa película, pero la adoro, no me canso de verla. Debe de ser porque tiene un poco de todo y el amor en todas sus versiones. La habré visto como tropecientos mil veces y siempre me río y lloro en las mismas secuencias, y sobre todo me pillo un cabreo monumental con la rubia idiota, por no echar un polvo salvaje con el macizo de su oficina. Pero si está para comérselo y ella está colada por él desde hace dos años. No lo consigo entender, ¿alguien me puede explicar por qué una mujer en su sano juicio dejaría escapar una oportunidad así? ¿Y por qué motivo de peso no puede dejar para más tarde lo de hablar con su hermano chalado? Pero si va a seguir igual de chalado le hable o no. Es que no lo puedo entender, me saca de quicio. Me dan ganas de darle dos tortas con la mano bien abierta y que le salten chispas de los carrillos.

Un litro de batido de chocolate y medio cuenco de palomitas más tarde, lloraba a moco tendido. Tras dos citas fallidas, tal vez era el momento de replantearme lo de encontrar el amor, tal vez el amor no estaba hecho para mí, tal vez yo no estaba hecha para el amor, y solo podría revivirlo a través de los demás. ¿Tan tocada había quedado tras Julio? ¿Tan difícil era encontrar un hombre cuerdo? El precioso de Colin Firth estaba a punto de declararse a la portuguesa, acompañado por toda la recua de familiares y vecinos, ¿por qué no conocería yo a un hombre así? Qué alto, qué porte, qué inglés. Yo quería un Colin Firth en mi vida. ¿Era pedir mucho? La portuguesa con cara de acelga bajaba por la escalera del restaurante cuando mi móvil sonó provocándome un sobresalto. Con los ojos anegados de lágrimas, miré la pantalla. Era Bárbara. Seguro que se había estado comiendo las uñas hasta los padrones esperando mi relato romántico.

—¿Se puede saber dónde te has metido? Me tenías preocupada. Has leído mi mensaje y no me has contestado —dijo nada más descolgar.

—Lo siento, he comido con mis padres —respondí sorbiéndome las

narices.

—¿Has dormido en tu casa? —La comida familiar le interesaba un pimiento.

—Sí, Barbi, he dormido en mi casa, aunque hubo varios momentos en los que pensé que no volvería a verla más.

—¿Eso significa que el tío estaba megabuena y quisiste mudarte a su choza para mancillar cada rincón?

—No, nada de eso —respondí negando con la cabeza aunque no pudiera verme.

—¿Entonces...?

—Entonces, resultó que el tal Ricardo es un chalado aficionado a los callos, que anda por ahí con una lista negra, literalmente, en el bolsillo de la camisa. Su madre se llama Inodora y lo ofendí llamando váter a su santa madre, así la calificó él. Insinuó que iba a incluirme en su lista y a *tirar de chirla*...

—¿*Tirar de chirla*?

—Yo tampoco sé lo que es, pero entiendo que nada bueno. —Me abracé para reconfortarme.

—¿No te haría nada ese desgraciado? —Mi amiga se mostró preocupada.

—No, tranquila, afortunadamente pude huir a tiempo y resguardarme en un seto infectado de orín. La cita fue en un antro decrepito: Venta El Olivo. Tenemos que ir un día y te presento a la Pili. Es una cocinera muy pulcra, limpia de vicio los callos de pelos. —Me estremecí solo con recordarlo e hice una mueca de asco al teléfono.

—No puedo creer lo que me estás contando, necesito verte y que me des detalles, además, ha venido Inma. He quedado con ella en el centro dentro de una hora, ¿te apuntas, verdad?

—Puf —suspiré—, no sé, he caído muy bien en el sofá, me da pereza ahora vestirme.

—Venga, venga, seguro que adivino lo que estás haciendo.

—A ver, lista —la reté.

—Si lo adivino, te vienes.

—De acuerdo.

—Y pagas la primera ronda.

—Ya te estás pasando.

—Venga, no seas rata, eres la jefa y tienes mucha más pasta que yo, en algo tendrás que invertir todo ese dinero que tienes. ¿Te he dicho alguna vez que

eres como el tío Gilito?

—No me vas a dar opción, ¿verdad?

—Cómo me conoces —soltó una carcajada—, ya sabes que soy más incansable que un poligonero hasta el culo de anfetaminas.

—Venga, adivina. —Me di por perdida. Bárbara era indefinidamente cansina, además, si me negaba a ir, me iba a estar acribillando a llamadas hasta que abdicara de mi plan tranquilo.

—Estás viendo *Love Actually* por enésima vez, ¡¿a que sí?! —exclamó triunfante. Maldita Barbi, qué bien me conocía.

—Pues no —mentí.

—No te creo, es tu película-terapia, además, seguro que tienes un batido de chocolate en la mano y un cuenco de palomitas sobre la barriga. De hecho, ahora mismo te estás metiendo una palomita en la boca —dijo como si estuviera viéndome por la ventana. Miré hacia allí aun sabiendo que eso no era posible.

—Joder, sí, lo has adivinado —admití a regañadientes masticando la palomita—. ¿Cómo lo has sabido?

—Porque siempre haces lo mismo cuando estás *plof*, y hoy lo estás, bueno, siempre lo estás. Desde el día que te conocí no te he visto disfrutar verdaderamente de la vida y he de decirte que no es tu mejor faceta. Tienes que cambiar el chip ya. Lo que necesitas de verdad es darle alegría a ese cuerpo. En La Altramuz a las ocho. No llegues tarde.

Y colgó sin darme tiempo a replicar, ¿para qué? Imposible negarme. Me levanté y me fui derecha a mi dormitorio. De nuevo me miré en el espejo de cuerpo entero. Mi cara clamaba al cielo una reconstrucción, aunque el ojo ya no estaba tan enrojecido gracias a un *locutorio*, palabras textuales de mi madre, que ella misma me había sacado de su botiquín de los remedios. Incluso con el ojo medio recuperado, tenía una pinta horrorosa y, para empeorar aún más las cosas, un lamparón de batido del tamaño de Groenlandia adornaba ahora mi pijama a la altura de mi pecho. En aquel momento, me hubiera venido de perlas el maletín mágico de Bárbara, pero me dije que no. No, por favor, pasaba de volver a salir a la calle emulando a la niña de *El exorcista* e incitar a más dementes a tener rollito conmigo.

Tras relatarle a mis amigas por qué llevaba la cara hecha un cristo, Bárbara y todos los artilugios que estaba comprando para acicalar su nidito de amor monopolizaron la siguiente media hora de la conversación. Inma y yo, como buenas amigas que somos, le dimos las típicas réplicas de: «Ah, oh, qué chulo, pero qué mono», cosas así. En fin, las amigas están para lo bueno y lo malo, y aunque Bárbara se ponía realmente cansina con el tema, yo también le había dado la murga con el mío durante meses, y ella siempre había estado al pie del cañón: escuchándome, dándome consejos, consolándome, animándome... Todas esas cosas que se supone que hacen las amigas de verdad, y que, a decir verdad, se había alargado en el tiempo hasta el día de hoy, porque tenían todas razón cuando decían que mi estado mental se encontraba en encefalograma plano. Casi cinco años lo avalaban. El maldito Julio me había convertido en una zombi sentimental.

Inma fue mucho más parca en palabras.

—Chicas —puso la mano encima de la mesa, deslumbrándonos con un pedrusco que eclipsaría la luna—, me caaasooo.

—Y ¿por qué no lo has dicho antes? —chilló Bárbara, levantándose para abrazarla.

—Felicidades, Inma. —Me sumé al abrazo.

Y así estuvimos unos minutos abrazadas y dando saltitos como unas niñas del Cisney Channel.

—La primera del Club de «las Pipis» que se casa —dije emocionada. Durante un tiempo, pensé que sería yo, pero vista mi suerte, me iba a quedar para vestir santos.

—Ya era hora de que te lo pidiera —terció Bárbara enjugándose las lágrimas.

Si no lo estuviera viendo, no me lo creería. Esa mujer no lloraba ni tragándose a piñón fijo una maratón de cine lacrimógeno: *La lista de Schindler*, *La ladrona de libros*, *Kramer contra Kramer*, *El rey león*...

—Si no fue él, fui yo —nos confesó Inma entre risas.

—Esto sí que se merece una celebración por todo lo alto —dije yo.

—Para eso he venido —comentó Inma.

—Pues ya podrías haber venido en sábado —le recriminó Bárbara.

«Pues sí», pensé yo, me hubiera ahorrado la horrible experiencia de conocer a Ricardito.

—Sí, porque mañana trabajamos esta y yo —la secundé.

—Pero no hoy, idiotas. Hoy solo he venido para contároslo en persona y planificar mi despedida.

Bárbara alzó la ceja suspicaz.

—¿Eso no lo hacen las amigas a escondidas de la novia?

—Sí, claro, y vosotras estáis mal si pensáis que yo voy a dejaros que me pongáis una banda de raso de los chinos o una polla de plástico en la cabeza. Que ya tengo mi edad.

Una camarera nos puso tres jarras de cerveza delante.

—Perdona, no hemos pedido otra —le comenté levantando mi jarra medio llena hacia ella.

—Corre de cuenta de Israel.

—¿Israel? —preguntó Inma mirándonos con cara de «ni pajolera idea».

La camarera esbozó una sonrisa y nos señaló la barra antes de marcharse ondeando alegremente su flamante trasero. Las tres nos miramos extrañadas y acto seguido dirigimos nuestras miradas a la barra. Un tío bueno morenazo de unos treinta años, que llevaba una camisa blanca y unos vaqueros ceñidos, estaba medio sentado en un taburete observando el infinito en plan interesante.

—¿Lo conocéis? —preguntó Inma, sin dejar de mirar al tío bueno de la barra.

Bárbara y yo nos miramos interrogándonos en silencio con las miradas, luego respondimos a la vez que no.

—Pero no me importaría. Es un bombón —añadió Bárbara mirándolo embelesada.

—Pero qué putona —Inma le arrimó un manotazo en el brazo—, tú ya tienes a tu Héctor, deja algo para las hambrientas.

—Por supuesto, eso pensaba hacer —le replicó Bárbara sacándole la lengua—. Ese tío seguro que se gasta una buena manguera.

—Ese tío le va a regar el huertecito a Merche, que buena falta le hace. Lo tiene más seco que el desierto del Sahara —comentó Inma con una mirada guasona.

—¿Qué hacemos? ¿Lo invitamos a sentarse?

—Yo creo que sí.

—¿Puedo decir algo? —intervine yo.

Las dos me miraron fijamente y luego respondieron con voz unánime que no.

—Barbi se ocupa —dijo esta, poniéndose en pie.

—Pero ¿adónde vas? —La agarré del brazo para frenarla.

—A por Israel.

—Vista mi suerte, seguro que Israel es un demente.

—Pues vamos a comprobarlo —dijo zafándose de mi mano. Movi6 las cejas como Groucho Marx y nos sonri6 de oreja a oreja—. Voy a por ese bomb6n.

Andando con su estilo m6s ensayado, B6rbara se fue rumbo al tío bueno de la barra pero, cuando le faltaba un metro para alcanzar su posici6n, una chica de brillante melena y estrechas caderas apareci6 de la nada, plant6ndole un seńor morreo al tío bueno en camisa blanca. B6rbara se detuvo en seco, volvi6 la cabeza hacia nosotras con cara de tonta y se encogi6 de hombros. Luego gir6 en redondo sobre sus talones y regres6 a nuestra mesa.

—Joder, qu6 corte —dijo sent6ndose de nuevo.

—¿Lo veis? Son todos unos dementes —exclam6 yo.

—Y que lo digas —admiti6 Inma—. Bueno, al menos hemos sacado una ronda gratis —ańadi6 levantando la jarra en el aire—. ¿Qui6nes somos? —proclam6, con cierto aire a lo espartano en la voz.

B6rbara y yo tomamos las jarras e hicimos lo propio para responder:

—¡Las Pipis!

—Y ¿a qu6 hemos venido? —nos increp6 en el mismo tono.

—¡A pillarnos una merluza! —exclamamos las tres chocando las jarras en el centro.

Aquel grito de guerra nos acompańaba desde el día que las present6. Siempre que salíamos de marcha y parecía que no hubiera un mańana o, al menos, no bebías pensando que el mańana te depararí a una resaca gordísima, cosa que carecí a de importancia y se te olvidaba tan pronto se te pasaba la resaca, hasta el siguiente domingo de: «Querido ibuprofeno, te amo y te necesito en mi vida.» Una 6poca en la que ellas conocían a hombres que utilizaban a su antojo, sin preocuparse si este les iba a llevar el desayuno a la cama; sin embargo, yo estaba convaleciente, entregada a mis manualidades y al alcohol en formato chupito para no pensar m6s de la cuenta. Y a día de hoy, ellas habían evolucionado y yo, no. ¡Y yo, no!

Durante un buen rato seguimos debatiendo sobre el estado mental de los hombres solteros de m6s de treinta ańos. Parecí a que, pasada esa edad, un hombre no seguía sin pareja a no ser que tuviera circuncidada una parte crucial del cerebro.

—Pero tú no desisssstas, Merche. Tú los puedesss analizar a todos antesss y descartar a todosss loss chaladoss —coment6 Inma apurando la tercera

jarra.

—No desisssto, nooo, sssolo que me da miedo. Si vierais al tipo del accidente. Qué pena, Diosss, tan guapo y tan loco —gemí levantando el brazo para llamar a la camarera.

—Alguno quedará —dijo Bárbara, y se recostó en la silla. Estuvo callada un momento y luego preguntó con tristeza—: Pero ¿serás capaz de encontrarlo?

Si ella, que era superoptimista al respecto, ya comenzaba a vislumbrar dudas, pues imagínate yo que no lo había tenido claro desde un principio. Negué con la cabeza todo lo rotundamente que mi estado semialcohólico me permitía.

Inma levantó la mano, avivada de pronto.

—¡Tengo una idea, tengo una idea!

Bárbara y yo la miramos expectantes.

—Eeeh... ¡el programa *Firssst Datesss*! —exclamó triunfante—. Vamos a apuntar ahí a nuestra Merche.

—Pero ¿qué dicesss? —la abronqué.

—Uyyy, pero qué idea más genial, genial —celebró Bárbara, sacando el móvil del bolso.

—Ni loca. —Las miré beligerante.

—Venga, Merceditas, que no pierdes nada —me picó Inma con una sonrisa inocentona.

—Yo no puedo ir a esse programa y que todo el mundo me reconozca. Sería el fin de mi carrera.

—Lo que se avecina, si no pones remedio pronto, es la muerte de tu berberecho —afirmó Bárbara—. Además, para eso ya estoy yo y mi maletín mágico —añadió manipulando la pantalla de su móvil.

A decir verdad, eso aún me daba más miedo que un suicidio profesional.

—Que noooo —dije poniéndome en pie—. Voy a pagar, que la camarera no hace ni puto cassso.

—Paga, paga —dijo Bárbara.

—A lo siguiente invitas tú. —Apunté con el dedo.

—Sí, sí —respondió volviendo a centrarse en su móvil.

Con un andar no muy seguro fui hacia la barra, pero viendo que no había ningún camarero disponible en ese momento, tomé rumbo hacia los baños. Tres jarras de cerveza tamaño XL tuvieron la culpa de que por error abriese lo que parecía ser el almacén en lugar del aseo de mujeres. Cuando estaba a punto de cerrar la puerta, un chico del personal me abordó.

—Ese cuarto es privado.

—Lo ssséee, peeerдона, me he equivocado de puerta —respondí encarándome con él. Hummm, bonitos ojos, azul plúmbeo, capaces de desarmarte con un guiño, igualitos a los de uno de mis ídolos guapérrimos de toda la vida: Paul Newman—, iba al baño.

—Es esa —dijo señalándome la puerta del fondo, claramente señalizada con el logo típico de lavabo femenino.

—Lo ssséee. Graciaaasss —le dije retomando mi camino.

—¿Qué te ha pasado?

—¿Qué?

Con el índice me señaló el rostro.

—En la cara, ¿te has estado peleando con tu gato?

—Pues no, no tengo gato, ha sido un accidente de coche. —Tampoco le quise dar muchos más detalles.

—Nada grave, espero.

—No, aparte de esto —dibujé un círculo en el aire con el dedo a un palmo de mi nariz—, el resto está perfecto. Muchas gracias por el interés.

—Ya lo veo, ya. —Se le escapó una risa—. Últimamente tienes muchos accidentes, ¿no?

—¿Qué?

—Nada. Bonita pulsera —añadió, señalando mi muñeca recientemente desvirgada por una pulsera de la amistad de tela cutre.

—Es de los deseos, me la ha regalado una amiga, cuando se caiga por el paso del tiempo se cumplirá mi deseo —le contesté antes de reemprender el paso, buscando apoyo en la pared con la mano.

—Cualquiera que te viera, pensaría que estamos en un barco —comentó a mis espaldas.

—¿Qué? —Me volví. Hummm, pero bonitos, bonitos.

—Por tu forma de andar —respondió mal ocultando una media sonrisa socarrona.

—¿Qué quieresss decir?

—Nada. ¿Y qué deseo has pedido?

Levanté una ceja suspicaz.

—Ya me parecía, y ¿a ti qué te importa? —dije más chula que un ocho y volví a retomar mis andares a lo Paris Hilton a bordo de un yate en alta mar.

De acuerdo, lo admito, estaba un poco perjudicada con tanta cerveza, pero yo tenía mi dignidad para que un niño de ojos bonitos me sacase los colores.

—O eres muy desagradecida o tienes muy mala memoria.

Me detuve en seco al escuchar aquella increpación, ¿a santo de qué?

—¿Cómo dicesss? —le pregunté volviéndome otra vez para mirarlo de frente. Lo observé entonces, prestándole verdadera atención por primera vez. No solo tenía unos bonitos ojos el niño, todo lo demás también estaba en el listón, pero no aparentaba tener más de veintisiete, ¿veintiocho? —Ninguna de las dosss cosssasss. ¿Por qué dicesss essso?

Se encogió de hombros y dándome la espalda comenzó a andar.

—Da igual.

Lo agarré del brazo para detenerlo.

—No, no da igual. Tienes la cara de llamarme borracha en la cara y ahora, ademásss, maleducada o presssenil.

—Verás, es que yo te conozco, pero por lo visto tú a mí no.

—Perdona, pero no caigo ahora. Igual es que misss neuronasss están muy a-fec-ta-das.

Me sonrió de lado, mientras me repasaba de la cabeza a los pies con su sonrisa de cabroncete engreído.

—Me llamo Israel.

—¿Israel? —repetí para mí—, ¡ah, Israel! ¡Tú eres el tío que nos ha invitado antesss!

—Ese mismo. —Se encogió de hombros.

—Puesss muchasss graciasss, y ¿por qué hasss hecho tal cosssaaa?

—Te quería recompensar por el daño que te causé el otro día.

Lo miré sin comprender.

—Vale, veo que lo que tienes es mala memoria. Y en fin... —se rascó la frente—, no es algo que me moleste, porque tampoco tenías por qué haberte fijado en mí, pero he trabajado un mes entero en Flores de Azúcar, y más de una mañana te he servido tu café y tus almojábanas bien mo-ja-di-tas —explicó con cierta guasa.

Lo miré con más detenimiento, tratando de ubicar esa bonita cara de niño a medio camino entre dulce y traviesa en Flores de Azúcar, pero no lograba encajarla entre todo el personal de mi cafetería favorita. En mi defensa diré que eran más de diez, y encima se turnaban cada dos por tres. ¡Era imposible seguirles la pista!

Movió la cabeza a los lados esbozando una mueca de falsa desaprobación.

—¿No?

—Lo sssiento, sssigo sin caeer.

—Yo fui el culpable de esto —dijo agarrándome la mano y dándole la vuelta. La tirita que cubría la bambolla aún tierna de la quemadura quedó expuesta a nuestras miradas.

—¿Eresss tú esse camarero? —Abrí la boca sorprendida.

—Sí, soy yo —respondió con una sonrisa antes de llevarse mi mano a sus labios y besarme con delicadeza la zona mancillada por el café con leche corrosivo.

—Quería pedirte disculpass, pero me dijeron que ya no trabajabass ahí.

—Ese mañana fue mi último día allí; ya no podía soportarlo.

—¿Tan mal te trataban? —Me asusté de verdad, no quería contribuir de ningún modo a la explotación laboral de los trabajadores guapos.

—Qué va —rehusó riéndose—. No podía soportar el verte todos los días y que siguieras ignorándome.

Le sostuve la mirada durante unos segundos, tratando de encajar si esa especie de declaración estaba formulada de manera irónica.

—¡Es broma, mujer, no te asustes! Tenías que haberte visto la cara —dijo soltándome entonces la mano, que todavía sostenía entre las suyas y que por algún motivo desconocido por mí misma yo no había hecho nada por recuperar—. Encontré un puesto de camarero aquí, que es mucho más compatible con mis horarios.

—Ah, puesss me alegro. Bueno, puesss nada, muchasss gracias por las cervezasss, pero me voy, que mis amigas me están esperando.

—¿Quién, Barbi y la otra chica?

—¿Y tú cómo sabesss su nombre? —dije intrigada.

Eché la cabeza hacia atrás y soltó una fuerte carcajada.

—Pero ¿es que se llama así de verdad?

—Bárbara, sí —respondí, sin comprender sus risas.

—No, nada, es que los compañeros de la cafetería la llamamos así, pero en plan coña, porque parece una Barbie. Joder, qué gracia, cuando se lo cuente se van a descojonar.

—Vale, pues muy bien, cuando yo se lo cuente a ella, no sssé sssi le va a hacer tanta gracia. En fin, adiós.

—Adiós, Merche.

De nuevo, me detuve y me volví a mirarlo con interés.

—¿Cómo sabesss mi nombre?

—Lo habré oído alguna vez.

—Está bien. —No quise saber más—. Adiós por enéssima vez.

—Merche —me llamó cuando ya había dado unos tres pasos.

—¿Qué?

—¿Me das tu teléfono?

Me hacía cruces tratando de encajar su petición. ¿Me acababa de pedir mi número? ¿Para qué? ¿Se estaba burlando de mí? ¿En serio quería quedar conmigo? ¿Por qué? Dios, me estaba poniendo demasiado nerviosa, y a mi edad debería tener más que superado lo de cómo afrontar que me entraran, así de primeras, con un mínimo de madurez, y no como una quinceañera destilando hormonas por las orejas.

—Si adivino lo que estás pensando, me lo das —insistió viendo que me estaba tomando mucho tiempo en buscar una buena evasiva.

—¿Por qué habría de hacer tal cosssa? —Me reí tontamente.

—Porque lo estás deseando.

—Pero serásss creído.

—Puede. ¿Qué dices?

—¿Qué digo de qué?

—De tu teléfono, ¿me lo das?

—Está bien, si adivinasss lo que estoy pensando, te lo doy —le dije poniéndome en jarras alzando la barbilla. ¿Mi teléfono? Pero ¿qué se pensaba? ¿Que iba a quedar con él? ¿Pero dónde iba yo con un chico de...?

—Veintidós.

—¿Soooolo? —Me quedé con la boca abierta como un muñeco de ventrílocuo.

Se rio un poco.

—Sí, pero soy muy maduro para mi edad. ¿Qué, me lo das?

—No lo has adivinado —le repliqué con la boca chica.

—Mentirosa.

—¿Mentirosa, yo?

—Sí, pero ¿sabes qué? Que me gustan las mentirosas.

—Olvídalo, soy muy mayor para ti.

—Venga, pero qué prejuiciosa me has salido. El amor no tiene edad, ¿nunca te lo han dicho? Además, tampoco es mucha la diferencia, ¿no? ¿Qué tienes, veintiocho o por ahí? —Me guiñó el ojo, y sí, Israel sería capaz de desarmar el mismísimo corsé de Madonna con solo ese gesto.

—Esta vez sí lo has adivinado. Veo que tienes dotes de vidente.

—Eso me dicen.

—Pues entonces no tendrás ningún problema para adivinar mi número —le

repliqué con una sonrisa de satisfacción. Ahí le había dado, ¡toma ya!

Soltó una carcajada y me señaló con el índice el pecho.

—Vaya, eres muy buena, además de estar muy buena.

Me di la vuelta y eché a andar más hinchada que un pavo. Estaba claro que Israel era un chiquillo, pero a nadie le viene mal un piropo de boca de un chico guapo; aunque ese chico guapo parezca recién salido de un parque de bolas, y yo, la verdad es que incluso podría parecer su madre. Una madre muy precoz, sí, pero haber casos, los había, no había más que leer los titulares de la prensa amarilla.

—¿Adónde vas? ¡Los baños están por el otro lado! —me gritó divertido.

—Lo sé, pero se me hace tarde y tengo que pagar la cuenta.

—No la pagues, lo de tu mesa lo pago yo.

Volví la cabeza y me lo encontré sonriéndome con esa sonrisa de cabroncete que tenía y, que a decir verdad, me encresparía el chumino solo con que tuviera unos poquitos años más, o yo unos menos.

—Pero, qué mono eres. Y solo por eso, voy a hacer una cosa: te diré mi número de carrerilla, y si eres capaz de recordarlo, es que estamos destinados a quedar, ¿te parece?

—Soy muy bueno con los números —dijo vanidoso levantando el mentón con aire retador.

—Seis cinco ocho, dos seis nueve, cuatro cinco seis —dije a velocidad terminal mientras me marchaba.

Nuestra mesa estaba vacía, así que supuse que mis amigas estarían fuera fumándose un cigarro.

—Joder, sí que has tardado —protestó Bárbara, que de normal no fumaba, pero acompañaba a Inma en su vicio.

—Sí, me he encontrado a alguien de camino al baño, y me ha entretenido.

Mi móvil comenzó a sonar en la infinidad de mi bolso blanco tamaño carpa de circo. La pantalla me mostró un número no inscrito en mi listín. El corazón me brincó en el pecho, cosa que no me ocurría desde aquellas mis primeras citas con Julio. Con una sonrisa temblorosa en los labios le di a aceptar la llamada.

—¿Sí?

—No pensaba que lo fueras a coger.

—¿Y por qué me llamas?

—Para memorizarlo en mi móvil antes de que se me vaya de la cabeza.

—Ah, vale. —Mi voz sonó más entusiasta de lo que hubiera querido.

—Tengo que decirte que en mi vida he visto una mujer a la que le quedan tan bien los vaqueros como a ti.

Sonreía como una tonta mientras me rascaba la nuca y me ponía de espaldas a mis amigas. No quería que vieran la cara de lela que, probablemente, tenía en aquel momento.

—Eso es porque eres muy joven y no has visto a muchas mujeres en tu corta vida —le repliqué con retintín.

—Te equivocas, Merche, puede que sea muy joven, pero he visto muchas mujeres, y tu culo es fantástico, aunque seas un poco *viejuna*.

Sonreí de nuevo, y no sé por qué. Me acababa de llamar vieja, pero me había gustado el tono de su voz al decirlo. Una mezcla seductora y gamberra que ponía mi corazón a bombear sangre por un tubo.

—Pues bonito, acabas de fastidiarla conmigo.

—Pero qué mentirosa eres, Merche. A partir de ahora, te llamaré «*Mentirosa*».

—No habrá un «a partir de ahora».

—*Mentirosa, Mentirosa*.

—No miento.

—¿Y por qué sonríes?

Pues iba a ser verdad que sí era vidente, porque sonreía y, además, mucho.

—No lo hago.

—¿Lo ves? Eres una mentirosa de la cabeza a los pies, pero sigues de suerte; las mentirosas me ponen mogollón.

—Vaya, pues sí que es una suerte, contigo me ha tocado la lotería.

—Eso todavía no lo sabes, pero lo sabrás —dijo muy seguro de sí—; te ha tocado el Gordo conmigo.

—¿Pretendes seducirme insinuándome metafóricamente el tamaño de tus atributos o algo así?

—No.

—¿Entonces?

—No lo pretendo; eso ya lo he conseguido.

—Eres un poco engreído para ser tan joven, ¿no crees?

—Puede que lo sea, pero sé que te gusta, y que estás deseando que te llame para quedar.

—No es verdad.

Soltó una sonora carcajada.

—Ay —suspiró—, te va a crecer la nariz como a Pinocho. Bueno,

Mentirosa, tengo que dejarte, queda una hora para el cierre y tengo que ir recogiendo.

—Está bien, adiós —me despedí, y luego añadí por si las moscas—: Y no me llames.

Durante unos segundos permaneció en silencio. Demasiado largos se me hicieron mientras esperaba impaciente su ingeniosa réplica.

—Vale, no lo haré.

—Está bien —dije y mi voz sonó contrariada, no pude ocultarlo.

—¿Decepcionada?

—No, ¿por qué iba a estarlo?

—Porque ahora ya no sonrías.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Levanta los ojos y mira al frente.

Hice lo que me pedía, y lo vi al otro lado de la calle, de pie, recostado contra la fachada de La Altramuza, mirando en mi dirección con una sonrisa apabullante pintada en su boca de chico guapo. Sin apartar el móvil de su oreja, levantó la mano y me saludó.

Yo hice lo mismo y, mientras se daba la vuelta y se metía en la cervecería, intuí que si aceptaba quedar con Israel estaría entrando por la puerta grande en el club de Demi Moore, mujer a la que adoro desde que protagonizó *Ghost*, y más aún desde que se llevó al altar, por no decir «cama», al chulapo al cuadrado de Ashton Kutcher. Igual era el momento de vivir mi era de despiporre sexual, el Merche *power*. Tras una ruptura, todo el mundo pasa por esa época loca que vivieron mis amigas antes de encontrar su estabilidad sentimental y, si la búsqueda del amor estaba siendo tan complicada, la opción de regar el berberecho no estaba del todo mal.

Tres días más tarde, me encontraba enfurruñada, igual que Pocahontas, mirando el móvil como si me debiera algo. De hecho, me lo debía: la llamada de Israel no llegaba, y el tiempo transcurrido desde el domingo hasta el miércoles se me había hecho eterno, y eso que la actividad de mi perfil en Emparéjame iba *in crescendo*. Cada hora me encontraba nuevos «Cómo molas» o «Toques» que me llegaban a emocionar; al menos no era una paria social, pero no me decidía a responder a los guiños de mis posibles pretendientes. Ricardito y Carlos habían hecho mucho daño en mi seguridad inicial y, además, estaba lo de Israel. No había podido dejar de pensar en él, y no entendía por qué no podía dejar de hacerlo. Tan pronto como su sonrisa de cabroncete engreído se instalaba en mi mente, trataba de apartarla, diciéndome que ese chiquillo no era para mí, pero no podía evitarlo, y cada vez que dejaba de tener la mente ocupada en mis quehaceres diarios, me encontraba de repente sonriendo como una boba, pensando en él y realizándole un análisis exhaustivo a nuestro frugal coqueteo.

Salí de mi despacho y me encontré a Bárbara charlando con Susana, que a juzgar por sus voces, no estaba muy contenta con algo. Aunque conociéndola, seguramente estaría en completo desacuerdo con alguna ley laboral o punto de su convenio regulador de contables, puesto que ocupaba en mi empresa.

—¿Ocurre algo?

—Esa tipa que conocí en la *app* es una delincuente. Se lo estaba diciendo a Bárbara para que hagas algo al respecto, Merche. No sé cómo dejas que gentuza así se inscriba libremente.

—¿Una delincuente? Eso será una comparación superlativa, ¿verdad? —le sonreí tratando de quitarle hierro al asunto—, pero lo siento mucho, de verdad. Como bien sabrás no puedo inmiscuirme en las vidas de las personas que cumplimentan los perfiles de la aplicación, en ese caso la delincuente sería yo. Y si fuera capaz de calarlos solo viendo su careto y cuatro datos personales, ya nos habría llamado la policía científica para comprarnos la aplicación y usarla en sus investigaciones criminales.

—Quiero que me devolváis mis diez euros.

—Es gratis para los empleados, no has pagado nada por usar la aplicación —dijo Bárbara haciendo aspavientos con los brazos.

—El contrato dice que si a la tercera cita no encuentras una pareja, te devuelven el dinero. Y vale que no he pagado, pero en mi perfil es como si lo hubiera hecho —dijo dignamente Susana agarrando su pin de la República y

recolocándose la solapa de su chaqueta verde militar.

—No voy a darte diez euros porque no los has abonado, pero quiero que me cuentes qué sucedió para ver de qué manera solucionar ese mal rato que pasaste y que nos estás haciendo pasar ahora mismo. Estoy segura de que no fue para tanto.

Susana era una revolucionaria nata y una contable excelente que se implicaba mucho en el trabajo, pero solía montar sentadas y repartir propaganda reivindicativa por cualquier cosa que no entrara en su filosofía de vida.

—¿Que no será para tanto? —Empezó a resoplar poniéndose más roja que un pimiento morrón.

—Bueno, ¿qué pasó? —Me armé de paciencia y tomé asiento a su lado.

—Nada más presentarnos, me preguntó si yo no era una de esas locas que investigan los antecedentes penales de sus citas. Pensé que iba de broma y hasta me reí. Pero de broma, nada —dijo a punto de darle un ataque de ansiedad.

Susana pasó a relatarnos como la cena había discurrido con normalidad, y que aquella chica incluso le había llegado a gustar. «Era muy maja y tenía una sonrisa muy bonita, si no tenías en cuenta que le faltaba una muela», comentó suspirando. Por eso, cuando le sugirió ir a tomar una copa al bar de unos amigos, ella no tuvo reparo y accedió a subir a su coche. A partir de ahí, comenzó el calvario. Lo primero que le llamó la atención fue que no usó una llave para ponerlo en marcha. Según le dijo, la había perdido, pero gracias que sabía hacer puentes.

—¡Ahí es cuando tenía que haberme marchado! —gritó sobresaltándonos a las dos—, pero es que era tan maja, y yo hace tiempo que no le doy vida al... —bajó los ojos a su entrepierna—... al *lerele*.

Bárbara y yo asentimos comprensivas. Claro, darle vida al *lerele* era más que un motivo de peso para pasar por alto que su cita supiera hacer puentes. Prosiguió entonces con algo que definió como el «rally de Montecarlo» de su vida. Corría mucho y, en varias ocasiones, se saltó algunos semáforos en rojo, pero como ella le sonreía y le aseguraba que no pasaba *naaa*, que era mucho más divertido así, ella que, por lo visto, quería tener contento al *lerele* aunque fuera en un camastro de la UCI, siguió haciendo la vista gorda ante tal indefendible conducción.

Cuando llegaron al bar de tales amigos, se encontró que aquello no era más que un tugurio que olía a culo de viejo, y las amigas y amigos de su cita

no eran otros más que el barman (que si dejamos a un lado la imagen de Tom Cruise en *Cocktail*, la traducción textual del vocablo es: un señor tras una barra y punto), con un delantal de la bandera del orgullo gay impresa y más manchurroneos que la cara de Julio Iglesias, y una colega suya que no había visto el agua en muchas semanas, tanto en su versión «ducha» como en la versión «vaso». Susana la apodó desde entonces como *la Peloaceite*. Su cita, que era muy detallista, pese a tener unos amigos de indudable higiene corporal, le pidió un *gin- tonic* especial y la sentó con una complaciente sonrisa a una mesa mientras ella resolvía unos asuntillos. Directamente, se puso a trapichear delante de sus narices, sacando de su cazadora lo que parecía ser una piedra de perico más grande que la de *Rosetta*.

—¿Ahí decidiste irte? —le pregunté escandalizada posándole la mano encima del brazo; realmente tuvo que ser horrible.

—A punto estaba, Merche. A punto... pero no me dio tiempo. No había hecho más que sacar el móvil para llamar a un taxi, cuando la Policía Nacional irrumpió con una manada de perros adiestrados, que vinieron directamente hacia mí como si yo fuese una mula y llevase un cargamento de drogas en mi recto.

—¡No! —exclamamos Bárbara y yo, llevándonos las manos a las bocas abiertas.

—¡Sí! —respondió la pobre con los ojos llorosos, y ver a llorar a Susi era algo tan conmovedor como insólito.

—Supongo que te dejarían ir tan pronto vieron que no tenías nada que ver —recelé, ya temiéndome lo peor.

—Pues supones mal, tras cachearme por fuera —aquí hizo una pausa dramática— y también por dentroooooo. —Explotó a llorar y yo le pasé mi pañuelo de papel de emergencias, que siempre guardo en el bolsillo derecho de mi pantalón. Se sonó los mocos a conciencia, y entre hipidos y sollozos prosiguió a duras penas—. Me tuvieron retenida en ese «barucho» de mala muerte durante más de cuatro horas, mientras registraban a fondo el local. No se dejaron ni una pieza del mobiliario por desmontar, y hasta trincharon los pegajosos asientos de escay de todas las sillas. Luego me detuvieron como a una vulgar delincuente, me ficharon y me tuvieron encarcelada hasta que un abogado de oficio vino a sacarme, pero eso ya no fue hasta el sábado por la mañana. Tuve que dormir en una celda acompañada de... de... de no tenéis ni idea, ni idea, ni ideeeaaa. —Terminó de relatar llorando tremendamente desconsolada—. ¡¿A míiii?, que dedico mi vida a defender los atropellos

legales de la gente, que lo máximo que he hecho es jugarme el tipo en manifestaciones por los derechos humanos de los civiles!

—Anda, Bárbara, tráele un vaso de agua a Susi.

—Gracias —balbuceó enjugándose las lágrimas.

—Dios mío, Susi, lo siento de verdad. Es terrible todo lo que nos has contado, y me sabe fatal que el sistema haya fallado tanto contigo. Hablaré ahora mismo con Carla para ver qué podemos hacer al respecto.

—Más lo siento yo.

—Como tú comprenderás, no pedimos a las personas que se registran ningún test previo ni un informe compulsado de antecedentes penales, básicamente damos por sentado que no los tienen. Y tal y como has dicho, emm...

—Maldita sea, no recordaba el nombre de su cita—... emm...

—Cristina —Bárbara me hizo el apunte.

—Bueno, pues Cristina —proseguí en mi alegato—, como has dicho, en principio tenía pinta de ser muy maja, ¿verdad?

—¡Pero no lo era! —me contradijo disgustada limpiándose las lágrimas con las manos.

—No, no lo era, y por supuesto vamos a poner cartas en el asunto. Además, te voy a dar diez euros para que te compres alguna de esas chapas de héroes de la historia que tanto te gustan y te voy a invitar a comer donde tú quieras y luego nos iremos las tres de tardeo. —Le lancé una mirada a Bárbara en señal de advertencia, sabía que el plan de comer y tomar copas con Susana no le apetecía nada—. Podemos ir a un local de ambiente y ayudarte a conocer a alguien en vivo y en directo. Me provoca gran inquietud que no le des vidilla al *lerele* y creo que ese nivel de ansiedad es debido en parte a eso. Lo sé por propia experiencia. —Susana asintió. Bárbara asintió. Yo asentí—. Además, te pagaré cualquier gasto extra que te haya podido ocasionar esa lamentable cita, como, por ejemplo, ese flequillo que llevas como hecho con un hacha, no entiendo por qué tuvieron que cortarte el pelo así para entrar en la cárcel.

—Nadie me cortó el pelo en comisaría, me lo hice en la peluquería de mi amiga Raquel —dijo con el ceño fruncido.

—Vale —asentí tragando saliva—. Pues, a decir verdad, te queda genial, ¿verdad, Bárbara? ¿No me enseñaste hace unas semanas un corte igual en las tendencias de *Bella Spagnole*? —Miré a mi amiga para que me echara un cable.

—Por supuesto, es que Merche está un poco chapada a la antigua, ¿no ves

cómo viste?

Le di un puntapié por debajo de la mesa por ese comentario tan malintencionado sobre mi vestuario, pero Susi volvió a asentir más calmada.

—Y sobra decir que vamos a dar de baja a esa criminal de nuestra base de datos inmediatamente. Inmediatamente —repetí para que quedase bien claro, llamando seguidamente a Carla para darle la orden sin que esta entendiera nada al otro lado.

Tras marcharse Susana cargada con la posibilidad de montar una sentada con pancarta en la puerta de Pinkxel Solutions por estafa emocional, me entretuve un buen rato comprobando unos cuantos perfiles en la aplicación, hombres y mujeres, aquí no se salvaba nadie; pero, por mucho que inspeccionara la información recabada, por mucho que tratara de analizar sus rostros, por mucho que intentara leer sus mentes a través de la pantalla, era incapaz de dilucidar cuál podría ser un delincuente, un trastornado, un tarado o, tal vez, un aprendiz de psicópata. Era imposible saberlo. Desesperanzada, dejé caer la cabeza hacia delante y comencé a golpear la frente rítmicamente contra la mesa. Mi imperio celestino se desmoronaría si seguía defraudando a gente. Yo misma había sido víctima de mi herramienta amatoria, y por partida doble. Y si eso pasaba, yo me hundiría con él.

Cinco minutos después, mi móvil sonó y dejé de autofustigarme los sesos. Me había provocado una migraña y encima mi madre me llamaba para torturarme un poco más. Seguro. Paquita no solía llamarme, por el mismo motivo que no la llamaba yo: siempre terminábamos discutiendo por cualquier nimiedad. No me apetecía hablar con ella, todavía seguía haciéndome cruces con todo lo sucedido con mi contable. Me sentía una mala persona: estaba enviando personas normales a sufrir citas de infierno con perturbados, delincuentes y gente que no conocía ni de lejos el concepto «aseo personal».

Con muy pocas ganas, acepté la llamada cuando vi que, tras diez tonos, la mujer no desistía en su empeño de charlar conmigo.

—Hola, mamá.

—¿Hola, mamá? ¿Es que no recuerdas que tienes madre? —me increpó, y yo, de inmediato, empecé a darle vueltas a si me había olvidado de alguna fecha importante.

Me puse en pie y caminé hacia la puerta para cerrarla.

—¿Qué pasa, mamá?

—Que solo te acuerdas de que tienes madre cuando necesitas algo.

—Eso no es verdad, ¿a qué viene esto ahora?

—Pues que nunca me llamas.

—Ni tú a mí —me cabreé.

—Pero yo soy tu madre y me hago mayor.

—Tú nunca serás mayor —dije tratando de atemperar su mal humor.

—Ahora no me hagas la pelota.

—No te la hago, mamá. ¿Necesitas algo?

—Hablar contigo, ¿te parece poco?

—Bien, pues ya estamos hablando. ¿Hay algo que me quieras contar?

—No, ¿y tú?

—Tampoco. Verás, mamá, no es un buen momento.

—Nunca es un buen momento, Merche. Nunca es un buen momento. Nunca.

Y colgó, dejándome con cara de pasmada.

Salí de mi despacho y corrí a abrazarme a Bárbara.

—Hija mía de mi vida, qué mal estás —dijo acariciándome la espalda—. ¿Esto es por lo de Susana?

—En parte. Es todo. Todo me va mal, Bárbara. ¿Qué me pasa?

Mi amiga me miró con cariño, y por una vez dejó a un lado su habitual cinismo (seguramente pensando que si estar forrada como yo lo estaba era todo lo que iba mal, que no tenía más que mirar a mi alrededor y me retractaría de esa afirmación tan absurda), y me abrazó con fuerza, me besó la mejilla, conectora de que ese «Todo me va mal» era solo una frase hecha y que solo había una única cosa que no funcionaba en mi vida: la soledad de mi corazón y mi alcoba.

—No te pasa nada, Merche. Eres perfecta. Salvo ese color de uñas, es espantoso.

A las dos, Susana se plantó en mi despacho para salir a comer, algo que había olvidado por completo debido al trabajo acumulado y a las mil llamadas que tuve que hacer esa mañana. Pero se lo había prometido y, de no hacerlo, podría provocar de nuevo una sentada de *perroflautas* aleccionados por mi contable durante un par de días y, a decir verdad, no era la mejor imagen que puede dar una empresa seria.

—¿Podemos ir a un vegano? Mi amiga Serendipity tiene uno en la paralela de la calle Castaños —preguntó Susana.

—Podemos ir adonde quieras. ¿De verdad se llama así tu amiga?

—Es el nombre de su alma. —No quiso darme más detalles, seguramente pensando que mi mente caciquista y capitalista no lo entendería.

—Bien, puedes ir bajando. Yo recojo unas cosas, aviso a Bárbara y nos

vamos.

—¿Ella también viene?

—Sí, ¿te importa?

—Bah, no me importa. —Dio media vuelta y salió en plan ofendida.

Antes de reunirnos en la calle con Susana, revisé mis *mails* y en mi bandeja de entrada apareció, tras la actualización, un correo del Canal Pato donde me informaban de que había sido seleccionada para el programa *First Dates*, y que en pocos días se pondrían en contacto conmigo para darme todas las instrucciones. Al parecer las Pipis se habían pasado por el forro mi negativa y, aprovechando mi ausencia por emergencia fisiológica, me habían inscrito a traición a través de la web. Pero qué petardas, estaban locas si se pensaban que yo, Mercedes Esteban, iba a ir a ese programa a exhibirme en público. Estaba a punto de explicárselo a Bárbara tan pronto me la encontré en la recepción pero su cara de perro me desvió el pensamiento.

—¿Qué te duele?

—Nada, pero sabes que Susana me aburre con su dialéctica inteligente.

—No te quejes, vamos a comer y de copas, no a un entierro, y, además, corre de mi cuenta, así que trata de disfrutar.

—¿En serio? Esto no está *pagao*, no está *pagao*...

—Ya verás qué bien lo vamos a pasar. —Tiré de su brazo con rumbo a la puerta.

Y así fue, lo que había empezado como una comida por compromiso se convirtió en una de las tardes más divertidas de mi vida. Serendipity no solo era una espectacular cocinera vegana, sino que, además, leía auras. Y, por lo visto, la mía era marrón, cosa en la que Bárbara tuvo mucho que ver. La lectora de almas vegana no se acababa de decidir entre el morado y el marrón, y tras escuchar con interés su visión de *personal shopper*, lo tuvo claro secundando su teoría.

—Necesitas salir de ese estado emocional que a veces te agría el carácter, pero no solo debes pasar página, Mercedes, lo que necesitas es cerrar el libro y abrir uno nuevo con las páginas en blanco, te mereces renacer y encontrar de nuevo tu camino. El abandono nunca puede suponer otro abandono a nivel psíquico: sal, vive, diviértete. Y haz caso a tu amiga y cambia el color de tu vestuario, la cromoterapia está científicamente probada, y ya los antiguos griegos la utilizaban. Si te dejas llevar un poco, pronto tendrás el aura de color naranja y posteriormente roja. Eres una mujer altamente sexual, Mercedes, haz caso a las señales de tu corazón.

Tras varios brindis con un licor de hierbas que destilaba ella misma, oír cantar tres veces a Susana *La internacional* y escuchar los consejos de moda de Bárbara, que incluso interesaron a Serendipity (que llevaba el pelo cano extralargo y más arrugas en la cara que el medio limón disecado de mi nevera), nos marchamos por el barrio en busca de algún lugar con ambiente un miércoles por la tarde. Y lo encontramos. Había vivido en esta ciudad toda mi vida y todavía no la había descubierto en toda su plenitud, y mucho menos los últimos años en los que una gran variedad de garitos para todos los gustos y tribus urbanas habían florecido sin yo darme cuenta. ¿Qué me había hecho a mí misma? Tenía el aura marrón, ¡por el amor de Dios! Eso era lo peor que le podía pasar a una persona antes de que se le volviera negra. Me había abandonado tanto, que había dejado casi morir mi aura en vida. ¿La gente podía verme andar por la calle con aquella estela de color caca acompañándome a todos lados? Debía cambiarla, la necesitaba naranja o directamente roja. Y mi *lerele* también estaba entrando en estado histérico, escondido entre mis anodinos pantalones color ciénaga y mis bragas de abuela.

Entre bailes, risas, alguna caída desde la tarima, un conato de vómito y *tuerquing* con algún que otro empresario de la zona, que se sorprendió de verme por allí, se nos hicieron las tres de la madrugada. Las horas se me pasaron volando. Aquella tarde-noche me divertí de verdad, como hacía tiempo, como no recordaba ya. Y estaba impaciente por abrir mi nuevo libro y llenar sus páginas de tangas sexis, ropa nueva de colores, perfume de larga duración, tintes labiales coreanos y mucho más... Pero todo cambio tiene un proceso y fue entonces la primera vez que estuve segura, al cien por cien, de que lo podría conseguir. Lo iba a conseguir.

Entré en aquel restaurante que de noche en noche había visto a través de mi televisor, y Carlos Sobera, el presentador de *First Dates*, vino de inmediato a recibirme con una afectuosa sonrisa y dos besos cargados de buen rollo.

—Bienvenida, Mercedes.

—Hola, Carlos, gracias —dije mirando a todos lados cegada por el brillo del foco.

—Ven conmigo, tu acompañante estará al caer.

—Estupendo —respondí siguiéndolo hasta la barra.

—¿Quieres tomar algo mientras le esperamos?

—Sí, por favor, un vino blanco me vendría genial —respondí con el corazón desbocado.

En qué mala hora me había dejado embaucar por las perras de las que decían llamarse mis amigas y aceptar venir al programa revelación del Canal Pato, pero aquello formaba parte de mi nuevo libro y tenía que hacerlo. Un par de días después de recibir aquel *mail*, una señorita muy amable me llamó para explicarme cómo funcionaba todo y lo que tenía que hacer para participar. Tras enviarles el sábado un vídeo de presentación que grabé con mi móvil con la ayuda de Bárbara y rellenar innumerables cuestionarios, me llamaron a los tres días para decirme que tenían al candidato ideal y que tenía que personarme el jueves en Madrid a primera hora, toda una urgencia, teniendo en cuenta que era martes. Y allí estaba, siendo poseída por el dios salvaje de los nervios, en plan incógnito con una ridícula peluca castaña, que a saber de dónde la había sacado Bárbara, para la presentación. Llegó aquella mañana a la oficina arrastrando su *trolley* y la peluca envuelta en una malla, asegurando que era de cabello natural y que nadie notaría nada. Me dejé convencer porque no podía presentarme con mi aspecto habitual y que la gente me reconociera; sería toda una incongruencia. Traté de rascarme la nuca, pero solo me encontré un matojo de pelo que no era mío. Respiré hondo e intenté dejarme llevar. «Relájate», me dije.

—¿A qué te dedicas?

—Tengo una empresa —respondí, sabiendo que mi respuesta era un tanto ambigua, pero no quería dar muchos detalles sobre mi persona, y deseaba, rezaba en silencio, que el cambio de *look* radical de Bárbara me hubiera dejado lo suficientemente desconocida para que nadie de mi entorno pudiera reconocerme. Confiaba en ello. Desde luego, la peluca a lo Emma Stone me quedaba divina. Esta vez, mi amiga había sabido darme el punto de mujer

atractiva e inteligente que necesitaba para sentirme segura. Pero lejos de sentirme así, me sentía más atacada que un gato haciendo funambulismo sobre una piscina.

—¿Una empresa? —quiso profundizar Carlos con su sonrisa embaucadora.

—Sí, de colocación.

—¿Y qué colocas, Mercedes?

Maldito Carlos Sobera, ¿por qué tenía que ser tan cotilla?

—De colocación de alfombras —improvisé.

—¿Alfombras? —preguntó, entregándome la copa de vino—. ¿Has dicho «alfombras»?

—Y moquetas.

Le di un buen sorbo a la copa; un poquito de alcohol me vendría de perlas para templarme los nervios.

—¿Moquetas? —Carlos soltó una soberana carcajada.

—Así es.

—Pensaba que las moquetas estaban obsoletas.

—Nooo, qué va, en Alicante, con tanto jubilado británico son un top ventas. No te lo puedes ni imaginar, Carlos.

—No, no puedo imaginármelo. Siempre he pensado que las moquetas son un nido de ácaros.

—Es un negocio en auge —apunté, aun sabiendo que había metido la pata.

—Muy bien, Mercedes, me alegro por ti, pero hoy has venido a conocer a un hombre, ¿qué esperas encontrar?

—No lo sé, la verdad, no fue idea mía el enrolarme en esta locura.

—¿Piensas que *First Dates* es una locura?

—No diría tanto, pero no entraba en mis planes venir.

—Entonces ¿por qué has venido? —preguntó con ese tono de voz que siempre usaba para decir: «¿Quiere usted ser millonario?»

—No me importaría ser millonaria.

—¿Qué? —Me miró divertido—. Creo que te has equivocado de programa, Mercedes.

—Perdona, se me ha ido la pinza. ¿Esto sale? —le susurré angustiada, estaba haciendo el ridículo, quién me mandaba a mí venirme a Madrid a conocer a un hombre en un *dating show*.

—Luego se edita, no te preocupes —me tranquilizó con una sonrisa.

—Está bien, he venido porque mis amigas pensaron que sería una buena idea, pero te aseguro que me estoy arrepintiendo por momentos —respondí,

atusándome nerviosa la falsa melena.

—Mira, Mercedes, ya está aquí tu cita —anunció Carlos, con su sonrisa retadora, que no parecía abandonarle nunca. Yo, presa de los nervios, sentí como si una mano gigante me apretujara el estómago, porque aunque consideraba que todo aquello era una locura, cabía una mínima posibilidad de estar a un paso de conocer al hombre de mi vida.

Me volví y tuve que levantar el mentón, y ojo que soy alta, porque mi cita a ciegas me sacaba más de un palmo. Me quedé casi sin respiración, mientras lo veía aproximarse con ese andar elegante de hombros espigados y espalda recta que tenía. Una media onda de pelo castaño oscuro le acariciaba la frente y una sonrisa de anuncio de dentífricos engalanaba su atractivo rostro afeitado para la ocasión, dejando a la vista un poderoso y cuadrado mentón, que ya le gustaría a Colin Firth.

—Mercedes, te presento a Gillon.

¿Qué había dicho? ¿Cómo leches se llamaba? ¿*Gailan*?

—Hola, encantada de conocerte, *Gailan*.

—No, Gal-lan, no. Gil-lon —recalcó con un fuerte acento británico que retumbó maravillosamente en mis oídos.

Sintiendo que me estaban evaluando en un examen oral, probé de nuevo a ver si esta vez sacaba buena nota.

—*Gaelon*.

—No, *Gal-lon*. *Gil-lon* —remarcó de nuevo el inglés con una sonrisa maravillosa.

—Pero ¿eso es un nombre o un insulto?

Carlos Sobera me miraba divertido. Vaya forma de empezar la cita, ¿verdad? De acuerdo, fui una imbécil preguntándole eso, pero estaba nerviosa, no sabía ya ni por dónde salir. Temí que a Gallon pudiera molestarle mi patético sentido del humor, pero estalló en una carcajada.

—*Errues* ideal, *maggnífica*, *pergfecta* —exclamó, y yo a partir de entonces ya no escuché nada más y comencé a dibujar con mis pensamientos un romance de regencia que haría suspirar a la más siesa. Estaba abducida por esa sonrisa de anuncio, por esos ojos azules infinitos, por esa nariz poderosa y levemente desviada en el puente y por ese cabello tupido ondulado en la cresta.

Un hombre divino me consideraba ideal, *maggnífica*, *pegfecta*, ¿qué más daba que tuviera un nombre estúpido y que yo fuera incapaz de pronunciarlo? Podría acostumbrarme a eso y, además, tampoco tenía por qué aprender a

decirlo correctamente, para eso existían los cariñitos: bombón, pilón, piñón, ¿peñón? ¿Gibraltar? ¡Gibraltar, español!, todo vale en las relaciones de pareja, incluso en los conflictos internacionales. Yo siempre fui el «algodón de azúcar» de Julio, y me encantaba ese apelativo cariñoso tan naif, hasta que empezó a susurrárselo, zalamero, a otra mujer. Entonces comencé a odiarlo, tanto que cuando veía puestos en la feria empezaba a tribular desastres naturales que acabasen con todas las cosechas de remolacha azucarera del mundo.

—Bueno, veo que habéis congeniado, y es que siempre hay un roto para un descosido —comentó Carlos.

Seguimos a Carlos hasta una mesa situada justo en el centro del salón y miré a mi alrededor todavía nerviosa. El restaurante estaba repleto de parejas de lo más variopinto: una de metrosexuales, otra de góticos, una de lesbianas, una del Imsero, dos de gais, una de obesos, y nosotros dos: el hombre divino extranjero de nombre impronunciable y la impostora del amor con peluca de *cosplay*.

—*Mersedes*, he de *desirte* que tienes un *look magnífica*.

Empezábamos bien. Por lo visto, la maldita peluca seguía en su sitio aunque me estuviera sudando cada poro capilar del cuero cabelludo y, por ende, mi acompañante todavía no se había percatado de que mi pelo era más falso que el de una muñeca de los chinos.

Me llevé las manos a la cabeza para recolocármela y tratar de mitigar un poco el picor que me provocaba a riesgo de parecer una piojosa.

—Siempre me han gustado las damas con el *pelado* largo —prosiguió con una sonrisa seductora.

Lo miré dudando de si se refería a «pelado» como peinado o, por el contrario, se refería a otro tipo de pelados, pero no era momento de llevarle la contraria y yo, sin duda, era toda una dama, así que le dije:

—Tienes toda la razón.

—¿Te encuentras bien? —preguntó mirando extrañado cómo me masajeara la nuca a punto de alcanzar el nirvana.

—Estoy magnífica.

Sonrió complacido mientras yo terminaba de atusarme todas aquellas greñas.

—¿Quieres tomar vino?

—Sí, por favor.

Levantó la mano y con un gesto muy estudiado (y que solo sabe hacer con

talante la gente de dinero), le hizo una seña a la camarera que, sonriente, se acercó para entregarnos las cartas.

—*Donsella*, si es tan amable, ¿podría servirnos una copa de...? —se interrumpió para pedirme opinión—, ¿te gusta el vino rojo, *Mersedes*?

Asentí, pensando que la palabra «*doncella*» era un poco arcaica, pero no iba a andarme ahora con absurdos remilgos: mejor *doncella* que no moza y, visto los finos modales de Gallon, se lo podía perdonar. Además, era extranjero y todo un caballero.

—Magnífico, tráiganos una botella de Pingos, da igual el *cultivado*, todos son magníficos.

¿Un Pingos? Por lo que yo sabía (bien poco, la verdad), ninguna botella de esa marca bajaba de los mil euros y aunque pudiera permitirme gastar esa indecente cantidad de dinero en un zumo de uva, yo era de las que prefería invertir en cosas verdaderamente importantes. Así que esperaba que, fiel a su innata cortesía, Gallon se hiciese cargo de la cuenta, porque yo, los cien euros que me habían dado los del programa tenía pensado entregárselos a Jerónimo, para que pudiera pagar unas medicinas que le habían recetado a su hija y que suponían un verdadero agravio a su economía.

—Me parece que no tenemos ese vino en la carta —comentó la camarera con deferencia.

—Pero es posible que lo tengan en la bodega, ¿por qué no va usted a mirar? —insistió con su sonrisa irresistible de dientes blancos más alineados que un código de barras.

—Está bien, iré a ver.

La camarera se marchó.

—Estos *jóvenes* de hoy día son todos unos *petulantos* —dijo con los ojos en blanco—, ¿por dónde vamos, *Mersedes*?

—Llámame Merche. Todos mis amigos me llaman así.

—*Mergie* —repitió como el culo—. Tú a mí puedes llamarte Gil·lon. Todos mis amigos me llaman así. —Se rio entre dientes como si hubiera contado un chiste.

Genial. Gil·lon.

—Por lo de los *pelados*, que no te gustan las mujeres con *pelados* cortos.

Negó con la cabeza con total desaprobación.

—Me parece que la belleza femenina se demuestra por la longitud de su *pelado*, no hay nada como sentirlo entre los dedos. *Mergie*, ¿tú sabes dónde las mujeres tienen el pelo más *risado*?

Genial, ahora una adivinanza.

—En el pubis. —Probé suerte.

—¿Pubis? ¿Qué país es Pubis?

—No es ningún país. Te estoy respondiendo a tu pregunta y a tu filia por los *pelados* largos en los pubis femeninos.

—Ah... —dijo como si hubiera resuelto un gran misterio—. ¿Pubis? —repitió para sí, buscando el significado de la palabra en su diccionario mental, luego me miró—. Yo no comprender, ¿qué es «pubis»?

¿A ver cómo le decía yo a Gillon de una forma delicada qué era «pubis»?

—El pubis es la zona. —Le hice un triángulo con las manos que apuntaban a dicha zona.

Miró extrañado hacia abajo y sus cejas se crisparon al comprender.

—Dios santo, pero ¡qué barbaridad! —gritó tan alto que algunas de las parejas se volvieron a mirar—. Eso es una absoluta grosería, *Mergie*.

—Lo siento, me he confundido, dado el matiz de la conversación, pensaba que te referías al vello púbico.

—Pero ¿cómo se te ocurre? Yo estoy conversando todo el tiempo de los *pelados*. —Se señaló la cabeza ofendidísimo—. Nunca conversaría con una dama de algo tan grosero en nuestra primera cita.

—A mí me ha parecido divertido. Muy original, sobre todo por lo que has dicho que es maravilloso sentirlo entre los dedos. Nunca nadie ha querido cepillarme el felpudo con sus falanges.

—¿En serio? —Me miró extrañado.

No sé yo si Gillon me había entendido bien.

Asentí.

—De lo más original. —Me reí.

—Mi español no es muy bueno.

—¿Qué dices? Lo hablas estupendamente para llevar tan poco tiempo viviendo en España.

—Pero yo no vivo en España, *Mergie*.

Ahora la que puso cara de extrañeza fui yo.

—¿No? ¿Y dónde vives?

—Vivo en Londres.

—¿Y por qué buscas pareja en un programa español?

—Mi deseo es vivir en España, y me *complacería* encontrar muy pronto una esposa española que me enseñe las *costumbres* de aquí, por eso me inscribí en este famoso *dating show*.

—¿Una esposa? ¿Querrás decir una novia, una amiga, una...?

—No, no, una esposa —se ratificó con seriedad. Su tono no admitía réplica alguna—. Quiero casarme cuanto antes.

He aquí un hombre apuesto, agradable, educado, un auténtico *gentleman*, un sueño para cualquier mujer y, encima, quería desposarse con una mujer española. Me sentía como una damisela de una de las novelas de Jane Austen o las hermanas Brontë. Este hombre tenía que ser mío.

—Pues qué suerte que me hayas encontrado a mí, yo siempre he querido casarme con un caballero inglés como tú —le dije medio en broma.

Sus ojos brillaron emocionadísimos.

—Eres magnífica, *Mergie*. Cuando te he visto, he pensado: esta dama no puede tener *defectas*.

Sonreí complacida por sus palabras halagadoras.

—Pero me equivocaba, me complace ver que no es así —prosiguió, y la sonrisa se me cayó a los pies—. No, *queurida*, no lo pienses mal, intuía que yo no estaría a la altura de una dama como tú.

De nuevo, sonreí.

—Pero ahora me doy cuenta de que he sido un tonto al pensar que no. Tú y yo estamos hechos el uno para el otro —concluyó mirándome fijamente.

El resto de la cena discurrió con absoluto placer. Gillon era cardiólogo y, por lo visto, de los buenos. Y pese a que vivía en Londres desde hacía unos veinte años, procedía de Colintong, un pueblecito cerca de Edimburgo, que por lo que describió del mismo debía de ser encantador. Aunque era un auténtico *highlander*, su acento se había vuelto muy inglés debido a su afincamiento en Londres. Había pasado de ser un Henry Mackenzie a ser una Jane Austen androgénica. Era un encanto. Sus palabras almidonadas de acento británico me recorrían exquisitamente el cuerpo, abrumando mis sentidos, a la par que el vino tinto (al final no fue un Pingos), que me iba reponiendo conforme se me vaciaba la copa.

Estábamos terminando el postre, cuando Gillon se me quedó mirando a los ojos. Prendado. Había embeleso en su mirada, amorosa y feliz, y yo lo miré, sintiendo que por fin había encontrado un hombre decente y con la cabeza bien amueblada que podría ser mi media naranja. Levantó su copa hacia mí y yo alcé la mía hacia él y la hice chocar con la suya con solemnidad.

—*Queurida*, ahora ya puedo *desirte* así, ¿quieres desposarte conmigo?

What? What is the question?!!!

Confundida, miré hacia los lados esperando que la canción de *Inocente*,

Inocente atronase por el hilo musical, pero en su lugar, comenzó a sonar, delicada, la *Marcha nupcial* de Mendelssohn. No podía ser cierto. Esto era un sueño hecho realidad. Lo más parecido a Colin Firth que había tenido cerca en mi vida me acababa de pedir matrimonio en la televisión nacional.

¿Y yo qué iba a responder? Me encontraba en la tesitura más grande de mi vida. Por un lado, podía decir que no y dejar a Gillon con cara de besugo ante miles de espectadores cuando el programa fuera emitido un mes más tarde o, por el contrario, podía decir que sí y probar a arriesgarme. ¿Qué podía perder? Las palabras de Serendipity retumbaron en mi cabeza: «Te mereces renacer y encontrar de nuevo tu camino: sal, vive, diviértete.» No le di muchas más vueltas, ese recuerdo me dio el empuje necesario para dejar de devanarme los sesos; total, si luego todo aquello salía rana, para eso estaban los divorcios exprés.

Asentí tímidamente al principio, y mi caballero inglés se levantó de un brinco.

—Espera, *queurida*, espera —me pidió echándose entonces la mano al bolsillo de su chaqueta hecha a medida (esas cosas se notan, aunque los fabricantes a granel nos quieran vender que no).

Sacó un estuche forrado de terciopelo azul y lo abrió ante mis ojos alucinados, mientras hincaba la rodilla a mis pies. Bizqueé deslumbrada por el brillo de aquel diamante de «taintantos» quilates, y que seguro sería la envidia de todas mis amigas y empleadas, llevándome las manos a la boca, emocionada y sorprendida por el acelerado curso de los acontecimientos.

—Sí —respondí, en apenas un hilo de voz.

—¿Cómo has dicho? —Carlos Sobera preguntó con su característico tono detrás de mí, provocándome un pequeño sobresalto; no lo había escuchado acercarse.

—He dicho que sí. Sí, quiero —repetí mirando emocionada el anillo precioso que Colin, perdón Gillon, sostenía hacia mí.

De pronto, un escuadrón de camareros apareció en tropel desfilando al compás de los acordes de la marcha nupcial. Sonrientes, y con bandejas a rebosar de copas, fueron aprovisionando de cava a todas las mesas de parejas, que nos miraban con expectación.

Gillon se levantó y sacando el anillo de la caja, me lo puso en el dedo. Una lágrima le resbalaba por la mejilla. Qué encanto. Qué cielo de hombre. Qué maravilla de prometido. Y qué pena que no supiera pronunciar su dichoso nombre.

—Esto es una maravilla, la primera cita de *First Dates* que termina directamente en boda. —Celebró Carlos con unos aplausos contundentes, que no tardaron en ser secundados por todos los presentes.

—Me has hecho enormemente feliz, *Mergie*.

Bueno, después de todo, Gillon tampoco sabía decir el mío. Estábamos empatados. Y, por suerte, teníamos una vida entera para aprendérselos o morir en el intento.

Acabábamos de rodar la entrevista en pareja y yo todavía no podía alcanzar a comprender cómo todo se había ido tanto de madre. Ahora mismo me encontraba prometida a un hombre desconocido y con un anillo maravilloso en mi anular derecho, que no dejaba de mirar de reojo babeando. No sé de qué color estaría mi aura en ese momento, pero por el temblor de mi pierna izquierda estaría tornándose de nuevo marrón. El cuero cabelludo me ardía de picor a causa del sudor y estaba deseando largarme a mi casa para quitarme la maldita peluca de una vez. Pero allí seguíamos los dos. Gillon me tomó la mano mientras esperábamos sentados en el sofá del camerino. Nos habían pedido que nos quedásemos, pues tenían algo que ofrecernos. Estábamos en silencio, en modo *off*, parecía que tras el huracán de emociones, estábamos exhaustos. Lo miré nerviosa, y le sonreí sin saber de qué hablar. ¿En serio me iba a casar con este hombre?

Un hombre menudo, vestido con un apretado traje rayado y camisa violeta, entró como una exhalación en el camerino.

—Es increíble la conexión que hay entre vosotros, os acabo de ver a los dos juntos en pantalla y sois la repera, la repera, la repera.

Gillon y yo nos miramos sin comprender, ¿a qué santo venían esos halagos?

—A los de arriba les ha encantado. Encantado. Encantado. Y tenemos una propuesta para vosotros. Estamos pensando en Gillon y Merche —hizo un encuadre con sus manos capturando nuestra imagen y luego la fue desplazando lentamente por el camerino—, yendo a la iglesia a hablar con el cura, yendo a elegir las flores. Os estoy viendo hacer la lista de bodas al abrigo de una manta, yendo de la mano al restaurante a elegir el menú del convite. Estamos pensando en una mezcla entre el *show* de *Alaska & Mario* y *Una boda perfecta*. Hemos pensado en *Gillon & Merche*, *Big Wedding*, ¿qué os parece?

—¿Qué? —dije alucinada. Todavía no había sabido asimilar que me casaba con un desconocido y ahora encima pretendían que encajase el golpe de que iban a difundir todos los detalles del bodorrio en un *reallity* a nivel nacional.

Gillon parecía tan alucinado como yo. Lo miraba con los ojos desorbitados.

—¿De qué están hablando, *Mergie*? ¿He oído *reallity*?

—Sí, Gillon, has oído *reallity show* sobre nuestra boda —dije, cruzándome de brazos un poco molesta por la propuesta de ese hombrecillo

vestido de Beetlejuice.

Gillon se me quedó mirando con un brillo en la mirada que me hizo sospechar que estaba pensando aceptar tal despropósito, cosa que no tardé en corroborar.

—¿Te gustaría, *Mergie*?

Pero ¿es que este hombre se pinchaba anestesia y estaba flipado? Pero ¿cómo se le ocurría pensar que yo, Mercedes Esteban, iba a aceptar exponer, ante millones de morbosos, mi privacidad y solo Dios sabe qué cosas más que podrían captar esos objetivos indiscretos por muchos colores de auras que existieran?

—Por supuesto que no —le dije rotunda, y él asintió.

—Será como tú digas, *queurida*.

Se volvió con elegancia hacia el hombrecillo.

—Oh, eso me *congratulo* y me *enojo* a *el par*, nunca jamás osaría vender la intimidad de un acto tan magnífico entre dos *almos destinados* a encontrarse en este mar que es la vida, dos *pesecillos* de ojos *viborrachos* y brillantes por el amor que se *prosesan*. Rotundamente no, *caballerrito*. —Gillon soltó toda su perorata al más puro estilo inglés con el mentón levantado y la parsimonia típica de los británicos.

—No venderemos nuestro amor así a la primera de cambio —lo secundé sacando pecho orgullosa de haber podido pronunciar la palabra «amor» sin que se me trabara la lengua.

El hombrecillo nos miraba a uno y a otro como un árbitro de pimpón.

—¿Ni por dos mil cien euros netos por grabación? —nos tentó el pequeño Beetlejuice entregándonos un contrato que llevaba doblado en el bolsillo.

Lo agarré con las dos manos y me puse a leerlo por encima. Ni que decir tiene que los ojos me hicieron chiribitas. Era una propuesta muy tentadora, pero lo cierto es que a mí no me hacía ninguna falta aquel dinero y, de acceder, lo hubiera destinado íntegramente a una buena causa benéfica.

—Ni por esa mísera cantidad nos venderíamos mi prometida y yo. Soy cardiólogo. Eso lo gano yo cambiando dos válvulas y uniendo dos ventrículos —le replicó Gillon con un garbo que me puso toda loca, arrebatándome el contrato de las manos para devolvérselo de mala gana al contratista televisivo.

—Ustedes se lo pierden, que disfruten los cien euros de hoy.

Tal como había entrado, más rápido que una ventolera, se marchó airado cargando nuestro rechazo.

Nos quedamos en silencio un rato en esa sala, analizando la situación

vivida. Gillon miró un par de veces su reloj de bolsillo y el corazón me dio un vuelco y comenzó a bombear a su máxima potencia al empezar a ser consciente de lo que acababa de aceptar hacía una escasa hora. El cuero cabelludo y las axilas me sudaban por un tubo. Mi corazón latía desbocado y sentí un tenue mareo. Me iba a desmayar víctima de un microinfarto; por fortuna, tenía a mi lado a un cardiólogo. Mi prometido. Sonaba bien. Mi Gillon.

—Deberíamos ir *abandonado* este lugar, *Mergie*, mi vuelo sale exactamente en ochenta y dos minutos.

Mi prometido se levantó y me tendió la mano para ayudarme a incorporarme.

—Gracias, eres muy amable. Gillon... —dije con un tembleque de piernas dignas de Tony Manero.

—Sí, *queurida*. —Gillon me miró a los ojos con cariño.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Oh, mi bella dama, lo que el destino *desida*. Volveré lo más pronto posible, *Mergie*, y empezaré a *haserte* feliz en menos que canta un pollo.

—Gallo.

—No en gallo, eso queda muy lejos. Volveré el próximo fin de semana.

Y en ese momento se produjo, fugaz y tierno, nuestro primer beso. Un beso suave y delicado, de esos que apenas los labios se rozan, sino que quedan como en el aire y cosquillean fruto del vibrante fulgor de los alientos entrelazados. Un beso que solo podría dar el británico más británico, mi Gillon.

Nos intercambiamos los teléfonos y nos despedimos con otro beso casto.

—Volveré, *Mergie*, y *realisaremos* la boda de tus sueños —me dijo antes de salir por la puerta dejando una estela de perfume caro que no conocía, seguramente alguna fragancia exclusiva de Harrod's.

Volví a sentarme para tomar aire y respirar hondo. Estaba loca. Definitivamente me había vuelto loca. Pero eso formaba parte de mi particular terapia reconductiva y estaba decidida a jugármelas todas a partir de ahora. No dejar un minuto de vivir a tope la vida y lanzarme a la piscina para encontrarme a mí misma tal como me había aconsejado la cocinera vegana.

Tras unos minutos, y aún con el tembleque de mis piernas en plena acción, salí de esa salita enana con ganas de volver a mi tierra natal y contarle a alguien, aunque fuera en el trayecto de vuelta en el tren, mi reciente decisión de casarme con un desconocido.

A medida que mi mente era cada vez más consciente de que me había prometido en matrimonio en un programa de televisión de bastante audiencia, en una franja horaria apta para niños y adolescentes, me entraba un agobio y una sequedad de boca propios de un enfermo mental por fobia social. No podía cambiar esa dualidad psicológica que me atormentaba de la noche a la mañana, todo cambio lleva un proceso, además, ¿qué mensaje iba a infundir a todos los solteros de España? ¿La desesperación? ¿La dislexia mental al no saber distinguir el sí del no? Porque podría haber dicho simplemente que no y seguir mi terapia por otros derroteros, pero mi boca y el hecho de tener a un *gentleman* inglés a mis pies colocándome en el dedo un pedrolo del tamaño de Gibraltar, obligaron a mi glotis a pronunciar el «sí, quiero». Había aceptado casarme con un completo desconocido, desvirgando esas palabras de compromiso nunca pronunciadas antes por mi persona a un señor guapo bien vestido y que no sabía pronunciar mi nombre.

Estaba saliendo por la puerta de los anexos del Canal Pato, cuando de nuevo sentí una asfixia que me oprimía el pecho, lo que me obligó a agarrarme a una planta artificial, que adornaba acogedora la entrada, tapando levemente una foto de Marta Reyero.

—¿Se encuentra bien, señorita? —Una voz amable se apiadó de mí y la persona en cuestión posó su mano en mi hombro.

—Sí, quiero. —Me giré mareada y unos ojos azules castigados por el tiempo me miraban intrigados. Era el mismísimo Iñaki Gabilondo vestido de chándal.

—¿Qué es lo que quiere usted exactamente? —me preguntó, ayudándome a sentarme en un butacón rojo.

—Agua, Iñaki, agua —dije con la boca más seca que la estopa.

—Anselmo, tráele agua a esta señorita —pidió a un regidor, o a un cámara, o vete tú a saber qué era ese chico con auriculares con ese nombre tan feo—. ¿Se puede saber qué le sucede, señorita? Igual puedo ayudarla.

—No, señor Gabilondo —recuperé las normas de cortesía—, no puede ayudarme. Yo solita me he metido en un embrollo gigantesco y voy a tener que casarme con un cardiólogo inglés con nombre de marca de galletas. Gillon, se llama el pobre. Mis amigas me animaron a aparecer en el programa *First Dates* y yo, que tengo menos personalidad que un espejo, me dejé llevar por la desesperación de tener el berberecho en barbecho y por las alentadoras palabras de una chamán aficionada al tofu.

—¿El berberecho en barbecho? —repitió con una sonrisa y yo asentí. No

obstante, Iñaki, que es un caballero (y un gran periodista), pasó por alto mis declaraciones sobre mi molusco bivalvo en dique seco y se fue directo a la cuestión de la noticia que acababa de contarle—. Señorita, aunque usted le haya dicho que sí a ese señor *a priori*, puede, sin embargo, decirle que no después, si usted cree que no es una decisión acertada. Lo que usted decidió bajo presión no debe ser en ningún caso una opción inamovible, ¿comprende, usted?

—Comprendo. —El tal Anselmo me entregó un vaso de agua y me la bebí con ansia. Las palabras de Iñaki, tan reveladoras y tan ciertas, abrieron mi mente y mis vías respiratorias, y al fin pude calmarme un poco—. Gracias, a los dos. —Miré a ambos hombres con gratitud y luego volví a centrarme en Iñaki. Era un hombre muy atractivo y de distinción innata, aun yendo en chándal—. Tiene usted razón, no he firmado ningún contrato que me obligue a realizar dicha acción con tal de librarme de la cárcel o de pagar una indemnización millonaria a Gillon... Es que ni siquiera sé cómo se apellida. —Me llevé las manos a la cabeza.

—Quizá pueda tomar una decisión más precisa cuando lo conozca usted más, no creo que vaya a casarse hoy mismo, ¿verdad?

—Cierto, señor Gabilondo. —Me incorporé de aquel butacón de diseño tan incómodo—. Tengo tiempo para conocerlo y decidir en un último momento si quiero o no casarme con él.

—Pues, ea, arreglado, señorita. —Iñaki me tendió la mano y yo, ni corta ni perezosa, me lancé a darle un abrazo al más puro estilo *Loquita*. Reconozco que, a más edad que iba teniendo más me parecía a mi santa madre.

Por fin era libre de salir de aquellos estudios de televisión con un poco más de fuerza mental. Qué majo el Iñaki, gran periodista y mejor persona. Qué bien me había venido hablar con él. Iba a seguir su sabio consejo, no tenía por qué agobiarme. Le daría una oportunidad a Gillon, tenía tiempo suficiente para conocerlo más en profundidad y decidir en un par de meses si quería desposarme con él y vivir un romance a lo *Love Actually*. Por suerte, aún quedaban en el mundo personas de buen corazón, capaces de atender las necesidades psiquiátricas de los viandantes y, por lo visto, mi presencia en el mundo las obligaba a trabajar mi incapacidad de comprensión de la vida cotidiana.

Me miré con detenimiento el dedo, el anillo brillaba como una estrella en el firmamento, y reviví entonces el momento en el que Gillon me pidió matrimonio ante la atenta mirada de un puñado de desconocidos y un Carlos

Sobera sonriendo complacido por el *share* de audiencia que daría a su programa tal «momentazo».

El traqueteo del tren me producía somnolencia; cerré los ojos y traté de dormir, me vendría bien, pero el teléfono interrumpió el único momento de paz que había podido encontrar ese loco día.

—¿Diga? —respondí con un bostezo.

—¿Cómo que «diga»? Cuéntamelo todo, todo, todo. —Era Bárbara, sedienta de cotilleo.

—Hola, Barbi, perdona, se me había olvidado llamarte. Ha sido un día de lo más ajetreado. Alguien se declaró en pleno programa y no veas la que se ha liado.

Bárbara se carcajeó mientras preguntaba:

—¿Quién está tan loco para declararse en una primera cita en un programa de televisión?

Admito que me molestó un poco su mofa.

—Pues... mi cita.

—¿Quéeeee? Me estás tomando el pelo, ¿verdad? —Su voz sonaba algo nerviosa.

—No, no te estoy tomando el pelo. Gillon me pidió matrimonio cinco minutos antes de terminar nuestra cita.

—Pero ¡qué tío más loco! ¿Y qué clase de nombre es *Gallo*? —Bárbara se lo estaba tomando a pitorreo.

Deduje que pensaba que mi respuesta había sido un claro y rotundo: «Pero ¿tú cómo estás tan *chalao*?»

—No es Gallo, sino Gil-lon. Es un nombre inglés, el nombre de un cardiólogo inglés, para ser más precisa.

—Cardiólogo o no, le habrás dicho que se vuelva a la Gran Bretaña a freír buñuelos —comentó con guasa mi inocente amiga.

Me quedé en silencio por un rato, mientras le daba un par de vueltas a cómo le explicaba que nada de eso había pasado. Que su amiga se había vuelto loca, cegada por la luz de los focos y la mente enajenada por el alcohol.

Bárbara, de algún modo, supo interpretar mi silencio, pues empezó a recitar un: «Ay, madre, ay, madre.»

Respiré hondo y al fin dije:

—Lo cierto es que le dije que sí.

Bárbara no comentó nada. Unos segundos después, colgó, dejándome atónita y confusa.

Cinco minutos más tarde, mi teléfono sonó de nuevo.

—Merche, me he tomado unos minutos de reflexión, en los cuales he gritado un par de veces y he pensado en la posibilidad de darte un par de guantazos con la mano abierta para devolvarte al mundo real, pero como amiga tuya que soy, y teniendo en cuenta que siempre has soñado con un Colin Firth —tomó una bocanada de aire que hasta yo pude escuchar—, te apoyaré.

—¿Gracias? —No sabía exactamente qué decir.

—Y nunca dejaré que mi mejor amiga haga locuras sola, así que esta noche vamos a celebrarlo.

—No sé yo, Barbi, estoy cansada y un poco mareada. Preferiría que vinieras a casa a comer helado y a beber vino como si no hubiera un mañana y analizaras conmigo esta situación en profundidad.

—No, me niego a ver por millonésima vez *Love Actually*. Siempre supe que regalarte esa edición de coleccionista con escenas extras fue un error. ¿Cómo es posible que no se haya autocombustionado ya el dichoso DVD?

—Hice copias de seguridad, lo descargué y lo grabé en tres *pens* y cuatro *cedés* diferentes. Los tengo guardados en varios puntos estratégicos de mi casa por si me da una pájara.

—Pues hoy olvídate de maratones desquicia-corazones. Te acabas de prometer... —hizo una pausa dramática para suspirar— con un desconocido, pero prometida al fin y al cabo. Tienes que despendolarte. Si cometes una locura, tiene que ser una locura en toda regla. Con borrachera incluida. Además, prometiste bajo juramento sobre tu carta astral que harías caso a Serendipity y a las necesidades de tu aura de color caca.

—Me lo pensaré, además, tengo que despegarme esta peluca. ¿Cómo me deshago de todo este pegamento capilar?

—A las diez en La Altramuza, champú a *cascoporro* y acetona. Te dejo, entra un cliente.

Y así, sin más, me colgó dejándome con la preocupación de si la acetona me levantaría el cuero cabelludo como la piel de un mújol, y todavía más preocupada pensando en la posibilidad de encontrarme a Israel esa noche. Nosotras siempre íbamos a La Altramuza cuando salíamos, era nuestro punto de encuentro si se terciaba tomar algo entre semana, pero el hecho de que el camarero de mis pensamientos ahora trabajase allí y hubiera una probabilidad del cien por cien de volvérmelo a encontrar, me hacía desear llamar a Bárbara y cambiar de sitio. Habían pasado once días. No había vuelto a saber de él. Él no me había llamado. Yo no le había llamado. Y me había autoconvencido de

que esa era la mejor decisión para los dos o, al menos, para mí, porque ¿qué leches hacía yo con un chico de veintidós años? ¿Botellón en el parque? ¿Reventarle las espinillas?; no obstante, ahora ante la proximidad de volver a verlo, me puse de pronto nerviosa.

Por fin había llegado a la estación de Renfe de mi querido Alicante. Y, con el picor más grande que había sentido en mi vida en el cogote, pensé en cómo iba a soportar el resto de mi vida con Gillon, o al menos los próximos meses, con una peluca puesta, hasta que mi propio pelo creciera y pudiera ponerle extensiones. Era insoportable. Yo, que había decidido hacía años llevar el cabello a lo *garçonne* por la comodidad y la idea de no abusar de mi belleza femenina, ahora me había prometido a un señor amante de los *pelados* largos, con una melena «pantojil» más falsa que un billete de trescientos con la cara de Leónidas.

Por suerte, mi calvario de momento se acabaría en cuanto cruzara la calle y anduviera quinientos metros hasta mi casa. Ventajas de vivir en pleno centro a pesar de que me jugara la vida cada día ante algún conductor desquiciado por el intenso tráfico que fustigaba la ciudad en las horas punta.

Tardé un poco más de lo previsto en llegar a mi dulce hogar (el *trolley* no está hecho para rodar sobre adoquinado), pero, por fin lo había conseguido. Dejé las llaves sobre el mueble recibidor, estrafalario como él solo, que no pegaba para nada con las líneas rectas del resto del mobiliario de mi piso, y que Julio se empeñó en colocar muy a mi pesar. Tenía previsto venderlo en Wannapop algún día de estos, pero la practicidad del mismo atrasaba un día tras otro dicha venta y, a decir verdad, de tanto verlo le había cogido bastante apego.

Encendí el ordenador y me fui derecha al baño para arrancarme ese matojo agarrado a mi cuero con tacos del ocho. Tras quince minutos, estaba más desesperada que Marta Sánchez, la maldita peluca no salía ni con un cincel de arqueología y bien me podría valer para practicar *puenting* sin cuerdas en el Gran Hotel Bali.¹

Me metí en la ducha con la esperanza de que el agua caliente deshiciera el pacto entre mi verdadero pelo y el recubrimiento de plástico de la peluca.

El agua no me aliviaba nada el picor, caía directamente sobre las raíces falsas, y mis brazos, ya algo entumecidos por los tirones y el esfuerzo inútil, empezaban a flaquear. ¿Qué tipo de pegamento era ese? Desde luego, suponía un gran avance en la ciencia de los superadherentes, una solución a la alopecia galopante y un gran aliado de los bisoñés. Miedo me daba que alcanzara mi cara y se pegara por accidente a una de mis cejas. Pero la suerte se puso por primera vez en mucho tiempo de mi parte, y el vapor y la fuerza centrífuga me dieron cuartelillo y despegaron por fin la cabellera, dejándome el pelo más

pegajoso que un chicle de masilla.

Tardé como una hora en adecentar mi corte a lo Meg Ryan, perdiendo en el proceso una gran cantidad de pelo muerto que veía tristemente desfilarse hacia el desagüe. Una exfoliación capilar bastante eficiente, vaya. Bárbara debería patentarlo, seguro que Llongueras le compraba la fórmula.

Aún con el albornoz abrazando mi cuerpo exhausto por el trabajo capilar, me puse a revisar el correo. En las noticias destacadas de Yavoy había un vídeo de un loco que se había convertido en viral. Un loco que reconocí de inmediato. Le di a visualizar y apareció el bello chalado esposado boca abajo, gritándole a la policía que estaba embarazado y que era profesor de chino mandarín y, al fondo, abrazada a una señora con bata de *boatiné*, me vi a mí misma enjugándome las lágrimas. Cerré el vídeo, molesta, al comprobar que más de dos mil internautas ya habían visto aquel despropósito y pensando que alguien de mi entorno podría reconocerme en esa mujer en chándal; que el editor del vídeo hubiera colocado una flecha luminosa apuntándome la cabeza y unas lágrimas de pega tipo fuente no ayudaban mucho tampoco a pasar desapercibida, pero al menos, de esa guisa dominguera, era menos reconocible.

El tiempo se me estaba echando encima, me coloqué a presión unos vaqueros tobilleros de Meet lavados a la piedra y pensé que mi adicción a los Mifalos había tocado fondo. Una camiseta negra sería mi mejor aliada esta noche. Escogí la única con escote en uve entre el millón que tenía y que dejaba mis tetas con el pabellón bien alto. Con la puntita de los dedos, me metí la «lorcilla» por dentro de la cintura del pantalón. Unos *peep toes* rojos coronaban mi *look* a lo Olivia Newton-John y, cuando me miré en el espejo para darme el visto bueno, y mis tetas poderosas se irguieron orgullosas pidiendo guerra (mérito de la camiseta y del sujetador *push up*), me dieron incluso ganas de darle dos besos a mi imagen. Estaba hecha un pibón. Merche Esteban había vuelto: la Merche segura de sí misma que un día decidió montar una empresa y convertirse en una mujer exitosa. Me sentía bien conmigo misma, mi culo perfectamente cuadrado en esos vaqueros comprados en un arranque de autoestima allá por el dos mil cinco, volvía a manifestar la gloria de mis curvas.

Unas gotas de *Lady Millón* de Paco Gañan me dieron la valentía para abrir el cajón prohibido y sacar la cajita metálica de galletas holandesas que contenía las cenizas de las zapatillas de estar por casa de Julio. Y con la solemnidad que requiere un acto como ese, con vela de canela encendida de

por medio, arrojé las cenizas por el váter. Su mejor fin: la mierda tiene que estar con la mierda, liberándome así de esa etapa de mi vida que por fin estaba dispuesta a dejar atrás. La fortuita manera de conocer a Serendipity, las amables y alentadoras palabras de Iñaki Gabilondo y mi valentía por echar *p'alante* estaban dando por fin sus primeros frutos.

Me pinté los labios de rojo putón a juego con mis zapatos y, regalándome un último vistazo antes de salir por la puerta de mi apartamento, caí en la cuenta entonces de que mi subconsciente me había vestido de esa guisa para darle en los morros a ese chico imberbe que había ocupado gran parte de mis pensamientos los últimos once días, y que no me había llamado, pese a que me dijo que lo haría. ¿Y por qué no me había llamado? «Oh, vamos, Merche, déjalo estar. No empieces a darle a la pelota. Tú ya has tomado una decisión y lleva cuño británico», me dije levantando el mentón.

Salí de casa con la sonrisa puesta, la barbilla alta y andando firme. A mi paso, los hombres volvían la cabeza para mirarme con admiración y yo cada vez me sentía mejor, más confiada. Definitivamente, Merche Esteban había vuelto.

En diez minutos estaba en la puerta de La Altramuza. Bárbara no había llegado o estaba dentro, ya que la terraza estaba hasta la bandera y en las mesas no cabía ni un alma. Abrí la puerta con decisión y la vi, ocupando una mesa en el rincón más alejado, trasteando su móvil, como siempre. No quise mirar mucho más, no deseaba que Israel estuviera al tanto de los clientes que entraban y me viera buscándolo desesperada. Porque no lo estaba. Para nada. Yo estaba prometida. Apreté la mano y sentí el pedrolo haciendo presión contra mi palma: grande, duro, poderoso, y me fui directa hacia la mesa de Bárbara, que se levantó nada más verme.

—Hola, triunfadora. —Me rodeó entre sus brazos como si hiciera mucho que no nos viéramos.

—Hola, Barbi —le dije respondiendo a su abrazo.

—Enséñame eso —me exigió conforme nos separamos.

Le di la vuelta a la mano y le mostré el anillo.

—Madre de Dios, pero que ven mis ojos. ¡Joder, me he quedado ciega! —gritó tapándose los ojos—. Pero ¡qué barbaridad! ¿Por qué lo llevas del revés?

—De momento prefiero mantenerlo en secreto.

—Pues casi mejor que no te lo pongas, porque se ve a un kilómetro. Madre de Dios, pero cómo brilla, pero si es más grande que China. Ese Gallo debe

de estar loco. Darte algo de tanto valor sin apenas conocerte.

—Creo que fue amor a primera vista.

—Por su parte, porque ¿no me dirás que tú también te has enamorado de ese inglés medio calvo?

—¿Quién te ha dicho que sea medio calvo? Tiene mucho pelo. Mira. — Saqué el móvil y le mostré una foto que el cámara nos había tomado en el camerino antes de dejarnos solos. Gillon sonreía más feliz que una perdiz y yo tenía cara de perro abandonado en la puerta de un bar.

—Madre mía, pero qué guapo es. —Me miró impresionada y yo asentí con orgullo—. ¿Y dices que este «pibonazo» es cardiólogo? No puede ser. Aquí hay gato encerrado, Merche. Este hombre no puede ser de verdad.

—¿Por qué dices eso? ¿Es que por una vez no puedo tener suerte? ¿O es que solo tengo derecho a psicópatas?

—No, claro que no. Te mereces el hombre más perfecto del mundo, pero dudo mucho que sea Gillon. ¿Por qué un hombre así —lo señaló en la foto—, buscaría pareja en un programa de televisión?

Entorné los ojos y la miré con recelo durante unos segundos

—¿Qué? —me increpó.

—¿Por qué una mujer como yo buscaría pareja en un programa de televisión? —le pregunté con retintín.

Soltó una carcajada.

—Vale, tienes razón, puede que sea un tipo normal y que simplemente no haya tenido suerte en el amor hasta la fecha.

—¡Hola, amores!

Bárbara y yo levantamos la cabeza para saludar. Era Raquel, nuestra amiga la *Madre*. Una mujer con un negocio de uñas de gel a pleno rendimiento y que conocíamos por ser una de nuestras primeras clientas en Pinkxel Solutions. No sabía que venía. No es que me cayese mal Raquel, pero no me apetecía compartir la noticia tan pronto con ella. Era más rápida divulgando chismes entre sus clientas que una coneja pariendo gazapos. Con un poco de suerte, no lo sabría media provincia de Alicante antes de la medianoche.

—Hola, Raquel. —Me incorporé para besarla.

—No te molestes, ya voy yo —dijo alegremente, dejando su bolso en una silla y abalanzándose sobre mí con unas uñas decoradas a lo Rupaul—. A ti no te doy, que ya te he visto. —Le sacó la lengua a Bárbara, que le respondió con un gesto afín.

—Bueno, ¿y cómo es que has podido dejar a tu prole en jueves? —le

pregunté cuando tomó asiento a sabiendas que era su día libre y que solía dedicarlo a los niños.

—Estoy seca, vengo con la lengua fuera. —La sacó y comenzó a jadear como un perro tras una carrera.

—Voy a llamar a la camarera —dijo Bárbara mirando hacia la barra.

Yo no quise mirar.

—Hoy he decidido que le tocan al padre, necesito un descanso del día de madres e hijos —suspiró—, y me he dicho, pues hoy me apetece salir, porque los jueves son los nuevos viernes, fijate cómo está la calle. No puede haber más gente en las terrazas, para que luego digan que hay crisis; pues no será en Alicante capital. Siempre hay gente por todos lados tomando y tomando... ay, por Dios —tomó aire—, pero qué sed tengo. Anda, echadme algo aquí —se señaló el gaznate—, que vengo más seca que la compresa de una menopáusica.

—¡Hola, chicas!

De nuevo levantamos la vista. Esta vez era Adriana, la hermana pequeña de Bárbara. Tenía unos cinco años menos que nosotras, pero desde el día en que Bárbara tuvo la primera crisis psicótica tras detectarle un papiloma vaginal en su época dorada, la habíamos adoptado como animal de compañía en nuestro grupito, ya que acabó sabiendo todas nuestras intimidades, bueno... eso y que no nos había quedado más remedio, ya que la teníamos más pegada que una ladilla a un vello púbico. Adriana tardó un santiamén en repartir besos por las cabezas de las presentes.

—Bueno, ¿y qué celebramos? —nos preguntó sonriente apoyando los codos sobre la mesa.

Miré a Bárbara con rencor: menos mal que yo quería una noche tranquila; ella se encogió de hombros.

—Nada, que yo sepa —dijo Raquel buscando con la mirada a algún camarero—. ¿O sí? —Nos miró intrigadas—. No me digas —señaló con el dedo a Bárbara— que Héctor por fin te lo ha pedido.

Bárbara negó con la cabeza con una sonrisa misteriosa en los labios.

—Hola, chicas.

Las cuatro alzamos los ojos. Ellas tres sonrieron al ver al guapo camarero plantado junto a la mesa con una sonrisa que le empezaba en los morros (bonitos morros) y le daba la vuelta a la cabeza. Como la semana pasada, llevaba la camiseta negra con el logo de La Altramuza y unos vaqueros ceñiditos que le quedaban demasiado bien. Por un segundo, tuve unas ganas muy indecentes de llevármelo a casa y follármelo hasta perder el

conocimiento. Idea descabellada, que rechazé de inmediato, pero ¿dónde iba yo con ese chiquillo? Joder, pero qué bueno estaba el chiquillo. Al verme, pareció sorprendido, al parecer, no me había visto entrar acechando la barra de reajo.

—Por fin —dijo Raquel aplaudiendo.

—Perdonad que haya tardado tanto, pero es que un compañero ha fallado y vamos de culo con la terraza.

—No importa, la espera ha merecido la pena —dijo Adriana relamiéndose los labios en plan loba al acecho de un cervatillo desvalido.

—¿Qué queréis tomar?

—Una cerveza gigante —pidió Raquel.

—Yo también —dijo Bárbara.

—Yo una clarita, con gaseosa, si tenéis. —Adriana seguía con el mismo tono cazador.

—No hay problema. Tenemos. Y también Radper o Chandy —le respondió, y Adriana negó con la cabeza.

—No, una clara, y algo de picar: unas bravas y pescadito frito.

Israel asintió y apuntó en su libreta, luego me miró.

—¿Y tú?

¿Yo? «Yo te comería enterito», pensé, luego me quedé unos segundos mirándolo como una boba, lo que tardé en reaccionar y darme una colleja mental: «Vuelve, de FantasyMerche, y céntrate.»

—Que es para hoy —me azuzó Bárbara.

—Yo una clara también, Radper.

Israel me guiñó el ojo y se marchó.

—Pero qué mono —comentó Adriana, que había seguido con la mirada los andares de Israel hasta la barra.

A decir verdad, las cuatro habíamos seguido los andares de Israel y de su apretado culo hasta la barra; tenía un culo lo que se dice *aseao*, *aseao*, *aseao*. Joder, qué culo y qué bien le caían los vaqueros a esas largas y claramente musculosas piernas. Esas piernas eran de delito. Nadie debería tener esas piernas sin haber pagado fianza.

—¿Qué pena no tener, ¿cuántos?! ¿Quince? —bromeó Raquel—. Madre de Dios. Menudos pestañones. ¡Que me los dé a mí, que a él con esos ojazos no le hacen falta!

—Ese ya es un hombrecito. Y es un *bollicao* de los que a mí me gustan: bien tierno y azucarado —dijo Adriana.

Bárbara me observaba en silencio con una sonrisa maléfica plasmada en la cara mientras las dos seguían debatiéndose al camarero. Alzó las cejas interrogante. ¡Pues claro que se lo había contado!, ella y yo casi convivíamos, pasábamos más tiempo juntas que separadas. Se lo conté todo, todo y todo a la mañana siguiente y su veredicto fue el siguiente: «Dios, cómo me pone ese Israel. Llámalo y fóllatelo, por mí y por ti, pero por mí primero.» Asentí y lanzó un silbido de admiración, antes de articular en silencio la palabra: «Putona.»

Yo no pensaba hacer tal cosa, por Dios y por la Virgen, era una mujer comprometida. De acuerdo, sí, comprometida a un completo extraño con nombre de galletas y un apellido que no sabía ni pronunciar. Incluso había buscado en Word Reference cómo se decía su dichoso apellido: Ainsworth-Aitken, y lo había repetido infinidad de veces grabándome con el móvil para luego escucharme. Ni de coña sería capaz de decirlo en la vida. ¡Bah!, le llamaría *my darling* y fuera líos. Y si se pensaba que me iba a cambiar el mío por ese engendro jeroglífico, lo llevaba clarito.

La gresca por Israel se disolvió, indecisa. No sé decir cuál de las dos se llevó la medalla, porque yo seguía aturullada en mis propias cavilaciones. Tampoco me importaba, Israel no era asunto mío, o no debía serlo.

Con un grito, Adriana me trajo de retorno a la reunión de amigas.

—¡Tengo que contaros lo que me pasó ayer con una cita, ya que tengo aquí a la dueña y señora de Emparéjame!

Las tres nos inclinamos hacia delante ansiosas por saber. Cuando Adriana tenía algo que contar, por descontado era un algo que merecía la pena ser escuchado, y mucho más en mi caso si se trataba de mi aplicación.

—Ayer quedé con el tipo ese que encontré en la *app*, aquel que me mandó un «Molas mucho».

—¿Nacho, de apellido «Tío buenorro»? —le preguntó su hermana con una sonrisa.

—Sí, ese mismo. Nacho Castro se llama el muchachote. Tío bueno de nacimiento, médico de profesión y empotrador de repetición por vocación —dijo Adriana con su gracia natural.

—Aquí tenéis. ¿Me dejáis un poco de sitio? —Israel comenzó a repartir las bebidas.

—Todo el que tú quieras, cariño —dijo Raquel retirando las manos de la mesa.

—Gracias. —Israel la miró sonriente y entonces le guiñó un ojo.

¿Perdona?, pensaba que eso solo me lo hacía a mí.

—He visto que hay una tapa que se llama choricitos del diablo, ¿me puedes explicar en qué consiste? —Adriana hizo su entrada con un tono imperial de coqueta de catálogo. Mala pécora. De sobra sabía lo que eran los choricitos del diablo.

Israel, que ya había repartido las bebidas y las tapas, se enderezó junto a la mesa y echó hacia delante la cadera (vaya, más bien el paquete; no sé si lo hizo adrede para provocarnos o porque era una de sus posturas de base), cubriéndose el pecho con la bandeja.

—Pues es una cazuela de chistorras bañadas en whisky que flambeamos antes de servir.

—Mira que me gustan las chistorras —comentó Adriana comiéndoselo con los ojos.

—Pues entonces deberías probarla, porque te va a encantar —le dijo Israel, y no supe discernir si había o no flirteo en su voz.

—La verdad es que me encantaría. —Siguió ella a la caza y derribo con un evidente doble sentido que tiraría de culo a la más *plantá*.

—Entonces, ¿traigo una cazuelita para cuatro? —preguntó Israel con deferencia.

—No sé si mis amigas querrán probarla —volvió ella a cornear. De verdad que le estaba cogiendo manía.

Israel recorrió con los ojos las caras de las demás para confirmar el pedido, cuando se detuvo unos instantes en la mía ladeando la cabeza, aproveché para envalentonarme y cortar por lo sano ese vigente coqueteo que ya me estaba tocando visiblemente las narices.

—A mí también me gustaría probarla —dije, decidida, desafiándolo con la mirada.

Él sonrió complacido.

—Estupendo. Marchando una de choricitos del diablo para las señoritas —canturreó con diligencia y se marchó a largas zancadas.

—Madre mía, pero qué les dan de comer a estos niños —comentó Adriana de nuevo con los ojos más *p'allá* que *p'acá*.

Me estaba poniendo negra. Y no del negro que a mí me gusta, que es vuelta y vuelta tumbada en la playa. No sé explicar bien lo que me pasaba, pero quería arañarle la cara y arrancarle los pelos hasta dejarla más calva que los callos de la Pili. Bueno, sí lo sé. Estaba celosa. ¿Estaba celosa? Síiii. Eran celos. Dios mío, estaba celosa de Adriana y, peor aún, por un chiquillo sin

pelo en el pecho.

—Yo me comía su chistorra sin hacerle ascos —comentó Raquel, que últimamente andaba bastante salida.

Desde que se había separado no se había comido un *torrao* y los seis meses de sequía comenzaban a pasarle factura. Según nos contó, ya le estaban saliendo pliegues en los pliegues de su vagina parturienta. Por algo la llamábamos la *Madre*. Era la única del grupo que se había casado y acto seguido había pasado a engrosar las filas de «mamá de», a pesar de ser la dueña de su propio negocio. Tenía dos mellizos de año y medio, cuyos pequeños asuntos acaparaban muchas veces nuestras charlas y seguramente las de sus clientas; aunque nosotras, al respecto, poco podíamos aportar.

—Me ha puesto el *potorro* palpitante —admitió Adriana volviendo la vista al frente.

—Pues no sé por qué, si tampoco te ha dicho nada —le repliqué demasiado seca para ser algo casual y ella levantó la ceja en mi dirección.

—¿Qué te pasa, Merche? ¿Es que lo quieres para ti?

Negué con la cabeza y protesté sin demasiada convicción:

—Pero qué dices, loca, si es un crío.

—Ese crío seguro que ya sabe pilotar lo suyo. Dios, qué culo más prieto.

—Adriana se relamió los labios.

—Es que a mi hermana le gustan tersas —terció Bárbara con un guiño.

—Ya te digo, lisitas y duritas —le corroboró.

—Y gorditas, por favor —añadió la *Madre* entre risas.

—Sois unas salidas asaltacunas —las regañé llevando los ojos al techo.

—Y tú una zorra reprimida. Qué más da la edad que tenga el sujeto en cuestión. No te vas a comprometer con él, ¿verdad? —me repuso Bárbara con retintín—. Solo estamos hablando de echarle un polvo.

—En realidad no hace falta ni que hable —intervino la *Madre*—, como si no sabe todavía, tampoco le va a hacer falta.

—¿En serio? Pero si podría ser tu hijo —dije engrescada.

—Pero ¿¡qué te pasa, Merche!?! —Bárbara me miraba divertida.

—Que no tengo el chichi *pa* farolillos.

Bárbara y Adriana intercambiaron unas miradas guasonas, y luego volvieron al ataque.

—Ay que ver cómo está la Merche, ¡cómo está la Merche! —se burló Adriana.

—*La Merche está genial, la Merche está cojonuda, como la Merche, no*

hay ninguna. —Bárbara me canturreó aporreando la mesa.

—Que me dejéis, joder, ya. Qué pesadas, por favor.

Las hermanas volvieron a mirarse y, antes de que ninguna volviera al ataque, intervino Raquel para pacificar la situación.

—Bueno, ¿y qué nos ibas a contar, Adriana?

—Ah, sí, eso, eso —dije yo muy a favor de desviar el tema de conversación.

—Ayer por la mañana, me chateó Nacho y quedamos a las diez en Selva Negra. Llegué un poco tarde, porque no me gusta esperar, pero la verdad es que estaba bastante ansiosa por conocerlo —se detuvo dramatizando—; según me había dicho, era médico, un cielo de hombre, además de guapo a rabiar.

—Eso parecía en la foto que me enviaste —la interrumpió su hermana.

—Y lo es —reconoció Adriana antes de tomar aire—. Cuando llegué, me encontré con que Nacho aún no había llegado, así que decidí sentarme en un taburete de la barra y esperarlo tomándome un Martini, que siempre queda muy chic. Pasaron cinco minutos y no llegaba; pasaron diez, y el tío sin venir. Cuando ya estaba a punto de levantarme para ir al baño, pensando que lo siguiente era largarme a casa, un dios griego apareció ante mis ojos. Un tío de esos que solo existen en las imágenes del WhatsApp. A esto estuve de que se me cayera el tanga al suelo mientras lo veía plantado en la puerta observando el local como buscando algo. Me quedé inmóvil y apreté los muslos, porque el tanga lo tenía ya por las rodillas. Decidí volver a sentarme, mientras pensaba: «No jodas, Adriana, te ha tocado el *europibón*. Que sea él, que sea él, que sea él...» Me concentré en el martini para hacerme la interesante, hasta que su voz me sacó de mis rezos al dios del sexo salvaje. «Hola, disculpa, ¿eres Adriana?» Hice un salto mortal en mi interior y bendecí al universo por ser tan benévolo conmigo. «Emmm, sí... Soy Adriana... Tú... Tú... Tú...» De pronto era un pájaro carpintero, traté de calmarme porque estaba haciendo el mayor de los ridículos y no quería que él se pensara que soy una pava. «Tú eres Nacho, verdad?» «Sí, mucho gusto. Eres tan guapa como parecías en tu perfil», y yo le dije: «Gracias, pero exageras. No soy para tanto.» En eso, Nacho me miró de arriba abajo con una mirada de lo más seductora. Le gustaba lo que veía, está claro, y a mí él más, y empecé a ponerme nerviosa, porque el tío me gustaba y prometía. Me dijo: «No exagero. La verdad es que llevo un tiempo solo y me gusta conocer gente. He dado muchos tumbos.» Sonrió y se le formaron unos hoyuelos divinos en la cara, lo que hizo que temblara por dentro y me pusiera más nerviosa de lo que ya estaba. «Y dime,

¿a qué te dedicas?», me preguntó; yo le respondí que soy maestra de primaria, y él, entonces, abrió los ojos gratamente impresionado. «Oh, ¡qué bien! ¿Así que maestra, eh?», me dijo en un tono muy picarón. «Yo estoy terminando el MIR, es algo que amo y me apasiona», añadió con aire soñador. Yo todo el tiempo mirándolo embobada, porque es guapísimo, pensando que seguro que es un excelente médico, y que no me importaría ir a su consulta a que me pasara revista, y más si está especializado en ginecología. Con todos esos pensamientos en la cabeza, yo ya tenía el *potorro* dando palmas a mil por hora.

—Seguro que te lo tiraste en el baño —la interrumpió su hermana agarrándola del brazo.

—Sigue, sigue, que nos tienes más enganchadas que el *Sálvame de Luxe* —la azuzó la *Madre*, que comía las patatas bravas como si fueran palomitas.

—Entonces le pregunté en qué se había especializado, y el tío me respondió que en Ginecología. Y ya os podéis imaginar, yo por dentro brincando de la alegría: por fin un hombre que sabría tratar con precisión y gloria bendita mi *potorro* —comentó entre risas y las demás nos contagiamos—. Mientras nos sentábamos a nuestra mesa y pedíamos la cena, Nacho siguió contándome cosas de su trabajo y yo le iba preguntando haciéndome la interesante, cuando de repente sentí un retortijón que me dejó pegada a la silla. Uno de esos muy fuertes, muy fuertes, ya me entendéis —explicó asintiendo mientras nos barría con los ojos y todas las demás asentimos entendiendo bien a qué se refería—. Apreté el culo para ver si se me pasaba, ya sabéis que a veces los retortijones vienen y se van, pero este no era el caso. Este era de los de «aquí me quedo». Toda la alegría que sentía se me estaba esfumando ante la necesidad de ir al váter. De pronto, volvió a darme otro más fuerte y debí de ponerme blanca o algo, porque Nacho me miró preocupado y me preguntó si me ocurría algo. Y yo tenía que salir pitando si no quería irme por la pata abajo allí mismo. —Se detuvo para tomar aire y Bárbara aprovechó para hablar.

—No tenías más que levantarte e ir al baño a liberar a *Willy*.

Adriana asintió con cara de circunstancias.

—Eso justo iba a hacer. Le respondí que me encontraba perfectamente, pero que tenía que ir un momento al aseo, pero, entonces, me vino otro retortijón que me obligó a sentarme de nuevo... —cerró los ojos avergonzada—... y se me escapó un pedo. —Cuando los volvió a abrir, nos encontró a las tres con la boca abierta—. Menos mal que era un pedo silencioso, pero era de

los traicioneros, de esos que atacan en silencio, pero huelen que apestan — añadió, y explotamos a reír—. ¡No os riais, cerdas, lo pasé fatal, pensaba que había sido un «pedo tomate»!

—¡Cerde, tú! —le gritó su hermana muerta de risa.

—Aquí están los choricitos —dijo Israel plantándonos la sartén en el medio de la mesa.

—¿Esto produce flatulencias? —le preguntó Raquel, y las demás volvimos a explotar.

—Creo que no. —Israel respondió mal ocultando una sonrisa de bribón mientras prendía fuego con un mechero al whisky—. Pero no os los recomiendo si no estáis muy finas del estómago. Pueden provocar indigestión y quién sabe qué cosas más —añadió con deferencia dirigiéndole una mirada intencionada a Adriana, que se puso más roja que los chorizos endemoniados.

Cuando se marchó, Adriana frunció el ceño observando cómo se consumía el alcohol envuelto en llamas. Era algo bastante hipnótico.

—Joder, el «yogurín» ha oído lo que he dicho y ahora no me lo voy a poder tirar. ¿Quién coño quiere irse a la cama con una tirapedos?

Y lo dijo con tal seriedad que las cuatro volvimos a estallar en carcajadas.

—Sigue, por favor —la animó Raquel pinchando con recelo un choricito.

—Cómetelo, anda —le espetó Bárbara—, si tú hoy no vas a follar. Puedes tirarte todos los pedos que te dé la gana.

—Putona —le dijo con una sonrisa antes de llevarse una chistorrita a la boca y mordisquearle la puntita.

Adriana, que ya había recuperado el color natural, retomó la narración de su cita:

—Sigo, a ver, ¿por dónde iba?

—«Pedo tomate» —le apunté.

—Exacto, «pedo tomate». —Me lanzó un minibeso al aire.

—¡Cállate, por favor! ¡Qué asco! —exclamó la *Madre*, pero siguió dándole cuenta a la chistorra sin ningún reparo; esta ya estaba curada de espanto.

—Sigue, anda —le pedí a Adriana.

—Hasta ese momento no estaba todo perdido. Había sido un pedo silencioso y aún podía echarle la culpa a otro o simplemente a las cañerías del local. Nacho no se había enterado y yo me sentí bastante aliviada. Mi orgullo estaba a salvo; aunque fuera un pedo tomate, solo tenía que ir al váter, quitarme las bragas y limpiarme bien el culote —bajó la voz imprimiendo

misterio—; pero, al levantarme, se me escapó una *bufa*. De pronto, un olor a cloaca me inundó de pleno las fosas nasales y empecé a ponerme roja como un pimiento morrón. ¡Dios, no sabía dónde meterme! Hubiera excavado un maldito pozo con los tacones y hubiera metido la cabeza. En eso, llegó el camarero con la cena. No había más que ver la cara de asco que puso para darse cuenta que se lo estaba comiendo de lleno.

Tuvo de nuevo que interrumpir el curso de la narración, porque estábamos las tres descojonadas.

—Pero, Adriana, ¿cómo se te ocurre tirarte una *bufa*?

—Ni que lo hubiera hecho a propósito. Fue un accidente. Bueno, Nacho comenzó a olisquear el aire y dijo: «Uffff, qué olor más desagradable. ¿Seguro que la comida está bien?» Y el camarero le aseguró que sí y se marchó. Yo estaba en *shock*, mi *bufa* era más potente de lo que había pensado en un principio. Nacho, que seguía con cara de estreñido cubriéndose la nariz con la mano, me preguntó: «Dios, ¿que no hueles eso?» Haciéndome la longuis, le dije que no, y le eché la culpa a los desagües del restaurante. Pero, entonces, me vino otro apretón y se me escapó otro pedo, y esta vez sí sonó: alto y fuerte, vamos, un «pedo metralleta» en toda regla. Si llego a tener una cerilla encendida en el culo, desintegro la silla. —Adriana se estaba partiendo de risa durante el curso de la narración y era difícil seguirla porque las demás no podíamos reírnos más—. Nacho, el pobre, se quedó de piedra mirándome con los ojos abiertos como un sapo, y yo me quería morir y teletransportarme súbitamente al espacio exterior. En mi vida he pasado una vergüenza así de grande. El caso es que Nacho comenzó a reír a carcajadas y yo cada vez estaba más avergonzada, pero entonces me dijo con toda naturalidad: «No te preocupes, Adriana, es algo natural del cuerpo humano, tienes que expulsarlos cuando tengas ganas. Es malo para el sistema digestivo contener los gases.»

—¡Qué majete Nachete, ¿no? —le dije.

—La verdad es que sí, es un cielo. —Suspiró con una sonrisa que le partía la cara en dos.

—¿Y no le importa que seas una tirapedos profesional? —se burló Bárbara.

—Va a ser que no. De hecho, tras ir al baño y hacer las paces con el váter, todo fue la mar de bien. Me encanta y yo le encanto, así que hemos quedado para repetir la semana que viene.

—Esta vez hazte un enema antes —le aconsejé.

—Lo haré —me aseguró entre risas, antes de sacarme la lengua.

—Pero ¿te lo trajinaste o no? —quiso saber Barbi. A decir verdad, yo también quería saberlo.

Adriana suspiró.

—No, solo un beso en la puerta de mi casa —comentó apoyando la barbilla sobre sus palmas con aire nostálgico.

—Oy, oy, oy —se mofó su hermana pestañeando como una tonta y Adriana le dio una rápida cachetada para sacudirle la tontería.

—La verdad es que, sin tener en cuenta lo de mi inoportuno escape trasero, la cosa fue muy bien. Bueno, y eso es todo, amigas —terminó imitando a Bugs Bunny.

—Madre de Dios, qué cita más completa —comentó Raquel mirando su reloj.

—¿Tienes prisa? —le pregunté.

—No, pero echo de menos a mis peques y me estaba preguntando si todavía su padre los tendrá levantados.

—Llámale y pregunta —le dije.

—No me acostumbro a estar sin ellos. Cuando duermen fuera de casa, parece que me falten las manos, no sé qué hacer sin ellos.

—Y cuando están en casa te faltan manos para limpiar culos —bromeó Bárbara, que era la que peor llevaba sus anécdotas escatológicas.

—Pues es verdad —dijo levantándose agarrando su bolso.

—Yo voy al váter, aún sigo un poco descompuesta —comentó Adriana tocándose la barriga.

—Anda, tira, no vaya a ser que nos intoxiques con una de tus *bufas* —le azuzó su hermana con una sonrisa malvada.

—Me lo tiraré en tu cara —la amenazó Adriana plantándole el pompis en los morros antes de salir disparada hacia el baño.

—Bueno, dime, ¿qué has sentido?

Miré a Bárbara sin entender.

—¿Qué he sentido, cuándo?

—No te hagas la tonta, Merche, he escuchado cómo tus bragas se caían al suelo cuando ese bomboncito de culo prieto te ha cucado el ojo. Y ese rubor de cara no es el *peach cool* de Chanel que anuncia la *Crazy People*.

Negué con la cabeza.

—Solo dime qué has sentido —insistió poniéndose seria.

La miré fijamente, por suerte o por desgracia, desde mi posición tenía al alcance de la vista toda la barra. Había bastante gente sentada en los taburetes

de madera blanca que escoltaban su perímetro, pero entre las cabezas, de vez en cuando, vislumbraba una cabeza rubia con las puntas aloçadas. Y yo no quería mirar, no quería, pero no podía evitarlo, y cada vez me resultaba más difícil no hacerlo. Formaba parte de mi proceso de renacimiento devolverle a mi subconsciente los pensamientos impuros, pero me acababa de prometer con Gillon para superar mi miedo a la vida en general. A decir verdad, era una tesitura difícil de compaginar.

—Nada —respondí con la boca chica mirando sin interés mi jarra.

—Anda que no se te nota, Merche. Ese chico te pone el *potorro* palpitante, no te lo niegues a ti misma. Y por lo que he podido ver, creo que tú también le gustas, y no sé por qué, la verdad. Tienes edad como para ser su madre. — Soltó una carcajada.

—Serás putona. —Le dirigí mi mirada asesina.

—Pero tienes razón —prosiguió sin hacer caso de mi mirada—, ese chico no es para ti. Tú vas a estar infinitamente mejor con Gillon, un hombre al que no conoces de nada.

—No empieces.

Levantó las manos en son de paz.

—Tú verás lo que haces, ya eres mayorcita —se rio tontamente—, al menos tíratelo cuanto antes, no vaya a ser que no funcionéis en la cama y te arrepientas en la luna de miel.

—Descuida, que lo haré.

—¿Queréis algo más?

Israel estaba de pie junto a la mesa y nos sonreía.

«A ti. Te haría una limpieza de sable aquí mismo», mi mente habló y yo la callé de inmediato.

—Sí, a mí me traes otro tanque de estos y a mi amiga Merche ponle lo que quiera —respondió Bárbara dejándome en el punto de mira.

—Tráeme otra —señalé mi jarra de Radper—, por favor.

—No hace falta que lo pidas por favor, Merche, estoy aquí para servirte —dijo antes de marcharse.

—Guau. Más directo y te mete la manguera en la boca.

Esta vez me reí y, a partir de ahí, la cosa se relajó. Bárbara dejó de meterme pullas; Adriana y Raquel volvieron a ocupar sus sillas y las cuatro volvimos a recordar, partidas de la risa, un sinfín de anécdotas vividas años atrás. En algunas de ellas yo ni siquiera me encontraba presente. Y pese a que no era la primera vez que las oía, escucharlas esta vez me produjo una especie

de melancolía que me hacía retorcerme por dentro, pensando en todas las cosas que había dejado pasar alargando un duelo sentimental que solo me había aportado la desdicha de sentirme fuera de lugar en muchos momentos, cuando estaba, y sigo estando, en la plenitud de mi vida.

—¿Algo más, señoritas? —preguntó Israel apareciendo de repente.

—Si te digo lo que yo quiero... —respondió Adriana, que no perdía oportunidad de lanzarle indirectas al camarero.

—Parece que os habéis quedado con hambre —comentó él sonriendo y me guiñó un ojo.

Nada pude replicarle, tenía la jarra atascada en la boca. Siempre había presumido de mi gran capacidad bucal y, con las risas y el alcohol que llevaba encima, me había venido arriba más de la cuenta encajándomela hasta el fondo. Con verdadero esfuerzo por mantener la respiración, empecé a hacer aspavientos para pedir ayuda, pero allí estaban mis amigas, tan emocionadas tonteando con Israel, que ni se dieron cuenta de mi estúpido ahogamiento con la jarra de propaganda de una conocida marca de cerveza holandesa.

—Creo que vuestra amiga necesita ayuda —apuntó Israel señalándome.

Fue entonces cuando volví a ser el centro de atención del grupo. Se llevaron las manos a la boca y me miraron con preocupación, antes de catapultarse en una carcajada conjunta, y yo ahí, ahogándome ante sus risas y la mirada socarrona de Israel, que negaba con la cabeza como no dando crédito a lo que veían sus ojos. Supongo que mi pinta debía de ser de lo más ridícula: ¡a mi edad y haciendo esas gilipolleces! Vino hacia mí y agarrando la jarra por el culo, la fue desenroscando poco a poco hasta sacarla de mi boca.

—Ya está, ¿estás bien?

Me repasé las comisuras con los dedos mientras trataba de desencajar la mandíbula. Asentí.

—Mira que he visto cosas, pero lo tuyo es de manual.

—Gracias.

—No hay de qué, nos obligan a hacer un curso de primeros auxilios y ponerlo en práctica con los clientes en caso de extrema necesidad.

—Entonces ¿si me ahogo con un hueso de oliva, me harías el boca a boca? —intervino Adriana.

—Por supuesto.

—Chicas, voy al lavabo. —Me levanté apresuradamente. Necesitaba enjuagarme la boca y secarme el escote, que gracias a mi hazaña épica estaba por completo babeado.

Al salir del baño, me encontré a Israel esperándome en la puerta. Sonreí al verlo, a decir verdad, me moría de vergüenza por lo que acababa de presenciar. Él también sonrió.

—¿Estás bien, verdad?

—Sí.

—Me has impresionado, tu boca es realmente grande. ¿Qué tratabas de demostrar haciendo eso?

—Nada. —Ni de coña iba a contarle por qué estaba haciendo semejante cosa.

—No me has llamado.

—¿Y?

Se encogió de hombros.

—No estás acostumbrado a que las chicas no te vayan detrás, ¿verdad?

—Si te digo la verdad... pues no.

—Pues ve haciéndote a la idea.

—Bueno, sin embargo, has venido a verme —dijo con una sonrisa de satisfacción.

Lo miré perpleja.

—¿Qué?

—¿Aquí estás, no?

—He venido con mis amigas a tomar unos pinchos y unas cervezas —le repliqué un poco molesta por su descaro.

—¿Y es para ellas para quien te has puesto ese escote tan provocativo?

—¿Perdona? —Puse los ojos en blanco.

—No me digas que no, Merche, si no ya sabes qué te sucederá.

—¿Y qué me sucederá? —Me encaré con él acercándome más de la cuenta. No debí hacerlo, porque me gustó mucho tenerlo tan cerca.

Subió la mano y me pellizó la nariz.

—Te crecerá la naricita, *Mentirosa*, y ya no serás tan guapa —contestó en voz muy baja.

—A lo mejor así dejo de gustarte —quise provocarle.

—No lo conseguirás. —Bajó aún más el tono hasta convertirlo en un susurro.

—¿Y eso?

—Porque ya me gustas demasiado.

Sonreí desconcertada, a decir verdad, no pensaba que fuera a ser tan directo, aunque no sé tampoco por qué pensaba tal gilipollez; Israel siempre

era muy directo. Me aparté de él para ganar una perspectiva a salvo de sus encantos, que eran muchos. Ese chico me volvía loca, pero en el buen sentido: loca del coño total.

—Me voy, Israel.

—Pero volverás.

—Eres muy mono, pero no confíes mucho en ello —le repliqué antes de salir, como alma que lleva el diablo, en dirección a la mesa donde mis amigas seguían volcadas en salvar la economía de la industria cervecera.

No sabía ya ni las que llevábamos. Ellas siguieron hablando sobre banalidades y yo andaba montándome mi propia versión de la película de *El graduado*, mientras mis ojos no perdían de vista a Israel en la barra, y me imaginé restregándome contra él sobre ella. Varias veces.

¹ El hotel más alto de Europa, en Benidorm, a un paso de la playa de Poniente.

El jueves llegó sin apenas darme cuenta. La semana fue bastante productiva; tuve un par de reuniones de equipo y Carla accedió a incluir un test previo a las inscripciones, donde los usuarios juraban decir la verdad y toda la verdad. Todas sabíamos que eso no tenía ninguna base legal, pero el escrito de Susana en el departamento de desarrollo, en el que aseguraba que la aplicación atentaba contra los derechos humanos, nos hizo plantear esa idea, que por lo menos sería disuasoria.

El tiempo libre lo empleé en reorganizar mi casa y mirar fijamente a *Bienvenido*. El mueble recibidor había sido bautizado por Julio el mismo día que yo bauticé a mi coche para burlarse de mi hazaña. Ya no quería desprenderme de él, tenía que aprender que, ciertas cosas relacionadas con mi exvida en pareja, debían dejar de afectarme hasta el punto de hundirme en la miseria. *Bienvenido* no era más que un mueble y el cálido abrazo que me profería al llegar a casa no era más que eso, dar el nombre de «hogar» a mi piso.

También aproveché para terminar un par de bolsos de bonitos colores llamativos; tenía que actualizar mi fondo de armario y mis bolsos de *crochet* no iban a ser menos. Esa mañana, en señal de gratitud con mi amiga, aparecí por la empresa con uno tipo capazo y asas de aluminio con la idea de regalárselo. Las había comprado por internet en una página de manualidades y me parecieron ideales para dar un toque chic a mis creaciones.

—Para ti, ¿te gusta? —Lancé sobre su mesa el bolso para que lo admirara de cerca, raspando las asas la superficie hasta que se detuvo frente a ella.

—¿Más *crochet*? No pienso salir a la calle con este bolso de vieja.

—Perdona, no es de vieja, el ganchillo es atemporal.

—Exacto, tú lo has dicho, es tan atemporal que no se ha llevado nunca.

—¿No lo quieres? —pregunté ofendida.

—Si te digo que no, ¿te enfadas?

—No —dije falsamente.

—No lo quiero. —Bárbara lo cogió y extendió los brazos para devolvérmelo, cuando alguien capacitado para apreciar mi arte pasó por allí con unas carpetas.

—¡Me encanta! Es sensacional, es superartístico y orgánico. —Susi sí sabía apreciar las cosas bien hechas.

—Para ti, te lo regalo —le dije echando una mirada asesina a Bárbara, que tenía los ojos del revés.

—¿En serio?

—Totalmente en serio. Será un honor que lo lleves, lo he hecho yo misma.

—¿Tú? Es maravilloso, Merche, no sabía que tuvieras esa sensibilidad, estos bolsos son biodegradables, respetan el medio ambiente y ningún animal ha tenido que morir para su fabricación.

—Me alegra que te gusten.

—Podrías venderlos en el restaurante de Serendipity, serían todo un éxito.

—¿Tú crees?

—Por supuesto que lo creo.

—Pues tengo una gran colección, además de fundas para móvil o para lo que sea. —Estaba casi segura de que el setenta por ciento de las personas que frecuentaban el restaurante vegano no utilizaban móviles para no estar atados a la vida electrónica.

Esa tarde, Susana y yo quedamos para ir al restaurante de Serendipity y entregarle los artículos, junto con unos carteles creados por mí donde anunciaba a los compradores que los beneficios obtenidos irían destinados íntegramente a la SAT, la asociación que gestionaba los refugios para animales en Alicante capital. Y ya que estábamos allí, nos tomamos unos cuantos chupitos de orujo de hierbas de los suyos y Serendipity volvió a leerme el aura.

—Estás mejorando mucho, Merche. Vas por buen camino —dijo mirando mi halo.

—¿En serio? —pregunté emocionándome.

—Sí, ya no es marrón, ahora es casi burdeos. Sigue así.

Y por fin llegó el viernes y, con él, un *wasapito* con los horarios del vuelo de Gillon, así que imaginé que deseaba que fuera a recogerlo al aeropuerto. Estaba tan emocionada como nerviosa, no había vuelto a verlo desde la cita en *First Dates*, pero habíamos conversado a lo largo de toda la semana por WhatsApp y alguna que otra llamadita al caer la noche. No muy tarde. Gillon era de acostarse pronto. Muy pronto, a decir verdad. Poco a poco, me había ido colando por sus palabras bonitas, por ese exquisito acento británico que me hacía delirar con largos y afables paseos por la campiña inglesa. Él y yo, tomados de la mano, rumbo al horizonte perfilado por montañas lejanas bajo un cielo azul engalanado de altocúmulos. Siempre me veía a mí misma vestida como una damisela del siglo XVIII con cursis tirabuzones enmarcando mi rostro sonrosado por el energizante paseo y largo vestido, tipo camisón de muñeca de porcelana. Gillon a mi lado caminaba brioso, con los hombros

rectos, embutido en unos calzones beis y levita de terciopelo azul azafata, y un cuello alto con *cravat* de lo más emperifollado. Estaba muy ridículo; esa moda nunca favoreció demasiado la gallardía de los hombres, aunque sí la de sus atributos varoniles (¿quién no le ha echado un vistacillo, así sin querer, al paquete del señor Darcy?). Sí, lo sé, soy una persona altamente romántica y he devorado (sí, devorado) la serie de la BBC, *Orgullo y Prejuicio*, infinidad de veces. Y, ahora, yo tenía mi propio señor Darcy, mi propio Colin Firth, un sueño de hombre hecho carne y hueso. Suspiraba de felicidad cada vez que pensaba en lo felices que íbamos a ser Gillon y yo viviendo en... viviendo en... ¿viviendo dónde? ¿En mi piso de dos habitaciones de Benalúa? Tal vez, Gillon quisiera comprar un chalé en primera línea de playa o un pisazo en el casco antiguo.

Fui a El Altet con *Trinitario* para ganar tiempo y me encaminé derecha a la zona de llegadas. Afortunadamente, su vuelo estaba *on time* y pronto podría estrechar entre mis brazos a mi prometido. Todavía, decir esa palabra, aunque fuera para mí misma, me producía una leve taquicardia. Tal vez nos habíamos precipitado. Tal vez necesitábamos conocernos un poco. O un algo, porque yo poco sabía de Gillon, aparte de que era un reputado cardiólogo. Y que era atractivo, y que era educado y de refinados gustos. También sabía que me llevaba tres años, es decir, que tenía treinta y ocho, y que nunca había estado casado, cosa que a Bárbara le escamó bastante y a mí me ofendió, ya que yo tampoco lo había estado y, vaya... Pues ella tampoco, la verdad. Nadie es un bicho raro por no haberse casado después de los treinta. Sin embargo, ella me dijo con el morro fruncido: «Si no ha estado casado nunca, algo tiene, algo esconde.» Yo hice como los críos, me tapé las orejas y le hice burla mientras me decía: «Tú, *p' adelante*, como los de Alicante.»

La puerta automática se abría y cerraba en un vaivén infinito dando paso a un escuadrón de guiris armados con maletones gigantes, y ataviados para la ocasión: gorro playero, bermudas de cuadros, calcetines de rombos y cangrejeras ortopédicas. Nunca podré comprender esa indefendible combinación que lucen con poderío sin igual, tanto en verano como en invierno, pero así son los guiris: no hay dios que los entienda. No obstante, yo esperaba entender y confraternizar en breve con su cultura y sus costumbres, aunque dudo mucho que llegase el día (salvo llegar a un nivel diez de demencia postraumática tras una abducción extraterrestre) que me permitiera a mí misma salir a la calle de esa guisa. Y, además, para eso, ya teníamos nuestro propio *look* a la española, llevado con un glamur legendario por la

Martirio en su época dorada. Por más que estiraba el cuello, no lograba encontrar la cabeza de Gillon sobrevolando la de los demás y empecé a preocuparme. ¿Habría perdido su vuelo? O peor: ¿habría cambiado de parecer? El goteo de pasajeros era cada vez más intermitente hasta que finalmente la puerta se quedó cerrada por un espacio de tiempo que se me empezaba a eternizar mirando el reloj. Cuando ya estaba a punto de perder la calma y comenzar a tirarme de los pelos de la falsa peluca, que todavía me picaba con más intensidad que en la primera puesta, de pronto lo vi acercándose por un flanco. Pero qué guapo. Qué elegancia. Qué porte. ¿Cómo un hombre así iba a esconder nada turbio? Levanté la mano para captar su atención, y Gillon no tardó en divisarme entre las pocas personas que quedaban en la zona de espera: un par de chóferes de agencia turística y una mujer que lloraba a lágrima viva por alguien que probablemente la había dejado tirada en el último momento. Me alegré de no ser ella. Pobre mujer.

Vino hacia mí, decidido y con una sonrisa perfecta en los labios, arrastrando su *trolley* tamaño ejecutivo con una mano y un ramo de rosas enorme en la otra. Nunca nadie me había regalado flores, ni siquiera Julio, que siempre decía que comprar flores era tirar el dinero por la ventana, pero a mí, no obstante, me parecía un detalle muy bonito (aunque nunca se lo llegué a mencionar); me limitaba a acatar todo lo que salía por su boca. Cuando le faltaba un metro para llegar a mi posición, se detuvo para admirarme con los hombros cuadrados, la cabeza ladeada y una media sonrisa apuntando a su ojo derecho. Me dieron ganas de suspirar y desmayarme.

—Oh, *Mergie*, había olvidado lo *presioza* que eres. Me tienes *hipotizado*.

Ante semejante cumplido, no se me ocurrió idea mejor que lanzarme sobre él como una niñata, fan de Abraham Mateo, con las neuronas revolucionadas. Me eché encima, le rodeé el cuello con los dos brazos y lo besé sin más preámbulos. Pero algo andaba mal. Muy mal. Gillon no respondía a mi beso. El portero no había salido a recibirme y la puerta estaba cerrada. Por ende, mi lengua ya le había dado un par de lametones ansiosos a sus labios sellados antes de que con una mano me separara un poco.

—Perdona, *Mergie*. Los españoles sois tan expresivos. Me siento aturdido. ¿Qué pensará *todo* esta gente? —Con el ramo señaló en derredor. No quedaba más que un chófer con la mirada perdida en la puerta de salida.

—¿Y qué más te da, Gillon? ¿Es que no te alegras de verme?

—Mi corazón canturrea como un mirlo solo de mirarte —respondió entregándome el ramo con una sonrisa.

—Perdona, me he dejado llevar. Vaya, es precioso —olí las rosas—, muchas gracias, Gillon. Me encanta.

—Estás absolutamente perdonada. Pero dame mi tiempo y mi espacio —dijo tomándome la mano con delicadeza y depositó un casto beso sobre ella.

Y así, tomados de la mano fuimos a por mi coche.

—*Mergie*, cuánto te *agradesco* que hayas tenido gusto de venir a recogerme.

Me llevé la mano al pecho y con afectación le pregunté:

—Pero Gillon, ¿qué clase de prometida sería yo si no viniera a recibirte en tu primera visita?

Sonrió complacido. Era evidente que mi respuesta le había satisfecho. Qué bien se me daba esto de ser una repipi.

—¿De dónde sales? —le pregunté.

—No entiendo, *Mergie*.

—¿Cuándo has llegado? He estado un buen rato esperándote y no te he visto salir.

—Llegué antes y fui a tomar un café, tenía *hambro*.

—Hambre —le corregí con una sonrisa.

Se rascó la nuca y me devolvió la sonrisa.

—Hambre, sí, trataré de recordar. Es muy fuerte el café español, no sé si mi —se tocó el abdomen— *estómaga* podrá acostumbrarse.

—Tu *estómago* se acostumbrará con el tiempo.

—Eso espero, si no, no respondo de mi actividad digestiva —comentó riéndose entre dientes.

—Aquí está —le dije sacando el mando a distancia de *Trinitario* (que aunque era del año de la Maricastaña, en su tiempo fue todo un adelantado), dándole al botón de apertura antes de que se me cayera al suelo mientras me cambiaba el ramo de mano para abrir la puerta.

Me agaché a recogerlo y cuando volví a incorporarme me quedé extrañada viendo cómo Gillon trataba de abrir, con un esfuerzo titánico que le había teñido todo el rostro de púrpura, el maletero del coche aparcado al lado del mío. Era un Audi A5 *Sportback* y no sé por qué Gillon estaba haciendo tal cosa. Me aproximé con cautela.

—¿Qué haces?

—Abrir puerta, meter yo maleta.

El esfuerzo lo había transformado en un indio *arapahoe*.

—Pero este no ser mi coche.

Me miró confundido.

—¿No?

—No —respondí negando con la cabeza tratando de no reírme—. Es este.
—Le señalé mi Opel.

Miró hacia *Trinitario* y luego devolvió la vista al Audi, y luego de nuevo a *Trinitario* y otra vez al Audi, y otra y otra, comprendiendo al fin en una de sus idas y venidas, y explotó a reír.

—*Damn*, no sé cómo he podido confundirme —trató de justificar su error.

—No importa, reconozco que este coche no debe de pegarme mucho.

—¿Te pega tu coche? —preguntó extrañado.

Esta vez me reí. Qué gracioso era y qué tierno se me antojaba.

—No, quiero decir que otra marca de coche me quedaría mejor.

Asintió comprendiendo.

—Cuando estemos casados, te regalaré un coche a tu altura, *Mergie*.

—En realidad, no es necesario, llevo este porque quiero —le repliqué con orgullo.

—Porque quieres —repitió confuso—. ¿Por qué habrías de querer *conducir* un coche tan... tan... malo?

—Porque le tengo cariño. Hasta tiene nombre.

—¿Y cómo se llama?

—*Trinitario*.

—¿Y qué significa?

Me rasqué la barbilla buscando un sentido lógico al nombre de mi coche, pero no lo tenía. Se llamaba así porque ese nombre me hacía gracia sin más.

—No tiene. Es un nombre y ya está.

Era su primera visita a Alicante, así que de camino a mi casa le fui comentando todo cuanto dejábamos atrás. Gillon lo observaba todo con gran interés y me hacía preguntas ilusionado como un niño que contempla una cabalgata, a las que yo respondía feliz e igualmente ilusionada. Cada vez nos veía más juntos, ¿por qué no? Podíamos encajar.

—*Mergie*, es una ciudad *presioza*, me encantaría visitar el castillo de la cara del mono —comentó entusiasmado Gillon con los ojos brillantes.

—¿La cara del mono? No tenemos castillos con cara de mono en Alicante. Si acaso tus compatriotas en Gibraltar tendrán alguno. —Gillon me miró extrañado—. Por lo de los monos de Gibraltar, no me malinterpretes, *my darling* —le expliqué y mi caballero inglés asintió aún sin pillar mi coña. Pobre hombre.

—Ya hemos llegado.

Gillon bajó del coche observando su alrededor con detenimiento. Benalúa es un barrio muy famoso en Alicante, céntrico y acogedor, pero no es especialmente lujoso. Siempre ha sido un barrio obrero, de edificios sin solera, pero lleno de gente buena y trabajadora. Y, para lo que es el centro, los pisos están dotados de unos metros cuadrados más que aceptables. Además, tiene una pequeña plaza de abastos y un mercadillo los sábados donde comprar verdura fresca y algún trapillo a buen precio.

—¿Vives en este barrio tan, tan...?

—¿Feo? —acabé su frase.

—No, *sorry*, no quería ofenderte. La *paliabra* no es feo. Me imaginaba un barrio más mediterráneo, más *coloridio*, Mergie.

Genial, mi prometido me acababa de bautizar como a un personaje de los Simpson, con nombre de flor preguntona.

—Perdona, Gillon, por no vivir en el pueblo de *Verano Azul*, y no me llamo Mergie, o lo que viene siendo en España, Margarita. Me llamo Mercedes como los coches caros. Mi padre me lo puso porque le encantan y se dedica a la venta de coches importados —le dije con retintín, ya que me había ofendido un poco. Lo del coche había tenido pase, pero esto era ya el colmo.

—*Oh, honey, I'm so sorry*. Es más fácil para mí llamarte Mergie, además, yo te veo como una flor delicada, con una piel perfecta como los pétalos de los *margaritos*. —Pese a que tenía que afinar los artículos y los géneros, me estaba convenciendo y suavizando mi cabreo—. No sé qué es «verano azul», pero tú me serenabas como el mar —prosiguió tratando de enmendar el daño y agarrándome las manos, se acercó lentamente hasta mi boca enmudecida por sus palabrejas y me besó cual pasta fina de té.

—Está bien, pero intenta llamarme Merche, aunque te salga raro. Me gusta mi nombre, aunque no sea el más sofisticado del mundo. —Le devolví el beso y abrí el maletero del coche para sacar su insulso *trolley* marrón de cuadros.

—Oh, no, no, no. Deja *mis maletos*. ¿Qué clase de caballero sería yo si dejara que portaras mi equipaje?

Le hice caso sin rechistar, lo suyo era que él mismo cargara con su *maleta*. Miró en su derredor y detuvo la vista en mi vecino Juanjo, que se encontraba examinando los bajos de su coche como hacía cada día desde que despeluchó un gato con la correa de la distribución.

—¡Señor! ¡Caballero! —Gillon hizo una llamada de atención a mi vecino

con un educado gesto de la mano, pero Juanjo ni se movió; seguía entregado a la revisión vehicular.

Volvió a llamarlo y como seguía sin hacerle caso, se acercó y le tocó fugazmente el hombro. Juanjo, entonces, volvió la cabeza.

—Dígame, ¿qué se le ofrece? —Se mostró solícito, levantándose del suelo mientras se limpiaba las manos, y con un levantamiento de barbilla me hizo el saludo reglamentario entre vecinos.

—¿Podría subirme la *maleta*? Le daré diez *yuros*.

Mi cara se tornó roja como la grana.

—Pero ¿qué dice este imbécil, Merche? —Juanjo se puso con los brazos en jarras esperando una explicación.

—Lo siento, Juanjo —me disculpé en nombre de Gillon, y apartándolo un poco de la zona conflictiva, le hablé lo más flojito que pude—. Perdónalo, es un amigo con un síndrome peculiar: no distingue las fincas de los hoteles y piensa que eres un botones.

—Entendido, mensaje captado. —Mi vecino se volvió hacia Gillon de nuevo con una sonrisa amplia plasmada en los labios—. No hay problema *gentleman*, se la subiré gratis a casa de Merche encantado. —Luego me guiñó un ojo y la mar de campante agarró el asa de la maleta con gran diligencia.

Al llegar a mi rellano, ni que decir tiene que Gillon insistió en darle los diez euros al bonachón de mi vecino Juanjo, y este rehusó su ofrecimiento, dándole, además, un abrazo y animándolo a que superara su síndrome lo antes posible. Gillon se quedó desconcertado, por lo que tuve que explicarle que Juanjo era un gran hermano rehabilitado y que iba dando consejos a *to quisqui*. Mi prometido seguía sin entender ni jota y continuaba haciendo preguntas sobre qué leches era un gran hermano y qué tipo de adicción había tenido Juanjo, a las que yo iba improvisando respuestas que probablemente no tardaría en olvidar. La retahíla de preguntas acabó cuando puso un pie en mi piso.

—*Mergie*, ¿este es tu piso de *estudianta*? Pensaba que iríamos a tu casa actual.

—¿Qué te hace pensar que este es mi piso de estudiante? Además, ¿por qué habría de conservarla a los treinta y tantos con una bata de estar por casa esperándome colgada en la entrada? —dije engrescada. Gillon me estaba poniendo un poco de los nervios.

—Todo el mundo conserva su primera vivienda, para *alquilero* o para *fiestos* —sentenció colgando su bufanda Butifarry junto a mi bata.

—No, Gillon, en España no hacemos esas cosas a menos que seas Pocholo. Esta es mi casa, en la que vivo todos los días y de la que me siento muy orgullosa —le expliqué mientras caminaba un poco ofuscada hacia la cocina; necesitaba un vaso de agua.

—Es bonita y *moderno*, muy *acojonadora*. —El *highlander* inglesado estaba empezando a captar mi cabreo e intentó arreglarlo haciendo uso de sus finos modales de colegio privado.

—Acogedora, «*acojonadora*» es otra cosa. —No pude evitar reírme.

—¿Qué te divierte? Es bastante ofensivo que te rías de mi falta de *coñosimiento*.

Se cruzó de brazos con su mirada azul clavada en mí, mientras yo seguía muerta de la risa. No lograba tranquilizarme y cuando volví a mirarlo tratando de ponerme seria, me sentí de pronto presa de los nervios. Desde que había entrado en mi casa llevaba una idea fija en mi cabeza. No podía dejar de pensar en las sabias palabras de Bárbara: «No puedes casarte bajo ningún concepto antes de probar la mercancía, ¿y si le gusta envolver mujeres en papel de film?» La idea era un poco absurda, ¿a quién le excita envolver a otra persona como si fuera un bocadillo de mortadela?, pero entendía lo que mi amiga me quería decir. El sexo, no nos engañemos, es, tirando por lo bajo, un setenta por ciento en una relación. Yo siempre había sido una mujer activa sexualmente, pese a mi celibato autoimpuesto por animadversión más que justificada por el género masculino. Con Julio lo hacía hasta sin ganas, era como mi pastillita de Piazebam, un *quiqui* y a dormir a pierna suelta toda la noche, y si Gillon no daba la talla, lo nuestro no podría funcionar, iba a necesitar como el agua mi dosis diaria de sexo. Así pues, tenía que comprobar lo antes posible si íbamos a ser compatibles en la cama y si merecía la pena seguir con toda aquella locura del compromiso.

—Tienes que perdonar mi falta de dominio.

Además, cuando se ponía así de condescendiente me ponía de lo más cachonda. Mi mente no paraba de lanzar un mensaje repetitivo: «Follar, follar, follar», que estaba alterando todos mis sentidos, y mi furor sexual se puso en pie de guerra. Me aclaré la garganta para poner mi voz más sensual.

—Quiero follar.

No me anduve con rodeos, lo sé, pero decir las cosas claras es el método resolutivo más eficaz en caso de conflicto con un macho.

Contrariado, Gillon sacudió la cabeza.

—¿*Folar*? No sé qué significa ese *palabro*. Yo venía dispuesto a dar un

paseo en yate, un plan romántico y maravilloso con mi prometida.

—Pues sintiéndolo mucho, no tengo yate ni barca, ni siquiera una colchoneta hinchable, pero podemos hacer un *yatecomo* —le dije poniendo las manos como garras y le lancé un bramido tipo tigre, usurpándole a Encarna el título de «la más *choni* del barrio».

Me hizo una cobra de manual.

—¿Tienes *carraspero*? ¿*Yatecomo*? —Gillon era como un niño de tres años todo el rato preguntando.

—Ya te digooooo —continué mis insinuaciones imitando a la gran Gracita Morales inclinándome sobre él.

—Lo siento, *Mergie*, no consigo entenderte.

—*Fuck*, joder, *fuck*. Quiero follaaaar, que me quites la ropa y me lances sobre la cama y me empotres en el colchón.

Envalentonada por la fogosidad, empecé a desabrocharle la camisa con mucha ansia, sin hacer caso de la cara de estupor que tenía mi *highlander*, pero, *I'm sorry*, así se hacen las cosas en España si tienes el *potorro* palpitante.

—*Mergie*, wow, *Mergie*...

Por fin parecía que se estaba dejando llevar. Levantó las manos como un rehén al que apuntan con un arma. Y para arma, la suya, que por debajo del pantalón comenzaba ya a apuntalar la bragueta. Cuando le agarré el manubrio con la mano, acariciándole suavemente las partes nobles y poniéndosela más dura que un torrezno pasado, el pobre ya no pudo más. Enarbolado por la pasión, me agarró por las axilas y me levantó a peso, ¡qué fuerza bruta! Mis piernas abrazaron su cintura como si fuera una pulsera de elásticos y me llevó a ciegas a mi habitación mientras yo le comía la boca como una bola de helado. Gillon no sabía dónde estaba aún, se equivocó varias veces de puerta hasta dar con la de mi dormitorio, pero aquel paseo errático, comiéndonos a besos mientras sentía su erección oprimiéndome la entrepierna, me puso aún más caliente. Que ya era mucho.

Cuando sus pantorrillas chocaron contra el somier y pudo adivinar que era mi cama, se giró con un bravío digno de un miura y me lanzó contra el colchón, abalanzándose sobre mí y dejándome sin aliento.

Yo estaba poseída por la excitación, y como era de ley en mí, comencé a soltar improperios y vulgaridades. Era algo que no podía evitar y tampoco quería hacerlo porque, ya desde mis primeras relaciones sexuales, descubrí que cuando el cataclismo sexual se desataba en mí, me convertía en una *choni*

de podio al más puro estilo de *Mujeres, Hombres y Viceversa* y que el lenguaje grosero me encendía los motores y me hacía llegar al límite del placer. Mi boca, cual metrallera, empezaba a soltar cosas guarronas y obscenas, que ponían a centrifugar mi útero, a la voz de «castígame el *toto*», entre otras lindeces.

—Cómeme el seto, Anacleto —dije cuando su aliento rozó mi ingle.

—No sé qué es el «seto Anacleto», *Mergie*, pero te voy a comer la vulva.

La palabra «vulva» no estaba en mi repertorio de soeces, pero me sirvió igualmente.

—Cómeme la vulva, sí, Gillon, la vulva enteraaa. —Se me estaba yendo la olla por completo; tenía unos dedos maravillosos que enfebrecían todos mis puntos neurálgicos.

—Sabes deliciosa, *Mergie*, eres el bocado más dulce que he probado jamás.

—Sigue, capullo, no pares.

Levantó la cabeza y vi entonces sus ojos azules mirándome extasiados entre mis pechos desmadejados a los lados. Una mirada llena de lujuria y pupilas parpadeantes.

—Con mucho gusto, *Mergie*. Voy a comerme tu seto Anacleto y te prometo que te haré sentir un magnífico orgasmo.

Pero qué bien mandado. Sin más palabrería de Cambridge, volvió a sus menesteres para cumplir su promesa de caballero. Me estaba volviendo loca con su lengua refinada y esos dedos delicados suyos que manejaba con pericia de cirujano. No tardé mucho en explotar descargándome en su boca como una hormigonera.

—Ahora, lléname de ti —dije incorporándome ajustándome la peluca. Necesitaba más Gillon. Tenía que catarlo al completo.

—No, ahora cómeme tú el seto Anacleto.

Pobre Gillon, a ver cómo le explicaba yo que él no tenía seto y que lo de Anacleto no venía al caso.

—Ven aquí, mamón, que te coma el boquerón.

Pasé de explicaciones y de un salto me amorré a su manubrio como una ventosa.

—Qué bien lo haces, princesaaa, aaahhg, ooh, sí, sí, síiiiiii... *God save the queen!!!*

El *God save the queen* me dio un reprís que para qué; le hice la felación con más brío de mi vida.

—Métemela ya, necesito sentir tu carne acuchillándome la entrepierna. Venga. Jack el Destripador, aparécete en Whitechapel.

Se detuvo un momento entonces para mirarme a la cara e hizo un gesto de asentimiento. Dudo mucho que hubiera entendido nada de lo que le dije presa del frenesí, pero esta vez el significado literal le traía sin cuidado y supo captar el mensaje entre líneas.

—Sus palabras son órdenes para mí, *my lady*.

Me agarró las caderas y con un movimiento rápido y sexi me puso mirando para Irlanda, encajando su *pork sausage* dentro de mí sin más preliminar. Justo como a mí me gustaba. Qué bien nos íbamos a llevar el inglesito y yo.

—Oh, sí, *my darling*, dame desayuno inglés: quiero la salchicha y los huevos —le grité fuera de órbita; hacía mil que no echaba un polvazo como ese y estaba venida arriba en exceso.

—Te voy a dar *baked beans and roastbeaf* del bueno —respondió desde atrás empujando con más dureza.

Me daba unas embestidas brutales que me aporreaban el rabillo, estaba gozando mucho, muchísimo. Y a cada oleada de placer que mi prometido me propinaba me sentía aliviada de no tener que exponerme envuelta en film para bocadillos como había vaticinado Bárbara.

—*Mergie*, súbete encima de mí, yo quiero ver tus *presiozos* pechos moviéndose al ritmo de nuestro baile de amor. —Mi macho era una bestia sexual y se adaptaba perfectamente a mis gustos. Todavía no había aprendido a pronunciar mi nombre, pero bien rápido se había coscado de lo que me ponía como una estufa en la cama—. Así, así, *my lady*, cómo te mueves, tus caderas son fuego ardiente. *God save the queen, Oh, my God. Fucking, Mergie, fuck, fuck, fuuuck.* —Gillon estaba por completo desatado.

Toda esa perorata en su perfecto inglés me ponía como una placa de inducción de alta generación. Con este hombre se podían ir los gimnasios a tomar viento fresco. Puse mi cuerpo al límite, como si estuviera en *el método Osmin*. Y nos corrimos juntos como en las películas, sin tener yo que fingir ni un poquito. *God save the queen*.

Estuvimos relajados un buen rato, entrelazados en la cama con un silencio reparador. Ambos inmersos en nuestros pensamientos. Los míos estaban un poco en *standby* y mi cuerpo estaba disfrutando de ese chute de endorfinas rico en oligoelementos que te deja el cutis como el culito de un bebé. Una recomendación de la factoría de *beauty* consejos de Bárbara tras leer un artículo antiarrugas de la revista *Crazy People*.

—*Mergie*. —La preciosa voz de Gillon rompió el silencio y por ende el trabajo de *lifting* endorfinico.

—Dime, Gillon mío. —Me acurruqué y me froté contra él como una niña feliz.

—Tengo *hambro*, siento mi *estómaga vacía*.

Está bien, no era la frase romántica que esperaba tras un polvo como ese, pero lo entendí perfectamente. A lo tonto habíamos pasado unas cuantas horas en ayuno desde que había llegado a Alicante y su hora de la cena debía de estar al caer.

—Había pensado llevarte a cenar a un lugar fantástico de la ciudad y después a tomar unas copas, pero solo son las siete de la tarde.

—Soy inglés, *Mergie*. Nosotros cenamos a las seis, pero intentaré adaptarme a tus *costumbres*. Si pudieras preparar un té y unas pastas podría aguantar hasta las ¿nueve? —Por el tono de su voz entendí que el pobre tenía que estar al borde del desmayo.

—Sí, por supuesto. No tengo té, pero puedo prepararte un poleo menta y unos palitos de Mifalo.

—Perfecto, mientras voy a darme una ducha. —Sacó su brazo lentamente de debajo de mi nuca y me besó en la frente—. Si me disculpas.

Qué inglés, qué fino y qué galante. Me estiré a mi estilo garrulo cuando ya no estaba delante y comprobé mi cutis con el espejito que utilizaba para depilarme las cejas. Bárbara estaba en lo cierto, mi piel estaba brillante y sonrosada y tenía una estúpida sonrisa indisoluble en mi cara. Mis labios se habían convertido en una media luna apuntando mis aletas nasales. El revitalizante polvo había cambiado sus coordenadas normales, que eran apuntando a los dos lados de mi barbilla. De haber tenido a mano una lámpara de luz ultravioleta podría haber comprobado mi flagrante aura burdeos tirando a bermellón. Por fin era un emoticono feliz de WhatsApp. El Merche *power* había regresado. Me hice un *selfie* natural con la melena alborotada sobre la almohada y actualicé mi foto de perfil aprovechando la peluca, que por arte de magia había dejado de picarme; sería obra de las endorfinas; qué polifacéticas eran y qué bien me sentaban.

Me puse una bata de raso floreada que mi madre me regaló por si alguna vez me hospitalizaban; así era mi madre, previsor y agorera a partes iguales, y me marché a la cocina envuelta en glamur a preparar dos poleos con el mayor estilo inglés que puede destilar una alicantina.

Por fin iba a utilizar las tazas de pareja que compré en Cosas de Amas.

Unas tazas que habían terminado siendo apiladas en la parte más honda del armario con la resignación de no ser utilizadas jamás, salvo que mis tazas de fracasada se fueran rompiendo por el paso del tiempo y la desidia.

Gillon apareció cual dios griego, con mi colcha de ganchillo de entretiem po tapando sus partes nobles y con el ligero aroma a coco y cardamomo de mis geles de Pituals. Estaba realmente imponente y raro a la vez.

—¿Qué haces con mi colcha? —le dije sensualmente mordiéndome el labio inferior.

—No encontré una toalla de mi *tamaña*, y cuando pasé por el salón, la vi tan bonita. Me recuerda a un *arrumo* que tenía de pequeño, *tejida* por mi abuela Betty.

—Pues me alegra que te guste, esta la he tejido yo.

—¿Tú? Eres una *verdadero artista*. A mi abuela Betty le encantarías, de no ser *que está fallecida*.

—Lo siento, hubiera estado bien que me enseñara motivos típicos de tus tierras.

—Espero que no te *molesta* que la haya usado para tapar mis partes. —Ladeó la cabeza de un modo tierno.

Y en un arranque de emoción me acerqué para besarlo y por primera vez se dejó llevar, agarrándome la cintura y atrayéndome hacia él con sus fuertes manos salvavidas. Su lengua lamió suavemente mis labios y mordisqueó su contorno, para luego introducirla húmeda y golosa dentro de mi boca, dándome unas embestidas linguales que alteraron todos mis sentidos carnales. A punto estuve de caerme al suelo presa de la pasión y la sexualidad de ese beso, pero mi hombre inglés me tenía bien presa.

—*Mergie*, eres un *maccaron* de fresa, un *millioner* de chocolate con fluido caramelo.

Interpreté sus palabras como un cumplido y no al pie de la letra. En cualquier otro momento hubiera pensado que me estaba llamando: seca y empalagosa, dos antónimos poco probables.

—Y tú eres la tortilla de patatas más gordita y jugosa que he probado jamás. —Mis manos entraron juguetonas por debajo de la colcha y Gillon dio un respingo—. Tejeré una funda en honor a tu abuela Betty para tu maleta.

—Me *parese* una maravillosa idea. —Me miró fijamente de nuevo con un vibrar de ojos mágico—. *Mergie*, tengo *hambro*, pero no de esa —dijo volviendo a su rictus británico haciéndome sentir un poco tonta.

—Lo siento, no pretendía obligarte, violarte... Sentémonos —le pedí algo decepcionada. No se puede besar así a una mujer y dejarla con taquicardia vaginal, él debería saberlo.

—*Mergie, ¿te he ofendida?* —Me miró preocupado, dándole un sorbo de lo más cursi a la taza.

—No, bueno... Sí. Lo siento, Gillon, me he vuelto tan impulsiva, tan latina, que tengo la sangre caliente. Me has besado con tanto erotismo que he confundido tus intenciones.

La mano que sostenía mi taza «La reina de la casa» empezó a temblar, estaba nerviosa e incómoda en mi propio hogar ante un hombre con el torso desnudo y mi colcha envolviéndole los bajos y que, además, me había vuelto loca en la cama.

—Oh, *Mergie*, ven aquí. —Gillon se levantó, cogió mi cabeza y la apoyó sobre su vientre de hormigón. Tenía escondidos unos abdominales de escándalo bajo su sieso jersey de angorina—. Es culpa mía, no te sientas *absurdo and crazy*. —Empezó a acariciar peligrosamente mi falso pelo y un tembleque empezó a arrancar ante la idea de que en una de esas caricias inocentes la peluca se moviera de sitio dejándome la frente más despejada que una meseta.

—¡Suéltame, Gillon! —grité a la desesperada viendo que estaba muy cerca de las raíces, apartándole las manos y empujándolo de malas maneras.

Se apartó de mí con tal celeridad que se le cayó la colcha al suelo, quedando expuesta a mi vista su *big* morcilla de Burgos.

—¿Qué *sucedo* ahora, *Mergie*?

Pensé una respuesta rápida. Algo que explicase mi ilógico comportamiento. Y de la nada me vino a la mente la imagen del niño viral de YouTube que se daba «taburetazos» nerviosos con la cabeza visionando un teatro de guiñoles. Sin nada mejor que argumentar, empecé a golpearme la cabeza como si estuviera loca ante los horrorizados ojos de un Gillon, que fue reculando hacia la puerta.

—¿*What the fuck* estás *haciendo*?

Mi idiotez mental la estaba fastidiando, el inglés parecía estar a punto de salir corriendo con el rabo entre las piernas. Nunca mejor dicho. Traté de tranquilizarlo.

—Tengo un síndrome. Nada grave —le expliqué pausadamente, volviendo a una postura recta y relajada en la silla.

Gillon se detuvo y me miró con recelo.

—¿Qué clase de síndrome? —me preguntó acercando su mano peligrosamente hacia mi cabeza. De nuevo tuve que actuar a la desesperada y arrearle un manotazo. Gillon apartó la mano con cara de preocupación mientras yo comenzaba a darme bofetadas sin control a diestra y siniestra como si estuviera poseída por un *hand clap toy*—. Y *dices* que no es grave, ¿estás segura? —Se acarició la mano agredida—. Puedes contármelo, tengo un amigo neurólogo que podría verte.

—¡Cúbrete, cúbrete! —le grité girando los ojos como Marujita Díaz. Un gran número.

El pobre Gillon, que no podía estar más impresionado, con la rapidez de un puma se recolocó la colcha y se volvió a sentar cruzando las piernas y los brazos. Luego se inclinó hacia delante con un gesto de gran preocupación en el rostro.

—No es grave, pero a veces me dan estos arrebatos.

—¿En *seria*? Me has asustado, *Mergie*.

—Pues verás, cuando veo un pene frente a mí, inerte y lánguido, me pongo nerviosa y me doy de hostias en el cogote. Mi psicólogo dice que se debe a un trauma infantil. Cuando iba a la carnicería con mi madre y veía esas morcillas colgadas sin vida junto a la longaniza roja, mis conexiones neuronales mandaban señales confusas a mi hipotálamo haciéndome gritar como si estuviera viendo miembros humanos desmembrados. Lo que me imposibilitó muchos años ir a hacer los recados de mi madre —le expliqué con seriedad, y Gillon se mantuvo impertérrito—. Está superado, Gillon, no te preocupes. Pero a veces, solo a veces, bueno... prácticamente nunca, tengo un brote. Siento mucho si te he asustado —dije, sonriendo por primera vez. Mi instinto de supervivencia mental a veces me sorprendía, mi boca se volvía un aspersor de trolas increíbles que dejaban pasmado al más pintado.

Gillon guardó un rato de silencio, como si se concediera un espacio para la reflexión interior. Paseó la vista por la cocina y finalmente habló, menos mal, yo ya estaba comenzando a pensar que había superado el límite de excentricidad que el inglés podía soportar.

—Entiendo, yo te ayudaré a superar todos esos *traumos*, *my darling*. —Alargó la mano con cautela y, viendo que yo me mantenía serena, la posó sobre la mía creando un momento de lo más consolador y un vínculo como pareja «ideal de la muerte».

Mientras dábamos cuenta de la merienda, conversamos sobre los *pormayores* de nuestras infancias. Según Gillon, esa etapa de la vida era parte

fundamental del desarrollo de un ser humano y nos ayudaría a comprender mejor nuestro universo.

De él pude aprender bien poco, su infancia había transcurrido en un internado de férreos valores y vacíos juegos infantiles, que trataban de potenciar las virtudes de los alumnos. No obstante, era el claro reflejo de lo que era como adulto. Sentí un poco de pena por Gillon, todo niño debería conocer la consola Sega, las canciones de Glen Medeiros, las bromas telefónicas y las peleas de patio.

Cuando tocó mi turno se echó varias veces las manos a la cabeza, sobre todo cuando le conté la broma de la caca incendiaria.

—Es una broma infame, absurda, carente de sentido y muy *humillante* para la persona que la recibe —comentó, como venía siendo habitual en él, con su modulación propia de colegio privado británico.

A esas alturas de la tarde ya estaba más que acostumbrada a su forma de ver la vida, pero con un poco de suerte, podría enseñarle a que la viviera más a mi manera. Había descubierto que, en ciertos momentos, Gillon podía adaptarse a las circunstancias y más si se trataba de una cuestión de placer propio, y solo por eso había un hilo de esperanza para ambos, pues yo también me encontraba escribiendo un libro en blanco y coloreando mi aura en multicolor.

Tres cuartos de hora más tarde estábamos listos para salir: Gillon con un pantalón vaquero oscuro y un jersey azul marino con cuello de camisa a cuadros y yo con un vestido ajustado color berenjena, a conjunto con mi resucitada aura, que tenía un escote en la espalda capaz de provocar un deshielo. Vestido prestado del armario de Bárbara, que, por una vez en su trayectoria como *personal shopper*, había acertado con su elección. Y por la cara que puso Gillon, quedaba claro que le había gustado lo que tenía delante.

—Estás *presioza*, *Mergie*, la curvatura de tu espalda me evoca la tranquilidad y la belleza del lago Lomond. —Su dedo recorrió toda mi anatomía desnuda y una leve pero controlada taquicardia vaginal me azuzó de nuevo.

—Tú también estás bien. —Es lo único que se me ocurrió decir, su atuendo estaba bien para ir al Froski un sábado por la tarde, pero no estaba a la altura de mi presencia—. Iremos en *Trinitario*, espero que no te moleste.

—Por favor, *Mergie*, ya me he disculpado por ese *indecente*. *Quiera* que sepas que no importa dónde y cómo si la compañía es *bueno* —se excusó muy sonriente, y de nuevo afloró en Gillon ese halo esperanzador. Y es que cuando quería, y su evidente torpeza verbal no se lo impedía, era todo un encanto.

Llegamos al restaurante El Fondillón casi en silencio, disfrutando de la música que los Cuarenta Informales nos brindaba en su dial alicantino. La canción de James Blunt, *You're beautiful*, relleno el mutis de nuestras bocas y Gillon empezó a tararearla mientras me acariciaba la pierna. Tenía una voz grave pero agradable y un falsete bastante logrado.

—Me estás poniendo nerviosa y no soy nada buena aparcando. —Le dediqué una mirada cargada de *sex-appeal* antes de proceder a la maniobra de aparcamiento.

—Es que eres *presioza*, *Mergie*, un diamante en *bruta*. —Las malas jugadas que le causaba el castellano le proporcionaban algunas veces esa chispa que le faltaba por genética o educación de élite.

—Sí, sin duda, soy más bruta que tú. —Le sonreí y le dediqué un guiño de ojos de lo más cuco y él, como casi siempre, no entendió su propia broma—. Nada, olvídalo.

Aunque la conductora era yo, Gillon bajó apresurado del coche para abrirme la puerta y entregarme el bolso, también prestado por Bárbara, que muy cuidadoso había llevado en su regazo todo el trayecto. Yo hubiera preferido lucir alguna de mis creaciones de ganchillo para fiesta, pero Bárbara

me dio una charla de media hora donde incluyó las palabras «enajenación mental transitoria». Susana, que era la que mejor me entendía en esos temas, trató de apoyarme indicando que lucirlos yo misma era la mejor herramienta de *marketing* para el negocio emergente de *crochet* orgánico. Tras varios rifirrafes entre las dos, finalmente accedí a acatar las órdenes de Bárbara, ya que me amenazó con no dejarme el vestido y lo necesitaba si no quería ir de marrón.

—Gracias —dije, y, de nuevo, la torpeza típica que me caracterizaba en situaciones jocosas junto con la taquicardia vaginal que me acompañaba ese día de manera espontánea hicieron que mi bolso cayese al suelo esparciendo todo su contenido en la acera—. ¡Qué tonta soy! —Me agaché a toda prisa para recoger el estropicio y Gillon me agarró el brazo para detenerme.

—No permitiré que te arrodilles, yo lo recogeré, *my darling*. —Flexionó las rodillas y su perfecto y fibrado culo quedó expuesto ante mis ojos, acelerando mi corazón y mis partes bajas—. ¿Potonesil? ¿Qué clase de *ungüenta* es esta? —No sé por qué razón abrió el tubo y se untó la mano con la crema para luego olerla; mi cara se encendió como un mechero—. Oh, es bastante hidratante, es fantástica, *Mergie*. ¿Podrías conseguirme *unos cuantas* para mí? Los guantes me resecan mucho las manos.

—Claro, no hay problema.

¿Qué podía decir? Explicarle que se acababa de embadurnar la mano con crema para la sequedad vaginal a un fino y alterable Gillon podría fastidiar la noche, una noche que prometía mucho.

—Hay que ver cómo alarga el día en estas latitudes, casi son las *dies* y aún se vislumbra el ocaso —comentó con la vista fija en el cielo.

—Esa es una de las cosas buenas de vivir en España, y especialmente en la zona del Levante.

De la mano, anduvimos el corto trecho que nos separaba de El Fondillón. El restaurante, situado en un antiguo palacete con jardín que daba a la calle, pero escondido de los ojos curiosos de los transeúntes por unos altos muros rematados en la cresta por un entramado de forja que emulaba enredaderas, gozaba de un lleno total. No había una sola mesa libre en la terraza exterior a aquella hora; menos mal que Bárbara y su previsión innata habían hecho una reserva a mi nombre hacía ya una semana, tan pronto le dije que Gillon venía a verme y ella pensó que no podía corresponderlo sin llevarlo al sitio más *in* de toda la ciudad. Era una gran amiga y una eficiente empleada, aunque encontrarme de nuevo el tubo de Potonesil, puesto a traición por su propia

mano en el bolso que me había prestado para la ocasión, sería un tema de conversación el lunes en la oficina. Había dejado de ir a El Fondillón tras el abandono de Julio. Era el restaurante al que me traía en cada fecha señalada. Un rincón muy nuestro, en el que habíamos compartido confidencias y momentos románticos. Por eso se me hacía tan difícil estar allí, no podía soportar estar sentada a una mesa sin verlo frente a mí. Me producía un dolor inmenso. Y precisamente por eso había elegido ir esa noche con Gillon; formaba parte de mi recuperación. Era preciso devolverle al restaurante una identidad nueva en mi renovada filosofía de vida. Julio no podía vetarme la entrada a ciertos sitios solo porque me hubiera roto en dos.

En el interior del restaurante el aire acondicionado, ni muy fuerte ni muy bajo, hacía las delicias de los afortunados clientes que habían conseguido reservar mesa al abrigo de aquella calurosa noche de septiembre y que todavía hacía sudar la gota gorda aun en las horas nocturnas. Una *hosstess*, que parecía sacada de una pasarela, vino hacia nosotros aporreando el parqué con sus finos tacones y tras confirmar mi nombre en su agenda, nos hizo entrar con premura en el salón de indescriptible elegancia.

El restaurante, famoso por su alta cocina, también destilaba gusto en cuanto a decoración. Era mucho más lujoso de lo que ya se presumía por la suntuosa fachada de estilo modernista que te daba la bienvenida al llegar. El blanco imperante del salón y del mobiliario con las mesas engalanadas con detalles modernos en rojo eran un regalo para la vista, y contrastaban a la perfección con el estilo versallesco de las molduras de escayola y las pilastras que delimitaban los espacios. Tan solo había una mesa sin ocupar a unos metros de la nuestra que lucía el típico cartelito de «reservado», el resto estaba completo por otras parejas y grupos de amigos con polos del caballo gigante y bolsos de Carolina Pórrera. Era un lugar tan distinguido que los clientes hablaban en susurros que solo rompían las risas estridentes de una señora, con la boca embadurnada de carmín y unos pendientes de oro que le llegaban a los hombros, en una mesa alejada de la nuestra.

Gillon miraba a su alrededor con una sonrisa incontinida en los labios. Estaba encantado y totalmente mimetizado en el ambiente. La paella en Casa Paco, por tanto, estaba por completo descartada; mi Gillon se salía de la horma del *typical* turista *calcetin-chancla*.

—No podrías haber elegido mejor, *Mergie*, qué lugar tan exquisito. *Me respiro* un ambiente muy diferente en esta parte de la *city* —dijo en su tono almidonado.

—Sí lo es. Es la primera vez que vengo a este sitio —mentí, usando su mismo tono mientras me sentaba en la silla con una postura un poco más recta de lo normal en mí. Esa posición erguida no solo era símbolo de distinción y saber estar, así le podía mostrar a Gillon todos mis encantos delanteros, cosa que él supo apreciar, regalándome un buen vistazo al escote.

Podía ser un hombre muy refinado, pero era hombre al fin y al cabo, y no hay hombre que rehúse la grata panorámica de un buen par de tetas bien puestas.

—Entiendo. —Su mano se posó sobre la mía como dándome consuelo. Este hombre podía ofenderte con un simple gesto o halagarte en tan solo seis minutos de diferencia. El muy cabrito, esta vez, sí le había pillado la coña al momento.

—¡Tío, cuánto tiempo sin verte! —Un chico de unos treinta y tantos años golpeó la espalda de Gillon a palo seco.

Gillon volvió la cabeza como un egipcio y la echó hacia atrás para observar al chico que acababa de interrumpirnos.

—*Caballerrito*, no soy su tío. Ese *saluda* ha sido muy rudo y *desgradable*.

—Lo siento, tío, me he confundido. Es que eres clavado a un amigo mío, ¿sabes? —comentó contrariado.

—Disculpado —dijo Gillon reajustándose las vértebras.

—No te preocupes. —Sonreí al chico y le invité con un gesto a que se marchara.

—Qué *maloeducado* —concluyó Gillon de mal humor—. ¿Qué es «*aclarado*», *Mergie*?

—«Clavado.» Significa que eres igual a alguien que él conoce.

Asintió y me dedicó una sonrisa.

Al punto, acudió un camarero de hombros escurridos que nos tomó la comanda de las bebidas. Gillon pidió el vino más caro de la bodega, La Faraona, un tinto del año 2009. Mi cabeza se hacía cruces, no podía entender cómo una botella de vino con nombre de una folclórica española podía costar setecientos cincuenta euros. No me importaba gastar el dinero en ciertos caprichos y, aunque yo no era una persona de caprichos caros, sabía valorar lo bueno y si era motivo de peso por el que pudiera permitirme, ideológicamente, pagar más por ello, pero había ciertas cosas que me parecían un despropósito total, y esta era una de ellas: gastar esa cantidad de dinero en una simple bebida espirituosa que no me iba a reportar ningún placer duradero. Y si encima la pegatina de la botella venía con una foto de Lola Flores embriagada

o una máquina tragaperras de bar, me negaría en rotundo a pagar el vino, aunque presumía que Gillon se iba a hacer cargo de la factura.

—¿Conocías el vino La Faraona? Es la primera vez que lo veo en una carta de vinos —le comenté.

—No, *Mergie*, nunca había oído hablar del vino La *Foradona*, pero intuyo por su precio que será el mejor de la bodega.

—No siempre lo más caro es lo mejor —rebatí su absurda teoría.

—Es probable, pero tengo *money* y quiero gastarlo contigo, y que probemos todas las locuras comerciales y todas las locuras terrenales.

Tocada y hundida: vagina haciendo ventosa en la silla y taquicardia en aumento, pero no por su alardeo monetario, que no era plato de mi gusto, aunque tampoco me sorprendía que hiciera gala de él; a la gente de dinero le gusta de algún modo más o menos evidente jactarse de su posición en algún momento y yo estaba bastante acostumbrada a tratar con ellos.

—¿Por qué no eres siempre así?

—¿Así cómo? Siempre soy *el* misma persona, *Mergie*, o quizá tú me haces ser mejor. —Calor, ardor, subidón de amor...—. Desde que he llegado a *Alicanto*, siento mi corazón más caliente, debería consultarlo con un colega. —Gillon se mordió el labio de una forma masculina y cachonda.

—Yo también me siento más caliente...

El *sommelier* interrumpió nuestra conversación, apareciendo con la botella de La Faraona y un medallón en el cuello ganado en algún concurso de catadores de vinos, o eso pensé yo.

—Señores, les presento el vino. —Nos mostró a ambos la botella que por suerte no tenía la cara de la Lola en la etiqueta y que, a decir verdad, era demasiado sosa para mi gusto. «Igual la idea de poner la máquina tragaperras desparramando una especial lo haría más atractivo a la vista», pensé tratando de no reírme.

—Puede descorcharla —le ordenó Gillon.

El chico de la medalla le hizo caso y luego me ofreció el corcho; Gillon me hizo un gesto para que lo oliera.

—Hummm, buen corcho, sí señor. —Lo dejé en la mesa ante las miradas de estupor por parte de mi prometido y el medallista enólogo.

El ritual terminó con la cata, que fue directamente ofrecida a Gillon por mi falta de conocimiento en vinos, que le dio el visto bueno, tras voltearlo en la copa ante su atenta mirada, inhalarlo profundamente y mojarse levemente los labios para no darse una *tragalá* e intoxicarse en caso de que no estuviera en

condiciones.

Yo pedí rodaballo y Gillon, cabrito, y el vino La Faraona cumplió todas sus expectativas, que según me comentó: «*Mariconaba* muy bien con la carne», y yo simplemente confirmé con un «Sí, está bueno».

Todo estaba saliendo a pedir de boca, mi *highlander* estaba de lo más «cachondón». Me erizaba la piel cada vez que le oía algún cumplido, algún ronroneo y sobre todo cuando, inesperadamente, su pie descalzo empezó a acariciarme las piernas llegando casi a la altura de mi sexo.

—Si sigues así, me temo que no voy a poder esperar a llegar a casa para hacerte *guarreridas*.

La jerga de Chiquito de la Calzada no estaba entre los *palabros* de Gillon, pero me entendió a la perfección, lanzándome una sonrisa seductora que mostraba dos hileras de dientes grandes y perfectos. Los ojos de cabra muerta en estado de excitación son suficientes para alentar a un hombre.

—*Mergie*, la tengo *duro* como la espada del rey Arturo.

Olé, olé y olé, qué predispuesto y buen discípulo era.

El aura de nuestra mesa debía de ser roja infernal, notaba las bocanadas de aire entrar calientes por mi garganta. Me sentía feliz, como hacía mucho tiempo, pero una visión borrosa, tanto por la ingesta de vino como por horrorosa debido a las personas que la protagonizaban, heló de repente la atmósfera que nos envolvía. Mi gesto debió de cambiar, pues Gillon me miró asustado.

—¿Va todo bien, *Mergie*? Estás *blanco* como el armiño.

—Joder, cacota de vaca. —Estaba tan en *shock* que no sabía ni lo que decía. Empecé a hacer aspavientos con las manos y mi *show* de mujer de goma alertaron a mis alteradores de estado—. Agua, necesito agua. Camarero, una Solán de Vacas, por favor.

—*Mergie*, me estás asustando. ¿Qué está *sucedido*? —Se volvió para ver qué estaba pasando enfrente de mí, ya que mi vista se había centrado en ese punto mientras intentaba pasar el nudo que se me había generado instantáneamente en la garganta. Hacía mucho tiempo que no lo veía en persona. Más de cuatro años y medio habían pasado desde la última vez; el día que vino al piso para llevarse sus propias pertenencias. Lo encontré más feo, más cejudo, más cuello-bloque, la piel muy churruscada, el cabello demasiado largo. Tal vez, pensándolo bien ahora, ya era así cuando salíamos, pero yo no lo veía. Dicen que el amor nos vuelve ciegos, y debe de haber mucha verdad en ese dicho, porque el tiempo y la inquina me habían curado la

ceguera. Lo vi fatal—. ¿Quién es ese *hombro* que te mira fijamente? —A pesar de llevar la peluca, Julio me había reconocido nada más verme y tenía los ojos clavados en mí.

—Es un fantasma —contesté agarrando la botella de agua que traía el camarero, empujándomela como si fuera una litrona.

—¿Un fantasma? Yo creo que no es una figura espectral, es un *humana* y la señorita que le acompaña, también.

—Claro que no es un fantasma, es una metáfora, Gillon, es mi ex. Y esa mujer no es una señorita, es una *fulandonga*.

Me di aire con la servilleta e intenté guardar la compostura; si seguía perdiendo los nervios sería incapaz de tragar bocado y ni de lejos quería perder la oportunidad de probar la tarta de manzana que me había pedido de postre. Julio no iba a estropearme la noche, ya había estropeado bastante mi vida.

—Un *¿ex?* ¿Qué es un «ex»? ¿Y una *furand... what?*

Maldito preguntón, lo miré con rabia. No estaba para explicaciones lingüísticas, aun así, saqué acopio de paciencia tras respirar profundamente y le expliqué:

—Ex *boyfriend* y putón verbenero.

Abrió los ojos alarmado.

—*Mergie*, mírame. Ese *hombro* ya no merece que le dediques ni una sola mirada. Estás aquí conmigo, nada tienes que temer, *honey*.

—Pero míralos: ahí felices, cogiéndose las manos y dedicándose miradas. Ese momento me pertenece a mí, lo entiendes, esa debería ser yo.

—Eso que dices me encoge el alma. Tú ya eres dueña de ese momento conmigo, *Mergie*. ¿Acaso no soy suficiente? ¿En qué es mejor ese *hombro* que yo?

Sus palabras hicieron que mi vista volviera adonde debía estar: clavada en Gillon.

—Tú eres cien mil veces mejor. Pero ese hombre me dejó partido el corazón. —Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—*My love*, no quiero saber *qué ese* hombre hizo contigo. Pero recuerda que soy muy buen cardiólogo y mi trabajo es reparar corazones partidos.

Gillon se levantó con determinación de la mesa, se acercó a mí e hizo que yo también me levantara. Agarrándome con sus brazos de acero me tiró el cuerpo para atrás y me besó tipo *Oficial y caballero*, arrancando el aplauso de alguno de los presentes, y dejando con la boca abierta a Julio, que fue

reprendido por la rubia destroza-hogares. A decir verdad, me abruma mi gran habilidad para mirar con el rabillo del ojo, tengo una visión periférica que ya la quisieran para sí los controles de la Benemérita.

—Vayámonos, pediremos el postre para llevar —dijo Gillon cuando me devolvió a la posición vertical.

—De acuerdo —asentí robotizada. Gillon era como el vino La Faraona, podía parecer soso por fuera pero resultaba ser una delicia cuando lo descorchabas.

—Pero primero voy al escusado y a pagar la cuenta. ¿Te importa?

—Para nada, pero te echaré de menos. —Le di un beso en la mejilla de esos que le gustaban a Gillon y fijé mi vista en él marchándose mientras cogía el *clutch*.

Una voz, que reconocí al instante, me sobresaltó por la espalda.

—Hola, Merche. ¿Y ese pelo? Estás fantástica —dijo alargando la mano para rozarme un mechón muy próximo al pecho.

Le aparté la mano de un manotazo. ¿Qué leches les pasaba a los hombres con los *pelados* largos?

—¿Qué haces aquí? ¿No te importa que tu novia te vea hablando conmigo? —increpé al valiente de Julio.

—Se ha ido al baño justo cuando ese con el que has venido se ha ido también.

—Ese tiene nombre: se llama Gillon y estamos prometidos. —Le enseñé orgullosa mi mano portadora del pedrolo del quince.

—¿Con ese tío piensas casarte? No te pega nada, Merche —se cachondeó en plan colegueo; pero de qué iba ese maldito cabrón.

—¿Y quién te crees que eres tú para darme consejos? Ese tío, que según tú no me pega, me hace sentir mil veces mejor de lo que tú fuiste capaz. Ahora, si me disculpas, esperaré a mi futuro marido, rico y cardiólogo en la calle; aquí empieza a oler a basura.

Me giré con furia tirando la silla y arrastrando una servilleta pegada a mi zapato. Era consciente de ello, pero hice caso omiso y salí de aquel atolladero más rápida que un cohete.

Por suerte, Gillon estaba en la barra pagando la cuenta y pude avisarle de que lo esperaba fuera. Necesitaba aire de verdad, oxígeno reparador, un cambio de escenario urgente y un *gin- tonic* de níspero. Según Bárbara y sus *tips* sacados de la *Choschopolitan* y la *Crazy People*, el níspero mezclado con ginebra aumentaba el deseo sexual y templaba los nervios de las mujeres

históricas. Dos propiedades que nada tienen que ver entre sí, pero que no me vendrían nada mal en aquel momento.

—*Honey*, estás ahí, no te veía. —Gillon salió dando tumbos, intentando localizar objetos con las manos. No pensaba que hubiera bebido tanto como para estar en ese estado.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien? —Lo miré preocupada, sus ojos estaban hinchados como los de una brótola,² apenas se le veían las bolas oculares—. Dios mío, Gillon, tienes los ojos como Rocky Balboa.

—No veo un *pimienta*. Son las *lentejas*.

—Pero si no hemos comido lentejas —me extrañé—, pero lo tendré en cuenta si tienes alergia.

—No esas *lentejas*, *lentejas* de los ojos —me explicó intentando parpadear sin éxito.

—Vamos al médico, pareces Mister Potato.

Mi pobre Gillon estaba al borde de explotar sus cuencas.

—No, no es *necesario*, tienes que ayudar a sacar de mis *ojas*, con un colirio será suficiente.

—¿Estás seguro?

—Totalmente, *Mergie*.

Apoyé la mano de Gillon en mi hombro y lo guie hasta un banco cercano bajo una farola que el ayuntamiento debería revisar: la caja de conexiones estaba rota y salían chispazos como si dentro hubiera algún tipo de fiesta para gnomos.

—Bien, voy a intentar abrirte los ojos con unas pinzas de las cejas. —Me había fijado en que Bárbara las había incluido junto al Potonesil y los pañuelos de papel; mi amiga tenía manía persecutoria a los pelos locos de las cejas—. No te muevas.

Gillon asintió totalmente confiado en mi hazaña; con mis dedos no podría abrir con precisión esos párpados morcilleros.

—Allá voy.

Le abrí los ojos al estilo de *La naranja mecánica*, con las pinzas de Bárbara que de tantos apuros «cejiles» me habían sacado y, con la yema de los dedos, le quité la lentilla. Si Carlos estuviera aquí me hubiera denunciado a Sanidad por uso de material médico no estéril.

—Gillon, ya te he quitado la del ojo derecho, voy a por el segundo ojo. Si te molesta, me avisas.

Frotándose el ojo liberado de la *lenteja* corrosiva volvió a asentir

aliviado.

—¡Ya está! —anuncié dando palmaditas.

—Gracias, has tenido un pulso sublime. Serías una maravillosa enfermera. —Me tocó la cara como lo haría Serafín Zubiri, aún tenía los ojos hinchados —. Necesito hidratar los *ojas*, una pena me vendría de lujo. Las lágrimas hacen un trabajo maravilloso en los *ojas*.

No sé cómo ni por qué, sus palabras fueron órdenes para mí, y alzando la mano como para saludar a alguien que está lejos, la lancé en picado hacia su carrillo, propinándole una *yoya* digna de la WWE.³

—*What the fuck?* —Gillon reculó inútilmente cayendo al suelo con los brazos en alto implorando clemencia—. Por favor, no me pegues —suplicó entre sollozos presa del pánico.

—Tranquilo, no quiero darte una paliza. Era por lo que has dicho de la pena y las lágrimas. —Me sentía fatal viéndolo en aquella posición de sumiso.

—Estás un poco *crazy*, no era necesario dejarme el *caro* como un *pinturo* de Warhol.

—Lo siento mucho, Gillon, de verdad que no me va el sado ni nada de eso. Pero mira, ¡estás recuperando el estado normal de tus ojos! —intenté animarlo ante la visible mejora de sus bonitos ojitos azul intenso, que desarmaban a cualquiera que se pusiera delante, y que ya podían entreverse a través de unos leves pero aún inflamados párpados.

—Me has *dado una susta de muerto*, pero te estoy agradecido, creo.

Lo miré, aguantando la risa, pero me estaba costando mucho no hacerlo, le había dejado la cara marcada como una ternera en un matadero y daba bastante pena.

—Ven aquí, que te cure esa marca roja con forma de mano de la cara. —Enmarqué su óvalo facial entre mis manos y una ráfaga de besitos maternos atacaron el carrillo entumecido.

—Ya me siento mejor, *Mergie*. He sido un tonto por querer impresionarte. Si llevo las *lentejas* mucho *periódico* de tiempo me *produsen* alergia. Veo menos que gato de escayola.

—¿Por qué razón me habría de molestar que usaras gafas? —le pregunté mientras pensaba: «Pobre Gillon mío, siempre tan considerado.»

—No quería que pensaras que era un gafotas sabiondo. Las mujeres piensan que los hombres con gafas pueden ser pretenciosos.

Otro aficionado a leer absurdos artículos en revistas con nombres no menos absurdos como *Pitomaniáticos*.

—Yo no juzgo a la gente por su apariencia, aunque he de decir que la tuya es imponente. Eres un hombre atractivo, no necesitas hacer esas cosas para impresionar a ninguna mujer, y menos a mí —dijo la mujer con una peluca puesta y una gerencia en colocación de moquetas—. Además, me apuesto el pelo a que con gafas estás igual o más guapo.

—Las tengo aquí dentro. —Se dio unos golpes en la solapa de la chaqueta—. Si no te gusto con gafas, ¿me lo dirás?

—Me gustas tú, anda, pónelas ya —le animé restándole importancia al asunto.

Gillon, que ya estaba recuperando el brillo de sus ojos, metió la mano en el bolsillo interior y sacó unas gafas de pasta estilo *vintage* de montura marrón. Se las colocó con bastante inseguridad y cabeza baja. Tuve que ayudarle con mi dedo índice a que levantara el mentón. Joder, el soberbio Gillon estaba más impresionante incluso que sin gafas. Las lentes enmarcaban a la perfección su mirada oceánica, y quedaban maravillosamente cuadradas en su preciosa cara de británico inteligente.

—He perdido *encanta*, ¿cierto? —dijo tímidamente clavando sus pupilas en las mías.

—Has ganado como mil puntos en tu cartilla de novio —le dije con devoción, aún buscando mentalmente mis bragas por el suelo (las había perdido en algún momento entre el antes y el después del cambio exprés). Luego me acerqué a su boca entreabierta y lo besé con las mismas ganas que un niño lame un helado de chocolate.

Las chispas del cuadro eléctrico de la farola empezaron a chisporrotear con más intensidad, celebrando aquel momento mágico en el que mi príncipe se había convertido en la rana más hermosa de la charca. Una ranita acomplejada por usar gafas, que lo hacía un poco más humano y menos Gillon, y con ese gesto noté en mí un creciente deseo y emoción de ser su prometida.

Tras el momentazo «farolero», nos entraron unas prisas tremendas por llegar a casa. A tomar viento fresco el *gin-tonic* de níspero y su inventor. *Trinitario* iba con más brío que nunca, mis piernas jugaban con los pedales del coche como un pianista tocando una pieza de Mozart. Las manos de Gillon iban acariciando mi entrepierna dulcemente, haciéndome lamer la comisura de los labios sedienta de esa espada del rey Arturo recién pulida. Era la Carlos Sainz de la conducción erótica, pero *Trinitario* se tambaleó ante un repentino e inesperado orgasmo. Gillon era un estupendo «masajeador» femenino, había hecho las delicias de mi clítoris cargándolo de electricidad y espasmos

placenteros hasta llevarme al más delicioso y titánico clímax.

—¡Viva la virgen del Carmen y la santísima Trinidad! —grité sacudiendo mi cabeza contra el volante.

—Ten cuidado, *Mergie*, queremos llegar a casa sanos y *salvas*. —Gillon señaló su paquete abultado.

Su erección estaba intentando liberarse del secuestro de sus pantalones y la cremallera estaba sonriendo con los dientes deformados por la presión.

Cuando llegamos a mi barrio, ya estaba recuperada del paroxismo y con los bajos cargados de amor. Gillon se ofreció de nuevo a abrirme la puerta del conductor y me aprisionó contra el coche, mordiéndome la boca y el cuello como un vampiro. Absortos de todo lo que sucedía a nuestro alrededor y entregados a la causa sexual oímos a mi vecino Juanjo desde los bajos de su coche.

—¿Tu amigo no sabe que está feo liarse con el personal de los hoteles?

Me reí sacudiendo la cabeza y arrastré a Gillon al interior del edificio.

—¿El hermano mayor no tiene horas de descanso?

—Era adicto al *crack* y ahora al trabajo —contesté desabrochándole la camisa mientras esperábamos el ascensor.

Por fin habíamos superado las barreras arquitectónicas que nos separaban de mi lecho. Un lecho aún revuelto por el sexo de esa tarde memorable, una cama con olor a *Merchillón*, un nombre de pareja, ideal para nosotros, que me acababa de inventar con mi audaz ingenio de pequeña luciérnaga.

—Quiero estar dentro de ti, *Mergie*. No aguanto más esta placentera agonía. —Gillon se deshizo de los pantalones y los calzoncillos, mostrándome su «anaconda» en todo su esplendor.

Me arranqué literalmente el vestido, Bárbara iba a flipar cuando lo viese hecho unos harapos. Gillon se lanzó sobre mí en un placaje perfecto, separando la parte delantera de mi tanga con sus habilidosas manos y encajando de una estocada su espada dentro de mi cavidad *ready* para la conquista. Todo eso en una sola maniobra, era un Geyperman hecho carne.

—Qué caliente estás, *Mergie*, me haces *gosar* como un verdadero macho *gosa* con una hembra —me susurró al oído jadeando.

—Y tú me haces sentir mujer, haces que me corra como toda mujer merece correrse, tipo maratón de San Silvestre.

—Mi padre se llama Silvestre. *Woow, Mergie, wow.*

—Mi padre Mariano. Oooh, Gillon, más fuerte, más fuerte.

Gillon era muy solícito y acataba todas mis peticiones. Agradecí en aquel

momento apoteósico la decisión de mi madre de regalarme un cabecero acolchado cuando mi cabeza se empotró repetidas veces contra él, fruto de los empujones bravíos de mi inglés.

—Tienes el *pussy* más mejor del universo, me envuelve el *penis perfectly*.

—No sé qué es el *pussy*, pero *pusi* acaso no pares de darme «candela».

Era una máquina percutora, me daba unas embestidas que volteaban mis ojos como las muñecas de ojos articulados.

—*Mergie*, voy a eyacular dentro de ti, te voy a rellenar de crema para *cupcakes*.

—Dame un poco más de frotis, que estoy a puntito, luego me rellenas como tú quieras.

Hizo un sobreesfuerzo para no correrse antes que yo y, de nuevo, con unos barrigazos a mil revoluciones, los dos llegamos al orgasmo *Merchillón*, nunca mejor dicho, pues los chillidos llegaron hasta las Carolinas Altas.

—Me da mucha pena que tengas que irte mañana por la tarde. —Posé una de mis manos sobre su fuerte pecho y apoyé mi cabeza de pelo falso entre su axila y su hombro.

—Lo siento, yo había olvidado decirte que cambié mi vuelo a la mañana. Tengo *un cirujío* programada para el lunes y debo estudiar previamente el caso.

—Vaya, pues entonces me da aún más pena. Me hubiera gustado llevarte al castillo del mono. —Su manera de renombrar al castillo de Santa Bárbara me hacía gracia.

—No sientas *pene*, *Mergie*, el próximo fin de semana volveré a tu lado. La idea de estar separado de ti tanto tiempo me *produse* un inmenso dolor.

—Pues no vamos a perder el tiempo en palabrería. Gillon, hazme tuya otra vez.

Y, durante toda la noche, nos amamos intensamente; Gillon era incansable y yo insaciable. Elevaba mi deseo sexual hasta el nivel diez, esa mezcla de seriedad y desmelenamiento a destiempo me ponía como una moto y el hecho de querer domarlo y traérmelo de lleno al «lado oscuro» me descolocaba toda la cordura.

La mañana llegó y el breve tiempo que Gillon tenía para marcharse a toda prisa al aeropuerto imposibilitó que pudiera llevarlo. Me ofrecí amablemente, pero él prefirió pedir un taxi a molestarme. Me sugirió que descansara bien el cuerpo para nuestro próximo encuentro y, ante la idea de verlo plantado en la salida de pasajeros del aeropuerto con esas gafas a lo Woody Allen, me excité

teniendo que placar mi deseo con mis socorridos Mifalo, que siempre guardaba en la mesita de noche para casos de emergencia.

Surgiendo de un denso vaho, Gillon salió de mi baño. Se había duchado, afeitado y rociado con *after shave* del caro.

—Nos vemos pronto, *my darling*, pensaré mucho en ti. —Y con esa frase me dejó satisfecha en la cama, con la falsa melena alborotada, tras besarme la frente.

Dormí unas horas más, era preciso recuperar horas de sueño. Me hice un café reparador y volví a comer unos palitos rancios de un envase de Mifalo que se había quedado abierto un par de días antes.

En otro momento de mi vida, lo primero que hubiera hecho al levantarme hubiera sido mirar el móvil, pero esta vez lo hice una hora y media más tarde, tras desayunar, deshacerme de la peluca con la misma dificultad de la primera vez, darme una ducha que borró todo el cansancio acumulado por mi cuerpo (y el desagradable recuerdo de encontrarme con Julio en El Fondillón, joder qué maldita casualidad), y poner una lavadora con las sábanas cómplices de aquel maratón de sexo del bueno que marcaría con un circulito fucsia en las crónicas de Mercedes Esteban. Y es que esas sábanas necesitarían un par de lavados a noventa grados y dos litros de suavizante para eliminar cualquier indicio de actividad sexual. Y no es que fueran a venir Serendipity con su lámpara de rayos ultravioleta, o mi madre, cuyo olfato era más sensible que el de *Mojo*, a husmear mi cama, pero, aunque me encantaba el sexo (y el olor del sexo recién horneado era uno de mis favoritos), no obstante, el del semen revenido no estaba entre mis aromas predilectos.

Tenía veinte mensajes de Bárbara cada vez más desesperados. En el número dieciocho amenazaba ya con llamar a la policía si no daba señales de vida.

Dos de mi madre, que decían básicamente: «dónde» y «estás» en dos renglones diferentes.

Y el último y más sorprendente era de Israel.

«*Qué guapa estás en esa foto, te sienta muy bien el pelo largo. ¿Extensiones?*»

Y aun sabiendo que hubiera debido responder primero a Bárbara para que los Geos no entraran de sopetón en mi casa con un ariete, no pude evitar responder el mensaje de mi camarero favorito. Quise echarle la culpa a la lavadora y a su interminable centrifugado, que aburría más que mirar un acuario de almejas, pero en el fondo sabía que me moría de ganas por hablar

con él.

«Es una foto de hace tiempo, no deberías espiar las fotos de los perfiles.»

Tardó apenas segundos en contestar, lo que solo podía significar una cosa.

«No te espiaba, he buscado a mi amigo Miguel en los contactos del chat y tú aparecías más abajo.»

Desde luego era un chico ingenioso.

«Me parece que tú también eres un mentiroso.»

«Jajajaja. Puede. Pero no miento si te digo que me gustas más con el pelo corto.»

«Gracias.»

«¿Quedamos?»

«¿Nosotros dos?»

«¿Eres Miguel?»

«No, soy Merche.»

«Pues eso.»

«Pues vale.»

«A las 8 en la puerta de La Altramuzza, ponte pantalones.»

Y entonces el aviso de «en línea» desapareció.

2 Pez que vive en el Atlántico y en el Mediterráneo, con los ojos muy saltones.

3 World Wrestling Entertainment, Inc. es una empresa de entretenimiento deportivo, propietaria de una serie de elementos multimedia (principalmente televisión, internet y eventos en vivo) relacionados con la promoción de lucha libre profesional.

Una hora más tarde recibí una llamada de Susana.

—Merche, necesitamos más material, los bolsos y las fundas para móviles han sido todo un éxito. El *stock* ha bajado considerablemente y una de las clientas ha pedido un modelo exclusivo para una boda por el rito zulú la semana que viene.

No me dio tiempo ni a pronunciar el típico «hola» o «dígame» antes de que Susana empezara su perorata ahogada por la falta de aliento.

—A ver, tranquilízate. ¿Cuántos bolsos quedan?

—Tres y dos fundas. Serendipity ha organizado una cena ayurvédica esta noche y se venderán seguro, de hecho si tuviéramos más los vendería también.

—Pues... me quedan algunos por casa, uno de fiesta perfecto para esa boda a lo Lauren Postigo y tres fundas para el papel higiénico.

Susana se quedó en silencio intentando entender para qué podía servir una funda de papel higiénico hecha de ganchillo.

—No preguntes.

—Vale... ¿Te parece que pase por tu casa en media hora y recoja todo lo que tengas?

—Sí, me parece perfecto, todo sea por esos animalitos.

—Pues voy. —Y colgó sin despedirse.

Fui metiendo en una caja de cartón todas mis últimas creaciones, incluidas las fundas para rollos de papel higiénico, y descartando la colcha con la que Gillon se había cubierto los bajos. Durante todo ese rato no recordé que me había citado con Israel esa tarde, pero al rebuscar en el altillo y caer un recorte con la cara de Jason Donovan de mi caja de recuerdos de nuevo me vino a la cabeza; pero ¿qué leches me pasaba? Estaba complacida y saciada sexualmente, mi cutis lucía mejor que nunca y estaba completamente recuperada de la taquicardia vaginal y, como dice el refrán, solo me acordaba de santa Bárbara cuando tronaba, así pues, llamé a mi amiga, que con toda probabilidad estaría haciendo un simulacro de Spiderman ante mi inusual mutismo.

—Serás cabrona, ¿dónde te has metido que no contestas a mis mensajes? Estaba preocupada —me gritó antes de saludarme. Empezaba a plantearme en serio hacer un cursillo de protocolo y buenos modales para mis empleadas, todas parecían hijas de Paquita.

—Hola, Barbi, no te enfades, sabes perfectamente que estaba con Gillon.

—¿Y? ¿Quién conoce al tal Gillon aparte de ti y un par de horas? —me

reprendió de nuevo.

—Tienes razón, lo siento, pero oye: estoy viva —celebré feliz.

—Pues me alegro.

—¿No quieres saber cómo me ha ido?

—Sí.

—¿Te apetece un vermut?

—Tal vez.

—¿Cómo que «tal vez»?

—Solo si el relato merece interés.

—Israel me ha *wasapeado*.

—Zorra, en una hora en La Putaneska.

Bárbara era demasiado predecible y yo ya había anulado la comida familiar con mis padres; mi nueva aura necesitaba aires renovados y unos carbonara y un vermut.

Susana llegó puntual y con una peste a incienso que daban ganas de confesarte.

—Vaya, ¿aquí vives? —dijo entrando en el recibidor y mirando a *Bienvenido* con pasmo.

—Sí, este es mi hogar. —Apoyé la mano sobre mi consola con gesto protector.

—¿Y cuántos metros tiene?

—¿Para qué lo quieres saber?

—Por Serendipity, me ha encargado que te diga que esta semana sin falta va a hacerle una limpieza energética y necesita saber cuánto material precisa.

—¿Crees que es necesario llegar a ese extremo?

—Por supuesto, aquí huele a malas *vibras* que tira de culo, Merche —confirmó olisqueando el aire de mala gana—. Es mucho más urgente de lo que nos temíamos. Apesta.

Vaya, y yo pensando que la que tenía un tufo mortal era ella.

—Pues si pensáis que es tan primordial, adelante con ello. Tiene ochenta metros cuadrados.

—¿Solo?

—Suficiente para mí y mi aura, ¿no crees?

—Ya, pero pensaba que alguien como tú tendría un piso algo más grande.

—¿Alguien como yo? —Entorné los ojos hacia ella.

—Con tu dinero.

—Ah, entiendo, puede que tengas razón, pero le tengo cariño a este piso y

está muy cerca de la oficina.

—Si me parece genial, en serio. —Asintió con la cabeza repetidas veces mientras evaluaba el recibidor con los ojos.

—Pues ya está claro. Anda, toma. —Le puse en las manos la caja y ella me entregó un Excel con los beneficios obtenidos de las ventas, que ella misma se encargaría de hacer llegar a la SAT, y se marchó más feliz que una perdiz con su alijo ecológico.

El centro de Alicante era bastante tranquilo los domingos desde que los comercios dejaron de abrir el día del Señor. Daba gusto escuchar retumbar los tacones sobre el pavimento y ver los semáforos parpadeantes en ámbar todo el día.

La Putaneska estaba a media asta y mi amiga Bárbara debía de ser la hija secreta de Flash Gordon, pues ya estaba sentada a una de las mesas de la terracita degustando, perfectamente acicalada y con aire interesante, un Martini blanco.

—Cuéntamelo todo, he traído unos test de la revista *SuperRock* y *La Fale*, son mi tesoro máspreciado. —De su maxibolso color *nude* sacó un archivador con clasificadores de colores—. Mira, están por temática, pero nosotras nos centraremos en estos. —Agarró la pestaña del separador rojo y me mostró los test del amor—. *¿Sois verdaderamente compatibles? ¿Te da lo tuyo o se queda corto? ¿Le gusta tu amiga?*

—Bárbara, no necesito ningún test para saber que lo nuestro puede funcionar, ha sido un fin de semana estupendo y ya no tengo el berberecho en barbecho. —Le quité la aceituna de su Martini y me la comí.

Su reacción, como de costumbre, fue de lo más exagerada: se puso en pie y comenzó a aplaudir, luego se arrodilló a mis pies y me hizo unas cuantas reverencias. ¿De verdad que todo eso era necesario? La miré mal, muy mal y al fin se levantó con su sonrisa más maquiavélica plasmada en la cara.

—Dime, Merche, ¿le desintegraste la polla a ese inglesito con la baba asesina de tu vagina?

Puse los ojos en blanco y me crucé de brazos, negándome a responder esa pregunta tan estúpida y grosera.

—Venga, larga por esa boquita —me azuzó mordiéndose los labios ansiosa.

—No. Claro que no. Su pilila —dije en voz baja— está sana y salva. Esa baba es una leyenda urbana y lo sabes.

—Pues dime, ¿cómo la tiene? ¿Cuánto aguanta ese martillo percutor? —

Los ojos de mi amiga le hacían chiribitas.

—No voy a describirte el aspecto de su asunto, y a decir verdad aguanta mucho, si es de vital importancia para ti saberlo.

—No es de vital importancia, pero en un par de años ralentizará el ritmo, por lo tanto, cuanto más rápido y fuerte aporree ahora, menos intensidad perderá tu «empotrador» por la decadencia del tiempo. Ya tiene sus años y está en completo declive. Es ley de vida: dentro de nada, *pitopáusico* perdido.

—No es simplemente un «empotrador», es mi prometido. Es todo un caballero y volverá el próximo fin de semana. Me encantaría presentártelo, pero no sé si será una buena idea. Además, hablas de él como si fuera un octogenario: solo tiene treinta y ocho años.

La idea de que Bárbara le hiciera preguntas comprometedoras, con el fin de preservar mi dignidad sexual en un futuro, me echaba para atrás.

Entornó los ojos y luego me miró con su mirada más intimidatoria.

—¿Te avergüenzas de mí? Te recuerdo que tengo cursos de protocolo inglés por si algún día tengo que asesorar a la reina.

—Sí, algo bastante probable. —Llamé al camarero, estaba sedienta—. Un vermut y otro de estos para mi amiga, gracias.

—¿Y se lo has dicho ya a *Loquita*?

—No la llares así, solo yo puedo llamarla *Loquita*, y no, no se lo he dicho aún.

—¿Cuándo se emite el programa?

—En un par de semanas, supongo. Quedaron que me avisarían antes.

—Pues deberías hablar con ella esta semana, ¿sabes la que te puede liar si se entera por la tele? Dejará toda la herencia a su perro y te declarará muerta en vida.

—Lo sé, pero tengo miedo de su reacción. No quiero que intente autoasfixiarse con un bote de laca y la cabeza metida en el horno.

El camarero nos sirvió las ansiadas copas y tomó nota de la comanda de la comida.

—Una boda no es motivo para tal cosa, no vas a decirle que te casas con un narco.

—Tienes razón, pero tengo que pensar bien lo que voy a decirle. Sé que lo primero que me va a soltar es si estoy embarazada y si me caso obligada por la presión social; luego, querrá organizar una fiesta de paella con los padres de Gillon, padres que ni siquiera sé si tiene.

—Así es la vida, Merche, tu madre no pierde una hija, sino que gana un

hijo.

—Pobre Gillon.

Las dos rompimos a reír, pensando en las chaladuras de mi madre.

—Te recuerdo que el tema más candente es el de Israel. ¿Qué te ha dicho el párvulo?

—Quiere que quedemos esta tarde —bufé burlona como si no me importara.

—¿Y qué le has dicho? —Me quedé en silencio mirando a Bárbara—. ¡No! ¿Estás chiflada? Pero ¿tú no decías que estás encantada con Gillon?

—Y lo estoy, solo que creo que lo mejor será quedar con Israel y dejarle las cosas claras. ¡Podría ser su madre!

—Su madre, su madre, no. Pero es un niño —sentenció Bárbara un poco envidiosa. Israel era un caramelito que ya le gustaría a ella digerir, y a su hermanita, más.

—Bueno, pues su tía. No va a pasar nada porque me tome una copa con él y le diga que no estoy para ir de botellones.

—Tú verás, pero juegas en una liga que te puede dejar escaldada. No hace ni veinticuatro horas que te han regado el huerto y estás picando otra flor.

—Bueno, no me socarres la mente. Voy a quedar con él y punto, no dista mucho de lo que estamos haciendo tú y yo ahora.

—Pues entonces no te quites esa piedra del dedo. —Me señaló la mano con un guiño.

—Joder, es verdad. —Me miré la mano. Qué bonito era mi anillo de pedida—. Si lo ve, tendré que explicarle que estoy prometida.

—Hazlo y seréis amigos para siempre. —Me sonrió burlona.

—Perfecto.

Bárbara asintió sacando de nuevo el carpetón archivador.

—¿Hacemos unos tests a ver si el *yogurín* y tú podéis hacer migas? —dijo alzando la carpeta meneándola en el aire.

—¡Vale! —contesté sin poder contener la emoción.

—Ay, Merche, Merche, te veo haciendo tareas de canguro.

—Si te soy sincera, no sé qué me pasa últimamente.

—Pues que te has tomado en serio retomar tu vida, era algo que debías haber hecho hace tiempo, no de esta manera loca y radical de ir saltando escalones de dos en dos, pero me alegro. Y a ver si dejas de hacer ganchillo, ya no necesitas ese tipo de manualidades, estás en una etapa de trabajos bucales —dijo emulando una felación moviendo en círculos la lengua contra el

carrillo.

—No voy a dejar de hacer ganchillo, además, aún no te he contado que ha sido todo un éxito en el restaurante vegano —dije con orgullo—. Susana ha venido esta mañana a por más material, aunque me temo que no me queda nada más.

—¡Lo que me faltaba por oír! ¿No pensarás invertir tus ahorros en un negocio para *hippies*?

—Es por una buena causa, además, ¿qué tienes en contra de los hippies? Gracias a Serendipity y sus consejos, mi recuperación es inminente.

—En eso te doy la razón, estás guapa y resplandeciente, Merche. Pero quien juega con fuego, se quema —dijo apurando el último trago de su segundo Martini.

Tras consumir una cantidad pantagruélica de carbonara maridados en vermut, llegué renqueante a mi piso con la barriga más abultada de lo que me gustaría y tiempo de sobra para darme una ducha y arreglarme para mi cita con Israel. A las ocho menos diez minutos me planté en la acera de enfrente de La Altramuza, enfundada en unos vaqueros hiperajustados, botas estilo Dory Martins y un jersey de cuello vuelto de manga corta, recuperado del altillo del armario. Una prenda poco favorecedora e inútil en cualquier época del año, fría en invierno y agobiante para aquellas temperaturas que nos deparaba aquel tardío veranillo de san Miguel, pero perfecto para espantar cualquier tentación sexual. Miré a todos lados sin verlo y aproveché para hacer un último examen de conciencia.

Los diabólicos tests de Bárbara me auguraban una compatibilidad del ochenta y nueve por ciento con Israel frente al treinta por ciento con Gillon, una diferencia de un cincuenta y nueve por ciento. Cierto es que muchas respuestas relacionadas con el imberbe camarero me las había tenido que inventar, pues apenas sabía de él más que el color de su cabello y de sus ojos, y sus medidas anatómicas, cosa en la que mi amiga tuvo mucho que decir, dados sus conocimientos de *personal shopper*; aun así, no podía jugármela llevando una ropa más alentadora. Quería enviarle un mensaje inequívoco: este bollo no es para ti, querido. No obstante, había una pregunta que no paraba de martirizarme: ¿por qué yo, Mercedes Esteban, felizmente prometida a Gillon, estaba quedando con un chiquillo que solo se había afeitado contadas veces en su vida? Era un sinsentido y, recordando entonces las palabras de mi amiga, me vi envuelta en llamas como una tea. De todas todas cabía la posibilidad de quemarme a lo bonzo.

Juro que por un momento me planteé recular, mandarle un *wasap* de disculpa y dejar todo aquel asunto ahí, y más viendo que pasaban unos minutos de las ocho y seguía sin haber rastro de Israel, pero, finalmente, fui responsable y soporté la espera. Nerviosa ya por su tardanza, empecé a estrujarme las manos en busca del anillo que ya formaba parte de mi anatomía como un apéndice más, pero no lo hallé; de camino a La Altramuza ya me había preocupado de ponerlo a buen recaudo en mi bolso.

Miré de nuevo a todos lados sin ver a Israel acercándose. Aparte de la gente sentada a las mesas de la terraza de la cervecería, solo estábamos, desde hacía diez minutos, un motero que no se había quitado el casco en todo ese tiempo, montado en una Buell XB9 del 2010, y yo. Que mi padre fuera el dueño de Chasis en la Mar me había dotado de un conocimiento prácticamente congénito de las marcas de coches y motos del mercado. Una moto bastante molona, a un precio asequible y que siempre me había parecido muy coquetona.

Miré mi móvil para comprobar por enésima vez la hora cuando el motero solitario arrancó avanzando lentamente en mi dirección, deteniéndose a mi altura y despojándose entonces del casco. Se me quedó mirando con la cabeza ladeada mientras se pasaba la mano por el cabello revolviéndose más aún las despeinadas puntas, que a la luz vespertina eran de un dorado viejo casi bronce; me pregunté si aquel tono de cabello sería natural. He de reconocer que el corazón me dio un vuelco cuando le vi apearse de la moto, con ese aire insolente y grácil que a la vez denotaban todos sus movimientos. De pronto me puse nerviosa, como una cría primeriza en esto de las citas. La cercana presencia de Israel me ponía nerviosa y más todavía si me daba por ahondar en lo que aquella cita secretamente entrañaba, pese a que yo quisiera autoengañarme diciéndome que solo era un encuentro entre amigos. ¿Amigos de qué?

No sé quién anduvo antes, quién dio los pasos decisivos para forjar aquel choque a mitad de camino, donde, de un modo por completo torpe, intercambiamos unos primarios besos de saludo. Tú, yo, yo, tú, derecha, izquierda, izquierda, derecha, fue Israel quien finalmente me paró la cabeza, que me iba como loca buscando dónde plantarle los morros, y manteniendo mi barbilla entre sus manos, primero me besó la mejilla izquierda y luego la derecha.

—Estás guapísima, Merche —dijo barriéndome con la mirada para echarme un vistazo de los pies a la cabeza.

Yo hice lo mismo, no me iba a dejar impresionar por un chiquillo en camiseta blanca demasiado corta y unos vaqueros caídos que dejaban a la vista la goma de sus calzoncillos. Era un conjunto informal y sencillo, pero fue eficaz conmigo, me volvía loca ese aire «macarrilla» que destilaban Israel y su moto.

—Tú tampoco estás nada mal.

—Muchas gracias, me alegra mucho que por fin hayas decidido quedar conmigo.

—Yo todavía no sé si me alegro.

Comenzó a reírse a carcajadas.

—Pues parece que estabas impaciente por venir. —Israel me dedicó una mirada socarrona y una sonrisa de medio lado.

¡Míralo, qué gracioso el niño!

—¿Se puede saber por qué has estado espiándome desde el otro lado de la calle?

—No te espiaba, habíamos quedado a las ocho, ¿no? No esperaba que vinieras tan pronto en mi búsqueda, esos diez minutos dicen mucho de ti y de las ganas locas que tenías de verme.

—No dicen nada de eso, solo que soy puntual. Además, tú también estabas ahí hace diez minutos —le contesté señalando con rabia el lugar donde se encontraba antes.

—Te recuerdo que trabajo en La Altramuzza y hace media hora que ha terminado mi turno.

—Ya, pero reconoce que me estabas espiando.

—No lo haré, porque no es verdad. —Movi6 la cabeza a los lados y chasque6 la lengua.

—Pues yo tampoco estaba impaciente —le repliqué sin demasiada convicción.

—Hay que ver lo que te gusta decir mentiras.

Me crucé de brazos.

—Venga, monta, fiera.

—No quiero, creo que me voy a casa.

—De eso nada. Te vienes conmigo. —Me tendió un casco que llevaba para mí—. ¿Adónde te gustaría ir, Merche? ¿Algún sitio en especial?

—Sí, a mi casa —respondí cogiendo el casco y poniéndomelo enfurruñada.

Soltó de nuevo una carcajada.

—Vaya, sí que me tienes ganas.

—Permíteme que me ría. —Y comencé a carcajearme emulando a una gallina clueca.

—De verdad, Merche, se te da fatal —se burló acercándose y, de nuevo, sentí ese tembleque interior que me desestabilizaba y me alejaba a pasos agigantados de mi pragmatismo natural—. No te esfuerces tanto por aparentar que no te gusto.

—No molas tanto como te crees —le espeté con retintín cuando ya lo tenía a un palmo.

Le sonreí con altanería y él puso morritos. Y a decir verdad, me dieron muchas ganas de comérmelos allí mismo sin más preámbulos y tonterías. Luego sonrió.

—¿No?

—Pues no.

—Lo sé, pero no puedo hacer nada si tú piensas lo contrario.

—¿Qué haces? —le pregunté viendo que no se despegaba y que sus manos se estaban acercando a mi cara.

—Ayudarte con el casco —respondió antes de empezar a ajustarme las correas. Estaba demasiado cerca, tanto, que su olor a macho me envolvía—. Guapísima.

—Gracias.

—No hace falta que me des las gracias cada vez que te haga un piropo.

—Es que soy muy educada —le repliqué molesta viendo que tenía respuesta para todo.

—Y a mí me pareces muy guapa, por lo tanto es muy probable que te lo diga muchas veces esta tarde, así que déjate de tanta cortesía y ve pensando en una forma mejor de agradecerme mis atenciones.

—De verdad que eres creído —le espeté empujándolo a una distancia más segura para mí.

A ese chico no lo frenaba ni el cuello de monja ni un burka de cuerpo entero. Y a mí tampoco. Tocaba teclas en mi interior que creía que ya no tenía. Hacía tiempo que nadie las había sabido tocar; un poco Gillon y su indudable atractivo británico que tanto me había hecho disfrutar hacía apenas unas pocas horas, pero lo de Israel era de otro nivel. No quise pensar más en Gillon, la verdad. Lo que tenía delante estaba captando todo mi interés. Israel se montó en la moto y me ofreció su mano para ayudarme a subir.

—Cógete fuerte, Merche, vamos a volar.

¡Y tanto! Le metió gas y la moto salió derrapando. Creo que lo hizo aposta viendo que yo me negaba a agarrarme a él. Del susto que me llevé me enganché como un koala a su abdomen, metiendo torpemente los brazos debajo de la mochila que portaba delante pegada al torso, y ya no me solté en el breve trayecto. Y ya que estaba, sería de idiotas no aprovechar el momento para palpar la mercancía. Está feo decirlo así; no quiero dar a entender que Israel fuera un mero objeto sexual para mí, pero la mercancía estaba de puta madre, daba gusto sentirla bajo mis manos. Marcada y tersa, justo como a mí me gustaban los abdominales, bueno... ¿a quién no le gustan así? Israel era poseedor de una buena genética, pero se notaba que se curraba su cuerpo a saco.

Cuando llegamos a la playa del Postiguet, sonreí. No sé cómo pero Israel había elegido el lugar perfecto para nuestra primera cita. Me encantaba esa playa, porque seguía siendo familiar pese a estar a un tiro de piedra del centro.

—No me he traído bikini —le dije de morros apeándome de la moto.

—No te hace falta. Nos bañaremos en pelotas.

Ladeé la cabeza y puse mala cara, aunque la idea de verlo desnudo era algo que me seducía bastante.

—Bueno, yo me bañaré en pelotas y tú puedes mirar si quieres envuelta en ese jersey sin determinar.

Suspiré fuerte y miré hacia la playa, que a pesar de ser otoño ostentaba el cartel de completo. La gente disfrutaba de los últimos minutos de luz dando paseos por la orilla o jugando en la arena, y las mesas de los chiringos estaban hasta los topes de jarras de cerveza y tintos de verano.

—Ven. —Israel me ofreció la mano.

Le miré la mano dudando si aceptarla.

—Venga —insistió y, sin esperar un gesto de permiso, me la agarró con fuerza tirando de mí.

Me sentía un poco rara caminado a su lado con las manos entrelazadas. Lo miraba de reojo espiando su gesto. Era un imán, no podía dejar de mirarlo. Israel andaba decidido con una sonrisa plasmada en la cara y los ojos brillantes. Guapo a rabiar, joven a rabiar y sexi a rabiar; joder, qué rabia me daba no tener unos cuantos años menos. De golpe se giró hacia mí y me pilló de lleno. Su sonrisa se tornó gamberra, aparté la vista avergonzada, y hasta me ruboricé.

—Puedes mirarme si quieres.

—No quiero.

Soltó una carcajada al aire y se detuvo haciendo que yo también me detuviera.

—Merche.

Miré hacia el otro lado.

—Merche.

—¿Qué? —respondí malcriada como una niñata, pero seguí evitando mirarlo.

—¿Te pasa algo?

Negué con la cabeza.

—Entonces ¿por qué no me quieres mirar?

En serio, me estaba comportando como una niñata, pero es que me encontraba por completo descolocada. Volví la cabeza lentamente e Israel me estaba esperando. El impacto de miradas fue brutal. Me quedé sin palabras, casi sin aliento, no me salía ni un simple «nada».

—Dime.

Negué con la cabeza de nuevo, notando un remolino de mariposas en el estómago. Me estaba comportando fatal, era para darme con un calcetín sucio, y yo no era así. Está bien, sí que era un poco siesa, y eso formaba parte de mi atractivo, pero no era una maleducada ni una «vinagre». Aunque, si me encendías la mecha, me podía convertir en una mal hablada del barrio del Rabaloche.

—Estás muy tensa, Merche —me dijo y me dedicó una sonrisa. Una sonrisa preciosa.

Israel tenía razón, estaba más tensa que el tanga de la Kardashian y, si no me calmaba, en cuestión de segundos iba a comenzar a potar mariposas muertas.

—Vamos allí. —Me señaló un espacio de arena unos metros más allá y volvió a tirar de mí con determinación. Imposible negarse.

Cuando llegamos al lugar indicado, se arrodilló en la arena y abrió la mochila que transportaba al hombro. Sacó una toalla de algodón de esas grandes que valen para dos y la extendió con mi ayuda, luego se sentó con las piernas cruzadas y volvió a abrir su mochila para sacar dos botellines de cerveza. Me ofreció uno tras quitarle el tapón con la mano. Era una San Manuel.

—Traje cerveza, como sé que te gusta —dijo con una sonrisa burlona—. No quería fallar.

—Gracias —dije y le di un trago tan largo que casi la dejé tan seca como el tono de mi voz.

—Tenías sed, ¿eh? —Se rio—. No hemos podido ni brindar.

—Perdona.

—No importa, estás perdonada. Además, he traído más. Mi intención era emborracharte y aprovecharme de ti.

Me pilló echándome otro trago y de la impresión se me quedó atascado en la garganta. Empecé a darme golpes en el esternón, estúpidamente, solo era cerveza, tenía que pasar.

—¿Estás bien?

Negué con la cabeza. Me las estaba viendo canutas con el tapón líquido encajado en la garganta.

—Tranquila. —Me acarició la espalda y, esta vez, de la agradable impresión, el trago llegó a su destino por fin—. Últimamente te atragantas mucho. —Rio.

—Ya estoy bien. —Suspiré fuerte, necesitaba recuperar el aire y tal vez calmarme un poco.

—¿Por qué estás tan nerviosa? ¿Es por mí o porque es tu primera cita? — Me guiñó el ojo antes de darle un trago a su cerveza.

Me reí tontamente.

—Lo siento, creo que me he equivocado al quedar contigo hoy.

—¿Por qué? —Se encogió de hombros—. Solo estamos tomándonos una cerveza mirando al mar. —Acercó su botellín y lo hizo chocar con el mío.

Exacto, así era. «Cálmate, imbécil», me pedí presa de los nervios y, tratando de aparentar una tranquilidad que no sentía, busqué un tema de conversación sencillo.

—Me encanta esta playa.

—Y a mí.

—Antes venía mucho entre semana a tomar el sol.

—Lo sé.

Lo miré sorprendida.

—¿Lo sabes? Pero ¿es que me espías?

Se rio entre dientes.

—Un poco.

—¿Cómo que un poco? ¿Lo haces o no? No hay medias tintas —le increpé deseando saberlo.

Se pasó las manos por el cabello echándoselo hacia atrás. Me gustaba

mucho su pelo, no solo el color rubio con reflejos naturales, también el corte: bastante corto y despuntado, alejado de las últimas tendencias que marcaban elevados tupés y que convertían a la muchachada en calcos indistinguibles unos de otros. Me gustaban las personas que pasaban de las directrices de la moda e iban a su bola, manteniendo su propio estilo atemporalmente, e Israel destacaba entre los de su quinta como una rara piedra preciosa.

—No te espío, o al menos no es mi intención hacerlo. Fue aquí donde te vi por primera vez.

Joder, tocada y hundida, Merche.

No dije nada esperando que siguiese hablando, quería saber más y por qué y cuándo y cómo, lo quería saber todo y lo quería saber ya.

Miró hacia la playa y con la vista fija en el mar, le dio otro sorbo a la cerveza. Vi cómo le bajaba el trago por la garganta y me estremecí. Tenía un algo mágico Israel. Un algo que me hipnotizaba. Yo nunca había sentido ese magnetismo por ningún hombre, ni siquiera por Julio, con el que había considerado muy seriamente casarme años atrás, o por Gillon, con el que tenía previsto hacerlo en pocos meses, si nada se torcía. Pero todo se estaba torciendo de un modo inevitable y yo no estaba haciendo nada por evitarlo. El fuego me estaba rozando los pelillos del brazo y podía percibir el olor a pollo chamuscado.

—El verano pasado. Estabas justo aquí —posó la botella delante suyo—, y yo estaba ahí. —Señaló unos metros más allá—. También me gusta venir a tomar el sol y aprovechar las horas antes de entrar en el turno de tarde, o al salir del turno de mañana del McDonald's, que es donde trabajaba entonces. Me gustaste nada más verte. Tu pelo sobre todo, que me encanta. No es muy habitual que las chicas lleven el cabello tan corto. La verdad es que me llamaste mucho la atención aquel día. No podía dejar de mirarte, pero tú solo tenías ojos para tu revista.

—Pues es mi color natural —apunté orgullosa.

Me miró entonces y movió la cabeza a los lados esbozando una media sonrisa.

—Pero ¡qué mentirosa eres, Merche!

Está bien, a decir verdad no era mi color natural, natural. Yo era rubia, pero más bien rubia castaña clara.

—Te lo prometo. —Y dale, yo erre que erre.

—Ese color no puede ser natural.

—Pues lo es y puedo probarlo. —Me mordí la lengua demasiado tarde ya.

Podía hacerlo, pero no sabía si quería demostrárselo ni por qué había dicho semejante cosa.

—¿Sí, cómo?

Me ruboricé hasta las orejas e Israel entonces tuvo claro cómo podría hacerlo. Levantó una ceja y empezó a reírse a carcajadas.

—¿En serio?

Asentí.

—Pues no te miento si te digo que me gustaría que me lo demostraras.

Lo fulminé con la mirada.

—Pero, Merche, tranquila, relájate, no pienso pedírtelo. Aunque no lo creas, soy un caballero.

—No lo dudo. Cambiemos de tema —le pedí.

—No hay problema, dejemos lo del color de tu vello púbico a un lado — dijo con bastante guasa antes de estallar en unas risas contagiosas.

—Vale ya. —Le di un manotazo en el brazo, partida de la risa por fuera, pero algo contrariada por dentro al recordar la conversación de los *pelados* con Gillon.

—Está bien, lo dejo estar —dijo recuperando la compostura—. ¿Por dónde iba? —me miró serio—, ah, sí, por lo de tu pelo... —añadió burlón haciendo un suspense dramático—... de la cabeza. Te decía que me llamaste la atención sobre todo por tu pelo, me recordaste mucho a uno de mis ídolos juveniles: Annie Lennox.

Solté una carcajada y él levantó una ceja.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Me mordí los labios.

—Ya sé lo que estás pensando.

—Claro, no se me olvida que tienes dotes de vidente.

—Los tengo, los tengo, eso me dicen todos. Crees que todavía sigo en mi etapa juvenil y que hablar en pasado me viene grande.

—En realidad estaba pensando que eres muy joven para conocer a Annie Lennox, y mucho más para que se encuentre entre tus ídolos, por tu edad te va más: Miley Cyrus, o Rihanna, o incluso Shakira, alguna cantante más jovencita y no una mujer, que aunque está muy requetebién para su edad, debe de tener unos sesenta y tantos. Además, esa mujer hace mil que no saca disco.

—En 2008 sacó un recopilatorio y fue entonces cuando la conocí y empecé a escuchar todo lo suyo de antes.

—¿Y en 2008, cuántos años tenías?

—Seis menos que ahora, saca cuentas.

—Es que no recuerdo cuántos años me dijiste que tenías —mentí. No pensaba en otra cosa que en esos trece años que distábamos en edad. La cifra iba dando tumbos por mi cabeza como una bola en un *pinball*, ahora enciendo una bombilla, ahora me meto en un boquete.

—Tengo veintidós.

—Vale, entonces, tenías dieciséis, pero esa mujer es muy mayor para ti. O sea, quiero decir que puede que te guste cómo canta o sus canciones, pero de ahí a que fuera tu ídolo y te pajeases pensando en ella...

—Tiene un algo muy especial, es muy atractiva y elegante —me replicó un poco molesto.

—Perdona si te he ofendido. Pero es que eres tan joven. —Le hice un juego de pestañas.

—Ya sé que es un poco mayor para mí, pero será que me gustan *viejunas*. Y yo no he dicho que me hiciera pajas mirando sus pósteres. —Me dedicó una sonrisa socarrona entonces y luego añadió, ladeando la cabeza y guiñándome el ojo—: Aunque tienes razón, lo hacía y a todas horas. ¿Es que te supone algún problema la diferencia de edad que hay entre los dos?

¿A ver cómo le explicaba que para mí eso no era un problema? Era más bien una hecatombe.

—Me siento un poco rara contigo, mis círculos de amistades rondan la treintena y no hablan de sus pajas con tanta naturalidad, ni siquiera Bárbara y su espontaneidad.

—Solo estamos hablando y no nos está yendo nada mal.

—De momento. Luego querrás que te demuestre que mi color de cabello es natural.

Tragué saliva, cada vez que bajaba la guardia con él, volvía al coqueteo. Alzó una ceja golfá.

—¿Y lo harías?

—Es lo que trato de decidir.

Hala, otra vez. «¡Dile que no, dile que no, so pirómana! —me regañé a mí misma—. Tú has venido aquí a decirle: este bollito no es para ti, no a enseñarle tu *pelado* rubio a este *criaturito*.» ¿A qué estaba jugando? Estaba prometida y tenía la zona inguinal entumecida de haber estado chingando como un bonobo⁴ con Gillon durante todo el fin de semana.

—Te lo puedo poner fácil.

Lo miré pensando a qué podía referirse. Israel, de nuevo, captó mi

silencio.

—¿De verdad lo quieres saber?

—No entiendo —tuve que admitir.

—Déjate llevar un poco, Merche. A ver, ¿estás bien ahora?

—Un poco tensa —reconocí.

¿Un poco tensa? Tenía el cuerpo que parecía que me lo hubieran metido en nitrógeno líquido y estaba en fase embrionaria de criogenización.

Me dedicó su sonrisa de cabroncete engreído.

—Sé cómo ayudarte en eso. Tengo un truco buenísimo. ¿Quieres que te lo haga?

—Depende.

—¿De qué depende? —me canturreó como Jarabe de Palo.

—Según cómo se mire, todo depende —continué la estrofa y ahí lo dejé estar, lo mío no es el cante a palo seco—. Está bien, a ver ese truco mágico tuyo.

—Yo no he dicho que sea mágico, necesito usar las manos para ponerlo en práctica.

Lo miré a la defensiva.

—Relájate, fiero, no tocaré nada por debajo de tu cuello. Además, lo tienes bien resguardado por esta faja que te has puesto.

«Pues qué pena», me dije, y enseguida volví a propinarme una colleja mental, pero qué puto: ahí estaba mi subconsciente traicionándome otra vez.

—Vale, muéstramelo.

Me encontraba todo el tiempo en una tesitura. Un tira y afloja mental que me estaba volviendo tarumba. Mi cabeza me decía: «Haz esto o di lo otro», pero mi boca había asumido el control por completo y decía lo que le daba la real gana.

—Tienes que tumbarte y apoyar tu cabeza aquí. —Me señaló el apoyo que me ofrecían sus piernas cruzadas.

No me hice de rogar, ¿para qué? Estaba más perdida que una virgen en un prostíbulo. Le hice caso y me tumbé hacia arriba tratando de acomodar la cabeza, dentro de la incomodidad que me producía estar tan cerca de la virilidad de Israel, en el regazo de sus piernas.

—Ahora, cierra los ojos —me pidió.

—Está bien.

Sentí sus manos posarse sobre mi frente y luego las fue deslizando lentamente por mis sienas hasta llegar a mis orejas. Allí las detuvo,

oprimiendo con suavidad los lóbulos entre los pulgares y los índices.

—¿No tendrás alguna crema o algo que pueda usar?

—¿Vas a hacerme un masaje en las orejas?

—Esa no es la respuesta.

—Perdona, sí, creo que tengo crema para las manos en el bolso. —Estiré el brazo para alcanzarlo, pero no llegaba, así que empecé a forcejear conmigo misma para estirar más el brazo.

—Espera, que te ayudo. —Movié el cuerpo en esa dirección y la cabeza se me fue de lado.

—Perdona.

—No, tranquilo, está bien. —Me incorporé un poco y logré alcanzar un asa. Tiré de ella y el bolso entonces se dio la vuelta derramándose de lleno sobre la arena.

—Mierda.

Había de todo lo que puede contener un bolso de mujer, y, entre todos mis cachivaches, el maldito Potonesil. Maldita Bárbara y maldita mi demencia prematura. No me dio tiempo a esconderlo antes de que Israel lo viera y soltara otra de sus carcajadas.

—Esta crema también puede valer, debe de ser muy hidratante, ¿verdad? —comentó levantando el tubo ante mis ojos.

—No lo sé, no es mía. —Se la quité de un zarpazo.

—Y si no es tuya, ¿qué hace en tu bolso?

—Ha sido Bárbara.

—Eres mayorcita, pero ¿tanto?

—¿Perdona? A ver, niñato, a mí lo mío me funciona perfectamente. Mi *asunto* es un humedal, ¿entiendes? —lo amenacé con mi minilinterna.

—Yeee, fiero. —Se echó hacia atrás, cubriéndose con las manos—. Que si es tuyo, no pasa nada.

—Te repito que no es mío —repliqué acalorada recogiendo al tuntún el contenido de mi bolso esparcido por la arena.

—Vaya, Merche, te has puesto tan alterada que te van a hacer falta dos masajes para calmarte.

—Ya no quiero que me lo hagas.

—Venga, Merche, no te mosquees. Era una broma. Que a mí me da igual que seas un poco *vintage*, es más, me gustas mucho, y ya se sabe que la gallina, cuanto más vieja, mejor caldo hace.

Abrí la boca indignada y le disparé unas cuantas antorchas con los ojos

que rebotaron inútilmente en su sonrisa socarrona.

—Esto es el colmo —me engresqué poniéndome en pie.

—Relájate, anda —dijo entregándome las llaves de *Trinitario*.

Las metí a todo gas en el bolso y me crucé de brazos oprimiéndolo sobre mi pecho a modo de escudo.

—Venga, no seas así de exagerada, solo era una broma estúpida. — Levantó la mano hacia mí y de nuevo me quedé mirándosela suspendida en mis titubeos—. Venga, *Mentirosa* —insistió con morritos de niño bueno, señalándome su regazo.

Y a decir verdad, qué bueno estaba el niño.

—Está bien. —Accedí, como si le perdonara la vida, y luego volví a tomar posiciones para acomodar la cabeza sobre lo que era, hablando en plata, su paquete.

—Ahora, relájate y trata de no pensar.

Eso era fácil de decir, pero difícil de llevar a la práctica. Cerré los ojos y traté de no pensar, pero no podía dejar de hacerlo sabiendo que sus atributos viriles estaban justo debajo de mi cabeza y, que si por una de aquellas Israel se empalmaba, podría empalarme el cráneo con su tranca dura. La idea era un tanto gore y, por descontado, no estaba entre mis filias sexuales.

—Respira hondo y profundamente, y visualiza el aire entrando por tu nariz, luego bajando por tu faringe hasta los pulmones, llenándolos y luego expulsándolo lentamente. Visualízalo, Merche.

«Está bien, puedes hacer eso —me dije confiada—. Y también metértela en la boca si te das la vuelta.» En serio, ese era el tipo de pensamientos que debía evitar si quería calmarme. Dios, ¿por qué estaba tan nerviosa? Era como si un tropel de nervios estuviera ejecutando danzas indígenas en mis intestinos.

Suspiré y me acomodé un poco más. Israel emitió un gemido.

—¿Te he hecho daño?

—No, qué va. —Se rio—. No preguntes si no quieres saber.

¿En serio? ¿Se le iba a poner dura solo con mi cabeza? ¡Este chiquillo no me duraba a mí ni dos asaltos! Mira que había hecho cosas raras en mi vida, pero nunca una masturbación con el cogote. De pronto, se me antojó una gran idea provocarle una erección, y así pues, empecé a menear la cabeza con intención y alevosía. Israel, que era todo un semental, a juzgar por el automático izamiento de mástil que estaba llevando a cabo, supo atarse en corto y no emitió ningún gemido mientras yo le metía caña a la centrifugación capilar. Y, a decir verdad, la que se estaba poniendo como Maroto el de la

moto era yo, no podía parar de restregar la cabeza contra su entrepierna como una perra en celo, y mi sexo latía ahí abajo al ritmo de mis refregones.

—Para, Merche, no puedo hacerte el masaje bien si estás todo el tiempo moviendo la cabeza —se quejó.

—Vale, perdona, es que tenía un picorcillo.

—¡Pues vaya con tu picorcillo! —Se rio y eso todavía me excitó más al sentir entonces su erección besándome la nuca.

—Sí, en el cogote —me defendí, no fuera a pensar mal.

—Ya, ya, ¿no tendrás piojos, verdad?

Abrí los ojos y lo miré con furia.

—Pues no, anda, dale caña.

—Voy, pero cierra los ojos y estate quieta, no puedo concentrarme con tanto movimiento —me pidió.

Lo hice y entonces volvió a posar las manos sobre mi frente, extendiendo los dedos hacia el nacimiento de mi cabello y luego los fue deslizado despacio por mis sienes hasta llegar a mis orejas. Primero me las cubrió con toda la palma, presionando levemente, induciéndome una sensación muy reconfortante, hummm, qué gustito daba eso. Luego las arrastró hacia atrás, masajeándome con las manos abiertas los occipitales y los semiespinales.

—Las orejas son como una imagen que refleja todo el cuerpo, es una réplica perfecta del cuerpo de un [bebé](#) en posición fetal, siendo una zona muy utilizada para tratamientos de auriculoterapia o [acupuntura](#). —Metió las yemas de sus pulgares dentro de mis orejas, primero taponando el agujero con suavidad y después lo friccionó dibujando círculos por el pabellón—. El hoyo al lado del orificio auditivo se llama *concha* y ahí se localizan los puntos de los pulmones, bronquios y respiración. También el del corazón y la circulación sanguínea.

Nunca nadie me había hecho un masaje de ese calibre en las orejas y daba gustito del bueno, como cantaba Raimundo Amador: *Ay, qué gustito pa mis orejas*. Había subido al cielo y estaba en el puto paraíso mientras los dedos de Israel exploraban habilidosos toda mi anatomía auditiva y me iba explicando con voz sosegada más detalles sobre la técnica. Yo solo asentía levemente y notaba cómo la ansiedad que me había consumido poco antes se iba disipando bajo sus dedos mágicos.

—¿Qué tal, cómo va el masaje, estás más relajada? —me interrogó después de cinco o diez minutos. No sé el tiempo que duró aquella sensación de estar en las nubes.

—Estoy estupenda, me has dejado como nueva.

—Me alegro, tú casi consigues partirme la polla.

—¿La polla? —Casi me atraganté con la palabra tratando de incorporarme.

—Despacio, Merche, no vayas a marearte.

Me volví hacia él y lo miré alucinada.

—¿Has dicho «polla», verdad?

—Perdona, Merche, ¿es que «polla» no es una palabra acorde a tus gustos lingüísticos?

—A decir verdad, me encanta la palabra «polla» pero en la intimidad. A la hora de hablar prefiero decir «pilila». Es mucho más comedido, menos soez. De hecho, tiene una sonoridad perfecta, ¿no crees? —Y comencé a vocalizarla en silencio ante un Israel que cada vez me apetecía más llevarme a la cama.

—¿Pilila? —Israel se rio con todas sus ganas—. ¿Quién dice «pilila» hoy en día? Ni los niños en pañales dicen eso ya.

—Pues es ideal para reafirmar el código de barras, ¿lo ves? Pi-li-laaaaaa, pi-li-laaaaaa. Mueves varios músculos de la cara. —Ese era uno de los trucos de Bárbara y su *Crazy People* que ambas poníamos en práctica cada mañana al llegar a la oficina

—¿Qué código de barras?

—Este. —Le señalé la zona del bigote

—Pues yo creo que es mucho mejor «polla». Es mucho más amplia, ¿no te parece? —E imitándome empezó a mover los labios exageradamente pronunciando la palabra y, vaya, qué bien sonaba de su boca. Le puse mi cara de falso asombro y él rompió a reír—. Prueba, Merche. No te cortes.

Y aquello pasó a ser un duelo de megafonías, cualquiera que hubiera podido escucharnos pensaría que estábamos locos repitiendo una y otra vez esa palabra tan molona, hasta que empezamos a descojonarnos.

—Vamos a dejarlo —me pidió ahogando una risa—. Si escucho una vez más a tu preciosa boca decir «polla», no sé si voy a poder controlarme. Me la pones muy dura, Merche.

Y a mí cuando se la oía decir a él, me entraba un cosquilleo en mi botoncito del amor. Sonreí y dije, alto y claro:

—Polla.

Negó con la cabeza sonriéndome de lado.

—No lo hagas, *Mentirosa*, te la estás jugando. Da gracias que soy un caballero y estamos en un lugar público.

Me relamí los labios (vale, sí, estaba en plan zorróna) y de nuevo tenté mi suerte, lanzándole a la cara un «polla» cargado de golfería y putiferio.

Su primera respuesta fue una carcajada y, tras eso, se lanzó sobre mí con rapidez y me hizo un placaje con el cuerpo, inmovilizándome los brazos por encima de la cabeza.

—Repítelo ahora —me exigió con seguridad.

Los dos nos mantuvimos la mirada largo rato sin decir nada, solo respirándonos como miuras enfrentados. Dios, me encantaban sus ojos rasgados, y la forma de tobogán de su nariz, y sus labios rellenitos, y su olor, y su... *Dios, cómo me ponía Israel*. Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron. ¿Qué leches estaba haciendo? ¿A qué jugaba? ¿En qué estaba pensando para provocarlo de ese modo? Mi cerebro todavía no lo tenía claro, pero mi cuerpo, sí. La voz chillona de Bárbara hizo ecos en una concavidad lejana de mi cerebro: «El que juega con fuego, se mea en la cama, cama, cama, cama...», pero la ignoré, igual que hice con todas las alarmas que corrían con los brazos levantados gritando como locos: «Peligro, alto voltaje, voltaje, voltaje, voltaje, je, je, je...» Era una kamikaze, quería electrocutarme. Se me endurecieron los pezones y sentí el dulce martirio de mi clítoris encrespándose. El corazón me latía a mil, me aclaré la garganta e interrumpí el siseo de nuestras respiraciones y el ruido del paseo que llegaba amortiguado.

—Polla, polla, polla, polla, polla...

Israel sonrió antes de cubrirme la boca con la suya y yo aun así no dejé de repetirla entre risas, porque me gustaba y porque me estaba poniendo frenético el asuntillo con ese diálogo juguetero. Me retorcí bajo su cuerpo, no porque quisiera liberarme, me encantaba sentir su corpulencia sobre mí, sino porque quería calmar la desazón de mi sexo restregándome como una loca contra su erección. Dejé suspendido un último susurro y el aire se detuvo en mi garganta cuando su lengua se fundió con la mía. Me habían besado muchas veces antes, pero nunca de aquel modo tan perfecto encontrando, nada más empezar, el ritmo que me gustaba llevar, ni muy lento ni muy ansioso, un paladeo denso y húmedo que me hacía ronronear como una gatita. Sus manos perdieron la fuerza sobre mis muñecas y aun teniendo la libertad para apartarlo, no hice nada por hacerlo. Se deslizaron por mis brazos, buscando mi cuello, mis hombros, mis pechos, mis pezones enfebrecidos, por encima del jersey y el sujetador. Mis manos también viajaron por su espalda, recorriéndosela como un *rally* rumbo a su trasero. Le metí las manos por dentro de los vaqueros y de los calzoncillos y pude palpar la gloria bendita de su culo prieto mientras lo

empujaba hacia mí; quería sentir su erección de campeón a través de los vaqueros empujando hacia mí, más y más fuerte, mientras abría las piernas para facilitarle la maniobra de aproximación. Tenía el clítoris a punto de estallar. De haber podido, me lo habría follado allí mismo, sobre la toalla, delante de toda aquella gente que seguía disfrutando en la playa de las delicias de aquella noche otoñal de cielo cobalto. Dejó de besarme y me susurró.

—Joder, Merche, si seguimos, me va a reventar aquí mismo.

Gemí.

—Y como yo vuelva a oírte decir esa palabra, me voy a correr con las bragas puestas.

Israel ladeó la cabeza sonriéndome golfo, golfo, golfo y empujó las caderas hacia mí marcándome el sexo con su erección.

En serio, si volvía a decirla una sola vez más, me iba a correr encima.

—¿Te pone cachonda estar aquí en la playa a la vista de todos a punto de correrte?

Asentí un poco avergonzada por mi incipiente parafilia y se mordió el labio. El calor trepó por mi espina dorsal, me envolvió la espalda, resbaló por mis caderas hasta alcanzar mis piernas y me sacudí con violencia contra él... dos, tres, cuatro...

—Se te ve preciosa mientras te corres. Nada me gustaría más que meterte mi polla hasta lo más profundo y partirte la crisma en dos a empujones.

Siete, ocho, nueve... Israel me observaba con su sonrisa de cabroncete engreído sabiendo lo que sus palabras estaban obrando en mí. Jadeé sintiendo una oleada de flujo abandonando mi vagina mientras el pequeño seísmo devastaba todo mi aparato sexual.

—Córrete para mí, Merche.

Asentí como una niña buena, aún saboreando las pequeñas sacudidas finales del orgasmo.

—Joder, Merche. No me puedo creer lo que acaba de pasar —dijo, echándose a un lado. Se quedó mirándome divertido apoyado en un codo mientras yo recuperaba la compostura.

¿En serio? Yo todavía no me podía creer que le hubiera permitido provocarme un orgasmo en nuestra primera cita, en la playa, y ante toda aquella gente.

—Vaya, Israel. Ha sido increíble —dije incorporándome.

—Y tanto. Ni siquiera te he tocado.

—Tengo una filia: me pone muy cachonda, uno, la palabra «polla», y dos,

que me digan obscenidades mientras follo.

—¿Follar, follar?, lo que se dice follar, no hemos follado.

—Lo sé. —Me reí.

—No te rías, y yo ¿qué? —Se señaló el bulto de su entrepierna.

—Perdona. No pensaba que fuera a pasarme eso —dije más cándida que una flor de loto; la filia a las obscenidades se me pasaba si no estaba en pleno apogeo.

—Pero esto no se puede quedar así. Mira cómo me tienes.

Me tapé la boca ahogando una carcajada. Aquello era un trabuco de contrabandista.

—Lo siento.

—¿Lo siento? Eres muy egoísta y una mala mujer —me reprendió.

—¿Y qué quieres que haga? —Le sonreí mojigata—. ¿Me la meto en la boca?

—Pues no estaría mal. Si no libero todo mi amor, luego me duelen los huevos —protestó lastimosamente—. ¿No pretenderás dejarme con un dolor de huevos infernal?

Estaba a punto de responderle que ningún hombre a lo largo de la historia universal se había muerto de un dolor escrotal, cuando una voz, que conocía demasiado bien, nos interrumpió. La sonrisa se me borró del rostro.

—¿Merche? ¿Eres tú? ¡Hola, Merche! ¡Qué casualidad! Últimamente nos vemos por todas partes.

«Capullo», fue lo primero que me vino a la boca. Después me volví y sonreí sin ganas al desgraciado de Julio, que estaba de pie al lado de nuestra toalla mirándonos con los ojos abiertos de par en par. A saber el tiempo que llevaba ahí y lo que podrían haber visto sus asquerosos ojos de rata de cloaca. Llevaba ropa deportiva y una absurda diadema en la cabeza que plegaba su indomable mata negra hacia atrás.

—Casi no te reconozco. ¿Otra vez te has cambiado el pelo? Te quedaba muy bien el pelo largo, más que ese corte a lo chico oxigenado. Nunca me gustó mucho.

Pero qué capullo, pasé de darle explicaciones sobre mi cabello camaleónico.

—Hola, yo también me alegro de verte. ¿Qué haces aquí?

—Vivo aquí. —Señaló con el brazo extendido el balcón florido de una torre de apartamentos en primera línea de playa.

¡Puto, puto, puto...! Yo siempre había querido vivir en la playa del

Postiguet y él lo sabía. De hecho, antes de comprar en Benalúa, le sugerí que mirásemos apartamentos en la zona, pero él se negó en rotundo, pues la arena era algo que le crispaba los nervios: «Eso de entrar en casa y que crujan los pies, me pone histérico.» ¡Imbécil! El histerismo es una neurosis sexista, que solo atenta a mujeres por el simple hecho de tener útero. Y, por lo visto, el útero de la tetas gordas de su novia debía de tener un gran poder de convicción, pues había podido pasar por alto tal contrariedad. Me daba igual. Me importaba una soberana mierda dónde hubieran decidido ubicar su nidito de amor, solo que su cambio de parecer había boicoteado mi lugar favorito de tardeo estival por temor a encontrármelo por casualidad, como estaba siendo el caso.

—¡Qué bien!

—¿Y quién es tu amigo? —El quiebro de su voz al decir «amigo» fue esclarecedor de que sus asquerosos ojos habían visto más de la cuenta—. ¿No nos presentas?

—Israel, Julio.

Ahí lo dejé, no quería entrar en detalles de quién era quién. Esto no era un maldito juego de mesa.

Israel se levantó para tenderle la mano y Julio se la estrechó con una sonrisa sardónica esbozada en la boca.

—Encantado.

—Lo mismo digo, tío —dijo Israel volviendo a sentarse a mi lado.

—Últimamente no te reconozco. —Volvió a mí Julio—. No pareces la misma Merche. El otro día cenando en El Fondillón con un tío estirado y hoy —hizo una pausa para chasquear los dedos a un palmo de mi cara—, en la playa con este...

—No te importa nada —lo atajé con un tono neutro disimulando el pánico que me producía que Julio pudiera desenmascaramme ante Israel—, hace ya algún tiempo que lo mío ni te va ni te viene.

—Cinco años hizo el mes pasado y nunca respondiste a mis llamadas.

—Ya quedó todo claro entonces. No sé a qué vienen ahora mismo tanta camaradería y «colegueo». No somos amigos.

—Pero Merche, podemos serlo.

—A ver, Julio, ¿cómo puedo decirte de una forma sutil que te vayas a la mierda?

—No estás en posición, Merche. —Percibí la amenaza en el tono de su voz.

Acalorada, me puse en pie lo más rápido que pude y di dos pasos acortando las distancias.

—Ahora sí lo estoy. —Bajé la voz encarándome con Julio—. Te repito que mi vida no te incumbe y que te largues por donde has venido.

Mi exladeó la cabeza y le echó un breve vistazo a Israel, que seguía sentado en la toalla observando la escena con cara de póker.

—Me da igual que te tires a todos los estudiantes de secundaria de Alicante y provincia.

—Pues si te da igual, no sé qué haces dándome lecciones de moral. No eres la persona más indicada para hacerlo.

—De verdad, cuánto rencor.

—No es rencor, es repugnancia por tu persona.

—Ya está bien, tío. Creo que ya es suficiente —intervino Israel poniéndose en pie.

—No te metas, chaval. Esto no te importa.

—Puede que no me importe, pero estás molestando a Merche, y eso sí me importa.

Julio soltó una sonora carcajada al aire.

—Merche, pero qué bajo estás cayendo. ¿A qué te dedicas ahora? ¿Es que estás tirándote a todos los tíos de la aplicación? No entiendo.

—Es que no tienes que entender nada —le repliqué molesta. Quería que se callase de una vez; me estaba poniendo nerviosa tirando a histérica, y yo sí tenía derecho congénito y genetal a ponerme histérica.

—El rencor no es bueno —prosiguió con su perorata moralista.

—Que no te tengo rencor, solo quiero borrarte de mi vida.

—Pues no te va a ser nada fácil. Te recuerdo que aún tengo un diez por ciento de las acciones de la empresa.

—Pues cuando quieras, te las compro.

—No sé si quiero venderlas, me arrojan muchos beneficios sin mover un dedo. —Sonrió con prepotencia.

Hijo de la gran puta. La tropa de nervios que tenía en la barriga no me dejaba pensar con claridad. Levanté la mano para asestarle un guantazo en toda la cara, pero Israel me paró la mano. Lo miré cabreada, quería golpear a Julio, hacerle daño. Sacarle los ojos, mearle en las cuencas. Quería matarlo y bailar sobre su tumba una danza tribal. Quería...

—No vale la pena —me dijo Israel leyéndome el pensamiento.

—Haz caso a tu amiguito —comentó Julio con un guiño lleno de burla—.

Pronto sabrás de mí.

—Lárgate, tío —le exigió Israel.

Julio levantó las manos en son de paz.

—Me voy, me voy, no quiero tener una pelea contigo y que me arresten por maltratador infantil.

—Cabrón. —Escuché que Israel rumiaba entre dientes, y esta vez fui yo la que lo ató en corto agarrándolo del codo al ver que daba un paso decidido hacia Julio.

—Puede que sea joven, pero es mucho más hombre de lo que tú nunca serás —le increpé y Julio negó con la cabeza con una sonrisa socarrona plasmada en la cara.

—Ya lo he visto, ya. Ahora te gusta tener sexo en la playa a la vista de todo el mundo. Sois los dos muy maduros. —Chasqueó la lengua con desprecio—. La verdad es que te has vuelto muy cínica, Merche. Me gustabas mucho más antes. Tan modosita y conformista.

—¿Has dicho que te ibas, por qué no estoy viendo tu culo alejándose?

—Sí, me voy, no quiero seguir perdiendo el tiempo. Ah, por cierto, prepara a *Bienvenido*, esta semana pasará a recogerlo.

Pero qué rastrero era. Una mierda como un castillo se iba a llevar a *Bienvenido* de mi casa. No ahora que había decidido que formaría parte de mi nueva vida, después de tantos años manteniéndolo con productos de limpieza de alta gama.

—Estás loco si crees que te vas a llevar a *Bienvenido*.

—Es mío.

—Pero yo lo he cuidado los últimos cinco años y tú nunca te has acordado de él. No has venido a verlo ni una sola vez, ni llamaste el día que estuvo en el carpintero una semana con su patita rota... —Israel me miraba atónito, bien podría estar hablando de un perro o incluso de un hijo al que quise traumatizar llamándolo *Bienvenido*.

—Bueno, me voy...

Me miró a los ojos para despedirse y pareció dudar un instante entre besarme o no. Finalmente, optó por no hacerlo. Buena elección, le hubiera escupido en la cara. Se dio la vuelta y se marchó con un trote ágil mientras se ajustaba las mallas de *running* a las caderas. Me quedé observando su cuerpo flaco y menudo hasta que desapareció de mi vista, maldiciendo en mi interior su persona y la de todos sus ascendientes. Tras eso, tardé unos segundos en hablar, antes necesitaba ordenar mis pensamientos. Fue Israel el que rompió el

silencio con una pregunta.

—¿Qué cojones le pasa a ese tío? ¿Y quién es *Bienvenido*?

—Que es imbécil, hacía mucho tiempo que no hablaba con él, no sé qué mosca le ha picado. Y *Bienvenido* es hermano de *Trinitario*, no los puedo separar.

—La de los celos y... no sé si quiero preguntar qué relación te une con *Bienvenido* y *Trinitario*. Solo espero que no sean vuestros hijos.

Abrí los ojos sorprendida.

—¿Celos, por qué? Si fue él quien me dejó por otra. Y ¿cómo van a ser hijos míos *Bienvenido* y *Trinitario*, qué clase de mala madre pone esos nombres tan espantosos a sus propios hijos? Tranquilo, solo son un mueble recibidor y mi coche, pero los quiero con toda mi alma, y no estoy dispuesta a perder la custodia de ninguno de ellos.

—Pues parecía que estaba celoso, y si hace tiempo que no hablabas con él, ¿por qué ha dicho eso de El Fondillón?

Ahora, el que parecía un tanto celoso era Israel. Me encogí de hombros, casi prefería dejar a su parecer lo que aquello podría significar.

—Bueno, quien dice el otro día, dice hace un mes o dos —le respondí en tono neutro—. Hace ya unos meses de eso y... puede ser, sí, ahora que lo pienso: fui a cenar con un compañero de carrera.

—Ya. —Pareció convencido por mi explicación. Tenía mucho sentido, a decir verdad.

—¿Tienes hambre? —Desvié el tema.

—Pues sí.

—¿Te apetece McDonald's? —Le señalé el restaurante en el paseo marítimo.

—Me apetece McDonald's, pero casi que prefiero que cenemos aquí. Se está muy bien.

—Por mí también, aquí estaremos más tranquilos.

—Pues nada, voy corriendo y nos pillo unos menús. ¿Qué te apetece?

—Un menú BCO, con *deluxe* y agua.

—¿Agua? —Pareció extrañado.

—Sí, a veces bebo agua, entre cerveza y cerveza.

Israel se agachó a recoger su mochila y luego se la cargó al hombro.

—Espera, voy a darte dinero.

—Déjalo, te invito.

—No tienes por qué.

—Lo sé, pero quiero hacerlo.

—Me sabe mal.

Se rio.

—No me sobra la pasta, pero esto me lo puedo permitir. Déjame que te invite.

—Está bien, pero a la próxima invito yo.

Me miró ladeando la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Me gusta eso que has dicho.

—¿Lo de pagar yo?

—Sí, pero no porque me invites a nada, sino porque has dado por sentado que habrá una próxima cita y eso suena bien. Enseguida vuelvo, no te vayas.

—Aquí te espero.

Lo seguí con la vista mientras se alejaba con grandes zancadas rumbo al McDonald's.

Unos quince minutos más tarde, volvió cargado con un par de bolsas, que no tardó en vaciar sobre la toalla, repartiendo los menús. Él se había pedido un menú grande Big Cam con Cola-Loca y patatas paja, una ensalada César y unas alitas de pollo. A eso yo le llamaba tener buen apetito, pero ¿dónde se metía esa bestialidad de calorías?

—Cuéntame, Israel, algo más sobre ti —le pedí hincándole el diente a la hamburguesa.

—¿Qué quieres saber?

—Quiero que me expliques con más detalle lo de la primera vez que me viste.

Soltó una carcajada.

—¿Quieres que te hable de mí o quieres que hable de ti?

—Es que antes me has dejado intrigada.

—Está bien. No recuerdo la fecha, pero sería mitad de julio del verano pasado. Eran más de las cuatro, porque yo al final estuve toda aquella tarde aquí y eso solo pasaba si tenía turno de mañana. Estaba pensando en irme, cuando te vi llegar. Llevabas una especie de túnica blanca que resaltaba el color dorado de tu piel y un sombrero de paja. Así de primeras, nada que captase mi atención más de lo normal, pero estaba aburrido y ya sabes, el aburrimiento nos vuelve cotillas por lo general. Pasaste por delante sin mirarme y te paraste aquí, luego estuviste de pie observando durante un buen rato el mar. Entonces fue cuando te quitaste el sombrero y vi tu cabello corto y

rubio. —Hizo un alto como si estuviera visualizando el momento—. No sé... relucía como un metal bruñido, captó mi interés de un modo hipnótico, no podía dejar de mirarte, y cuando te quitaste el vestido y te quedaste en bikini, pensé: «Esa mujer es una diosa.» —Soltó una risita y resopló—. Merche, no quiero parecer un baboso mirón, lo siento, pero es lo que pensé. Pero aún no había llegado lo mejor, cuando te tumbaste boca arriba —suspiró de placer—, vi tu mano acercándose al centro del sujetador, y recé para que te lo quitaras. El dios del sexo salvaje escuchó mis plegarias: con un solo movimiento, se abrió por delante y lo apartaste a los lados, regalándome la visión de tus preciosas lolas en primicia. Ahora, me da un poco de vergüenza decírtelo — se rio—, pensarás que soy un salido.

La que estaba salida era yo, si Israel seguía narrándome con aquel lujo de detalles sus impresiones sexuales sobre mi persona, iba a morir aplastada bajo sus encantos pubescentes.

—Aquella solo fue la primera vez de muchas, siempre que podía venía a este mismo sitio y te buscaba. A veces venías y otras, no. Si estabas, buscaba un sitio cerca de ti y me dedicaba a espiarte todo el tiempo.

Sentí sus ojos tirando de mí hacia él como un hilo tenso que nos aproximaba de una forma inevitable.

—¿Y nunca me dijiste nada? —Sonó a reproche, lo sé.

—Quise, pero no me atreví. Pensaba que eras mayor para mí y que me mandarías a paseo.

—¿Y ahora ya no lo piensas?

Se encogió de hombros.

—Se acabó septiembre y dejaste de venir, nunca más volví a verte. Hasta este verano que te volví a encontrar por casualidad en Flores de Azúcar. No me lo podía creer la primera vez que te vi entrando. El cabello un poco más largo, el rubio no tan blanco, pero tus ojos, tus labios, tus piernas...y tus lolas. Viniste directa a la barra y con una sonrisa me pediste una almojábana *bien mojadita*, y el que casi se moja soy yo, era la primera vez que me dirigías la palabra. Y eras preciosa. Nunca te había visto tan de cerca. Allí fue donde me enteré de tu nombre, y del de tu amiga.

—¡Me dijiste que era un apodo que le habías puesto en la cafetería! —le regañé en broma.

—Te mentí.

—Tampoco me dijiste nada durante el tiempo que trabajaste allí —le reproché.

—Te tenía idealizada y, de pronto, verte ahí y hablarte era como un sueño. No sé, me daba como pánico conocerte y que no fueras la mujer que yo había imaginado, ¿y si luego resultabas ser una imbécil?

—Vaya, no pensaba que diera esa impresión.

—No pienso que seas imbécil, solo un poco estirada, aunque cuando te dejas llevar eres bastante elástica. Algún día pondremos a prueba tu elasticidad.

—Sí, claro —dije como si me la trajera al paio eso que había dicho—, y ¿por qué te decidiste finalmente a hablarme?

—Quería disculparme contigo por lo del café con leche, pero mi jefe me dijo que era más elegante que él lo hiciera en mi lugar, así que directamente me prohibió acercarme a tu mesa. Dio la casualidad de que también era mi último día allí y pensé que era bastante improbable volverte a ver. Y cuando un par de días más tarde te vi en La Altramuza no me lo podía creer, Merche. Eso ya era una apuesta del destino. Y cuando vi que te levantabas para ir al baño, me dije que esa era mi oportunidad. Fui al ataque a por ti. Y la verdad es que me alegro porque, gracias a eso, hoy estamos aquí, donde todo empezó.

—Vaya, me dejas impresionada. He sido tu fetiche sexual durante todo este tiempo y yo sin sospechar nada. Seguro que te has masturbado muchas veces pensando en mí. ¿No tendrás fotos mías en *topless* pegadas en las paredes?

—No te pases, pero cuando tú quieras te enseño mi habitación y, si te portas bien, hasta me haré una paja en tu honor delante de ti.

—¿Harías eso?

—Claro, si tú me lo pides. ¿Te gustaría verme haciéndome una paja? —
Levantó una ceja.

Mordisqueé una patata para darme tiempo a pensar una respuesta. Esta cita se estaba yendo de madre. Yo me estaba yendo de madre. Era incapaz de controlar los impulsos de mi cuerpo y la desfachatez de mi lengua. Si miraba en mi bolso, me encontraría con un billete en primera clase con destino al infierno. El fuego abrasador iba a arrasarme y no habría suficiente agua en el mundo para apagar la fogata.

—¿Podemos cambiar de tema? —dije al cabo de un rato.

Se encogió de hombros.

—Claro, podemos hablar de lo que tú quieras —dijo apurando de un bocado su hamburguesa.

—¿Me das una alita?

Me tendió la caja tras coger una y llevársela a la boca.

—Coge las que quieras.

—Hacía tiempo que no comía de McRonald's.

—Pues yo sobrevivo gracias a él.

—¿Y cómo lo haces para que no te engorde?

—Hago mucho ejercicio.

—Se te nota. ¿Vas mucho al gimnasio?

—A diario.

—¡Qué envidia me das, yo soy incapaz! Soy muy vaga.

—Aun así te conservas bien.

—Muchas gracias, «majete».

—Joder, ¿qué he dicho? Acabo de decirte que estás buena.

—Para mi edad, te ha faltado decir —refunfuñé.

Suspiró.

—Oye, eres tú la que no para de mencionar lo de la edad.

—Y tú no haces más que lanzarme indirectas de que soy vieja.

—Lo de la edad es un estado mental.

—Eso dicen, pero yo no me lo creo.

—Mira, Merche, las caricias y las sensaciones del cuerpo no entienden de años, solo de sentimientos. Y a mí no me importa que tengas siete u ocho años más que yo.

Por segunda vez ese día me atraganté, esta vez con una extremidad de pollo especiado. Israel vino en mi ayuda preocupado viendo que me estaba asfixiando. Me puso en pie de un fuerte tirón y abrazándome desde detrás me dio un par de estrujones en el abdomen para desobstruir el conducto respiratorio. El trozo salió expulsado como un cohete y luego una bocanada de aire expandió agradablemente mis pulmones. Joder, Israel acababa de salvarme la vida.

—Gracias —dije tras recuperar el ritmo de respiración.

—Bebe un poco de agua. —Me alargó mi botella y le di un trago.

—Menos mal que sabías hacer eso. ¿Dónde lo aprendiste?

—Del mismo modo que casi te ahogas, cosa del McRonald's. Imparten cursillos de primeros auxilios a sus trabajadores, debe de ser muy común eso que te ha pasado.

—Vaya, qué suerte he tenido contigo. Además de guapo eres un filósofo juvenil.

—Ya te lo dije, *Mentirosa*, conmigo te ha tocado el Gordo.

—Gordo no estás.

—No, pero me la pones gorda. —Me dedicó un guiño bribón.

—Canalla.

—*Mentirosa*.

Nos miramos a los ojos y rompimos a reír como dos críos. Se acercó y me rodeó la cintura con los brazos apretándome a él. Parpadeé y aparté la mirada; estaba claramente pillado por mí y me miraba con tal frescura que se me encogía el pecho.

—Me gustas mucho, Merche —tuvo que decir.

—Tú también me gustas a mí —admití al fin.

—¿Me dejas que vuelva a llamarte, verdad?

—Me lo pensaré si dejas de llamarme vieja.

Sonrió y me tendió la mano.

—Trato hecho, *Mentirosa*.

—Está bien —dije aceptándosela.

—¿Te apetece dar un paseo?

—Me vendría genial, llevo una tarde bastante tensa y me vendría bien un paseo por la playa para relajarme.

—¿Es que mi truco mágico no te ha relajado lo suficiente?

—Tu truco mágico me ha venido de perlas, y lo de después casi que mejor —me reí tontamente—, pero lo que ha pasado con Julio ha conseguido cabrearme bastante. Me saca de mis casillas.

—Ese tío es un capullo, ¿cuánto tiempo estuviste con él? —Israel se arrodilló y comenzó a recoger todos los envases vacíos metiéndolos en una bolsa de papel.

—Cuatro años —contesté agachándome para ayudarle.

—¿Y cómo pudiste soportar a un tío tan gilipollas tanto tiempo?

—Antes no era así, o a mí, al menos, no me lo parecía. Estaba muy enamorada entonces.

—El amor —suspiró dramático— ese pasajero de incógnito que sube y baja en silencio del tren.

—Otra vez esas filosofías pubescentes. ¿Es que tú nunca has estado enamorado? —Alcé las cejas inquisitivamente.

—No lo sé, porque ¿qué es el amor? ¿Sentir que no puedes vivir sin otra persona, que no puedes respirar cuando está a tu lado, perder el hambre por la desesperación si no te corresponde?

Solté una carcajada.

—Más o menos.

—Entonces no, Merche, nunca he estado enamorado.

Lo miré con falsa desaprobación mientras se colgaba la mochila al hombro.

—Vaya, y yo que pensaba que estabas enamorado de mí.

Se levantó y me miró entonces desde el Olimpo de los dioses del sexo. Era tan divino, tan imponente, tan irresistible, y yo estaba a sus pies, de rodillas. Me ofreció la mano para ayudarme y se la acepté, pero antes de ponerme en pie, me puse seria y él fijó sus ojos azules en los míos antes de tirar de mí con fuerza hacia arriba para pegarme a su pecho. Me rodeó la cintura con los brazos y me dio un beso largo y jugoso.

—¿Nos vamos?

—¿Pero no íbamos a pasear?

—Sí, pero en moto. —Eché a andar.

—Pensaba que daríamos un romántico paseo por la orilla de la playa — protesté siguiéndole el paso al trote.

—¿Te gusta bailar, Merche?

—¿A mí? Me gusta bailar a mi aire en la discoteca, pero, si he de seguir algún tipo de coreografía, la verdad es que soy un pato arrítmico. ¿Y a ti?

—Mucho.

—¿Y lo haces bien?

—No se me da mal, algún día, si te portas bien, te llevaré a bailar.

—¿Y qué se entiende por portarme bien?

—Pues para empezar, cuando vayamos en la moto, tienes que agarrarte bien fuerte a mí y pegarme las lolas a la espalda.

—¿Las lolas?

—Las tetas.

—Ya, ya, lo he pillado, ¿y algo más? —Le hice un juego de pestañas.

—No, solo sigue siendo tú.

—Está bien, creo que eso puedo hacerlo.

Recuerdo que durante aquel viaje a ninguna parte, que duró una hora o, tal vez solo media (el tiempo siempre es relativo, y más cuando te encuentras a gusto), me sentía henchida de felicidad, en paz, como suspendida en una nube de marihuana, abrazada a su cintura, sintiendo el calor de su cuerpo atravesando los finos tejidos que separaban nuestras pieles desnudas. Me olvidé de Gillon y del resto del mundo, dejé de pensar en bodas decimonónicas y en cualquier cosa que no fuéramos Israel y yo, y aquella sedante velocidad.

Cuando detuvo la moto frente a mi portal, seguía presa de la inercia. Mis pies no tocaron el suelo en ningún momento mientras desmontaba, me despojaba del casco y esperaba con impaciencia que él hiciera lo mismo y se atreviera a pedirme subir a casa a tomar una copa y quién sabe qué maravillas nos podría deparar la noche.

—Te llamo esta semana —dijo antes de arrancar sin hacer nada de eso. Me iba a quedar con las ganas.

Reconozco que me quedé algo decepcionada, y un poco cabreada. Un poco mucho, tanto, que cuando entré en mi piso y cerré la puerta tras de mí, le asesté con ganas una buena patada a *Bienvenido*.

—Y tú te quedas conmigo —le grité, dando saltitos a la pata coja, a la consola de estilo barroco rosa chillón que invadía medio recibidor.

Ella no me respondió nada, pero me miró mal. O, tal vez, fue el reflejo de mis ojos en el espejo, no lo sé. Había desaparecido el resplandor de felicidad y volvía a ser la Merche prometida. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Romper el compromiso con Gillon? ¿Seguir saliendo a escondidas con Israel? Traté de plantearme en serio esa última posibilidad. Era lo más sensato, era lo que me recomendaría cualquier consultora sentimental. Pero no podía. Imposible. Israel me gustaba de verdad. ¿Y Gillon? Gillon también me gustaba de verdad. Un día leí que la gracia de un depredador es el instinto, la persecución y, por supuesto, la caza y el trofeo. Y, sin duda, me encontraba en esa fina línea que separa el bien del mal.

4 El bonobo (*Pan paniscus*), también llamado chimpancé pigmeo, es una de las dos especies que componen el género de los chimpancés. Una de sus características es el papel preponderante de la actividad sexual en su sociedad.

—Pooollaaa —declamó Bárbara por enésima vez—. Pues tiene razón ese Israel, «polla» es mucho mejor que «pilila».

—¿Verdad que sí?

Tras nuestros ejercicios reafirmantes siempre nos tomábamos un café de la máquina Testresso de la oficina. Aún no eran ni las nueve, pero el cuerpo ya nos pedía el chute extra de cafeína.

—¿Por qué sonríes de ese modo, Merche? —Bárbara me entregó mi taza y le dio un sorbo a la suya.

—Por nada.

—Venga, esa sonrisa de *zorritonta* tiene que ser por algo.

—Bárbara, ese chico me gusta —declaré con los ojos gachos.

—¿Te gusta Israel? —Abrió los ojos de par en par, estupefacta.

—Bueno —respondí—, aunque prefiero a Gillon. Es un hombre maduro, con un trabajo serio, y me adora; hasta quiere casarse conmigo. No hay comparación entre ellos, ¿verdad? No se pueden medir con el mismo rasero.

—Si tú lo dices. Para mí, la única vara que cuenta es la que me meten por el berberecho. Las mujeres pasados los treinta no queremos la media naranja, solo necesitamos un buen exprimidor.

—Eso lo dices porque tú ya tienes a Héctor.

—Precisamente, querida, lo digo por eso. Si Héctor no me follara como me folla, ya lo habría mandado a freír churros.

—Pero ¿tú quieres casarte con él?

—¿Y tú con Gillon?

—Más o menos.

—No es esa la respuesta que esperaba.

—He dicho que sí.

—Más, menos, pero no es tan importante lo que se diga, sino cómo se diga.

En esas, Susana abrió la puerta de la sala de descanso de par en par y llegó hasta nosotras en dos zancadas con una sonrisa plasmada. Desde que la conocía más a fondo cada vez me gustaban más su flequillo-hachazo y sus monos sin forma.

—Merche, tus creaciones orgánicas han triunfado entre las clientas y amigas de Serendipity, ayer se vendió toodo. —Abrió los ojos a más no poder—. Y tenemos más pedidos.

—¿Las fundas para papel higiénico también?

—Sí, les dijimos que eran macutitos para llevar las bolsas de recogida de excrementos caninos y volaron.

—Vaya, nunca se me hubiera ocurrido.

—Fue idea mía.

—Te felicito.

—Gracias. Bueno, ¿qué?

—¿Qué de qué?

—Pues de lo que te he dicho, de que tienes un nuevo pedido.

—Pues... no sé, ¿genial?

—Pero ¿qué vas a hacer al respecto?

—¿De cuánto se trata?

—Diez bolsos, diez fundas para bolsas y cinco para móviles; esto último tiene menos aceptación.

¿Diez bolsos, diez fundas para bolsas y cinco para móviles? Empecé a hacer cábalas con el tiempo, calculando lo que aquello me llevaría. A ver... si para hacer un bolso había precisado de dos semanas, a cuatro horas por día, que era lo máximo que podía dedicarle, estábamos hablando de unos seis meses, más lo otro, pues tirando por lo bajo...

—Lo tendré listo para julio.

—Pero ¿qué dices? Serendipity lo quiere para ya, si ya lo tiene vendido. —Sacó una libreta de una de mis fundas para rollo de váter que llevaba colgada del cuello con un cordel de cáñamo y la abrió ante mis ojos, enseñándome una tabla con nombres y productos—. ¿Lo ves?

—Lo veo, lo veo, pero me va a ser imposible tenerlo antes, tendría que dedicarle todas las horas del día y aun así...

—¿Y por qué no montas un taller ilegal en el almacén y contratas a cuatro chinos? —comentó Barbi con sarcasmo apurando su café.

La miré con estupor, pero me dio una idea.

—Necesito convocar un gabinete de crisis ahora mismo. Avisa a todas las chicas y que se presenten en la sala de reuniones en quince minutos.

—Voy. —Susi me sonrió complacida y salió disparada hacia la puerta arrastrando sus alpargatas.

—No me lo puedo creer —dijo Bárbara.

—¿Qué no puedes creer?

—Que estés pensándote en serio dar alas a ese negocio de *crochet*.

—No es un negocio, es un acto de humanidad.

—Como quieras llamarlo, Merche, me da igual.

—¿Qué pasa contigo, Bárbara?

Me miró ladeando la cabeza.

—¿Y qué pasa contigo, Merche?

—No pasa nada, pero me lo pide el cuerpo o el alma, necesito ayudar a esos animales sin hogar, me hace sentir bien.

—¿Y por qué no los adoptas a todos y te montas un arca de Noé?

—No digas tonterías, sabes que eso no es posible, y para eso ya está la benefactora.

—¿Y por qué no donas directamente todo el dinero a la benefactora? Ahorrarías mucho tiempo.

—Tienes razón, podría hacerlo, pero me gusta que a la gente les gusten mis creaciones, me levanta el ego.

—Dios, estás fatal.

—Anda, vamos, las chicas ya estarán llegando a la sala de reuniones.

—Pero ¿es que piensas seguir?

Me encogí de hombros.

—Miedo me das.

—¿Más que mis bolsos de ganchillo?

—Mucho más.

Por el pasillo nos fuimos encontrando con las chicas (no todas eran chicas, algunas ya tenían sus años, pero a mí me gustaba llamarlas así, era más chic), que salían de sus despachos y parloteaban entre ellas preguntándose a santo de qué se había convocado una reunión extraordinaria.

—Tranquilas, no es nada grave —dije entrando en la sala. Susana y su asistente, Beatriz, ya habían tomado asiento y las otras lo fueron haciendo mientras me dirigía a la pantalla de proyección—. ¿Estamos todas?

—Falta Jerónimo, está limpiando los baños —comentó Susana—, pero no sabía si también querías que estuviera presente... Como has dicho *chicas*.

Jerónimo era el único empleado varón que había en Pinkxel Solutions y, en concreto, se dedicaba a la limpieza y mantenimiento de las instalaciones. Puede parecer algo feminista por mi parte que el único hombre de la empresa se dedicara a algo tan tradicionalmente femenino, pero su contratación, hacía ya cinco años, tenía su propia historia.

—Vale, sí, bueno, es una forma de hablar, pero sí, dile que venga, puede resultarme útil también.

Susana salió en su busca y entretanto fui pensando en lo que quería decirles a mis empleados. ¿Era una locura? ¿Mi nuevo yo estaba perdiendo el

norte? No lo sé, pero me hacía sentir tan bien todo aquello y yo necesitaba grandes dosis de complacencia en aquel momento, así que no le di más vueltas.

—Buenos días, Jerónimo.

—Hola, Merche. Me ha dicho Susana que querías que me personara —dijo asustado mirando con recelo a todas las chicas sentadas en la sala.

—Sí, toma asiento. —Lo acompañé hasta una silla en la segunda fila.

—¿He hecho algo mal?

—Por supuesto que no, te he llamado por otra cosa. Anda, siéntate, por favor —le pedí con una sonrisa—. Buenos días a todos y gracias por venir tan rápido. Os he pedido que vengáis porque os necesito. Necesito vuestras manos y vuestros corazones para una buena causa. Como sabéis algunas, me gusta hacer ganchillo en mis ratos libres.

—Y se te da genial —apuntó Carla.

—Muchas gracias, Carla... El caso es que he encontrado un destino maravilloso para mi *hobby*: una amiga de Susana, que tiene un fantástico restaurante vegano, ha empezado a venderlos en su establecimiento de un modo altruista y todo el dinero recaudado se ha destinado íntegramente a la SAT.

Entonces todos comenzaron a aplaudir, y no tuve más remedio que pedirles que dejaran de hacerlo; no los había convocado para mi propio reconocimiento.

—Está bien, está bien. —Los aplaqué con un gesto de las manos—. Como iba diciendo, mis creaciones han tenido una gran aceptación y me han hecho un pedido urgente y necesito cubrirlo con vuestro apoyo.

—Vale, ¿en qué podemos ayudarte? —intervino Manuela, que siempre estaba muy predispuesta.

—Necesito que me ayudéis a hacer los bolsos, fundas, etcétera, que me han encargado.

Y ahí, todas mis chicas se miraron estupefactas, como si les hubiera pedido que se alistaran en las fuerzas especiales para una misión suicida en Afganistán y, poco después, empezaron las protestas.

—¿Es que ninguna sabe hacer ganchillo? —Las miré alucinada y un «Pues no» retumbó por toda la sala—. Vaya, pensaba yo que esa afición tan relajante tendría más adeptos. —Taconeeé el suelo mientras meditaba qué iba a hacer entonces—. ¿Se os ocurre algo?

—Lo que te he dicho antes, que pases de hacer esos bolsos y dones el

dinero directamente a la asociación animalista —apuntó Bárbara.

—Algo podremos hacer, ¿no? —le replicó Susana, que no estaba muy por la labor de dar su brazo a torcer—. ¿Podemos aprender, no, chicas? —dijo animándose de pronto y, como respuesta, un montón de negativas fueron a su encuentro.

—Lo siento mucho, me temo que le vas a tener que decir a Serendipity que no va a poder ser. Es por completo inviable en tiempo y forma.

—Merche, ¿puedo hablar? —Miré a Jerónimo que tenía la mano levantada como un escolar.

—Por supuesto, di.

—Yo no sé hacer ganchillo, pero sé de alguien que es una máquina haciéndolo y tiene muchas conocidas que también lo son.

Lo miré como si fuera un ángel caído del cielo.

—¿Quién?

—Matilde.

—¿Tu mujer?

Asintió feliz.

—Ya sabes que por la situación familiar tiene muchas horas muertas al cabo del día y las remata haciendo sus labores; pues una de ellas es el ganchillo. Es una artista, mi Matilde.

—¿Y crees que ella podría echarme una mano? Por supuesto, le pagaría por hacerlo.

—Supongo, si quieres le pregunto.

—Hazlo, por favor.

—¿Ahora?

—Sí, ya.

—Vale, voy a llamarla —dijo levantándose.

—Pues nada, chicas, damos por concluida la reunión, muchas gracias por todo.

Conforme nos quedamos solas, Bárbara se me acercó con el ceño fruncido.

—Pero Merche, ¿tú estás loca o qué?

—¿Por qué?

—¿En serio estás planteándote montar un taller de ganchilleras o cómo se llamen, a las que vas a pagar por sus horas para hacer bolsos que luego vas a vender para donar todo el dinero?

—Tú lo has dicho.

Se llevó las manos a la cabeza.

—¿Y qué sacas tú de todo esto, si compras el material y pagas a las ganchilleras?

—La satisfacción personal, Barbi, la satisfacción personal —dije saliendo por la puerta—. ¿No te das cuenta que esto es incluso mejor? Antes solo ayudaba a los animalitos y ahora, si Matilde me dice que sí, además, podré ayudar a la economía de varias familias a las que puede venirles muy bien ese dinero extra.

Me encaminé hacia mi despacho y mi amiga vino detrás pegada al culo. A decir verdad, no tenía ganas de seguir explicándole mi vida y quería saber cómo había quedado Jerónimo con su mujer. Bárbara me cogió la mano para detenerme.

—Merche, no entiendo mucho el porqué pero, si quieres hacerlo, yo te voy a ayudar.

—Lo sé.

—Por cierto, ¿y tu superpedrolo? —Levantó mi mano entre las dos.

Me miré el dedo desnudo.

—Me lo quité ayer para la cita con Israel.

Ella negó con la cabeza desaprobatoriamente.

—Merche, Merche.

—Sí, sí, lo sé, tendría que habérselo dicho —dije rebuscando en el bolsillo de mi bolso.

—Haces mal.

El anillo no estaba.

—Mierda.

—Venga, no es para tanto, disfruta ahora que puedes. Hace medio mes estabas a pan y agua y ahora tienes dos filetes para ti sola.

Moví la cabeza a los lados empezando a acojonarme.

—Que sí, zorrón, te dejo en paz, haces bien en tirarte a esos «pibones». Joder, porque encima son guapos los dos. Te vas a empachar a proteínas. Por cierto, ¿tú te tragas el semen?

—No, no. —Empecé a hiperventilar.

—¿No? Pues no está tan malo en realidad.

—Que no. Nooooooo.

—Venga, no seas exagerada.

—No está. —Gemí al borde de un infarto de miocardio.

—¿El qué?

Corrí hacia mi mesa, le di la vuelta al bolso y lo vacié entero.

—El anillo.

—Busca bien.

—Ya lo hago y no está. Dios, ¡Dioos! —aullé tirándome de los pelos.

—Tranquilízate y déjame a mí buscarlo. Haz un poco de *crochet* mientras tanto y relaja el berberecho.

—No me toques las narices, Bárbara, no estoy para tonterías.

¿Hacer ganchillo? Estaba demasiado atacada. Me saldría un zurullo en lugar de una funda. Bárbara metió la mano en el bolso vacío y se puso a inspeccionarlo, mientras yo cogía y dejaba las cosas esparcidas sobre la mesa como un robot, sin prestar atención.

—No está —anunció como si nada. Yo por dentro trinaba, y por fuera más: era como un pavo real en pleno cortejo, subiendo y bajando los brazos, poseído por Chiquito de la Calzada.

—Nooooooo. —Me puse en pie para calmar mi estado de nervios y empecé a andar en círculos sobre un eje imaginario, taconeando con los zapatos en el suelo de parqué.

—Estará en casa.

—No, lo puse aquí. —Le asesté un puñetazo al bolso—. Joder.

—¿Qué?

—Ayer con Israel, se me vació en la playa y debió de caer.

—¿En la arena? —bufó—, pues no lo vas a encontrar.

Pues tenía que encontrarlo.

—Vamos.

—¿Ahora?

—Está Nieves Vicent al caer.

—Me da igual que nieve, llueva, truene o caigan chuzos de punta, tenemos que encontrar el anillo. Consígueme un detector de metales —la azucé volviendo a meter todos mis cachivaches en el bolso traidor.

—¿De dónde?

—De donde sea, y consíguelo ya.

—Vooy. —Se marchó de mi despacho aporreándose el culo con los talones.

Diez minutos después, cargamos los bolsos y salimos disparadas hacia la calle. En el portal, Nieves nos obstruyó el paso. Era un portal amplio, pero esa mujer lo era mucho más.

—¿Adónde vais? ¡Tengo una cita! —Se apartó a un lado viendo que íbamos como apisonadoras y le íbamos a pasar por encima sin

contemplaciones.

—A buscar algo —respondí sin detenerme.

—Pero vengo a por un servidor.

—¡Busca en la web de venta *online*, algo encontrarás que te acople! —le chilló Bárbara levantando el brazo para detener un taxi que se acercaba, y que pasó de largo sin pararse—. ¡Cabrito, me las pagarás, te he visto el careto! —Le hizo una peineta.

—Déjalo, por ahí viene otro. —Me planté más chula que un ocho en el medio del carril moviendo el brazo como un guardia civil haciendo el alto.

Se detuvo, no le quedó más remedio, era eso o atropellarme y darse a la fuga. Lo asaltamos como dos bandidas sexis por los dos flancos.

—No estoy de servicio.

—Pero si no lleva a nadie —le dije.

—Estoy almorzando, ¿no lo ve? —me replicó dándole un mordisco a un bocadillo que no podría tener más mortadela.

—¡Siga a ese coche! —le gritó Bárbara conforme tomó asiento.

—¿Qué? —Escupió un cacho de algo rosa en el volante y se limpió la boca con el brazo—. Siempre he querido hacer eso. ¿A cuál? —dijo el taxista exaltado por la emoción de verse involucrado en una persecución de película.

—Era broma, hombre, pero siempre he querido decir eso. Es emocionante, ¿verdad?

—Verdad —respondió sin emoción.

—A la playa del Postiguet.

—Que no estoy de servicio, leches, y además eso está a solo tres manzanas, vayan andando, señoras, que eso va muy bien para la circulación —dijo con voz cansina.

—Le pago el doble —le imploré sacando el monedero. De camino, teníamos que abastecernos de las herramientas necesarias para llevar a cabo una excavación arqueológica en toda regla, e incluso precintar la zona si hiciera falta.

—¿Sabe usted dónde venden palas y picos, y todas esas cosas para cavar la tierra? —preguntó Bárbara metiendo la cabeza entre los asientos delanteros.

—Atrás, por favor, no invada mi espacio, y póngase el cinturón.

—Está bien, tranquilo, ya voy.

—¿Dónde venden esas cosas? —insistí.

—Pues en cualquier ferretería o un Leroilo Markon.

—¿Y un detector de metales?

—¿Usted me ha visto un cartel de información en la frente?

—No, pero usted es un hombre, y los hombres deben saber de esas cosas.
Es algo congénito.

—Pues no tengo ni idea.

—Necesitamos uno, ya.

—Pues a lo mejor en un chino, esa gente vende de todo. Una vez compré un kit para fabricar una bomba.

—¿Una bomba? —preguntamos las dos a la vez y un segundo después nos cogimos de las manos sobrecogidas por el pánico de estar en el vehículo de un potencial terrorista.

—¿Y para qué quería usted una bomba, buen hombre? —Barbi usó su tono profesional, pero por dentro estaba tan acojonada como yo. Se notaba por el modo en que me estrujaba la mano.

Nos miró por el retrovisor y nos dedicó una sonrisa torcida. Aquello solo hizo que acojonarnos más.

—Para nada, señoras, para nada. No solo ustedes saben hacer bromas. —
Se rio con los dientes llenos de migas.

—Pare en el primer chino que se encuentre de camino.

—A la orden, señora. ¿Y para qué quieren un detector de metales?

—Para buscar un anillo de compromiso.

—¿Y tiene mucho valor?

—No lo sé, pero es una reliquia familiar y si mi prometido se entera de que lo he perdido sería un *shock* tremendo para él, podría provocarle una muerte súbita por el impacto de la noticia y no deseo quedarme viuda antes de casarme. —Fui improvisando sobre la marcha. A decir verdad, no tenía ni idea del valor del anillo, pero tenía que provocarle lástima a aquel señor que se alimentaba de fiambres rosas—. Sus padres siempre pensarían en mí como en la mujer que perdió la joya de la familia, nunca me aceptarían en su vida y tendría que celebrar el resto de las navidades sola con un gato tuerto.

—¿Y?

—¿Lo ve? Es vital que lo encuentre. Si lo encuentro, nadie tiene por qué enterarse, nadie tiene por qué saberlo. Tengo que recuperar el anillo y volver a colocármelo en el dedo. —Le mostré, con cara de perro abandonado, el dedo desnudo.

—¡Ahí, ahí, ahí, pare, pare, de-tén-ga-se! —chilló Barbi, señalando hacia fuera del vehículo.

—Ahí no puedo parar.

—¡Haga el favor de parar el puto taxi, esto es cuestión de vida o muerte!
—le grité perdiendo los modales.

Dio un frenazo seco y se volvió fiero hacia nosotras.

—Sin faltar, señora, sin faltar, que con *Ruperto* no se mete nadie.

—¿Se llama usted Ruperto?

—No, *Ruperto* se llama mi coche.

—¿Le ha puesto nombre a su coche?

—Sí, ¿qué pasa?

—Nada, nada, tranquilo. Es un nombre precioso para un coche —comenté zalamera—. Yo también le pongo nombre a las cosas. Mi coche se llama *Trinitario*.

—Bueno, y digo yo, ya que está parado, ¿no le importará que bajemos corriendo y compremos esas cosas, verdad? —preguntó Bárbara.

—Está bien, pero si viene la poli y me multa, corre de su cuenta.

—Descuide —dije.

Refunfuñó durante unos segundos, finalmente accedió.

—Está bien, pero una de las dos se queda en prenda.

—Está bien, Barbi, quédate, que yo voy a por las cosas esas.

—Ella no, usted. —Me señaló con la punta del bocadillo.

—¿Por qué yo?

—Usted me cae mejor.

Unos quince minutos después, mientras el taxista terminaba de devorar su almuerzo (bocata de mortadela, una raja de sandía y un yogur desnatado natural), y contarme con todo lujo de detalles cómo le pidió matrimonio a su Engracia, Bárbara apareció cargada de bolsas del bazar, las guardó en el maletero y subió al taxi con una sonrisa triunfante.

—Traigo de todo: palas, rastrillos y un... detector de metales. —Tintineó la voz de alegría—. Y, por cierto, me debes ciento siete euros con veinte céntimos.

—Vale, rata, luego te lo doy.

—Creo que el uso de esos artefactos está prohibido —apuntó el taxista poniendo en marcha el coche.

—Pero ¿qué dice? Si eso fuera verdad, no los venderían en las tiendas —le rebatió Barbi y yo asentí, dándole la razón.

Poco después, llegamos al Postiguet y sacamos las bolsas del maletero; tras inspeccionarlas brevemente y comprobar el contenido, rompí a reír.

—Pero ¿adónde vamos con esto? —Puse ante los ojos de mi amiga un kit

completo de playa: pala, rastrillo, tamizador e incluso un bonito cubo con forma de castillo de princesas.

—Es lo único que había en el chino que sirviera para cavar —se excusó—, pero lo del detector es un logro, ¿no me digas que no?

—A ver. —Saqué la caja de la bolsa e inspeccioné la información visible en el envase—. ¿Esta cosa irá con pilas o algo?

—Funciona con batería —contestó Bárbara con gesto satisfecho—. Me lo ha dicho el chino de la tienda.

—Pues habrá que cargarlo en algún sitio, así no nos sirve de nada. —Suspiré desalentada.

—Traiga eso aquí, que lo vea yo —dijo el taxista arrebatándome la caja—. Por suerte para ustedes, lleva un cargador para el coche, pero necesitará un buen rato para cargarse. Lo enchufo al taxi, hago un par de servicios y en un par de horas vuelvo con él.

Barbi y yo nos miramos dudosas, ¿y si se largaba con nuestro detector y no volvía? Pero, a decir verdad, no nos quedaba más remedio que confiar. Éramos un equipo y Jacinto, así se llamaba el taxista, ya formaba parte de él.

—Está bien —accedió mi amiga leyéndome la mente—. Nosotras empezaremos a buscar donde estuviste ayer. Lo más seguro es que esté bastante a la vista.

Con los tacones hundiéndose en la arena a cada paso, llegamos hasta la «zona cero». Hacía buen día, pero la playa estaba bastante solitaria a aquellas horas y eso era de agradecer. Por un lado, incrementaba la probabilidad de encontrar el anillo y, por el otro lado, el porcentaje de gente que nos vería hacer el ridículo se reducía al mínimo.

—¿Cómo lo hacemos? —Miré a Bárbara, que estaba quitándose los zapatos y, con el tacón de uno de ellos, trazó una línea en la arena.

—Tú, de aquí para allá —señaló su derecha— y yo, de aquí para el otro lado. Haremos cuadrantes de búsqueda e iremos eliminando.

Comenzamos a rastrear como locas, de rodillas y hurgando en la arena con las manos. Tras media hora, no habíamos encontrado el anillo, pero habíamos conseguido que un par de jubilados con boina nos observara con ese aire de maquinación que ponen los jubilados al análisis de las obras. Pasó media hora más y luego una hora entera, y el anillo seguía sin aparecer, Jacinto, tampoco, y los dos jubilados se habían multiplicado por seis y habían pasado a ser una docena.

—¿Hacemos un *kitkat*? —me pidió Bárbara que estaba sudando a raudales

y con los pelos churretosos pegados a la cara como un *heavy* en medio de un concierto.

—Sí, por favor. Esto es imposible. Nunca lo encontraremos sin ese detector de metales. —Me dejé caer en la arena sin fuerzas.

—Tranquila, aparecerá —dijo sentándose a mi lado.

Me hice una visera con la palma de la mano y miré el horizonte. El mar estaba en calma y el cielo todavía más: no había ni una sola nube en todo el campo de visión.

—Hace un día espléndido.

—Sí, pero no llevamos la ropa adecuada. —Barbi levantó el brazo y me mostró el manchurrón de sudor en el alerón de su blusa rosa palo con manga francesa y volante.

—Hueles a tigre.

—Y tú, a cerdo.

—Dios mío, Barbi, si no lo encuentro, me muero. Gillon me va a matar. —Gimoteé mientras ella se examinaba las manos.

—Y yo lo haré si no recupero mis uñas. —Me las puso en las narices. Un completo horror. Igual que las mías.

—Lo siento.

—Bah, no pasa nada. Haría cualquier cosa por ti, ya lo sabes.

—Eres la mejor amiga del mundo. —La abracé y le di un beso en la mejilla.

—Y túuuu. Te quiero un montón. —Me devolvió el beso y me abrazó más fuerte.

—Apuesto un euro a que son lesbianas —dijo uno de los jubilados con boina, alto y claro.

Las dos nos volvimos para fulminarlos con la mirada.

—¿Es que ustedes no tienen nada mejor que hacer? —les increpó Bárbara.

—No. —Fue la respuesta unánime.

—Pues si tanto se aburren, podrían ayudarnos a buscar —les dije.

—¿Y qué buscan?

—Un anillo de compromiso, un solitario precioso.

—Haberlo dicho antes —dijo uno de ellos aproximándose a golpe de bastón.

De nuevo nos pusimos manos a la obra. Cada vez estábamos más lejos de la «zona cero» y mis probabilidades de encontrar el maldito anillo se aproximaban más a ese número. ¿Por qué leches había decidido quitármelo?

«Esto te pasa por putón verbenero», me dije mientras me limpiaba el sudor de la frente con el borde de la camiseta.

Con la fuerza del sol, fueron llegando cada vez más personas a la playa. Marujas como son, en esencia, los seres humanos, se acercaban a preguntar qué hacíamos toda esa gente buscando en la arena, y mi séquito octogenario no dudaba en responder que íbamos a la caza de un anillo perdido. Más almas altruistas se unieron a mi causa y, a lo tonto, éramos unos treinta cuando el reloj marcó las doce, y el dichoso taxista seguía sin presentarse.

Bárbara había asumido el mando de la misión y en medio de aquel escuadrón de búsqueda lanzaba gritos a diestro y siniestro como una generala: «Tú, el del andador, cava más hondo», «usted, la del chándal de tigresa, deje de ligar con el del bisoñé». Yo estaba que me moría, apenas me quedaban uñas en las manos y la esperanza de encontrar el anillo de Gillon estaba cayendo en picado conforme pasaban los minutos.

Cuando ya se había cavado cada centímetro de arena en doscientos metros a la redonda de la «zona cero», y cuando el escuadrón había crecido hasta los cien buscadores, llegó un *quad* con un policía guapo a la montura. Tenía la nariz grande y aguileña, los pómulos marcados, una barba bien recortada y ese aire chulito que suelen ostentar todos los cuerpos de la ley uniformados. Por algo será que se llaman «cuerpos», no había más que echarle un vistazo al espécimen que tenía delante para saber el porqué.

—Me han dicho que usted está al mando de lo que sea que pasa aquí; ya pensábamos que habían vuelto a montar un mercadillo ilegal —dijo sin quitarse las gafas de sol.

—En realidad, se ha montado solo. Ya sabe usted el dicho ese de «pongo un circo y me crecen los enanos».

—Entiendo. Me ha dicho un señor que busca un anillo.

—Así es, pero de momento no lo hemos encontrado.

—¿Ha pensado usted en denunciar la pérdida a la policía?

Ni se me había pasado por la mente. Negué con la cabeza por toda respuesta.

—Pues debería haberlo hecho, tal vez se habría ahorrado todo este circo que se ha montado.

—Ahora iré a hacerlo, porque está visto que no lo voy a encontrar y de paso iré a poner una denuncia al taxista que me ha traído, que se ha largado con mi detector de metales.

—¿Tiene alguna foto del presunto anillo?

—No es presunto, es un anillo de verdad. Con un pedrolo del quince que deslumbra...

—¿Tiene o no?

Vaya humos se gastaba el guapito de cara.

—Tengo, tengo. —Empecé a rebuscar el móvil con una mano dentro de mi bolso, que llevaba a modo de bandolera—. Aquí lo tiene, agente. —Le mostré un primer plano tras buscar la imagen en el álbum.

El policía guapo me arrebató el móvil e inspeccionó la imagen unos segundos antes de devolvérmelo. Sacó un *walkie* y habló en código policial unas palabras haciendo un aparte. Tras un «cambio y corto», volvió a mí.

—Su anillo está en la comisaría del distrito Centro en la calle Médico Pascual Pérez, 27. Esta mañana lo trajo un empleado municipal de limpieza.

—¿Qué?

—Lo que oye. Su anillo está en la comisaría del distrito Centro, un empleado de limpieza lo trajo esta mañana.

—¿Tan fácil?

—Tan fácil.

—No me lo puedo creer.

—Pues créalo.

—¿Y qué tengo que hacer para recuperarlo?

—Tiene que ir a la comisaría, formular una denuncia de la pérdida, y en unos días, tras las comprobaciones necesarias, nos pondremos en contacto con usted para devolvérselo.

—¿Unos días, cuántos?

—Dos, tres, lo que tarde el funcionario en gestionar la denuncia y traspasarnos el expediente.

—Esa es una noticia maravillosa. ¿Seguro que es mi anillo y no otro?

—La descripción coincide y no existen muchas probabilidades de que dos solitarios de alto valor se hayan perdido en la playa del Postiguet en las últimas veinticuatro horas.

—¿Puedo abrazarlo?

—Mejor no. Estoy de servicio —dijo con seriedad.

—Vale... pues muchísimas gracias.

—Es mi trabajo, señora —dijo pasándose la mano por la barba, era morena y suave, como debía de ser su cabello, pero no tan espesa como para impedir que se viera el contorno de su barbilla cuadrada.

—Pues lo hace maravillosamente.

Me hizo un saludo con la visera de la gorra y puso el motor en marcha.

—Señora.

—Dígame, agente.

—Cuando no esté de servicio, no me importaría que me abrazara. —Y un apunte de sonrisa asomó a sus labios.

Abrí los ojos asombrada, eso era una proposición en toda regla. «Estás que te sales, Merche», me dije feliz. A decir verdad, hacía tiempo que no me sentía tan feliz como en ese momento.

—¿Es una proposición, agente?

—Podría serlo, si usted quiere. Aunque si está prometida...

—¿Prometida, prometida?

—Está prometida, agente —confirmó Bárbara, que terminaba de llegar a nuestra posición. Maldita Bárbara y maldito su don de la oportunidad. El agente estaba que se salía y ¿quién sabe?, ¿por qué no? No iba a estar eternamente prometida.

—Que tengan un buen día, señoras.

—¿Qué? —dije al cabo de unos segundos de soportar la mirada fulminante de mi amiga.

—De verdad que no te conozco. ¿Estabas ligando con ese poli macizo?

—Nooo.

—Pues lo parecía.

—No, solo que ha encontrado mi anillo y le estaba dando las gracias.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

—Pues aquí ya no hacemos nada. Voy a disolver el comando «rescate» — me dijo señalando a la gente congregada en derredor. Luego, se hizo un altavoz con las manos y pegó un grito de atención—. Señoras y señores, muchas gracias por su ayuda, pero aquí ya no se ha perdido nada.

—¿Dónde pagan?

—Aquí no se paga nada, señora, esto es por amor al arte —le respondió Bárbara.

—Pues haberlo dicho, que tengo las lentejas al fuego y se me van a quemar —comentó la del chándal de tigre con bastante mala baba.

—Nadie ha dicho nada de pagar —dije con determinación.

—Yo sí —habló uno de los ancianos con boina.

—Barbi, ¿qué hacemos? —le musité al oído apretándole la mano comenzando a acojonarme. Esas miradas intimidaban mogollón.

—A la de tres, correr.

Y tras tres apretones de mano, salimos pitando del lugar como si no hubiera un mañana. A nuestras espaldas, una muchedumbre descontenta comenzó a vociferar: «¡A por ellas!» «¡Las quiero con vida!» «¡Me pido su bolso de ganchillo!» Vaya, al menos, tenían buen gusto. En mi vida he corrido tanto. Bárbara tampoco, me dijo poco después, cuando llegamos sin aliento a la comisaría y nos sentimos por fin a salvo.

Cuando salimos de la comisaría, eran cerca de las dos de la tarde. Estábamos sudadas y con el pelo pegado a la cara como si acabásemos de quitarnos un gorro de piscina.

—Problema resuelto, en dos, tres días, tendrás el anillo en el dedo — celebró Bárbara echando a andar con rumbo a la calle Maisonnave.

—Menos mal que aún hay gente buena en el mundo, ese anillo debe tener mucho valor y que no se lo haya quedado dice mucho de esa señora. Ahora mismo voy a encargarme un ramo de flores y unos bombones y hacérselos llegar.

—Buena idea.

—Oye... —Bárbara me miró—. Te agradezco mucho lo que has hecho y, en compensación, te voy a dar la tarde libre. Necesitas ducharte.

—Y tú también necesitas una ducha. Hueles a *pipi* de mono *titi*, ¿lo sabes?

—Lo sé.

—¿Por qué no llamas a la oficina y dices que no puedes ir? Por unas horas no creo que se hunda el barco.

—Pues tienes razón —asentí sacando el móvil del bolso—. Hola, soy Merche —respondí a Susana, que se había quedado a cargo de la centralita en nuestra ausencia.

—¿Cómo ha ido la reunión?

No le había dicho el verdadero motivo de nuestra apresurada marcha.

—Muy bien, está todo resuelto —respondí sacudiendo la pierna a modo perrito soltando un montoncito de arena en la acera.

—Genial.

—¿Puedes llamar a Juan Peñalver y suspender la cita de esta tarde?, no voy a poder volver. Dile que estoy enferma.

—Claro, no hay problema, pero ¿te encuentras bien? —Se mostró preocupada.

—Sí, solo es una excusa para que se la digas a Juan.

—Entonces ¿no vas a venir?

—No.

—¿Vas a faltar?

—Sí.

—Vaaale, pero...

Empezaba a impacientarme.

—¿Qué pasa?

—Nada, pero me extraña, tú nunca has faltado al trabajo. Te he visto con

cuarenta de fiebre al pie del cañón.

—Pues hoy me tomo la tarde libre y necesito que sigas a cargo de la centralita, porque también se la he dado a Bárbara.

—Está bien —refunfuñó un poco.

—¿Me puedes pasar con Jerónimo?

—Enseguida. Voy a buscarlo. Oye, Merche, recuerda que a eso de las ocho iré a tu casa con Serendipity para lo de la limpieza energética.

—¿La limpieza energética? ¿Hoy? No sé yo.

—Es fundamental hacerla cuanto antes.

—Está bien —accedí de mala gana; el día ya había sido demasiado intenso para mi gusto, pero todo fuera por mi nuevo proyecto de vida—. Anda, ve a por Jerónimo.

—¿De qué limpieza energética habla esa chalada? —Bárbara me miró con extrañeza cuando vio que me había quedado a la espera.

—Una que me van a hacer en el piso y me gustaría que vinieras, si te viene bien.

Mi amiga volteó los ojos como de costumbre, asintiendo finalmente.

—Buenas tardes, Merche, ¿qué se le ofrece? —dijo Jerónimo al otro lado de la línea.

—Buenas tardes, ¿has podido hablar con Matilde?

—Sí.

—¿Y...? —pregunté esperanzada.

—Dice que está encantada de echarle una mano y, además, ha contactado con sus amigas de la asociación de amas de casa y todas están dispuestas a reunirse en el local cívico del barrio y dedicarle tres horas cada tarde.

—Eso es fantástico. ¿Les has dicho que les voy a pagar?

—Sí, claro, a diez euros la hora. Les ha parecido de maravilla, pero han pedido una cosa, según mi Matilde, de vital importancia.

—¿Qué necesitan?

—Una televisión, la del local es muy vieja y no sintoniza bien los canales. Dicen que el ganchillo se hace mejor al cobijo de una buena telenovela. *La mal amada*, creo que se llama, y están todas enganchadas, fíjate que hasta tienen un grupo de WhatsApp para comentarla mientras la emiten.

—Eso está hecho, ahora mismo le digo a Susana que te dé dinero de caja para que compres una y se la instales cuanto antes, recuerda que te hagan factura a nombre de la empresa. Y dale las gracias a Matilde, por segunda vez me salváis la vida.

—No digas eso, Merche, sabes que haríamos cualquier cosa por ti, estamos por siempre en deuda contigo. Eres nuestro ángel de la guarda.

—Venga, vale, ya... —quise desviar el tema— pásame de nuevo a Susana.

Jerónimo era muy buen hombre, al borde de los sesenta, llevaba unos cinco años trabajando para mí. El día que lo conocí, fue el mismo día que Julio me dejó. Había errado por las calles del centro como una zombi en bata de seda y playeras, llorando a lágrima viva, pues, en un arrebatado de enajenación, había salido de mi piso con lo puesto, sin bolso ni llaves ni móvil y no me di cuenta de ello hasta unas horas más tarde. En mi tristeza, eché a andar, alejándome de mi casa, buscando un lugar para llorar en paz, y así estuve llorando y llorando hasta que la noche cubrió el parque de sombras y, entonces, decidí regresar a mi piso. Unos chicos se acercaron y empezaron a meterse conmigo, en realidad no pretendían hacerme daño, solo echarse unas risas a mi costa, pero yo me asusté y eché a correr, cayendo en mi fuga en una acequia de agua. Y allí fue donde me encontró Jerónimo. Se acercó para ofrecerme su ayuda y yo necesitaba volcar en alguien toda mi frustración, mi ira, mi dolor, así que se lo conté todo. Me llevó a su casa, que paraba muy cerca, y allí me presentó a su mujer. Me dejaron adecentarme en su baño, me prestaron algo de ropa de su hija y me prepararon una tila, que buena falta me hacía, y durante horas escucharon todo lo que me atormentaba hasta que caí dormida en su sofá. Al día siguiente, Jerónimo me acompañó a mi casa, con una radiografía me abrió mi propia puerta y, antes de despedirnos, quedé con él que en un par de días le haría llegar la ropa limpia.

Finalmente, fui yo la que se la entregó en mano, tenía que hacer una asistencia externa cerca de su barrio y decidí presentarme en su casa con unos bombones. Me sorprendió que fuera el mismo Jerónimo quien me abriera la puerta, era poco más del mediodía y no sé por qué pensé que estaría trabajando. Pero es que él no trabajaba, llevaba más de siete años parado, desde que la empresa de construcción en la que había trabajado toda su vida hizo un ERE y los echaron a todos a la calle. Me hizo pasar y entonces conocí a su hija. Tendría mi edad (entonces no supe ponerle años, con el tiempo supe que Rosa era dos años más joven que yo) y llevaba más de quince años tetrapléjica. Su madre siempre se había ocupado de ella desde el accidente, mientras que su padre era el sostén del hogar entre las ayudas sociales que le fueron dando, una vez agotado el paro, y los trabajillos extra que iba encontrando como chapuzas a domicilio. Aun así, no les alcanzaba para llegar a fin de mes y muchas veces Jerónimo se veía obligado a pedir ayuda en la

puerta de algunos supermercados. Así fue como me encontré, no solo dándole unos bombones a aquel buen hombre, sino saltándome una de mis propias normas de Pinkxel Solutions. Mi empresa dejó de ser una empresa constituida solo por mujeres a partir del momento en que él aceptó el puesto de trabajo que le ofrecí, lo más acorde con su formación profesional que pude encontrar. Lo que sentí en aquel momento fue, tal vez, lo más grande que había experimentado en mi vida. Su cara de sorpresa, sus lágrimas de felicidad, sus palabras de agradecimiento... También fue entonces cuando descubrí lo bien que me hacía sentir ayudar de algún modo a los demás, aunque nunca volví a hacerlo directamente, siempre mediante donativos a asociaciones u ONG en nombre de la empresa, y ahora volvía a tener la oportunidad de gestionarlo, palparlo, vivirlo en primera persona, y de nuevo sentí ese orgullo interior, esa calma reparadora, esa necesidad de ser útil socialmente. Estaba más que decidida a seguir con todo aquello del ganchillo, y más ahora que podía ayudar a mujeres como Matilde a vivir más dignamente.

Ya en mi casa, me di una ducha mientras pensaba inconscientemente en el poli guapo de la playa. ¡Qué hombre tan atractivo!, y amable, altamente amable del verbo «amar». La aventura playera me había provocado un hambre voraz y me preparé unos sándwiches de queso a la plancha, muy a la americana, y un gran vaso de batido de chocolate. Algo muy vegano, excepto por el queso y el batido, aunque sí vegetariano. Susana me había explicado las diferencias, después de recomendarme una dieta libre de agentes tóxicos previa a la limpieza astral y espiritual de mi casa. A decir verdad, me daba un poco de miedo todo el tinglado que iban a montar, sobre todo por lo de las antorchas que había mencionado un poco de pasada.

A eso de las seis, decidí por voluntad propia deshacerme de algunos objetos que me tenían anclada al pasado, entre ellos las cuatro copias caseras de *Love Actually* y la edición original de lujo que me regaló Bárbara. Los fui metiendo en una bolsa, con lágrimas en los ojos, junto a un yoyó de *Bola de Dragón*, un regalo de Martín (mi primer novio en el instituto), y un palo de chupa-chups chupado por Pablo (un amor platónico que tuve en mis años de universidad), envuelto cuidadosamente con papel de aluminio, así como varios pósteres de la *SuperRock* que, tras dos décadas en mi caja de los recuerdos, estaban amarillentos y desvaídos. Los miré por última vez, con una sonrisa melancólica, antes de cerrar la bolsa con un gran suspiro y atender la llamada del timbre. Ni el chaleco hortera de Jason Donovan ni el Leonardo DiCaprio de *Titanic* me hacían suspirar ya, así que era mejor dejarlos marchar, junto a

mi aura marrón y las malas *vibras* de mi hogar.

—¿Has traído todo lo que te he pedido? —pregunté a Bárbara cuando la vi aparecer por mi rellano.

—Sí, y da gracias que las coronas de flores están de moda y he podido encontrar unas muy monas en Chaires. —Entró en mi piso apartándome de un codazo.

—Venga, alegre esa cara, seguro que todo esto va a ser muy divertido.

—Si tú lo dices. —Se dejó caer en el sofá y su vista se fue directa a la bolsa de desechos sentimentales—. ¿Qué es eso?

—Eso es basura, cosas que ya no necesito.

—¿Eso que se transparenta es la edición coleccionable que te regalé de *Love Actually*? —preguntó alargando el dedo como E.T. pidiendo un teléfono.

—Espero que no te moleste.

—Merche, nunca creí que diría esto —se puso en pie frente a mí y me abrazó—: Estás volviendo a ser una persona normal, el número de neuronas de tu cerebro ha debido de aumentar en un treinta por ciento.

—¡Siempre he sido una persona normal! —reprendí a mi amiga.

—Bueno, normal lo que se dice normal... —Bárbara rompió a reír, y la muy putona me lo contagió—. ¿Sabes? Me está empezando a picar la curiosidad sobre esta limpieza esotérica que vamos a experimentar. Me guste o no la aparición de Serendipity en tu vida gracias a Susana, te está sentando bien.

—Gracias.

—Y, aunque me sienta celosa de no haberlo conseguido yo, me llena de orgullo y satisfacción verte feliz.

En eso, el telefonillo empezó a sonar con insistencia, debían de ser Susana y Serendipity.

—Abre a esas dos locas o te van a fundir los cables.

Entraron en mi casa arrastrando una maxicaja con ruedas construida con *pallets*. Serendipity tiraba de ella con una cuerda ancha de esparto mientras Susana dirigía las maniobras del descomunal carro.

—¿Eso que sobresale por encima son dos teas de jardín? —Bárbara se echó las manos a la cabeza y debió de darle un microinfarto ante la idea de morir carbonizada esa tarde en mi casa.

—Tranquilas, chicas, no vamos a usar todo lo que hay en el carro, pero hay que traer todo lo necesario por si las cosas se complican y un espíritu maligno osa entrar en nuestro círculo sagrado —comentó Serendipity dando el

último empujón y colocando la megacaja en el centro de mi salón.

—¿No me digas que tienes a Iker Jiménez ahí dentro? —preguntó Barbie con bastante guasa.

—Muy graciosa. —Susana se mostró molesta por las burlas de Bárbara hacia lo que ella consideraba un acto tan formal—. Merche, dile a tu amiga que debe tomarse esto muy en serio. Cualquier cosa puede desembocar en una escabechina.

—Barbi, por favor. —Puse las manos en señal de rezo, no quería convertir mi hogar en una escabechina y morir entre agonizantes lamentos.

—Bien, chicas, vamos a comenzar con el ritual. Lo primero de todo será despojarnos de nuestras ataduras terrenales —dijo Serendipity abriendo los brazos.

—¿Qué tipo de ataduras? ¿No pretenderás que me deshaga de mis muebles? —pregunté con un nudo en la garganta.

—No, me refiero a la ropa. Hay que desnudarse.

—¿Del todo? —pregunté con la esperanza de poder quedarme en bragas y sujetador.

—Del todo, luego nos pondremos nuestras coronas de ninfas en la cabeza y consagraremos nuestra unión con la madre Tierra y la naturaleza de nuestra especie.

—Un inciso, no me importa estar desnuda, pero voy sin depilar. ¿No interferirá eso en el proceso de profilaxis? —A las claras, Bárbara estaba intentando librarse.

—Para nada. Donde hay pelo, hay alegría. El humano como el oso, cuanto más peludo más hermoso —dijo Serendipity ya medio desnuda haciendo inspiraciones de aire que hinchaban su quilla como un gorrión. Qué delgada estaba esa mujer—. ¿A qué esperáis? Yo ya estoy conectando con la biosfera —comentó agarrando la mano de una ya desnuda Susana, que secundaba visiblemente lo de la belleza en cuanto a cantidad de pelo se refiere.

Ante la insistencia de las dos anfitrionas del ritual, y teniendo en cuenta que se encontraban ya conectadas a la biosfera, Bárbara y yo nos quedamos en paños menores con la corona de flores en nuestras cabezas.

—Parecéis dos *Venus de Milo*, sois tan bellas como el amanecer en el Titicaca —dijo Serendipity para animarnos el espíritu—. Bien, chicas, agarraos al círculo vital —añadió con una sonrisa, y ambas hicimos caso.

—Ahora, cerrad los ojos y dejaos guiar por la ama Serendipity —intervino Susana.

—¿Cómo que *ama*? —gritó Bárbara.

—Sí, «ama» de *amamantis* corpórea —respondió Susana con tedio—. No os preocupéis por nada, no vamos a levitar ni nada por estilo. Dejaos llevar —concluyó y yo reprimí una risa; como si eso fuera a ser fácil.

—*Chimba, güamba, cachimba clueca...* —empezó a recitar Serendipity con un raro baile de piernas que me dejó flipando.

Susana la siguió y Barbi y yo no tuvimos más remedio que seguirles el rollo.

—*Chimba, güamba, cachimba clueca. Chimba, güamba, cachimba clueca...*

Me dejé llevar y comencé a repetir sus palabras concentrada. Vaya, era analgésico en vena aquello. *Chimba, güamba, cachimba clueca*, y otra vez y otra vez...

—*Chimba, güamba, cachimba clueca, chimba, güamba, ¡¡jfofullo, rasca, pasca, auuuahhh, auuuaaahhh!!* —Serendipity pegó un berrido que ni Boris Izaguirre en sus mejores tiempos, y yo casi hago un hoyo en el techo con la cabeza del salto que di por el susto que me metió en el cuerpo.

—¿Esos gritos son necesarios?

—Calla, Merche, un espíritu maligno está al acecho.

Asentí y ella volvió a sus recitales metafísicos, y así estuvimos un buen rato, girando como las agujas del reloj y entonando ese mantra que incluía la palabra «clueca» hasta que la *amamantis* corpórea paró en seco el cántico.

—Susana, saca del carro el aceite de árbol de té y el vinagre.

Miré a Bárbara con preocupación, no llevaba bien lo de los malos olores y el vinagre no estaba entre mis favoritos.

—Déjate llevar —dijo Bárbara, que se lo estaba pasando pipa con todo aquello.

—Susi, rocía nuestros pies con el vinagre y deposita unas gotas de aceite de árbol de té en las manos de cada una de nosotras.

Susana obedeció las órdenes de su ama, rociando nuestros pies con vinagre de manzana del Líder y depositando pulcramente unas gotas del aceite pestilente en nuestras manos.

—Ahora, restregaos el aceite por los pechos y los sobacos.

Al punto, Bárbara empezó con aquella friega infernal y me asestó un codazo para que yo también lo hiciera.

—¿Para qué sirve esto? —pregunté rompiendo la sobriedad del ritual.

—Para limpiar y proteger nuestros cuerpos de ser poseídos...

—¡Por Torrebruno! —la interrumpió Bárbara.

—Sé más respetuosa o serás la primera en caer en las garras de Gárchamel. —Susana le echó una mirada fulminante.

—¿Ese no es el malo de los pitufos? —le preguntó Barbi muerta de risa.

—No, ese es Gárgamel. Cierra el pico —le gritó Susana perdiendo la paciencia.

—Chicas, chicas, calma. Respirad hondo y volved a conectar con vuestro lado espiritual. —A Serendipity no le alteraba nada de lo que sucediera fuera del círculo vital. Era la *amamantis* corpórea más profesional del gremio.

—Venga, Merche, conectemos el wifi astral —volvió a bromear Bárbara.

—Si sigue así, no nos quedará más remedio que encender el aro de fuego —dijo Susana bastante molesta—. Estás poniendo en peligro nuestra integridad.

Miré a Bárbara con preocupación.

—Barbi, por nuestra integridad, prométeme que te implicarás en esto.

Barbi asintió, pero los lagrimones por la risa que se agolpaban por salir de sus ojos me decían todo lo contrario.

—Repetid ahora —comentó Serendipity hinchando de nuevo su quilla con mucha serenidad—. *Pim parabán pimpuchi...*

Y Bárbara, en un intento ahogado de aguantar el estallido de risa, bufó como un búfalo.

—Me habéis hartado, voy a encender el aro de fuego.

Serendipity volvió la cabeza hacia Susana y secundó su idea asintiendo con un solo movimiento de mentón y los ojos cerrados. Susana se fue derecha al carro bamboleando sus pechos y sacó una lata de aluminio que tenía impresa la típica mención de «inflamable», y a mí, entonces, me entró un tembleque de tres pares sabiendo que aquello sí estaba poniendo en riesgo mi integridad.

—¿No sería mejor utilizar alcohol? —propuse aterrorizada.

—El alcohol no tiene suficiente fuerza como para ahuyentar a Gárchamel —gritó Susana rociando aquel líquido que olía a disolvente por el suelo, dibujando un círculo al borde de nuestros pies.

—Esto parece peligroso, creo que ya me siento suficientemente limpia de espíritu. —Me alejé un poco del círculo vital por miedo a quedarme sin uñas de los pies o, a lo peor, sin pies.

—Silencio —intervino la ama—. ¿Lo oís? Gárchamel acecha.

—Es el motor del ascensor —dijo Bárbara ya cansada de tanto esoterismo

barato.

—No, son las cadenas de sus piernas —concluyó Serendipity—. Susana... —hizo una pausa dramática—... enciende el aro —le ordenó mientras retomaba el mantra del «*pim parabán pimpuchi*».

Susana agarró una de las antorchas de jardín y, con un mechero de Bob Marley, le encendió la mecha. Con la tea en alto, y unos movimientos a lo chamán, se fue paseando por el salón. Cada vez se movía más rápido. Estaba como en trance, ondeando la antorcha y los pechos al compás. Bárbara y yo tuvimos que apartarnos varias veces para que no nos desintegrara las cejas y, de pronto, un olor a chamusquina me alertó.

—¡Mis cortinas, maldita loca! —grité presa del pánico por si aquel incendio llegaba a alcanzar el aro de fuego y prendía todo mi piso.

—¡Te lo dije, Merche, te lo dije! —gritaba Bárbara con los brazos en alto.

—Traed un mocho y fregad el líquido del suelo, os lo pido por el amor de Dios.

Bárbara corrió hasta la cocina, mientras una imperturbable Serendipity cogía un pequeño extintor del carro y apagaba el incendio de mis cortinas.

—Calma, calma, solo son cortinas —dijo.

—¡Pero son mías! —grité con unas ganas de llorar tremendas cuando alguien tocó el timbre de mi puerta.

—Iré a ver quién es, tú relájate, Merche, no ha pasado nada —comentó Serendipity con esa parsimonia típica de las *amamantis* y yo, poseída por los nervios del momento vivido, no caí en la cuenta de que estábamos todas desnudas y embadurnadas de aceite hasta que vi su trasero flácido desaparecer por la puerta que comunicaba con el recibidor.

—Nooo, no abraaaaaaaaaaaaaaaaaaasss. —Mi voz salió como de ultratumba, pero fue demasiado tarde, Juanjo ya estaba entrando en mi piso con el gato hidráulico como arma.

—Merche, he oído gritos y olido a humo. ¿Estás bien? —El pobre entró tan ofuscado que ni se percató de que estábamos las cuatro en pelota picada.

—Sí, tranquilo, está todo controlado —dije intentando ocultar mi desnudez con la poca ayuda de mis brazos.

—Estáis... desnudas. —Juanjo relajó los brazos y bajó el gato hidráulico mirando a cada una de nosotras con los ojos abiertos de par en par.

—Sí, querido ser, sé bienvenido a nuestro círculo vital de reencuentro con la madre Tierra. —Serendipity se puso frente a él, abriendo los brazos como el Cristo Redentor, mostrándole sin pudor su cuerpo de insecto palo y esas dos

medusas larguiruchas que tenía por pechos.

—Merche, ¿te importa que me una? —preguntó mi vecino con una sonrisilla.

—Sí, me importa, además, el ritual ya ha terminado. Gracias por venir a salvarme.

—Pero Merche...

—Adiós, Juanjo.

—Pero esta mujer me ha dado la bienvenida.

Bárbara cogió a Juanjo por el brazo y lo acompañó con garbo a la salida.

—Venga, amistoso vecino, el *show* ha terminado, aquí no hay nada que ver.

La mañana del jueves recibí el *mail* que me comunicaba la próxima emisión del programa *First Dates* en tan solo una semana. Fue entonces cuando decidí hacer la infernal llamada a mi madre. Bárbara me había insistido mucho en que dejar a Paquita visionar el programa, sin un preaviso, comiendo frutos secos y quicos gordos, podría causarle un aparatoso atragantamiento, del cual solo podría salvarse si mi padre le practicaba una traqueotomía y le insertaba un pajita de zumos. Mi padre era cualquier cosa menos mañoso, no había más que ver la caseta que había construido para *Mojo* en el jardín de casa, que daba miedo, más miedo incluso que la cabaña de los de *La matanza de Texas*. A decir verdad, no me seducía mucho la idea de ser la causante directa de la muerte prematura de mi madre y cargar con esa lápida de por vida y, sin duda, esa era una razón de peso para comunicarle mi próximo casorio.

Abrí la ventana para aspirar unas cuantas bocanadas de aire fresco y la señora Remedios, aficionada a la jardinería de balcón, regó los geranios a pesar de que la comunidad de vecinos le había comunicado en varias ocasiones el cese de tal actividad. Entré echando pestes con el cogote calado y adornado con restos de tierra y abono casero. Joder, ¡como si en Alicante hubiera serpientes trepadoras adictas a los geranios! Estaba claro que aquello era un vaticinio de lo que podría suceder tras hacer la llamada al obsoleto móvil de *Loquita*.

—Hija, benditos los altavoces que te oyen. ¿Nunca recuerdas que tienes una familia a la que llamar? —La voz chirriante de mi madre te dejaba un pitido agudo en el tímpano durante el resto de la conversación.

—Hola, mamá, tú también puedes llamar de vez en cuando.

—¿Ya empezamos? Es tu obligación, lo dicen todos los códigos éticos mundiales.

—Vale, mamá, que sí, no me apetece tener la recurrente conversación de los códigos éticos para con las madres. Te llamaba por otra cosa importante que creo que deberías saber.

—¿Estás embarazada? —De nuevo, el pitido ensordecedor.

Suspiré.

—No, no estoy embarazada.

—¿Enferma?

—Tampoco estoy enferma, estoy prometida. —Las cosas es mejor soltarlas a bocajarro.

—¿Protegida? ¿Has contratado a un guardaespaldas sin hacer un exhaustivo *casting* con tu querida madre? —Las reprimendas de mi madre eran interminables y, además, por cualquier cosa.

—¿Para qué leches voy a contratar un guardaespaldas? No soy Whitney Houston.

—Pues es lo que he entendido, no sé por qué razón siempre que hablo por teléfono se oye ese molesto pitido. Además, ahora que lo mencionas, estás a un paso de parecer Whitney Houston. Hija mía, tienes unas manchas en la cara que, si siguen extendiéndose a esa velocidad, van a dejarte más negra que los cataplínes de Machín.

Le podría haber dicho que ella era la Dolly Parton versión cutre alicantina, pero no quería traumatizarla como ella hacía conmigo.

—A ver, mamá, escucha atentamente. ¿Preparada?

—Siempre estoy preparada, soy una mujer abierta a cualquier cosa. —Y blablablá, blablablá, blablablá, aparté el auricular un poco para que no me perforara el tímpano derecho y esperé pacientemente a que terminase su sermón de madre moderna.

—Estoy *pro-me-ti-da* —vocalicé lo mejor que pude y grité aún más—. ¿¡Mamá! —Tras mi segundo intento de confesión, Paquita, alias *Loquita*, me colgó sin más.

Me quedé con el móvil en la mano, como otras tantas veces. No sabía exactamente lo que esa mente podía estar pensando o maquinando, el mote de *Loquita* se lo había ganado a pulso a lo largo de los años.

Dejé el móvil en la mesa y empezó a vibrar.

—Tenemos mucho que hacer, Merche, mucho, mucho, pero *mu-cho*. ¿Cómo se llama el afortunado? —Era de nuevo mi madre cargada de emoción, tras digerir, durante tan solo unos segundos, que estaba prometida.

—El afortunado se llama Gillon, y es inglés.

—¿Inglés? ¿Cuándo has ido tú a Inglaterra? Últimamente no me cuentas nada.

—No he ido a Inglaterra, no hace falta viajar allí para conocer a un inglés.

Parecía mentira que esta mujer viviera en Alicante, la provincia con la renta per cápita de británicos más alta de todo el territorio nacional.

—¿Y cómo es él, en qué lugar se enamoró de ti?, pregúntale a qué dedica el tiempo libre. —*Loquita Perales* plagió en sus palabras la famosa canción.

—Es atento, refinado, cardiólogo y no sé a qué dedica el tiempo libre.

—Espera, amorcito.

—¿Adónde vas?

—A ningún sitio, boba, no te lo digo a ti.

—¿Y a quién le hablas?

—Pues ¿a quién va a ser? —respondió cambiando el tono a uno bañado en melaza—, a tu hermanito. ¡Guapo, guapo, más que guapo! ¡Bien parido!

A decir verdad ya me extrañaba mucho a mí que mi madre me llamase «amorcito».

—Merche, voy a ponerte a *Mojo*, te quiere felicitar.

—No, no, no, no.

—Que sí...

Daba igual, esta mujer no escuchaba a nadie; al otro lado ya se oían respiraciones fatigosas como si un perverso estuviera pajeándose.

—Gracias, *Mojo* —dije de mala gana.

—Tenías que verlo: está muy feliz por ti. Dando saltitos y moviendo el rabito. ¡Guapo, guapo!

—Me alegro de que alguien de la familia se alegre de mi compromiso —dije con ironía.

—Tengo que conocerlo y a sus padres también, preparemos una comida preboda. ¿Qué les gusta a los ingleses? ¿Cocido con gambas? ¿Paella con ketchup? ¿Callos a la escocesa? —El aspersionador bucal de mi madre no tenía freno.

—Para, para, mamá. Se te amontona la faena. No creo que sea buena idea atiborrarlo de cocido, además, aún no conozco a sus padres. Estamos en una etapa de conocimiento mutuo, hay *feeling* pero no ha surgido aún el amor.

—¿Y te has prometido? Merche, no sé en qué clase de experimento te has metido —me reprendió.

—No es un experimento, no digas esas cosas. Prefiero llamarlo «experiencia» y, de momento, está resultando gratificante.

—Tenemos que pedir cita en la esteticista, hay que eliminar esos brillos de tu cara y esos poros negros que parecen cagadas de pájaro. E ir encargando el vestido en Profobias. —La mente dispersa de mi madre podía ponerme de los nervios. Igual te desaprobaba que retomaba la conversación por otros derroteros.

—Cálmate, por eso mismo no quería decirte nada.

—Entendido.

Paquita colgó sin más otra vez, aunque esta vez intuí que era por pura ofensa. Una ofensa que había provocado ella misma insinuando que mi cara

era un campo de minas antipersona.

A eso de las tres, recibí una llamada de Israel. Me puse nerviosa nada más ver su nombre en la pantalla. Descolgué con la mano hecha un flan y puse mi voz más profesional.

—¿Sí? —No le quería dar el gusto de saber que tenía memorizado su número.

—Hola, Merche.

—Perdona, ¿con quién hablo?

—Soy Israel.

—Hola, Israel, ¿cómo va todo?

—Bien, gracias. ¿Tienes mucho lío?

—¿Por?

—Por quedar.

—¿Cuándo?

—En quince minutos.

—Espera un segundo.

Miré a mi alrededor atacada y luego revisé la agenda: una cita a las seis y lo que fuera surgiendo sobre la marcha. Llamé al teléfono de Bárbara por la línea interior y ella me respondió con un grito desde su mesa.

—¿¡Qué quieres!?

—¡Que uses el maldito teléfono, que para eso está! —le grité yo.

En dos segundos la tenía plantada en mi despacho.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo llevas la agenda?

—Aznar tiene que venir a las cinco a recoger unos paquetes, ¿por?

—Por nada. ¿Puedes llamar a Saray de la Torre y anular mi cita con ella a las seis y pasarla a la semana que viene? Me ha surgido un algo urgente.

—¿Cómo de urgente?

—Israel quiere quedar conmigo —respondí demasiado sobreexcitada y ella me miró mal. Subió los ojos al cielo y me dio vía libre con un gesto de la mano.

—De acuerdo. ¿Dónde nos vemos?

—Paso a recogerte, mándame la dirección al WhatsApp. Y gracias por lo de urgente. Me gusta eso de ser urgente para ti. Hasta luego, *Mentirosa*. —Y colgó sin darme tiempo a replicarle nada. Otro que parecía el hijo bastardo de *Loquita* y sus modales telefónicos.

—¿En serio vas a quedar con ese niño otra vez? —me recriminó Bárbara.

—Sí —dije sacando el espejito para revisar mi maquillaje. No tenía ganas de sermones.

—¿Eres consciente de la diferencia de edad y, por tanto, de madurez emocional que hay entre vosotros dos?

—Lo soy, y no lo conoces. Es mucho más maduro de lo que puedas pensar. Además, tu test de compatibilidad de una revista de 1998 nos dio un buen porcentaje de éxito sentimental, ¿no es a eso mismo a lo que nos dedicamos?

—No lo digo por él. Lo digo por ti. Me preocupas, te veo muy ilusionada y no entiendo hasta dónde piensas llegar con ese chico. Te estás haciendo un lío muy gordo en la cabeza y jugar a dos bandas nunca puede salir bien, lo dice la *Crazy People*, y créeme, esa gente sabe de lo que habla.

Suspiré.

—Solo voy a quedar con él.

—Eso dijiste el domingo y acabasteis teniendo sexo lingüístico y corriéndote como una cerda en la playa.

—Barbi, déjame en paz.

—Tú verás —dijo y luego, en dos zancadas, se plantó a mi lado quitándome el espejo de la mano—; anda, dame las pinzas que te ayude con esas cejas de cernícalo.

—Gracias, Barbi.

—De nada —respondió estudiándome con mirada extraña—, oye, ¿y esa calva que tienes ahí? —Me señaló una coordenada de la cabeza.

Me llevé las manos adonde me indicaba con el dedo para revolverme el cabello y cubrir el cráter melenar que me había ocasionado la maldita peluca. No creía que se viera tanto. Mierda, ahora sí que tendría que usar peluca y por causa mayor.

—La dichosa peluca —me quejé.

—Tienes que decirle a Gillon la verdad sobre tu *pelado*, o te vas a quedar más pelada que Lex Luthor.

—Lo sé.

—Ay, madre, eres un caso, Merche. —Suspiró—. Podrías prescindir por un tiempo del tinte, a ver si hay suerte y regeneras los folículos capilares. Además, es que se te está poniendo de un amarillo pollo que asusta.

—Intentaré no agacharme.

—Sí, me temo que debes prescindir de hacer el *pájaro loco* —sugirió mi amiga como si yo supiera qué era eso.

—¿Pájaro loco?

—Ay, Merche, ¿en qué mundo vives? Si no sabes hacer un buen *pájaro loco* estás vendida. —Bárbara abrió mucho los ojos como si así fuera a adivinar qué leches era eso.

—Explícame qué es el *pájaro loco*, no quiero estar vendida.

—Pues hija mía, el *pájaro loco* es básicamente esto. —Mi amiga se puso de rodillas ante mí y, abriendo la boca como una canaleta, emuló una felación con ritmo frenético—. ¿Así te gusta? ¿Lo hago bien, verdad? —Bárbara seguía haciendo el *pájaro loco* cada vez con más ritmo, moviendo su lengua dentro de su boca, haciendo bultos en los carrillos—. Hummm, qué rica la tienes.

—Barbi... para. —Le di unos golpes en la cabeza para detener su actuación pornográfica, pero estaba tan metida en el papel que no hizo caso.

—¿Acaso no te gusta? ¿Quieres que vaya más rápido?

La cabeza de Bárbara era como un pistón, creía que iba a descoyuntarse de un momento a otro.

—No quiero que vayas más rápido, quiero que pares ya, hay un señor mirándonos en la puerta con la boca abierta.

Bárbara se levantó de un respingo y se puso más derecha que un palo.

—Holaaaa, bienvenido a Pinkxel Solutions. Soy Bárbara, encantada.

El señor aún no había cerrado la boca de la impresión, pero Bárbara hizo uso de su profesionalidad y su socorrida técnica de hacer como que ahí no había pasado nada.

—Acompáñeme, está usted en el lugar indicado si viene en busca de soporte informático.

—Venía en busca de un programa de contabilidad, pero casi prefiero que me busque usted a alguien que haga eso que estaba haciéndole a su compañera.

Bárbara agarró al señor del brazo y con una carcajada ensayada lo llevó hasta su mesa.

—Lo intentaremos, caballero, lo intentaremos.

Israel me esperaba con la moto en marcha y el casco puesto. Me acerqué sin decir nada y me entregó el casco, el mismo del primer día; me pregunté entonces si lo habría comprado para alguna exnovia. Cuando me senté detrás, volvió la cabeza para echarme un vistazo de soslayo y una media sonrisa. Lo tenía todo: rollo, ojazos, juventud, moto... Era perfecto. Le sonreí y pareció que aquello ya formaba parte de nuestra rutina, una rutina que todavía no teníamos.

—¿Lista?

—Lista.

—¿Adónde vamos? —le pregunté ansiosa.

—Sorpresa.

—No me gustan las sorpresas.

—Esta te gustará. Anda, ponte el casco.

Como la vez anterior, salió derrapando y no tuve más remedio (oh, qué pena más grande) que apretujarme a su espalda y rodearle la cintura con mis brazos. De nuevo cargaba la mochila, supuse que iríamos de pícnic. Mientras dejábamos el centro de Alicante atrás y nos adentrábamos en el barrio de San Gabriel no hablamos, pero no hacía falta, me sentía en el cielo aplastándole los «pechotes» contra la espalda.

Llegamos a la calle Joaquín César Asensio e Israel aparcó la moto encima de la acera.

—¿Adónde vamos? ¿A bañarnos en la rambla de las ovejas?

—No es tan importante adónde vamos, si no lo que vamos a hacer, y no es bañarnos en la rambla.

—¿Y qué vamos a hacer, entonces? —No pude evitar un tono en exceso entusiasmado.

Sin responder a mi pregunta, me agarró de la mano y me condujo hasta un portón metálico gris oscuro, que no contaba con ningún cartel indicativo más que el de «salida». Llamó al timbre un par de veces y poco después, ante mi rostro expectante, la puerta se abrió y una chica bastante mona asomó la cabeza.

—Hola, Isra, llegas tarde —le regañó con una sonrisa.

—Perdona, Sara, he ido a recoger a una amiga. —Ladeó la cabeza y le hizo un guiño simpático.

La tal Sara, que debía de ser más o menos de la edad de *mi amigo*, sonrió como si le hubieran hecho un cumplido y luego posó en mí sus ojos e hizo una mueca, que no dudé en interpretar como de pura envidia. No me extrañaba, Israel era el pibonazo que toda mujer aspiraba a ligarse, incluida la tal Sara-te-miro-mal.

—¿Qué es este sitio? —le pregunté a Israel mirando a todos lados tratando de ubicarme.

—Las dependencias del Teatro Regio —me respondió—. Sara, ¿puedes acompañar a Merche al patio de butacas? —Le dedicó una linda sonrisa y la chica accedió sin rechistar. Era un zalamero de primera.

Por un pasillo estrecho y gris, Sara me guio hasta otra puerta y, tras abrirla, nos encontramos con el patio de butacas completamente vacío. La sala

principal tenía forma de herradura y estaba bordeada de palcos hasta el segundo piso. Era inmensa y destilaba la elegancia de los teatros clásicos con mucho terciopelo y mucho burdeos allí donde se posara la vista.

—Siéntate ahí, enseguida empieza —me dijo la chica señalándome una fila cualquiera con el brazo extendido y, sin añadir nada más, salió corriendo hacia el escenario.

Ocupé una butaca bastante centrada y desde la que tenía un ángulo de visión perfecto del escenario y fue entonces cuando reparé en lo que se cocía en aquel lugar. Parecía ser un ensayo de una compañía de danza a juzgar por los maravillosos y envidiables cuerpazos en maillots, falditas vaporosas, mallas y camisetas ajustadas de todos los pimpollos congregados en el escenario. Una música, que supe identificar de inmediato como algún fragmento del *Concierto de Aranjuez*, sonaba muy fuerte por los altavoces colmando la soledad de las butacas. Pasaron unos quince minutos en los que me entretuve escuchando la música y observando el ir y venir de los miembros de la compañía. Parecían estar calentando en elegantes e imposibles contorsiones para una mujer como yo, que pisaba de uvas a peras el gimnasio, hasta que, entre bastidores, apareció Israel vestido de riguroso negro, y ya no pude mirar a nadie más. Solo tenía ojos para él. La camiseta sin mangas pegada a su escultural torso de pecho desarrollado y las mallas ajustadas a sus interminables y esculpidas piernas lo elevaban a la categoría de dios de la seducción planetaria. Con una elegancia pasmosa hizo un par de piruetas, cuyo nombre desconocía, en el aire, que supuso un golpe seco a mi estado mental, que se hacía cruces con aquel cambio radical de registro que acababa de sufrir Israel en cuestión de minutos.

Una mujer, con porte distinguido y cabello canoso apuntalado en la coronilla con un intachable moñete, hizo unos cuantos apuntes a los bailarines, que no pude escuchar desde donde estaba, y todos se encaminaron hacia la que debía de ser su posición inicial. Tras una leve interrupción de la pieza musical en la que no se escuchó ni una mosca revolotear en la inmensidad de la sala, el altavoz rompió el silencio.

Entiendo de danza lo mismo que de ajedrez: es de mesa, dos jugadores y jaque mate, pero lo que veían mis ojos era talento al por mayor. Israel se movía como pez en el agua entre los demás y, por su posición destacada, entendí que debía de tratarse del primer bailarín de la compañía. Nunca antes había presenciado un balé en directo, algún pantallazo en la televisión y poco más, pero aquello era, sin duda, lo más parecido a poesía en movimiento que

debía de existir. El elenco se movía coordinado con una ejecución perfecta de los pasos e Israel se mezclaba, cargado de personalidad, entre ellos, en una interpretación sublime, sintiendo la música en cada movimiento como si le fuera la vida en ello. Una puesta en escena extraordinaria que me tuvo babeando, y jaleando en mi interior, hasta que llegó a su fin una hora y media después.

Estaba maravillada e impresionada de una forma que no puedo explicar, ni por un momento se me había pasado por la cabeza que Israel tuviera algún tipo de aspiración profesional más allá de la hostelería. Y si el Israel camarero ya me tenía loca, descubrir al Israel bailarín me había dejado muerta y viva a la vez. Admiraba su talento, su belleza, su fuerza. Era una maravilla en movimiento. Estaba para comérselo en cualquiera de sus versiones, y admito que a esas alturas ya no era un *bollicao* que quisiera dejar pasar de largo, me lo quería comer. Enterito a ser posible.

Comencé a aplaudir y algunos bailarines miraron en mi dirección sorprendidos. En las butacas no había nadie más que yo y mis entusiastas aplausos.

—Es mi novia. —Me pareció escuchar de la boca de Israel y creo que, en ese momento, morí de gusto y subí al cielo a la velocidad de la luz.

—Son solo las seis y media. ¿Quieres que vayamos a tomar algo? —Israel ya se había cambiado y, de la mano, me conducía al exterior por las dependencias traseras del teatro.

—¿Tienes hambre tú?

—No.

—Entonces, no.

—¿Quieres que te lleve a tu casa o al trabajo?

Negué con la cabeza frunciendo la nariz.

—¿Y qué quieres hacer?

Buena pregunta. ¿Qué quería hacer yo? Para empezar quería saber más sobre él y para terminar quería saber hasta dónde era yo capaz de llegar con él. A decir verdad, ambas cosas me daban un poco de miedo. Lo poco que sabía de Israel me gustaba demasiado como para seguir negándome que él podría llegar a gustarme de verdad si seguía dándole pie, y en ese caso, ¿estaría yo dispuesta a dejar a un lado todos los prejuicios que me atosigaban porque sencillamente no me veía con él de la mano? Aunque tenía que reconocer que me encantaba cuando Israel se adueñaba de ella sin permiso y echaba a andar. Por otro lado, ¿sería capaz de casarme con Gillon después de esto? En mi cabeza dispersa a veces me venía a la mente mi prometido, que no era para nada como Israel, sino más bien todo lo contrario, pero los dos me gustaban a su manera. Libraba una batalla interna mientras recorríamos en silencio el trecho hasta su moto.

Nos detuvimos y lo miré directamente a los ojos sabiendo que estaba perdiendo todos mis soldados.

—Me has impresionado mucho ahí dentro. ¿Por qué no me dijiste nada el domingo?

—Prefería que lo vieras con tus propios ojos. Ha sido una buena sorpresa, ¿verdad?

—Lo ha sido. Me ha encantado, de verdad. Muchísimo.

—¿En serio? Me alegra oírlo.

Me balanceé cambiando el peso de un pie al otro.

—¿En serio? —se me escapó una risa—, bah, tú ya sabes que eres bueno. Asintió esbozando una sonrisa orgullosa.

—Soy el mejor de mi promoción.

—¿Y cuándo te gradúas?

—Si todo va bien, en junio.

—¿Y qué te va a ir mal? Eres el mejor, ya lo sabes.

—Siempre puede pasar cualquier cosa y truncarte los deseos.

—Y ser bailarín profesional es tu mayor deseo, ¿verdad?

—Lo es. Desde que tengo uso de razón he querido bailar. Desde muy pequeño supe que necesitaba bailar para vivir y me he dedicado en cuerpo y alma a ello. He trabajado muy duro para conseguir llegar adonde estoy, no solo en las tablas, también fuera: trabajo de camarero para pagarme el título, y siempre ha sido así. Nadie me ha regalado nada, Merche, nunca.

—Te admiro mucho y, en cierto modo, me recuerdas a mí. Tampoco nadie me ha regalado nada, monté mi empresa yo solita. Me queda claro que eres una persona excepcional y me encantaría ver cómo te gradúas en junio y celebrarlo contigo.

—¿Empresa? Creía que eras una oficinista de alguna asesoría del centro, me sorprendes. ¿Y de qué es la empresa?

—Soy informática y tengo una empresa de soporte. También soy la creadora de EmparéjaME, una aplicación de contactos, ¿la conoces?

Silbó.

—¿En serio? ¿Quién no?

—¿Estás inscrito?

—No, qué va, pero he visto los *banners* en Facepook y anuncios de la tele. Vaya...

—¿Qué?

—Estoy flipando contigo. Me encanta que seas una especie de Afrodita moderna, eso me ayuda en mis alegatos. —Me tomó la mano y me acarició los dedos con el pulgar—. Me verás graduarme si tomas la decisión acertada.

Me reí tontamente.

—¿Y cuál es esa decisión?

—Pues dejar de lado tus prejuicios y dejarte llevar un poco por lo que sientes, como el otro día en la playa. ¿Acaso no te gustó lo que pasó? Déjate llevar, Merche —puso ante mis ojos una pinza que había hecho con los dedos pulgar e índice—, solo un poco, y disfruta de la vida. Te aseguro que no te arrepentirás.

—¿Y crees que esa decisión te incluye a ti?

—Estoy convencido, y tú también. Te dedicas a eso y eres la primera que debes predicar con el ejemplo. ¿Qué clase de Afrodita serías si no?

—¿Por qué insistes tanto, Israel? No ves que tú y yo no...

Israel me cortó.

—Me parece una tontería lo que estás diciendo.

—¡Pero no lo es, nos llevamos trece años! —protesté sin ganas ya.

—¿Cómo trece? ¿No eran siete u ocho?

—Tengo treinta y cinco.

Abrió los ojos como platos.

—Pero, Merche, qué mentirosa eres. Pero ¿sabes qué? No me importa. —
Extendió los brazos a los lados—. Me importa una mierda. Somos adultos los dos y me da igual el número trece. De hecho, es mi número de la suerte, nació un trece de mayo y trece centímetros es lo que me mide la polla relajada. No supone un problema para mí y espero que para ti tampoco lo sea, porque no lo es.

Lo de que su pene midiese trece centímetros flácido no me suponía ningún problema, a decir verdad, solo la inevitable cuestión de cuál sería su medida en todo su esplendor.

—Veinte.

—¿Cómo sabes lo que estaba pensando? —Lo miré alucinada.

—Ya te dije que tengo dotes de vidente.

—¿Y qué ves?

—¿En este momento?

Su sonrisa de cabroncete engréido me dio la respuesta, pero yo quería escucharlo de su boca.

—Sí, en este momento de tu vida —precisé.

—Veo a mis trece centímetros convirtiéndose en veinte. Me muero por follarte, Merche.

—Pues entonces vamos a tu piso.

Asombrado, abrió los ojos.

—¿En serio?

—Sí, ¿qué pasa?

—Nada, no pensaba que fuera a ser tan fácil convencerte. ¿Lo ves, *Mentirosa*? Tú también te mueres de ganas. —Me hizo un guiño burlón y yo le di un puñetazo en el pecho.

—No te pases de listo, o... —Lo amenacé levantando el dedo.

—¿Qué? —me susurró inclinándose sobre mí ofreciéndome su boca—. ¿Me vas a pegar? ¿Es que también te va ese rollo?

Respiré un par de veces su aliento entrecortado, antes de infundirme de valor y responder sin voz:

—Solo si tú quieres.

Cerré los ojos mientras sus labios tanteaban los míos despacio, sintiendo la electricidad estremeciéndome la entrepierna, hasta que sus dedos me acariciaron la mejilla y entonces volví a abrirlos encontrándome con sus bonitos ojos observándome.

—Eres preciosa, Merche.

—Y tú —dije como una idiota. Valiente gilipollez que destruyó la magia de aquel momento y nos hizo estallar en carcajadas.

—Anda, sube, fiero —dijo montándose en su moto, dándole unas palmaditas al asiento.

Esta vez le rodeé la cintura sin necesidad de derrape y me pegué por completo a su espalda mientras recorríamos el trayecto que nos llevaba a su piso.

Al aparcar, me di cuenta de que no tenía ni idea de dónde estábamos. La ciudad y sus calles habían pasado ante mi mente, ocupada en el alcance de mi decisión, como una bruma. Nos bajamos de la moto y tras despojarnos de los cascos, Israel tomó mi mano y me condujo hasta un portal que no tenía nada destacable. Era el típico portal de finca construida allá por los ochenta. El ascensor tardó una eternidad en bajar y luego subir mientras el nerviosismo se iba apoderando de mi persona y, tras pisar el rellano, Israel se me pegó al cuerpo y con una mano me levantó la barbilla para encararse conmigo.

—Antes de entrar en mi piso, quiero darte un aviso.

Me mordí los labios notando cómo empezaba a palpitarme el clítoris anticipándose a lo que iba a pasar allí dentro.

—Dime.

—Está muy desordenado. Ponte una mano sobre los ojos y no mires a los lados.

Suspiré de frustración, yo era bastante maniática del orden y de la limpieza, pero al menos eso delataba que no debía de vivir con sus padres.

—De acuerdo.

Abrió la puerta y tras un breve vistazo a un recibidor amueblado únicamente con una de esas consolas que parecen salidas de *La casa de Bernarda Alba*, Israel me arrastró, literalmente, hasta una de las varias puertas cerradas del pasillo en semipenumbra. Entrar en su habitación y envolverme la cintura con los brazos fue cuestión de un suspiro. Nos miramos y sonreímos nerviosos sabiendo que había llegado la hora del fornicio.

—Antes de empezar, tengo que avisarte de otra cosa.

Asentí tragando saliva.

—Quiero que sepas que cuando yo te folle ya no podrás follar con ningún otro —bromeó.

—¿Es que me vas a romper la vagina de dos «pollazos»? —Lo reté con una sonrisa altiva.

—Puede —respondió abriendo sus manos en mi espalda para bajarlas en busca de mi culo—. ¿Estás lista? Si no quieres, esta es tu última oportunidad para decirlo.

No sé si estaba lista lista, pero lo que sí estaba seguro era, cachonda, cachondísima. A decir verdad, mi cuerpo me lo estaba pidiendo a gritos, y aquel momento no era el más propicio para hacer un examen de conciencia. Lo que hacía no estaba bien, pero ¡qué coño!, solo se vive una vez. ¿Cuántas veces iba a tener ocasión de acostarme con un hombre como Israel tras casarme con Gillon? Esas oportunidades se pintaban calvas y había que aprovecharlas.

—Adelante.

Me levantó a peso con suma facilidad; a decir verdad, le venía de formación profesional maniobrar en el aire mujeres como plumas, y me sentó sobre la cama, que estaba deshecha y con las sábanas arrugadas retiradas a los pies. Se arrodilló en el colchón y, sin darme tiempo a decir esta boca es mía, me agarró los tobillos y se los puso sobre los hombros. Luego se dejó caer hacia delante poniendo a prueba de bomba la flexibilidad de mis piernas.

—Vaya, Merche, eres muy flexible —comentó juguetón cuando nuestros pechos se tocaron. Mis pezones de inmediato salieron a saludar; son así de simpáticos.

—Mañana me preguntas si me siento las piernas —bromeé tratando de no quejarme.

La posición era un poco dolorosa. Dado el escaso uso que hacía de mi bono anual al gimnasio, estaba más oxidada que los clavos del *Titanic*, pero aquel ejercicio de flexibilidad estaba consiguiendo que todos mis músculos se tensasen y tomaran conciencia del maratón sexual que se avecinaba. Hoy era el día que romperíamos la cama.

Soltó una risa sorda y sus labios se pegaron a mi boca.

—De acuerdo, señorita Rambo.

Saqué la lengua para chupárselos antes de que los retirase. Se irguió de nuevo, lo que supuso un descanso momentáneo a mis estirados músculos hasta que volvió a recostarse sobre mí.

—¿Sabes, Merche?, antes me la has puesto muy dura, deberías

reconsiderar el tejido de tus sujetadores.

—¿Por qué? —Casi me tragué las palabras, Israel me tenía abrumada.

—Tus pezones empitonados me estaban poniendo muy cachondo.

—¿Lo siento? —dije sintiendo cómo una oleada de flujo me calaba las braguitas.

—No lo sientas. —Se dejó caer un poco más; tenía las corvas de las rodillas a punto de contorsionarse—. ¿Harías algo por mí?

Asentí expectante.

—¿Te importa si vamos despacio?

—¿Eres un chico a la antigua?

Sonrió travieso negando con la cabeza.

—Quiero disfrutarte dosificada. He imaginado tantos polvos contigo que no sé por cuál empezar. Cuando te espiaba en la playa —se rio un poco—, ese era mi mayor entretenimiento. Si estabas boca abajo, me imaginaba que me acercaba despacio y te cubría con mi cuerpo y te lo hacía por detrás al ritmo de las olas. Si estabas boca arriba, me veía encima de ti empotrándote en la arena con la fuerza de la brisa. Si estabas sentada, a veces me acercaba a tu lado y directamente te metía la polla en la boca. Se me hace raro pensar que ahora estés en mi cama con tus pies —hizo un alto para mirar a los dos lados—... en mis orejas, y no sé si quiero comerte antes los dedos de los pies o el coñito.

Tragué saliva de nuevo, Dios mío de mi vida, sí que me había tocado el Gordo con Israel.

—Dime, *Mentirosa*, ¿es la palabra «coñito» de tu gusto?

—Sí —jadeé—, pero prefiero coño, o felpudo, o seto Anacleto. —Me sinceré, ya que estábamos.

Israel soltó una tremenda carcajada.

—¿Seto Anacleto? ¿En serio?

Asentí sin un ápice de vergüenza.

—Joder, eso es muy friki, pero eres la caña. Me encantas, Merche, y me voy a comer tu seto Anacleto con mucho gusto, pero antes quiero probar otras partes de ti, ¿por dónde te gustaría que empezara?

—Estoy abierta a lo que tú quieras.

—Nunca mejor dicho —dijo acariciándome el tobillo izquierdo con la nariz, antes de sacar la lengua y darle un lametazo.

Se echó hacia atrás y de nuevo recobré el dominio de mis piernas, que habían perdido toda fuerza fruto de la tensión.

Se quitó la camiseta. Me deleité con sus pectorales curtidos a base de ejercicio y me mordisqueé los labios deseando pasarles la lengua por encima.

—¡Qué bueno estás! —pensé en voz alta.

—Pero si aún no me has probado. —Arqueó las cejas. Miró hacia uno de mis pies y añadió—: ¿Puedo?

¿Chuparme los pies? Nadie antes me había chupado los dedos de los pies, bueno... miento... *Mojo*, pero no cuenta. Alejé ese pensamiento de inmediato centrándome en el aquí y ahora.

—Vale.

Me quitó los zapatos lanzándolos sin cuidado al suelo. Cualquier otro hubiera sido objeto de una muerte prematura y dolorosa en mi mente por hacer algo así, a Israel solo quería matarlo a polvos.

Acerqué los dedos a su pecho y tracé un mapa dibujando círculos alrededor de uno de sus pezones. Se estremeció. Lo tomé entre mis dedos, presioné haciendo pinza sobre él y jadeó.

—Joder.

Apreté más fuerte su pezón duro e Israel retorció el torso elegantemente.

—Quítate la camisa, quiero verte las lolas.

Me tumbé y, ante su concentrada mirada, me fui desabrochando los botones. Cuando llegué al último, me descubrí por completo, dejando expuesto a sus ojos mi sujetador de encaje de Putissimi.

—Y ahora los pantalones —me exigió, apartándose para dejarme maniobrar.

—Tendrás que ayudarme. —Me desabroché el botón y la cremallera, y comencé a tirar de la cinturilla sin apenas conseguir pasar de las caderas; esos pitillos demoniacos estaban pegados a mi piel con la fuerza del Loctate.

—Joder, ¿cómo te has podido poner esto tú sola? —Comenzó Israel a estirar a la altura de mis muslos.

—Tengo una grúa de geriátrico en casa —bromeé.

—Pues vamos a necesitarla, por-que-es-to-no-sa-le. —Fue dando tirones sin ningún resultado.

—Tira desde la cintura.

Se puso en pie y, agarrando con determinación la cinturilla, comenzó a sacármelos dándoles la vuelta a medida que descendían por mis piernas. Cuando los tuvo entre las manos los lanzó encima de mis zapatos.

—Ahora tú. —Le señalé el pantalón de chándal de tiro caído.

Tras quitarse con los pies las zapatillas, miró hacia abajo siguiendo el

descenso de sus manos que se introdujeron entre la tela y su piel y soltó una carcajada. No pude evitar seguir aquel recorrido con mis ojos y detenerme más de la cuenta en el bulto tan prometedor que tenía en la entrepierna.

—¿Qué pasa? —pregunté viendo que dudaba.

—Prométeme que no te vas a reír.

—¿De...?

—De esto. —Se puso de espaldas y con un movimiento muy sexi se bajó la cinturilla elástica del chándal dejando a la vista unos *boxers* rojos muy cucos con dibujitos *kawaii* de abetos y bastones de caramelo. Se dio la vuelta entonces y meneó con gracia y salero ante mis excitados ojos el «paquetorro» (¡oh, Dios mío de mi vida, pedazo semental!, la tenía apuntando al firmamento, gloriosa y servicial como un obelisco), donde había serigrafiado un mensaje muy fuera de lugar en aquellas circunstancias. Fui incapaz de reprimir un ataque de risa mientras terminaba de quitarse los pantalones.

—Yo también te deseo un feliz año.

—Me los compra mi madre todas las Navidades. Es muy fanática de las tradiciones y ritos mágicos.

Asentí, Paquita era igual, siempre me regalaba bragas rojas para Nochevieja que compraba en un bazar chino, y que yo nunca quemaba pasando a engrosar el cajón de bragas rojas que nunca me pondría.

—Qué mono...

—Me hubiera puesto otra cosa de saber que hoy iba a tener espectadoras.

—¿Es que no sueles tener espectadoras?

—No preguntes cosas que prefieras no saber. —Israel se acercó de nuevo a la cama—. Bueno, ya estamos listos.

—¿Y ahora? —le pregunté excitadísima.

Sobre el colchón, anduvo de rodillas hacia mí mirándome goloso y yo, de nuevo, me dejé caer de espaldas abriéndome de piernas a él.

Su boca avanzó hacia mi sexo. Sentí su nariz olisqueando mis bragas.

—Acabo de morir y subir al cielo. ¿Es a esto a lo que huelen las nubes? —Suspiró.

—Espero que no. No me gustaría que lloviesen boquerones. —Me reí y al hacerlo mi sexo le golpeó la boca repetidas veces.

—Te voy a comer el salmón, Merche.

Sus manos fueron hacia mis bragas y me las quitó en un abrir y cerrar de ojos. Su nariz acarició mi monte de Venus, mi glande clitoriano, mi clítoris, mis labios, mi perineo, mi... oh, oh, cerré las piernas.

—Para, para —le supliqué.

—Tranquila, Merche, no iba a hacer eso. Solo estoy oliéndote. Yo también tengo mis filias. Cerró los ojos y aspiró llenándose de mi aroma sexual.

—Es que eso del beso negro no me va.

—Haré solo lo que tú me dejes hacer. Solo quiero complacerte.

—Está bien, puedes olisquear pero no chupar.

—Abre las piernas, Merche.

Obedecí sus palabras, dejando que él manejara la situación, enterró su cabeza entre mis muslos y en ese instante comenzó la dulce tortura de su lengua. Exploraba todos los senderos que me conducían al nirvana. Me retorció de placer y ronroneaba involuntariamente cada vez que embestía mi clítoris enfebrecido, necesitado de mimos, y él, canalla como él solo, me correspondía retirando la lengua, martirizando un poco más mi necesidad. Israel tenía un objetivo claro esa tarde: matarme de ansiedad. Así estuvimos un buen rato, jugando al ahora te lamo, ahora te muerdo, ahora te penetro con la lengua... Yo estaba llegando al abismo de un orgasmo glorioso a punto de correrme decenas de veces en su boca, pero siempre me dejaba con la miel en los labios, para empezar de nuevo, hasta que, con esa habilidad que tenía para mover cuerpos a su placer, me levantó como si fuera una muñeca hinchable y me dio la vuelta colocándome a cuatro patas. Se acercó por detrás, acoplando su cuerpo al mío, y me pegó la erección al trasero.

—Nada de entrar por Detroit.

—Tranquila, Merche, relájate y disfruta —me musitó al oído.

—Eso hago, pero no me fio de ti.

—Entonces ¿qué haces en mi cama?

—No sé cómo he llegado hasta aquí —me hice la casta.

—¿Ni tampoco cómo te has quitado la ropa, ni puesto como una perra para mí?

—Dilo otra vez.

—Perra —susurró con voz ronca.

Gemí.

—Eres una perra, Merche. ¿Te gusta que te den duro desde detrás?

—Sí, me gusta. Soy una perrita muy golfa.

—Golfa, ¿te gusta que te digan «puta»?

—«Putas» no.

—¿Y «zorras»?

—«Zorras», mucho. —Jadeé sintiendo el calor del orgasmo desbordándose

por mis caderas.

—Ábrete de piernas, *zorrona*. Te voy a enchufar la trifásica. —Me azotó la nalga con la mano.

—Auuuh. —Ahogué un gemido, separando las rodillas para facilitarle el acceso.

Tenía el sexo a punto de caramelo líquido, la humedad me resbalaba por los muslos. Israel me cubrió el vientre con las manos y fue deslizándolas montaña abajo hasta llegar a mi punto álgido. De nuevo, no pude reprimir una cadena de jadeos y la vibración de mi cuerpo le golpeó la erección. Tardó unos segundos en penetrarme, antes jugueteó con mi clítoris, que irradiaba descargas eléctricas que se propagaban hacia todas las coordenadas de mi mapa geográfico. Tras separarme las nalgas, me la encajó sin compasión. Sus caderas golpeaban mi trasero con libertinaje; por mi parte, yo no quería que nada lo frenara. Lo necesitaba cada vez más fuerte y cada vez más dentro. Y eso hizo: era una máquina de percutir.

—Córrete para mí. Quiero verte disfrutar.

—Y tú relléname la croqueta de bechamel.

—Joder, Merche, eres la hostia.

—Y tú, el dios de los empotradores.

Y volcados en aquella espiral de verbosidad llegamos a un apoteósico orgasmo. No sabría decir cuál de los dos padecía una *coitolalia* más severa.

Como era de suponer, tras aquel «polvazo» vinieron dos más, a cuál más sublime. El poder de recuperación de Israel era impresionante, además, era un macho incansable, me puso la vulva rojo pasión, a conjunto con el color que debía de tener mi aura en aquel momento. Me sentía espectacular, radiante, eufórica... Le tuve que pedir que parase para untarme, ante su cara viciosa, un poco de Potonesil. Bendito unguento y bendita mi demencia prematura, qué bien me vino para regenerarme el «asuntillo» tras tanta actividad frenética.

—¿Te quedas a cenar? —preguntó tumbándose boca arriba. Tenía la respiración entrecortada.

—¿La vas a preparar tú?

—Ahora mismo voy a ello. —Me dio la espalda y por el suelo rebuscó unos menús de comida rápida que me puso ante los ojos—. ¿Chino, japonés, turco o italiano?

—¿Sushi para dos?

—Yo es que ya he comido mucho pescado hoy —comentó jocoso acariciándose el vientre.

—Me apuesto una mamada a que nunca habías probado un sushi tan rico.
Me miró dudoso.

—¿Y si gano yo, a quién le tengo que hacer la mamada?

La mente fisgona que habita en mí habló.

—¿Has chupado alguna vez una?

—¿Quieres saberlo?

—Creo que prefiero no saberlo. Me has desconcentrado. A ver, vamos a replantear la apuesta. Si dices que sí, habrías probado un sushi mejor que el mío y eso es algo que no quiero escuchar; yo perdería entonces la apuesta y, por tanto, estaría obligada a hacerte una mamada, solo que la haría muy triste. En cambio, si la respuesta es no, yo gano y te la chuparía con alegría. Nunca pierdes, en realidad.

—Tú lo que quieres es amorrarte a mi pilón, sí o sí.

—Básicamente, sí. Barbi me enseñó a hacer el *pájaro loco* y quiero ponerlo en práctica.

—Vale, entonces digo que no.

—Buena respuesta, pero antes llama para pedir esa cena, tengo hambre.

—Voy.

Bajó de la cama para coger su mochila, que había quedado sepultada bajo el montón de ropa que habíamos hecho mientras nos desnudábamos, y sacó el móvil. Volvió a mi lado y se sentó con él en una mano, y el menú del japonés en la otra.

—¿Te va bien una bandeja degustación de *makis*, *nigiris* y rollitos?

Asentí.

—¿Tienen tartar de atún?

—Sí.

—Pide también, me vuelve loca el tartar de atún.

—Eso suena bien, me gusta cuando te vuelves loca. ¿Algo más?

—¿Hay gambas o langostinos en tempura?

Tras estudiar la carta, negó con la cabeza.

—¿Es que no tienes bastante con mi bogavante? —Dejó el panfleto a un lado y se incorporó ante mí, tentándome los ojos con su erección incombustible.

Se la agarré al vuelo e hice mi particular pedido por megafonía.

—Espera, voy a llamar al «japo» —me pidió con una sonrisa de golfo de catálogo.

Levanté los ojos y le hice un guiño.

—¿Mientras te hago un trabajito fino?

Asintió y yo sonreí excitadísima mientras lo veía marcar el número del restaurante.

—Buenas noches. —Y tal y tal y tal. Escuchaba a Israel hacer el pedido, mientras yo me volcaba en aporrearle las pelotas con el puño mientras le succionaba la tranca.

—Joder, Merche. —Jadeó, sujetando con fuerza mi cabeza con una mano mientras con la otra sostenía el móvil.

Yo respondí con algo parecido a un «glup, glup, glup».

Él jadeó.

—Síiii, un combo de *luxe* de veiiinnntee. Ahí, ahíiii... —Ahí le di tregua retrocediendo unos centímetros—. Perdone, no le digo a usted. Dos raciones de tartar de atún. Está bien, síiii. A esa dirección sí, a eeesaaaaaaa. —Volví a las andadas sin piedad—. ¡Eso es todo! —Y colgó, dejando caer el móvil sobre el colchón—. ¡Qué mala eres! —me reprendió antes de agarrarme la cabeza con las dos manos para hundirse hasta lo más hondo de mi garganta.

Más «glup, glup, glup».

Israel me besó la cabeza y me acarició los pechos, antes de tumbarse a mi lado boca arriba con una sonrisa de satisfacción en sus morritos.

—Nunca me cansaré de perder contigo. Eres la diosa de los *pájaros locos*.

—Y tú, un chalado pervertido. Eres peor que yo.

—Por eso hacemos buena pareja. No sigas negándotelo, Merche. Estamos hechos el uno para el otro, a pesar de esos pocos años que nos llevamos.

Sonreí. ¿Era posible aquello? ¿Era Israel el hombre que yo necesitaba en mi vida? De que era un hombre hecho y derecho ya no tenía la más mínima duda. De que fuera un hombre capaz de arrancarme la culpabilidad a golpe de polvos, tampoco. Pero de que fuera el hombre de mi vida, no lo sabía; no obstante, se le parecía bastante.

Trajeron la comida y en su ausencia aproveché para explorar un poco la habitación. Libros amontonados en el suelo en columnas torcidas. Cúmulos de ropa desparramados por encima de la mesita, la cómoda, y también sobre los montones de libros. En definitiva, un desastre. Olí las sábanas, y me quedó claro que hacía ya algún tiempo que no habían visitado a la señora lavadora, pero guardaban el olor de Israel, que me encantaba. Así que repetí la experiencia, y así fue como me pilló conforme entró: con el culo en pompa mirando a la puerta.

—Vaya recibimiento me has hecho —celebró acercándose con las bolsas

del japonés.

—Eso mismo habrá pensado el repartidor —dije señalándole los *boxers*.

—Repartidora —me corrigió con un guiño—. Le ha encantado. No ha querido ni cobrarme.

—¿En serio?

—No, pero me ha regalado una ración de pollo *teriyaki*.

—¿Por verte en gayumbos?

—Y hacerle unas cuantas flexiones.

—Eres un chapero de poca monta, te vendes por nada.

—Tengo que usar mis encantos —se defendió dándole unas sacudidas *sexis* a su pelvis en plan Elvis.

—Ya veo, ya. Anda, trae eso, me muero de hambre.

Sobre la cama, devoramos con los dedos aquella deliciosa cena. Israel empezó a preguntarme por mi trabajo y yo le fui contando. De postre, echamos otro polvo dulce y esponjoso como una almojábana bien mojadita.

—Tengo sueño —susurró con la frente pegada a la mía.

—Duérmete.

Se acurrucó a mi lado y se durmió entre mis brazos. Miré el reloj, las 10.47 de la noche, la llamada de Gillon estaba al caer, y luego miré a Israel, que estaba durmiendo a pierna suelta, y sentí un tsunami de culpabilidad, pero ¿qué leches estaba haciendo? Desde luego, tantos años de inactividad sexual con machos de verdad me habían provocado un hambre varonil irracional. Aquello no estaba bien. Decidí marcharme. Me vestí y salí a hurtadillas de su dormitorio para no despertarlo y no tener que alargar la despedida.

A mitad del pasillo, un ser extraño con rulos en la cabeza me interceptó. Llevaba puesto un albornoz de rayas azul náutico y calzaba unas zapatillas de dalmata en los pies.

—¿Te vas ya?

—Sí —acerté a decir.

—¿Quién eres?

—Merche.

—Yo, Jerson.

—Encantada. Me marchó. Chaíto.

—No te vayas —me pidió con ojitos tristes.

—Se me ha hecho tarde. —Le señalé mi reloj de muñeca como si eso fuera una buena coartada de escape.

—A mí nunca viene nadie a verme.

A decir verdad me dio bastante pena.

—Te invito a un mate.

—Es que no me gusta.

—Pues una manzanilla —insistió cogiéndome del brazo.

—No, gracias, es que tengo que marcharme. —Traté de acelerar el paso.

—Eres más guapa que la última chica que vino —balbuceó a mis espaldas.

—¿Qué chica? —Me detuve, intrigada.

—La del miércoles pasado, aunque la del sábado era muy guapa también.

—¿Perdona?

—Pero tú eres más guapa —se corrigió con rapidez—, y más vieja.

¿Cuántos años tienes?

Pasé por alto esa impertinente pregunta, y me centré en lo que realmente me escamaba.

—¿Vienen muchas chicas?

Se encogió de hombros.

—Diría que un par por semana, a veces tres, a veces dos a la vez. No para.

Es un *crack*.

No daba crédito a lo que estaba escuchando.

—Jerson, te llamas así, ¿verdad?

Como respuesta, asintió.

—Prometo que otro día me quedaré a charlar un rato contigo.

—Si vuelves; nunca vuelven —me reveló con la vista gacha y voz queda

—. No repite chica.

—Entonces, hasta nunca —dije encrespándome, ya con la mano en el picaporte.

—Oye.

Abrí la puerta y le dediqué una última mirada.

—¿Qué?

—¿Tú no me harías una mamada, verdad? —Se abrió la bata entonces y agitó su «cosa» (no quiero entrar en detalles escabrosos) ante mí en plan boy.

Abrí los ojos de par en par, estupefacta, asqueada y mosqueada por igual con aquel ser frikibundo.

—Pero ¿qué dices, imbécil?

—¿Ni por diez euros? —tuvo cojones de preguntar acercándose.

Le cerré la puerta en las narices y le escuché gritar como un desatado. Con un poco de suerte, le habría pillado la *churra*, aunque lo dudaba mucho. Era de tamaño microscópico.

El viernes llegó y, con él, la llegada de Gillon al aeropuerto de El Altet. Durante la semana habíamos hablado poco, mi prometido estaba cargado de trabajo y de operaciones urgentes que salvaron unas cuantas vidas. Tenía el don de arreglar la salud coronaria de la gente y lo admiraba por ello y, además, tenía el bonito detalle de desearme buenas noches cada día a las once, hora local de Alicante, una menos en Londres.

Las puertas automáticas se abrieron con los primeros pasajeros ataviados de maletas y ropa de abrigo que molestaba nada más pisar el microclima alicantino. Y a estos les siguieron, como la vez anterior, una infinidad de turistas con sus imposibles combinaciones. Pasaron como diez minutos y de nuevo Gillon se retrasaba. Miré el reloj impaciente y comprobé en el WhatsApp la hora de llegada por si me había equivocado. Iba a escribirle un mensaje cuando una mano se posó sobre mi hombro. Era Gillon con chaquetón tres cuartos sin una pelusa ni media y las famosas gafas de listo-sexi.

Le eché una mirada chispeante, con un incipiente dolor en el estómago a causa de la excitación, esperando que soltara su insulso *trolley* de cuadros y se abalanzara sobre mí. Pero nada de eso se produjo, se mantuvo tan recto e impasible como la primera vez.

—*Queurida Mergie*, te he echado mucho de *menas* y este olor tan característica de España —soltó tendiéndome la mano como a un colega de profesión.

—Vaya, esperaba otro tipo de recibimiento. —No pude evitar sonar decepcionada.

—¿No ha sido de tu *satisfacción*?

—No, no ha sido de mi *satisfacción*. —Me crucé de brazos exigiendo una compensación inminente.

—*Oh, my darling*, me encanta *haserte enfaidar*. —Gillon abrió su maleta y sacó un peluche con forma de corazón—. Esto es para ti, mi amada *Mergie* —dijo entregándome el corazón mullido y me besó apasionadamente agarrándome la cara entre sus manos—. Me pones *mucho burro*.

—Cada día me sorprendes más, estás aprendiendo muy rápido —le felicité.

—Lo quiero todo contigo, *Mergie* y lo quiero ya. Por *sierto*, ¿qué te ha pasado en el *pelado*, *Mergie*? ¿Dónde está tu *caballera*? *Pareses* una *lesbian albino*. —Sus ojos daban vueltas sobre mi peinado.

—Tuve un problema en la peluquería y no hubo más remedio que cortarlo

así. Se pasaron de cocción con las mechas. La peluquera se quedó dormida y se olvidó de sacarme del secador, churrascando mi valioso *pelado* y dejándolo así de rubio.

—Deberíamos ir a *desirle* algo a esa asesina capilar, llévame, *Mergie*, hay que *denunsiar* ese atropello —dijo agarrando su maleta con determinación.

—No, no vamos a decirle nada a la pobre mujer. Además, me gusta mi nuevo *look*. No creo que sea tan importante.

Gillon se quedó callado y cambió el semblante ante mi actitud molesta.

Trinitario nos llevó complaciente a mi casa. El silencio volvió a apoderarse de mi vehículo, pero sabía que nuestras mentes estaban recordando la última vez que ambos estuvimos encerrados entre esa *ferralla*. Durante toda la semana había tenido *flashbacks* del orgasmo más grandioso que nunca antes había experimentado en *Trinitario* desde que lo puse a mi nombre. Mi mente creaba videoclips a lo Lady Gaga, donde yo aparecía de forma discontinua gimiendo como una cerda. Aproveché la ocasión para anunciarle que al día siguiente comeríamos con mis padres, mientras las imágenes intermitentes volvían a mí como luces de *La quinta marcha*.

—¿Tus padres? Creía que estaban muertos. —Su voz se entrecortó y le entró carraspera nerviosa.

—¿Cuándo te he dicho semejante cosa? Mis padres están bien vivos, rezuman vida por los cuatro costados.

—Nunca has hablado de tus padres, yo creía que habían *fenesido*.

—No hemos tenido ocasión de hablar de nuestras familias, esta es la segunda vez que nos vemos. Tú tampoco me has nombrado a los tuyos, ¿están muertos acaso? —De nuevo había provocado un estado de crispación en mi persona.

—Sí, murieron en un *accidente* de globo *aeroestratiso*. Un pájaro picudo rasgó la tela y cayeron en picado *hasia* el Támesis.

Aminoré la marcha de *Trinitario* y estacioné en doble fila con las luces de emergencia para consolar al afectado Gillon.

—Lo siento mucho, tuvo que ser horrible.

—Encontraron sus cuerpos un mes después, hinchados y comidos por los *peses*. A mi pobre madre solo le quedaba *intacta* medio *cuerpa*, el derecho, y a mi padre el *izquierda*. Los unimos como pudimos y los enterramos juntos en el cementerio de Highgate. Pagué una *fortunia* para que les *hisieran* hueco, aunque me ahorré un buen pico con el ataúd ya que solo *hisio* falta *una*.

Me quedé horrorizada, no solo por la situación en sí, aquello era muy

trágico, sino también por la frialdad y naturalidad que me transmitió su voz mientras me lo contaba. Era tan impersonal que se me antojaba que se lo había inventado sobre la marcha, pero ¿cómo iba a dudar sobre algo así? Lo achaqué a la educación fría y distante a la que había sido subordinado en su niñez. Pobre Gillon.

—Bueno, Gillon, por lo menos descansan juntos, unidos de nuevo por sus respectivas partes intactas —acerté a decir.

—No te *preocupas*, *Mergie*. —Me dio un par de palmadas en la espalda para infundirme tranquilidad, pero no lo consiguió, no era la forma que yo hubiera elegido para confortar a mi novia—. ¿Podrías llevarme a tu casa? Estoy algo cansado por el viaje.

—Claro. —Puse el intermitente y me incorporé de nuevo al carril.

Gillon cerró los ojos y se acomodó en el asiento del copiloto, induciéndose un leve sueño con el traqueteo del coche. Qué mono estaba así de relajado cayéndosele la babilla por la comisura de los labios.

Por suerte, cuando llegamos Juanjo no estaba, y esta vez fue él mismo quien cargó su maleta sin rechistar, olisqueando como un sabueso el aire desde que se había bajado del coche.

—¿Se puede saber qué haces?

—Estoy respirando ese olor tan peculiar de España y en especial *de esta zona* de ciudad —comentó centrándose en un trozo de atmósfera en concreto—. Aquí se *percibo* un olor fuerte a *fish*.

—Claro, Gillon, estás en la puerta de una pescadería. —Señalé la puerta con cortina de tiras de la Pescadería Encarnita—. Lo ves, aquí venden pescado y *marisco* —le remarqué la palabra marisco y le cuqué el ojo.

—Comprendo. —Se bajó las gafas hasta la punta de la nariz y me devolvió el guiño con boca de rape incluida.

Se había marchado un miura, y Londres me lo devolvía formateado en modo «estirado total». De nuevo, éramos dos desconocidos y necesitábamos una unión sexual urgente.

La subida a casa fue igual de insulsa, en silencio y con cara de seta e inconscientemente pensé en Israel y su juventud reparadora. Tan lleno de vida y con ganas de hacer cosas, dispuesto a sacarme una sonrisa y a ponerme los pelos de punta sin ni siquiera preverlo. Con Gillon era todo diferente, a Gillon había que buscarle el punto y dirigirlo a cada momento para provocar que algo pasase y eso, aunque me pesara, no debía ser así. El amor es espontáneo, como Israel.

—Oh, que *limpisa* has *hasido*, *Mergie*. Huele de *maravillo* —comentó mister Wonderfuck nada más poner un pie en mi casa.

—¿Insinúas que la última vez no estaba limpia?

—No, no es eso a lo que me *referió*, solo que esta vez te has *esmerada* en dejarla perfecta.

—¿Y tú, Gillon, cuándo te vas a esmerar en que esta pareja sea perfecta?

—Le solté de cuajo; el carácter de *Loquita* a veces afloraba en mí y, a decir verdad, era de agradecer, las situaciones fuera de lugar con Gillon me comenzaban a tocar el berberecho, y no del modo que a mí tanto me hacía disfrutar.

—No sé a qué te *refieros*, *Mergie*, creo que nuestra *relasion* sobrepasa los estereotipos marcados por las expectativas *románicas* de los otros seres humanos del universo.

Lo miré alucinando, ¿de dónde sacaba todas esas reflexiones ensayadas?, y le repliqué con cansancio mental:

—Románticas, Gillon, románticas. Y para tu información, nuestra relación sobrepasa con creces los estereotipos románticos de los demás seres vivos.

—*Entonses* estás conmigo, somos la *perfección* hecha carne. —Me agarró la mano y me la besó como si yo fuera el papa Francisco—. ¿Y tu anillo? — Los ojos se le abrieron muchísimo y la pregunta le salió de lo más profundo del diafragma.

—Guardado, tranquilo.

A decir verdad, tras perderlo y encontrarlo milagrosamente no me había atrevido a ponérmelo de nuevo.

—¿Dónde lo tienes, *Mergie*? Por tu padre dime que no lo has *perdida*. — Gillon estaba visiblemente alterado en ese momento.

—No lo he perdido, ya te he dicho que lo tengo guardado, me lo he quitado para limpiar. El pedrusco se engancha en los trapos y era incómodo. Mira — abrí un cajón de *Bienvenido* y le mostré el estuche, lo abrí y cogí el anillo para ponérmelo—, ¿lo ves? Aquí está.

—Oh, *gracias* a Dios.

—Pero ¿qué te pasa con el anillo?

—Ese anillo era de mi madre, fue lo único que recuperé cuando la sacaron del *ría*. —Se dio la vuelta y se agarró la frente brillante con la mano.

—Lo siento, lo siento de nuevo. —Posé mis manos en su espalda y le di al momento el mismo dramatismo que Gillon, era como una escena de película romántica de los cincuenta—. ¿No tenía más joyas en casa? Creía que erais

una familia bien posicionada.

—Eh... eeeh. —Gillon dudó antes de contestar, cosa que me escamó un poco—. No, la criada las robó todas. Era una descarada y una ladrona. Mamá la despidió nada más darse cuenta que ella había sustraído todas *sus oros* y piedras *presiozas*, pero jamás las pudo recuperar. Diane las vendió en el *mercado negra*.

—¿Te has inventado esa historia? —La pregunta me salió así sin pensar y a bocajarro.

—Pero ¡qué *dises*, *Mersedes Estebon López*! ¡Nunca mentiría a la mujer que amo!

—¿Te has aprendido mi nombre y mis apellidos? —Le puse ojitos, qué mono.

—Por supuesto, llevo ensayando *todo lo semana*.—Y a lo Clark Gable me agarró en volandas y unió nuestras miradas—. Voy a *esfolliarte*, *Mersedes*, voy a dejarte sin *alienta*.

No dije nada, me dejé llevar presa de la lujuria. Esos momentos raros con Gillon y su carácter tan voluble me ponían burra. Como un bombero glamuroso me llevó cargada en los brazos hasta mi habitación para darme *lo mía* y lo de *mi primo*, palabras textuales de mi prometido, que en milésimas de segundo pasaba de ser *el gilipollas del inglés* al *amor de mi vida*. Poderosa «cobra» la de mi macho de tierras altas.

Empezó a darme besitos por toda mi cara de Whitney Houston. La excitación iba recorriendo mi cuerpo por la emoción del momento, emoción que se vio algunas veces alterada por la imagen de Israel. A decir verdad, últimamente mis *flashbacks* eran muy tipo GIF, igual debería consultarlo con un profesional.

—*Mersedes*, te deseo *tanta*.

—Y yo, yo te deseo una *jartá*.

Me arrancó el vaquero en una maniobra maestra, haciendo saltar los botones de mi Lemis Strauss, como fichas de dominó, uno tras otro, bajándose él mismo, con la otra mano, su pantalón y despojándose de él habilidosamente con la pierna derecha.

—Qué *bragotas* más *delisiosas*. —Hundió la cara en mi sexo inhalando mi olor—. Bendito seto de Anacleto.

—Cómemelo como si no hubiera un mañana.

Bien mandado, retiró la braguita a un lado y comenzó la degustación de mi sushi. Era todo un maestro de las artes amatorias de mi berberecho, sabía dar

lengüetazos certeros en cada embestida, poniéndome los ojos a la virulé y haciéndome gemir como una actriz porno sobreactuada.

—Quiero saborear tu anaconda, Gillon. Me pones mogollón.

—Te la *sedo* encantado, me tienes muy *exsitado*.

Éramos dos trovadores del sexo, las rimas nos salían solas, creando sonetos y pareados erótico-festivos.

—Qué profundo te la metes, eres de alto copete.

—Comerla es un *plaser*, te sabe a lomo y a miel.

Aaarggg, el lomo embuchado con miel debía de tener un sabor horrible, pero retozar con Gillon era como la cocina de alto nivel, a veces te dan ganas de vomitar, pero es glamurosa que te cagas.

Tras unos preliminares dignos de un Garcilaso de la Vega en un prostíbulo de la época, Gillon se posicionó sobre mí para llenarme con su erección, acoplándomela lentamente al principio y acabando con un golpe seco que la encajó perfectamente en mí.

—Percútame, dame martillazos de repetición —le grité tirándole del cabello.

No me veía, pero cabía la posibilidad de que mis ojos estuvieran inyectados en sangre; estaba poseída por la ruda y vulgar delicia del sexo.

—Te voy a dejar el seto tieso, *Mergie*. No vas a poder sentarte en días.

Y empezó su particular proyecto de *Bricomanía*, taladrándome con saña y gusto. Moviendo mi cuerpo a su antojo, bamboleando mis pechos aún sin descubrir bajo el jersey y el sujetador de aros.

—*Good save the queen and guardio real. We will, we will rock you* —entonaba la mítica canción de Queen penetrándome al ritmo de los golpes musicales.

—*Wakin on a flo the guin goins pain, bara bi bo bu on the rock on the face.* —Me inventé la letra de la canción sobre la marcha en mi afán de acompañarle.

—*We will, we will rock you.* —Y de nuevo me aporreó como a la batería de Roger Taylor.

Ya que estábamos, quise aportar mi granito de arena a ese concierto de ritmos sexuales con alguna canción más acorde con la localización geográfica en la que nos encontrábamos. Pedí a Gillon que cambiáramos de postura, dejando su cuerpo a mi merced, tendido en la cama con mi cuerpo semidesnudo acoplado en su miembro como en un potro eléctrico. Empecé a balancearme lentamente sobre sus caderas, revolviéndome con las manos el

cabello, él permanecía con los ojos cerrados entregado al éxtasis. Estaba ya prisionera del placer, las oleadas me recorrían el cuerpo como serpientes voraces cuando, agarrándome a su jersey verde botella, arranqué con mi numerito musical.

—*Mi jacaaaaaaa, galopa y corta el viento cuando pasa por el puerto camini... —ahí di dos saltitos sobre su pelvis—... tooo de Jereez.*

Gillon abrió los ojos entonces y me miró extrañado. Mi actuación de Carmen Maura en *¡Ay, Carmela!* no le acababa de convencer y contraatacó con su propio repertorio.

—*Buddy you're a young man hard man. Shouting in the street gonna take on the world some day. You got blood on your face. You big disgrace. Wavin' your banner all over the place.*

Esa parte de la canción que antes yo había destrozado, bien cantada por Gillon, me dio más fuerza para galoparlo a golpe de *Mi jaca*. Era un auténtico duelo de cantes.

—*Son sus patas un repique de palillos, si en el campo corre, trota y galopa.*

—*We will we will rock youuu.*

Pim, pam, pum, toma Lacasitos, ay que ver cómo daba con su baqueta XL esos golpes de tambor.

—*A su paso, con el polvo del senderooo, galopando para mí, forma un altar, que ilumina el resplandor de los luceroos, que ilumina el resplandor de los luceroos y que alfombra la emoción de mi cantaaar.*

Olé yo. Le estaba ganando por goleada con la fuerza de mis gorgoritos. A decir verdad, estaba sembrada.

—*Mergie*, me tienes a punto de *tofe*. Eres la fuerza española, la bravura *de lo flamenca*. —Gillon empezó a ayudarme en las galopadas levantando sus caderas y presionando mi cuerpo para que me sintiera por completo llena de él —. Voy a explosionar, *Mersedes, Mercedes*, me vooooy.

—Y yo contigo, mi amor, y yo contigooooooo.

La mañana del sábado llegó entre polvos y picoteos nocturnos. Esta vez, había provisionado bien el frigorífico para alimentar a mi «empotrador». Habíamos dormido apenas dos horas, pero el estómago lo teníamos atiborrado de queso, uvas y sidra El Gallotero.

—Buenos días, Gillon. —Me acerqué cariñosa a mi hombre y me acurruqué en su pecho.

—Buenos días, *prinsesa*. —Me besó el cogote y luego escuché como si hubiera escupido algo.

—Tenemos que darnos prisa, recuerda que hoy comemos en casa de mis padres.

—*Oh, my darling*, nada me gustaría más que eso, pero estoy cansado de tanto sexo. ¿No podríamos cancelarlo?

—Cómo se nota que aún no conoces a mi madre, si llamo ahora para cancelarlo es capaz de personarse aquí con la olla a cuestras.

—¿Y si no abres la *puerto*? —sugirió Gillon apartándome de él para ponerse las gafas.

—Tiene llaves —dije empezando a molestarme—, ¿se puede saber por qué no quieres conocer a mis padres? Nos vamos a casar, es lo lógico en estos casos.

—No tan lógico, *Mergie*, tú no tienes que *conoser* a los míos.

—¡Porque están muertos! Pero ¿se puede saber qué te pasa?

Gillon se miró las manos y dio un largo suspiro.

—No pasa nada, *honey*. Supongo que siento *selos* porque tú puedes celebrar esto con tus padres y yo no. Iremos, no *sufros*.

—Y tanto que iremos.

La táctica de utilizar la trágica historia de sus padres ya no le iba a funcionar, no era culpa mía que un aguilucho rasgara la tela del globo y fueran devorados por las carpas del Támesis.

—Ya te he *desido* que sí. Voy a vestirme. —Sonó molesto pero me importaba un bledo.

Esta vez no elegí un chándal para ir a casa de mis padres, me puse un vestido negro de corte recto con una chaquetita de angora rosa pálido. Mientras buscaba el modelito en mi armario vi al fondo el vestido destrozado de Bárbara; aún no había encontrado el valor de decírselo, se vengaría de mí como lo hice yo con mis fundas de cojín.

Llegamos al barrio residencial de mis padres con el tiempo justo. Gillon

se sintió emocionado por la arquitectura de estilo americano del mismo y su infinita avenida de chalés bajos con jardín, con alegres vistas a un descampado.

—Es una *sona* de ciudad muy distinta, *Mergie*, tus padres parecen bien acomodados.

—No te creas, viven bien, pero nada del otro mundo. Mi padre es el propietario y fundador de Chasis en la Mar.

Gillon hizo una mueca extraña y me pareció que palidecía un poco.

—¿Vende coches? —dijo.

—Sí, ¿cómo lo has adivinado? —El nombre de la empresa era un poco enrevesado como para que Gillon pudiera adivinar a la primera que se dedicaba a eso mismo.

—No lo sé, ha sido *causalidad* —contestó alegremente—. ¿Te he dicho ya que estás *presioza*?

—No, no me lo habías dicho.

—Pues lo estás. —Me besó en la mejilla y me tendió la mano—. Entremos cuanto antes.

—Espera. —Lo frené en seco, debía advertirle—. Mi madre tiene un perro muy pesado, te aviso que te estará chupando lo que sea que tenga más a mano durante todo el día. No te agaches para saludarlo o su aliento te teñirá de rubio las cejas.

—Oh, no te preocupes, *Mergie*, me encantan los perros.

—Te aseguro que no es un perro cualquiera, es un miembro muypreciado de mi casa y en especial de mi madre.

—Creo que podré controlarlo. —Gillon me sonrió y reanudó la marcha como si supiera adónde íbamos—. ¿Dónde es?

—Esa casa. —Le señalé la puerta de forja de mis padres, recientemente pintada de azul cobalto.

El ruido de la puerta de hierro debió de alertar a mi madre, que salió con *Mojo* en los brazos vestido de bebé-perro y un cardado capilar tipo «algodón de azúcar».

—Bienvenido, *Gallon*, qué guapo eres hijo de mi vida. —Mi madre se acercó con sus labios rosa chicle fruncidos directa a los carrillos de Gillon, pero *Mojo* se le adelantó en la maniobra como una serpiente y le lamió el moflete hasta el cristal de las gafas—. *Mojo*, muy mal muy mal, niño malo. —Mi madre reprendió a su cánido—. Lo siento, *Gallon*, *Mojo* es muy cariñoso.

—*Tranquilo*, señora *Estebon*. Déjeme *desirle* que su *belleza* me ha dejado

consternado.

—Pero qué hombre tan caballeroso, Merche, ¿cómo has conseguido cazarlo? —Zas, en toda la boca—. Llámame Paquita, por favor, *Gallon*, y pasad, mi marido está desespumando el cocido.

Me sentía una desconocida en mi propia casa. Mi madre se comportaba de un modo extrañamente refinado, ataviada con el mismo vestido que en el cumpleaños de *Mojo*, pero con unos pendientes gigantescos de piedras falsas que hacían que sus lóbulos se alargaran como los de un masái. La aparté a un lado.

—¿Mamá, de qué vas vestida? ¿Cuánta laca te has puesto para mantener ese suflé capilar?

—Merche, compórtate, ese señor es un importante cirujano inglés —me dijo entre una hilera de dientes juntos emulando una sonrisa.

—Ese señor es mi novio, por eso no quería montar esto —refunfuñé mientras se alejaba de mí con *Mojo* estirando el cuello sin cesar como un matasuegras canino, dejándome con la palabra en la boca.

—Huele de *maravilia*. ¿Es un cocido con pelotas? —comentó Gillon tomando asiento en el sofá rústico floreado de mi madre, dejándome sorprendida por su sabiduría gastronómica.

—¿¡Conoces el cocido con pelotas!? —gritó mi madre emocionada—. No sabía qué comíais en esa parte del mundo y me la he jugado con esto. Merche tampoco ha sabido decirme cuál es tu comida favorita, es una mujer poco atenta a los pequeños detalles.

—A mí también me has dejado sorprendida, ¿de qué conoces tú el cocido con pelotas? —le pregunté a Gillon pasando por alto la mala imagen de mí que estaba dando mi madre.

—Oh, es *curiso*, pero en mi Escocia natal hay un guiso *paresido*, lo llamamos *meats and pork*. Según la historia, es un legado de saint Patrick, *sasedotiso* español. Lo comemos en fiestas navideñas y en Pascua.

—Vaya, qué cosa más curiosa.

Algo me estaba picando detrás de las orejas y no sabía el qué exactamente. Me disculpé un momento para ir al baño y mandé un mensaje a Bárbara con la instrucción de buscar «*meats and pork*» en san Goble.

Mi padre apareció por fin con el delantal de mi madre atado por un efímero nudo; tenía una barriga importante y ese delantal solo cubría una línea escasa de su anatomía.

—¿Tú eres quien ha robado el corazoncito de mi niña? —Le tendió la

mano para estrechársela—. Mucho gusto de tenerte en nuestra humilde casa, hijo mío, seas bienvenido.

—El *plaser* es mío, *mister Estebon*. —Gillon hizo lo propio, pero sin levantarse del sofá.

—Sabes, te pareces mucho a un muchacho que vino hace un mes buscando un coche de lujo, el pobre estaba haciendo números para ver cómo lo podía pagar. Me dio lástima el muchacho, me dijo que era actor y estaba a punto de conseguir el papel de su vida y quería que se lo reservara hasta que llegara el momento.

—¿Y se lo reservó usted, *mister Estebon*?

—Por supuesto que sí, pero si esta semana no viene a darme una señal me temo que tendré que ponerlo de nuevo a la venta. El tiempo es oro, querido yerno.

—Comprendo, es usted un empresario de palabra y valía, *mister Estebon*.

—Llárame Mariano, hijo mío, no me van las formalidades.

Mientras mi padre y Gillon hablaban de banalidades y mi madre nos gritaba que nos sentáramos a la mesa, recibí el *wasap* de Bárbara confirmando que no existía ningún cocido escocés ni inglés con ese nombre y ningún guiso que tuviera ninguna similitud con el cocido con pelotas de la Vega Baja y Murcia. ¿Cómo sabía Gillon eso?

—¿*Gallon*, quieres garbanzos? A Merche no le gustan, le dan gases. ¿Te ha contado ya sus problemas con ciertos alimentos y los pedetes? Merchita se hincha como un globo de helio con ciertas cosas. —Mi madre era una perfecta anfitriona y mejor madre...

—Mamá, a Gillon no le interesan esas cosas y menos delante de la comida —dije entre dientes.

—Hija, es médico. ¿Qué le puede asustar a estas alturas? ¿Verdad, hijo? ¿Puedo llamarte «hijo» verdad, *Gallon*?

—Puede usted *llamarmo* lo que quiera, estas pelotas están *delisiozas*, *Paquito*.

—¡El chocolatero! —gritó mi padre estallando en una carcajada que me contagió al instante, llenando la mesa de alegría. Adoraba a mi padre.

—No les hagas caso, hijo, estos dos están mal de la cabeza, el gen Esteban. Menos mal que *Mojo* no lo tiene, es clavadito a su madre. —Mi madre agarró a su querido hijo y con un pedazo de pollo puesto en su boca se dejó comer los morros por el perro.

—Son ustedes una *familio* muy particular —comentó Gillon con la boca a

dos carrillos. Desde luego, mi madre había acertado con la comida.

—Y lo que te queda por ver, *Bilión*, y lo que te queda por ver —dijo mi padre secándose las lágrimas con el mantel preferido de mi madre, haciéndome soltar otra carcajada que me dobló en dos.

Me encorvé tanto que mi cabeza cayó sobre la mesa, dejando a la vista de mi madre mi galopante calvicie.

—¿Merche, tienes una calva en el cogote? Tendremos que tapar eso con un tocado extragrande. ¿Cómo demonios te has despeluchado así?

—Una loca *peluquero* ha dejado a tu hija sin su *presiozo pelado*. Le quemó el cabello con un *tinto* pasado.

Mi madre miró a Gillon con los ojos abiertos como platos por el asombro.

—¿Con vino picado? ¿Qué tipo de peluquera usa vino tinto para tratamientos capilares? —preguntó, llena de indignación.

—No era tinto, mamá, Gillon se refiere a tinte. Se quedó dormida y me dejó el tinte más de la cuenta bajo el secador.

—Qué barbaridad, deberías denunciar a esa narcoléptica —bramó cogiendo papel y boli—. Dime qué peluquería es esa y mañana mismo llamaré a Gonzalo para que interponga una denuncia contra esa mujerzuela.

—Nadie va a denunciar a mi peluquera, el pelo crecerá pronto. Ventajas de llevarlo corto.

—No se puede con tu hija, *Paquito*, eso mismo le dije yo. —Gillon apoyó la idea de llamar al abogado de la familia mientras se llenaba la boca con zanahoria y patata.

—Venga, tengamos la fiesta en paz —intervino mi santo padre—. Merche está guapa igualmente, calva o no.

—Gracias, papá, además, no es nada, se tapa fácilmente así. —Cogí uno de los mechones del flequillo y lo eché hacia atrás cubriendo mi calva a modo de cortinilla—. ¿Veis?, nada que una buena laca no pueda solucionar.

—Esperemos que para la boda haya crecido lo suficiente o nos tocará hacerla en una sinagoga —concluyó mi madre, sirviendo más cocido al famélico Gillon, con la mala suerte de manchar sus pantalones con caldo hasta el camal.

—Lo siento mucho, hijo, me he puesto nerviosa con el tema de Merche. Me han venido imágenes de la boda con mi hija a lo Antonio Lobato.

—No se preocupe, *Paquito*, mi *asistente* lo lavará en llegar a Londres.

Mi madre me brindó una mirada cargada de aprobación cuando oyó «asistenta» y «Londres»; estaba encantada con Gillon y con lo que iba a

presumir con sus amigas.

La comida por fin terminó, estaba deseando llegar a casa y descansar de ese tedio bochornoso, que de no haber sido por mi padre me hubiera hecho el harakiri con una cuchara de postres.

—¡Qué tengas buen viaje, hijo! —gritó mi madre desde el otro lado de la acera con *Mojo* en los brazos visiblemente nervioso.

—Gracias, *Paquito*, nos veremos pronto. —Gillon lanzó un beso a mi madre con la palma de la mano y ella lo cogió en el aire dando un saltito; muy buenas migas estaban haciendo estos dos seres. Igual debería casarse mejor con ella.

Mi madre comenzó a recitarle, haciendo grandes aspavientos, un sermón sobre las buenas prácticas para disfrutar de un vuelo agradable, pero sus palabras fueron eclipsadas por los gritos y risas de una bandada de chiquillos en bicicleta que bajaban a toda velocidad por la calle. *Mojo*, que seguía en estado nervioso, saltó de sus brazos y cruzó la calle con los ojos fijos en el camal manchado de Gillon, y un «nooooooooo» de ultratumba retumbó en la calle.

Uno de los niños no pudo esquivar al caniche, propinándole un golpe seco que lo levantó en el aire tres metros, lanzándolo como un cohete hacia el descampado de enfrente. El pobre niño cayó y derrapó sobre un costado por el asfalto hasta donde estaban mis padres parados. Paquita fue la primera en reaccionar: saltó por encima del infante magullado para ir en busca de *Mojo*, y mi padre no dudó en socorrer al niño que, entre lagrimones, llamaba a su madre.

—*Moooojooo*. No respira, Gillon, haz algo. —Mi madre agarró el cuerpecito inerte de su caniche y se lo entregó a un Gillon paralizado—. Haz algo, por el amor de Dios, haz que su corazón funcione, eres cardiólogo —le suplicó con los ojos anegados de lágrimas.

—Pero ¿qué te pasa? Haz algo yaaaa —le grité al muñeco de cera de Gillon que sostenía a *Mojo* como si fuera una bandeja de canapés en dudoso estado alimentario.

—Yo *salva* a humanos, no sé *nothing* de perros —dijo comenzando a zarandear al perro como si fuera una maraca.

Y por primera vez en mi vida, y ante la angustiada visión de mi madre en un estado de nervios a punto del colapso, pronuncié esa palabra que nunca pensé que usaría para referirme a *Mojo*.

—Sálvalo, es mi hermanooo.

Gillon tendió al perrito en el secarral y con determinación le propinó unos puñetazos en el pecho, que sonaron a cascarón de gallina hueco. Acercó la oreja a su pequeño pecho peludín para comprobar los latidos y, viendo que no había, le abrió el hocico y con una cara de asco brutal empezó a insuflarle aire, haciendo crecer la minicaja torácica de *Mojo* una y otra vez.

Estuvo cuatro minutos intentando reanimarlo sin éxito, mientras mi madre gritaba despavorida: «¡Otro médico, otro médico!»

—Lo siento, *Paquito*, *Mojo* se nos ha ido —notificó Gillon visiblemente afectado y con la frente sudada por el esfuerzo. Acercó su mano a *Mojo* para cerrarle los ojos—. ¡*Joder!* ¡Qué dolor, suelta chuchooooooooo!

De repente, el caniche abrió los ojos como un *terminator*, capturando el dedo índice de Gillon como si fuera un perro de presa. Gillon se incorporó y sacudió la mano para intentar liberarse de sus minimandíbulas sin resultado; parecía querer agarrarse a la vida de un modo ferviente.

—*Mojo*, ¡estás vivo! —Mi madre saltó de alegría, agarró las patitas traseras de su perro para liberar el dedo de Gillon, pero *Mojo* se quedó extendido como un pulpo seco, agarrando con más fuerza la falange de su salvador—. Para de dar vueltas, *Gallon*, vamos a quebrar a *Mojo*.

—¡Suéltelo usted, señora, me está desgarrando el dedo, joder! —Gillon tenía de repente una perfecta dicción; mi madre soltó en el acto las patitas de *Mojo* y me miró con una mezcla de sorpresa y expresión asesina—. ¡Puto perro de los cojones! —El muy desgraciado subía y bajaba el brazo, propinándole golpes contra el suelo como quien sacude una mopa.

—Para de hacer eso, lo vas a dejar plano como la cola de un castor —le ordené a mi prometido y, de repente, un total desconocido.

—Que pare él, es un perro idiota y desagradecido. —Gillon seguía machacando al perro.

Paquita, harta ya de tal derroche de violencia, lo agarró de las orejas (a Gillon, no al perro), y le obligó a parar. *Mojo* soltó por fin el dedo y mi madre lo apretujó contra su pecho, haciéndome creer por un momento que iba a amamantarlo.

—Que *momenta* más *desagradablo*. —Gillon había recuperado su acento inglés mientras se examinaba el dedo agredido—. No *parese* nada *gravo*.

—Te recuperarás, de la misma manera que has recuperado el acento británico —le dije junto a mi madre con los brazos en jarras y probablemente con mi aura en estado intermitente. Estaba siendo acorralado por las López.

—Pero qué tonterías estás *disiendo*, *Mergie*. —Rio de manera nerviosa—.

Jamás he perdido el *asento*, ¿no lo ves?

Mi madre me agarró del brazo y me apartó un poco de la zona.

—Merceditas, este hombre es un farsante.

—Ya me he dado cuenta, mamá.

—Llévatelo de aquí cuanto antes, si tu padre se entera es capaz de matarlo y enterrarlo en el jardín trasero. Le diremos que te has pensado mejor lo de la boda y que desaparezca de tu vida de inmediato. Podría ser un loco. —Mi madre estaba siendo mi madre de nuevo, diciendo cosas sensatas y sin poner el grito en el cielo, con la clara intención de no provocar un repentino ataque de ira por parte de aquel loco.

—¿Va todo bien, *Mergie*? —preguntó Gillon con un hilillo de voz cargado de preocupación.

—Va perfectamente, vayámonos cuanto antes, tenemos una conversación pendiente tú y yo —le dije acelerando el paso hacia *Trinitario*, mi madre me dio un beso en la mejilla y dedicó a Gillon la mirada más fulminante de su repertorio.

—Espero que el cocido te repita una semana —dijo antes de cruzar la calle y encontrarse de morros con una ambulancia que se había desplazado hasta el lugar del accidente para asistir al magullado niño.

—*Mergie*, flor de Esgueva... —dijo nada más subir al coche.

—Cállate, Gillon, eso es la marca de un queso. Estás desvariando ya —le espeté de muy mala leche, pisando a fondo el acelerador como si no hubiera un mañana.

Se produjo un silencio afilado que se me antojó que duró una eternidad.

—Vale, me has pillado —dijo al fin con voz vencida echándose hacia atrás.

—Esto es el colmo de los colmos, mi madre ha estado a punto de sacar la goma de butano y darte en el lomo con caperuza y todo.

—Lo siento, Mercedes. —Lo miré fugazmente, qué maravilloso sonaba mi nombre cuando lo decía bien, con su voz profunda y aterciopelada—. Te agradecería que pararas el coche antes de que nos estrellemos. —Y, con su poca decencia, me posó la mano sobre el muslo y un no sé qué y un qué sé yo me recorrió el cuerpo. Giré el coche como si fuera una profesional del *rally* y paré con una frenada laaaaaaaaarga.

—¿¡Cómo has podido, Gillon!? Dime, ¿¡cómo!?! —Mi respiración se entrecortaba y mi aura debía de estar tornándose más negra que el humo de una fogata de bolsas de Mercalonia—. Aunque supongo que no te llamas así,

¿cómo te llamas de verdad?

—Es una historia larga, solo te pido que te calmes. Mi nombre es Pedro. Pedro Barquero.

—¿Pedro Barquero? Así de fácil. ¿Tienes idea de lo que me costó decir bien tu maldito nombre inglés? ¿De dónde sacaste ese nombre tan ridículo?

Hizo ademán de responderme, pero le puse la mano delante de las narices en señal de *Stop, in the name of love*.

—¡No me lo digas, no quiero saberlo! En este momento lo único que me apetece de verdad es darte una somanta de hostias hasta que me duela la mano.

—Lo siento. Siento haberte mentado. No era mi idea inicial.

—¿Y cuál era tu idea inicial!? No lo entiendo, ¿a qué te dedicas? ¿Eres un estafador, un... un...? —Buscaba motivos en mi cabeza sin encontrarlos.

—Soy un aspirante a actor bastante patético, aunque mi actuación de inglés chalado te la has tragado de pleno. —Rio y yo le dediqué una mirada penetrante cargada de malas vibraciones, pero él siguió con su perorata—. Un amigo de un primo de mi cuñado tiene conexión directa con los seleccionadores del programa *First Dates*. Me hice un perfil falso y unas fotos vestido de profesor listo de *Harry Potter* y me llamaron para que acudiera a una cita. La idea me pareció divertida, no estaba preparando ningún papel, hace meses que no tengo un *casting*.

—Pero ¿¡por qué yo!? ¿¡Tú sabes el daño moral que puedes causar!? —grité fuera de control.

—Porque fuiste la que me puso el programa, y gracias que apareciste, ahí reconozco que me la jugué. Me sentí muy aliviado de que no fueras un orco. Merche, estás muy buena, nunca entendí por qué te pusiste aquella peluca.

—¿Sabías lo de la peluca? —Lo miré sorprendida, Barbi me aseguró que era cien por cien pelo natural y que nadie notaría nada.

—Desde el primer día que te toqué el *pelado*. —Volvió a reír—. Era como estopa de fontanero.

—Deberías habérmelo dicho, no te puedes hacer una idea de lo mal que lo pasé con aquel bisoñé gigante.

—¿Y perderme esas noches en las que la peluca te tapaba los ojos y solo dejaba a la vista tu preciosa boca roncando. —Gillon, digo Pedro, me acarició la cara, poniéndome los carrillos a fuego.

—Eres muy capullo, ¿lo sabías? Mi madre estaba organizando una boda, no tenemos las flores encargadas y una señal en un restaurante porque la he frenado.

—Cuando me has dicho antes quién era tu padre, casi me da un infarto. ¿Ese tipo del que ha hablado tu padre en la comida, el de la reserva del coche?

Asentí sabedora ya de la respuesta.

—Merche, de verdad que lo siento. —Me miró con cara de corderito.

«Merche», pero qué bien lo decía.

—¿Y dónde vives?

Se encogió de hombros y agachó los ojos.

—Aquí, en Alicante. San Blas.

—Eres...

—Un imbécil, lo sé.

—¿Y el anillo?

Joder, que no me dijera que era de pega, que no me dijera eso que era capaz de arrancarle los ojos

—Esa historia es más larga de contar y me gustaría hacerlo, Merche, de verdad, otro día, cuando estés más tranquila.

—No habrá otro día, Gillon... Pedro.

—Soy un imbécil, Merche.

—Eso ya lo has dicho, lo eres, y mucho, además.

Asintió llevándose las manos a los ojos y se los cubrió por unos segundos, luego fijó en mí su mirada azul.

—Quiero que sepas que de todo esto he sacado una cosa en claro, Merche.

—¿Que eres mejor actor de lo que creías? —le increpé.

Negó con la cabeza.

—Que me encantas, Merche, que quiero seguir con esta locura pero esta vez como Pedro Barquero, residente en Alicante y natural de Balsicas, Murcia.

No pude evitar reírme ante aquella majadería.

—¿Y qué te hace pensar que yo querría seguir con esta relación después de toda esa farsa que te has montado?

—¿Es que tú no notas esa conexión entre nosotros? Dime que no estás ahora mismo cachonda como una perra y bajaré del coche ahora mismo. —De nuevo, se atrevió a tener contacto físico conmigo agarrándome las manos—. Contéstame, Merche...

—Bájate del coche —dije con un nudo en la garganta difícil de deshacer.

—Merche, ¿no me irás a dejar aquí tirado, verdad? Me he sincerado, solo quiero hablar contigo y aclarar las cosas, de verdad que me gustas mucho,

Merche.

—¿Y cómo sé que no me estás mintiendo ahora? ¿Cómo podría volver a confiar en ti? —Apreté los puños y me tragué toda la rabia que sentía.

—Porque es la verdad. Me gustaría retroceder en el tiempo y poder deshacer el daño que te he hecho. Me gustaría poder empezar de nuevo siendo yo, Pedro. ¿Empezamos de nuevo, Merche?

Lo miré alucinada y él me tendió la mano como presentándose.

—Encantado de conocerte, Merche. Soy Pedro Barquero.

Aparté la mano rehusando su saludo.

—Merche, por favor, acéptame en tu vida, recuerda que le he salvado la vida a *Mojo*, le he hecho el boca a boca, a pesar de ese aliento de disecar especies endémicas, solo porque tú me lo has pedido. Haría cualquier cosa por ti ahora mismo, creo que te quiero, Merche.

—Y yo quiero que te bajes de mi coche ahora mismo y desaparezcas de mi vista.

—Tócame el corazón. —Me tomó la mano y la dirigió a su pecho. Pude comprobar que le latía a mil por hora.

—Creo que deberías preocuparte de no ser cardiólogo, tu *patata* galopa como un caballo desbocado, y si no me sueltas la mano ahora mismo te voy a dar una hostia monumental. Bájate de mi coche ya.

—Merche...

—¿Eres sordo, además de chalado?

Ante su inactividad, bajé del coche y abrí la puerta del copiloto invitándole a bajar y Gillon, joder, Pedro, viendo que no iba a cambiar de opinión, bajó con gesto sombrío en la cara.

—Merche, solo una última cosa. —Lo miré ya en mi asiento de conductora con ansias de marcharme de allí cuanto antes y perderlo de vista—. ¿Cuándo te viene bien que vaya a recoger mis cosas? —Arranqué y aceleré, dejándolo allí sin respuesta y con una polvareda digna de *Lluvia de estrellas*.

Llegué a casa de Bárbara con un tembleque de piernas que ni el mismísimo Bonnie M podría superar. Aparqué, de aquella manera, entre un vado y una plaza de minusválidos, saliendo torpemente de *Trinitario*. En el portal, las primeras lágrimas ya brotaban de mis ojos inyectados en rabia. Pulsé el timbre de mi amiga con insistencia dada la urgencia de mi estado emocional. Tras cinco segundos con el dedo apoyado en el botón, no obtuve respuesta. Insistí de nuevo otros cinco segundos con dos de regalo y, tras esperar otros cuatro sin respuesta alguna, rompí a llorar como una Magdalena, alertando a una señora mayor que venía con dos bolsas de naranjas.

—Pero ¿qué te pasa, hija mía? —Soltó una de las bolsas y posó una de sus ajadas manos sobre mi hombro.

—Mi amiga Bárbara no me abre la puerta, no debe de estar en casa y tengo una emergencia emocional —le expliqué sin dejar de llorar como una niña pequeña.

—Estará haciendo el coito, siempre está haciendo el coito. Les oigo muchas veces, ¿sabes, bonita? —Miré a la señora con los ojos bien abiertos, atónita, parando en seco el lloro. ¿Sabría Bárbara que su vecina octogenaria la oía chingar?

—No creo, señora, será que no está. Es domingo, tendría algún compromiso.

—Ya te digo yo que no, están copulando como monos. Levanta y sube conmigo, verás cómo te abren. —Le hice caso y, atusándome el pelo y recomponiendo la compostura, subí con ella hasta el rellano del segundo—. Toca, reina, toca. —Di unos golpes tímidos en la puerta con los nudillos—. Así no, muchacha, así. —La señora empezó a dar berridos y a tocar el timbre como si se le hubiera ido la cabeza.

—Pare, señora, no hace falta montar este *show*, no es tan grave, puedo volver en otro momento.

La señora no me hizo caso y siguió gritándole a Bárbara que abriera la puerta a su amiga en estado de emergencia.

—Pero ¿se puede saber qué escándalo es este? —Héctor abrió la puerta envuelto en una sábana blanca como un romano.

—Lo ves, hija mía, estaban coitando. —La señora abrió su puerta y entró en su casa dejándonos a Héctor y a mí frente a frente.

—Lo siento, ella insistió —me excusé ante Julio César.

—Anda, pasa. —Héctor me invitó a entrar haciéndose a un lado.

—Se te ve la *churra* —le comenté mirando al frente.

—¡Barbi, es Merche, no se está quemando el edificio! —gritó.

—Pero tú estás loca, menudo susto nos has... —Cuando llegó hasta mi altura con su bata de satén marcando sus pezones erectos se quedó muda al ver mi cara de desesperación—. ¿Qué ha pasado, Merche, ha muerto alguien?

—Pues la verdad es que... Gillon ha muerto. —Empecé de nuevo a llorar como una descosida.

—¿¡Cómo!?! —Bárbara chilló con la cara desencajada y, recuperando la compostura, ordenó a Héctor que preparara una tila y se cubriera los michelines y el pene.

—A sus órdenes, mi capitana. —Héctor hizo un saludo militar y con el culo al aire se metió en la cocina.

—Merche, ya puede ser de verdad lo que estás diciendo.

—¿Sabías que tu vecina os oye copular? —pregunté dispersándome del tema que me ocupaba.

—Sí, ella y todos los del edificio, hace poco puso un cartel en la portería pidiéndonos que no coitásemos fuera de horas. Bah... es una vieja loca, creo que nos espía.

Me encogí de hombros y me tiré en el sofá.

—Merche, ¿se puede saber cómo ha fallecido Gillon? Qué tragedia, lo siento. No sé qué decirte, debes de estar hundida en el dolor.

—Bueno, muerto, muerto... no, solo que Gillon no es Gillon.

—¿Cómo? —Me miró con los ojos abiertos de par en par.

—Que Gillon es un tío de Murcia.

—¿Qué? —Su gesto ahora había pasado de la estupefacción al enfado.

—Me ha engañado, estaba haciendo un estúpido papel.

—A ver que me centre. —Se reajustó la bata—. ¿Tu prometido Gillon no es Gillon y estaba fingiendo ser otra persona?

Asentí.

—¿Es de Murcia?

Volví a asentir.

—¿Te ha hecho algo? —Bárbara me inspeccionó el cuerpo.

—No, solo follarme muy bien, pero eso ahora ya carece de importancia.

—Rompí a llorar otra vez.

—Digo que si te ha hecho ahora algo, daño físico, no sé.

—Me ha dañado el corazón. ¿Te parece poco? Le he hecho bajar del coche en cuanto me lo ha confesado.

—Menos mal. —Suspiró aliviada—. ¿¡Tú eres gilipollas!?! —me gritó—. ¿Cómo se te ocurre decir que Gillon ha muerto?

—Yo no lo he dicho, lo has dicho tú. Y, en un sentido metafórico, lo ha hecho. Es un farsante, un delincuente del amor, un terrorista ético. —Barbi levantó una ceja—. El tal Pedro es un aspirante a actor al que no le sale ningún *casting* y por lo visto quería probar su valía conmigo.

—Así que se llama Pedro.

—Sí, Pedro Barquero.

—Miraremos su Facepook.

—No quiero ver su Facepook.

—Es preciso, igual es un loco al que tenemos que denunciar. ¿Te imaginas cuántas prometidas puede tener? ¿No te habrás hecho fotos comprometidas con él? Podría extorsionarte.

—No, no me he hecho ninguna foto. ¿Para qué querría extorsionarme?

—Para ganar dinero, si no es cardiólogo, ¿de dónde ha sacado el dinero para pagar esos vinos caros y ese anillo?

—No lo sé, Bárbara, intenté escucharlo pero no pude, estaba presa de la ira y solo quería desaparecer y no verle el careto. Me dijo que yo le gustaba. —Reí tontamente.

—¿No estarás pensando volver a verlo? —Bárbara me conocía demasiado bien y se antepone a mis pensamientos.

—No... qué va —dije haciéndome la longuis.

—Te lo prohíbo, ¿me oyes? —Me miró muy seria.

—¿Y cómo me vas a prohibir eso? ¿Me vas a retener en tu casa?

—Últimamente no te conozco, Merche. —Bárbara se cruzó de brazos, y eso solo significaba una cosa: me iba a echar la monserga—. En primer lugar, tú también le has mentido, yo te conozco y sé que no eres una chalada, o eso creía yo. En segundo lugar, te has estado trajinando a otro tío trece años menor que tú, cosa que aprobaría si fueras soltera, pero no lo eras, o eso creías.

—Lo mío está totalmente justificado —me defendí.

—No te engañes, se te ha ido la olla mucho, Merche. Te quiero, pero la has liado parda.

—Os he oído, básicamente porque estaba escuchando —dijo Héctor irrumpiendo en la sala con una bandeja cargada de tazas aún vestido con la sábana, bamboleando sus pelotas—. Veamos, Mercedes. —Se puso erguido frente a mí apuntándome con su *churra* flácida—. He seguido de cerca toda esta rocambolesca historia tuya, porque Bárbara me la ha contado.

Normalmente no escucho con detenimiento vuestras cosas, pero esta vez, y dada la demencia que envolvía tu aventura de amor, presté mucha atención todas las veces que me contaba algo. —Hizo un gesto y Bárbara le dejó hueco entre las dos en el sofá, posando todos sus atributos al aire en el sofá de imitación de piel.

—Héctor, ve al grano —le pidió Bárbara.

—No apruebo nada lo que has hecho, pero nada de nada. Hace tan solo un mes estabas sola y envuelta en color marrón, un marrón permanente tras jurar años atrás que no volverías a catar varón.

—No era así exactamente, el juramento no prohibía tener orgasmos —dije toda digna.

—Tú me entiendes. —Héctor ladeó su redonda cara, pareciendo un *smiley* de WhatsApp—. Te prometiste con un señor, al que no conocías, en un programa de televisión con una peluca más fea que el Fary chupando limones.

—¡La peluca no era fea! —protestó Bárbara dando un respingo.

—Feísima, cariño. Además, se notaba mucho que era una peluca —la reprendió Héctor.

—Eso me ha dicho Pedro, que sabía que era una peluca. —Puse cara de zurullo.

—La cosa, Merche, es que tú tampoco has sido sincera, le dijiste que tenías una empresa de moquetas. ¿Quién cojones se pone una moqueta en Alicante?

—¡Los hoteles! —apuntó Bárbara con el dedo levantado—. Recuerdo en mi graduación como *personal shopper*... —Héctor le hizo un gesto de silencio para poder continuar con su particular discurso moralista.

—Ese hombre se ha sincerado contigo y te ha dicho que le gustas. Si te prometiste una vez a ciegas con él, ¿qué diferencia hay ahora? Deberías hablar con él, Bárbara me dijo que parecías muy feliz. Por mucho papel que estuviera haciendo, algo de su yo verdadero habría, ¿no crees?

—Y siempre podemos hacer un nuevo test de compatibilidad —añadió Bárbara antes de abrazar a su chico—. ¡Qué orgullosa estoy de mi Héctor!

—Pues yo de vosotras no, estáis muy chaladas. —Héctor se puso en pie regalándome de nuevo la visión de sus pelotillas peludas—. Y, Merche, corta el rollo con ese crío, podrías ser su tía. Yo me dedico a la electricidad, no soy un casamentero, ese es precisamente vuestro trabajo. Que tenga que sentarme sobre mis huevos desnudos para dar este tipo de consejos no se perdona, no se perdona... —La voz de Héctor se fue disipando por el pasillo que conducía a

su habitación.

—Qué suerte tienes, Bárbara, es un gran tipo —le dije a mi amiga.

—Es como una bolita de patata, pero lo adoro.

—No es para menos, además, creo que tiene mucha razón, yo tampoco he sido nada sincera con Pedro-Gillon y, además, se la he estado pegando con otro tío. —Bajé la voz—. Soy un desastre, Barbi.

—Venga, Merche. Solo estabas explorando nuevos territorios, nunca se sabe por dónde saldrá el sol. —Me pasó el brazo por encima del hombro—. Todos nos equivocamos alguna vez y todos tenemos derecho a una segunda oportunidad. Tú también. —Me dio un beso en la mejilla.

Asentí.

—Tienes razón. Y, oye... ya que estamos, también tenías razón sobre los atributos de Héctor, tras ese pelamen hay un buen material. —Puse los ojos del revés.

—Ya sabes, querida, que donde hay pelo hay alegría. —Bárbara rio abiertamente ante mi atrevimiento y yo también lo hice. Unas risas siempre vienen bien—. Bueno, yo solo te pido que tengas cuidado a partir de ahora. Y que tengas el móvil en la mano con la tecla de llamada sobre mi nombre cuando hables con él.

—Lo haré —dije levantándome.

—¿No te tomas la tila?

—No, creo que me voy.

—¡Eso, Merche, márchate y conoce de nuevo el amor! —gritó Héctor desde su dormitorio—. Y llama antes de venir. Nos has jodido el coito, ¡el coito!, ¿¡lo oye, señora Lola, el coito!?! ¡Vamos a coitar fuera de horas!

—Me marcho ya, remata la faena. —Le di un abrazo a mi amiga y salí de allí con una visión totalmente nueva del asunto. ¿Quién sabe? ¿Por qué no? Después de la lluvia siempre sale el sol, sea por donde sea, ¿no?

Cuando salí del piso de Bárbara, la desgracia se había cernido sobre mí, *Trinitario* había sido secuestrado por la grúa municipal, dejándome desamparada y a bastantes calles de mi barrio. No podía interrumpir de nuevo a la pareja de bonobos para que me acercaran a casa, así que la mejor opción era llamar a un taxi y que me llevara al depósito municipal.

La operadora me aseguró que en cinco minutos vendría a por mí el taxi número treinta y siete. Pero los cinco minutos se convirtieron en quince.

—¿Qué haces aún aquí, muchacha? —La vecina loca de Bárbara me asaltó por detrás y comprobé que seguía cargando esas dos bolsas de naranjas.

—Qué susto me ha dado, señora.

—Pues no entiendo el porqué.

—Estaba distraída y me ha dicho eso por detrás...

—No deberías estar aquí sola, es un barrio muy peligroso —me dijo a media voz cerca del oído.

—Lo tendré en cuenta.

Tras decirle esto último, continuó su marcha con las dos bolsas de naranjas a cuestas y yo la seguí con la mirada hasta que un pitido me sobresaltó de nuevo.

—¿Ha pedido usted un taxi?

Por fin había llegado el maldito taxi número treinta y siete.

—Sí, ha llegado usted más de diez minutos tarde —contesté bastante cabreada subiendo en la parte trasera y sin fijarme en la cara del conductor, pero un olor en particular me llamó la atención.

—Estaba comiendo, señora, ni tomarme un cafelito me ha dejado.

—¡Usted otra vez! —De nuevo estaba montada en el taxi del señor adicto a los fiambres rosas—. ¡Se largó con mi detector de metales y nos dejó más tiradas que un felpudo! —le increpé, omitiendo a regañadientes un «capullo» que me salía del alma.

—¡Vaya, la loca de las palas! —exclamó volviendo la cabeza hacia mí—. Me salió un servicio para Novelda y tardé más de la cuenta. Cuando volví, ustedes ya no estaban en la playa y no tenía modo de encontrarlas. Tengo en el maletero su detector, si aún lo necesita.

—Yo no soy ninguna loca de las palas, que usted no entendiera la gravedad del asunto no le da derecho a otorgarme tal apelativo.

—Lo que usted diga, señora. ¿Adónde quiere ir hoy? ¿A un Leroilo Markon a por un martillo neumático? —Siguió en su mundo particular de

taxista.

—Menos cachondeo, hoy tengo bastante prisa, debo recuperar al amor de mi vida. Así que lléveme al depósito municipal de vehículos.

—¿Encontró usted el anillo?

—Eso no es asunto suyo —contesté de mal humor bajando la ventanilla para aliviar el tufo a mortadela con aceituna que se destilaba en la estrechez del taxi.

—¿Quieren ustedes un zumo? —La vieja de las bolsas de naranjas metió la cabeza por la ventanilla risueña y generosa.

—Señora, saque la cabeza del coche, por el amor de Dios. —Empujé a la vecina de Bárbara con la palma de mi mano haciendo palanca en su cogote.

—Oiga, respete usted a las personas mayores —me reprendió el taxista—. Yo sí me tomaría uno.

—¡Tengo prisa, por favor! —grité desesperada y agonizante por la peste a mortadela.

—Marchando un zumo rico de piña —dijo la vieja de las naranjas.

—¿Cómo que de piña? —pregunté con intriga.

La señora se posicionó en la ventana del conductor y le golpeó el cristal con los nudillos para que este la bajara. El taxista *mortadelomaniaco*, con ansias de ingerir tal zumo, abrió la ventanilla con una estúpida sonrisa en la boca, todo esto mientras yo gritaba que tenía prisa y que iba a demandarle por daños morales. La señora, ni corta ni perezosa, metió medio cuerpo dentro del taxi con dos naranjas en las manos y, con una fuerza extrapolable a la de Hulk, se las exprimió con los puños sobre la entrepierna.

—Pero ¡qué cojones! ¿Está usted loca? —gritó el taxista intentando quitarse a la señora de encima.

—Zumo de piña para el niño y la niña —repetía ella acompañando sus palabras con risas demoniacas.

—Respete usted a las personas mayores —me atreví a decirle al taxista que estaba a punto de coger a la señora del cuello.

Se engrescaron en una disputa que terminó con la vieja lanzándole naranjazos, con una puntería sin rival, al culo del taxi alejándose. Pasé de recoger a *Trinitario* del depósito y opté por ir directa a mi casa. No tenía tiempo que perder y los tacones formales que me había puesto para asistir a la comida familiar de mi madre me estaban matando los pies. El día se me había hecho demasiado largo, habían sucedido demasiadas cosas en tan poco tiempo y tenía el cuerpo y la mente agotados, pero aún me quedaba lo más importante

por resolver.

Ese hombre, a pesar de tener la personalidad del Dr. Jekyll y Mr. Hyde, despertaba en mí el deseo de amar y, teniendo en cuenta que ahora Gillon se había disipado en alma pero Pedro quedaba en cuerpo, seguía sintiendo ganas de conocerlo a fondo y darle una oportunidad a esa cara perfecta enmarcada en gafas de pasta. Era un delicioso delincuente emocional. Con su mal comportamiento, me había robado la poca dignidad que me quedaba tras unas cuantas citas desastrosas. Ahora me preguntaba qué habrían vaticinado los fisionomistas de CaralízaME (qué cabrones, aún me debían el reembolso de lo que aboné), así como el dichoso test *vintage* de Bárbara, que solo me otorgó un treinta por ciento de compatibilidad con Gillon. Debía hacer, lo antes posible, una nueva valoración con Pedro dadas las circunstancias.

Llamé a Pedro para que viniera a mi casa y él se mostró muy receptivo a venir cuanto antes. Mientras lo esperaba, doblé todas sus cosas y las puse en su *trolley* estilo Gillon, cerciorándome entonces de que todas aquellas prendas de marca eran verdaderas. Era una gran incógnita saber cómo pudo pagar aquel vino tan caro y de dónde sacaba el dinero para vestir de semejante nivel. Quizá tenía, mientras que le salía un *casting* o no, alguna profesión que le reportaba grandes ingresos, igual era abogado, arquitecto o notario. Mientras doblaba el último jersey Putiferry sonó el timbre y supuse que sería él, no esperaba a nadie más esa tarde y, efectivamente, así fue.

Cuando lo tuve frente a frente en el umbral de la puerta, un calor intenso me recorrió el cuerpo. Esboqué una sonrisa forzada.

—Hola, Pedro-Gillon.

—Gracias por dejarme venir, Merche —dijo ajustándose las gafas en el puente de su preciosa nariz.

—Pasa —contesté conteniéndome las ganas de tirarme a sus brazos, ese hombre, fuera Gillon o Pedro, me había regalado unos momentazos de placer innegables.

—Merche, te juro que estoy muy arrepentido de todo lo que he hecho, soy un verdadero imbécil.

—No hay duda de que lo eres y que de primera mano me ha impactado, y mucho, pero creo que me apetece escucharte y disipar unas dudas que tengo —le dije invitándole con la mano a que pasara a mi sala de estar.

—Y yo estaré encantado de responder a todas tus preguntas.

—Ahora me están cuadrando tantas cosas: el chico que te saludó en El Fondillón, que nunca aparecieras por la puerta de salida de pasajeros, los

cambios de vuelo... ¿Qué pensabas hacer, casarte conmigo y fingir que eras un cardiólogo inglés toda la vida?

—No. Pensaba desaparecer sin más.

Aquello me dolió más de lo que pensaba, pero no quise que él se diera cuenta de ello.

—Serás malparido, te embadurnaste las manos con Potonesil sabiendo perfectamente lo que era. —Levanté la mano para darle un sopapo, pero me contuve.

—No me quedó más remedio, desvelar que conocía esa crema me hubiera delatado —respondió con una media sonrisa.

—¿De qué vives, Pedro? ¿Cómo puedes pagar esos vinos tan caros y esa ropa que llevas?

—No me dedico a nada, Merche, ya te he dicho que soy un aspirante a actor y bastante malo.

—¿Entonces?

—Entonces ¿qué? —Pedro quería eludir mi pregunta por alguna extraña razón.

—¿Que de dónde sacas el dinero?

—Tengo una tía rica que me da dinero —dijo con los labios fruncidos, avergonzado por aquella confesión.

—Claro, eres un puto —lo corté en seco.

—¿Qué dices? Yo no soy puto! —me contradijo molesto.

—Dadas las circunstancias, podría ser que lo fueras.

—Pero no lo soy, Merche.

—¿Y por qué te da dinero una mujer rica?

—Digamos que gestiono su patrimonio. Es mi tía abuela rica. En sus tiempos mozos, montó una *boutique* en Mazarrón y se montó en el dólar. Era una mujer muy emprendedora y fue reinvertiendo el dinero amasando una pequeña fortuna. Nunca se casó y no tuvo hijos. El resto de la familia está deseando que la palme para repartirse la herencia, pero yo le tengo mucho aprecio y ella lo sabe. Me adora y me trata como si fuera su propio hijo. Y, además, siempre me ha apoyado para que fuera actor.

—¿Y qué haces exactamente con ella para que te agasaje con tanto lujo? —pregunté sin pensar en si quería saber la respuesta.

—¡No pongas esa cara, Merche! Es mi tía, por el amor de Dios.

—Perdona, pero hay muchos putos que llaman «tía» a sus clientas.

—Joder, que ya te he dicho que no soy un puto y puedo probar que es mi

tía carnal, de hecho, el anillo que te di es suyo. Ella sabe de todo el paripé, me animó a ir a la tele a que todo el mundo viera mi talento y, con un par de contactos, como te dije, lo conseguí. Pensamos que si la liábamos gorda, podría dar el salto a programas de cotilleo y de ahí a conseguir algún papel en alguna serie de televisión o...

—O sea, que la vieja también está en el ajo. —Fruncí el ceño, molesta con la tía.

—Lo cierto es que ella me aconsejó que te dijera la verdad después del programa; fui yo quien alargó la desagradable broma. De todas formas, no pensamos que una mujer, la que fuera que me pusiera el programa, dijera que sí. Me dejaste flipando, Merche, la verdad.

—¿Y qué querías que hiciera, decirte que no y dejarte mal delante de toda esa gente?

—No lo sé, se me fue de las manos, pero en el fondo me alegré de tu respuesta, porque me caíste bien, eras graciosa e inteligente, y muy guapa, y me dio la oportunidad de conocerte mejor. Mucho mejor.

Lo miré con desconfianza, aunque sí parecía sincero.

—Tú querías aceptar lo del *show* de la boda, ¿verdad?

Asintió, bajando la cabeza.

—Sí, no me esperaba que nos ofrecieran aquello y hubiera supuesto un buen trampolín para mi futuro como actor; pero cuando vi que tú no querías, tuve que desestimar tal posibilidad, tampoco iba a obligarte, y aunque creas que no tengo principios, los tengo, y por eso no quise insistirte.

—Estoy un poco alucinada con todo esto. No sé si creerte, igual me estás contando una historia tipo la de la muerte de tus padres, eso no estuvo bien.

—Lo sé y de nuevo, lo siento, las partes dramáticas no son lo mío, me inspiró mucho en De Niro. Además, me pillaste desprevenido, tuve que improvisar.

Se me escapó una risa.

—Joder con la improvisación, podrías haberlos matado de una forma más normal. De un accidente de tráfico a secas, es lo más socorrido.

Se encogió de hombros.

—¡Pues anda que tú estuviste fina con lo de tu trauma infantil!

—¿De qué hablas? Yo no tengo ningún trauma infantil, mi madre por aquel entonces era bastante normal, me hacía bocadillos de Novilla y chorizo con margarina.

—Veo que tampoco andas muy bien de memoria. Me dijiste que cuando

veías penes flácidos te daban ataques de locura...

Lo corté en seco al recordar tan lamentable espectáculo.

—Vale, entendido. Yo tampoco soy una excelente actriz, aunque he de reconocer que tú me la colaste pero bien.

Pedro se sonrojó ante mi cumplido, lo cierto es que no era tan mal actor como creía.

—En fin, Merche, ya te presentaré a mis padres algún día, si tú quieres. Mi madre también hace unas pelotas con cocido de chuparse los dedos. A Milagros no le gustaban, y mi madre la odiaba por eso.

—¿Quién leches es Milagros, no te lo estarás inventando?

—Joder, Merche, a pesar de todo lo que ha pasado, soy un tipo normal. He tenido una vida antes de ti. Espero que con el tiempo me perdones y me quieras como yo te quiero a ti. —Deslizó los dedos por mi cara y sentí una inmediata oleada de deseo.

—Pedro Barquero, quererte no sé si te quiero, pero no negaré que me pones bastante y algo debo de sentir, si no no estarías aquí ahora —dije molesta con mi indefendible golferío. ¿Cómo podía estar cachonda tras descubrir de qué modo me había mentado?

—Merche, me pones muy burro cuando te enfadas. Estoy conteniéndome todo el tiempo, pero te lo haría ahora mismo. —Se inclinó hacia mí, poco a poco.

—Y a mí me pones perraca cuando cantas. —Me acerqué más a él, casi rozando su boca con la mía, y se le iluminó la cara.

—Prometo cantarte cada vez que te folle —me prometió, tomándome la cara entre las manos, como hacía siempre.

—Y yo enfadarme si no lo haces —empecé a decir presa de la lujuria y el desenfreno, pero ya no pude seguir hablando. Mi recién estrenado Pedro Barquero me estaba besando por primera vez tras desvelar su verdadera identidad, volviéndome loca como lo había hecho siempre.

—Espera, Pedro —le pedí, aún me costaba llamarle así, recuperando el resuello.

—¿Qué sucede, Merche? —me preguntó con un atisbo de preocupación en la voz.

—¿Me prometes que me has contado toda la verdad?

—Te lo juro. —Levantó la mano y con la otra se agarró el pecho como si estuviera jurando la Constitución—. ¿Puedo seguir besándote otra vez?

Asentí, con un palpitar clitoriano nivel mil, y volvimos al ataque. De

repente, la vida era divina. Sabía que todavía había cosas pendientes y que todavía habría que dar muchas explicaciones, pero en ese momento nada de eso me importaba ya, estaba entre los brazos del hombre del que podría estar perdidamente enamorada y solo quería volver a volar por los aires a golpe de pollazos.

Aquella tarde hubo mucho amor entre mis sábanas, sudor a raudales, jadeos y gritos entusiastas maridados con mucho cante folclórico. Fue una de esas tardes que deberían marcarse con un circulito fucsia en el calendario de la memoria. Recuerdo absolutamente todo de aquellas horas: la conversación previa, durante y posterior, todos los detalles del encuentro amoroso... nuestros cuerpos encajando y desencajándose en un ritmo perfecto, sus ojos azules fundidos en los míos, sus labios entreabiertos gozando de mí, el gesto contraído de su rostro mientras se corría.

—¿Cuándo volveremos a vernos? —preguntó, a punto de salir de mi dormitorio. Yo estaba exhausta sobre el colchón, deseando dormir.

—El viernes que viene, si es que puedes pillarte un avión.

—Qué graciosa, Merche. —Avanzó unos pasos hacia mí y me besó lentamente, como quien paladea un sabroso manjar. Nos costó separarnos, pero finalmente Pedro volvió a erguirse—. ¿Y si vemos el programa juntos?

—Me parece bien.

—Estupendo, entonces el jueves nos vemos. ¿Aquí o en mi casa?

—Lo hablamos durante la semana.

Y así fue cómo llegó el día de la retransmisión de mi cita con Gillon en *First Dates*. Aquel fue también el día en el que el veranillo de san Martín nos dijo adiós y comenzaron las lluvias otoñales, esas que siempre anuncian en los telediarios como la gota fría, y el aguacero descargaba sobre la ciudad como si quisiera cobrarse una deuda.

El tiempo desde el sábado había transcurrido demasiado lento para mi gusto, a caballo entre *wasaps* picantones con Israel de buena mañana, ya que parecía estar muy ocupado el resto del día entre sus clases en el Conservatorio, el trabajo en La Altramuza y los ensayos finales para el certamen de danza de otoño (o tal vez gozando de sexo desenfrenado con una, dos o tres niñas en su cama de tío bueno); llamadas mimosas, al caer la noche, de Pedro, que aun siendo Pedro, hijo natural de Balsicas, seguía siendo todo un *gentleman* y conseguía regalarme los oídos con palabras bonitas; y la puesta en marcha del taller de *crochet* solidario. Tenía siete señoras la mar de hacendosas haciendo bolsos y fundas cada tarde y la cosa iba viento en popa. Eran máquinas de hacer ganchillo. Ganchilleras de primera. En pocos días tendríamos el primer pedido preparado y pondríamos en marcha el segundo, que ya nos había hecho llegar Susana, que se había autoproclamado contable sin ánimo de lucro de la microempresa, además de encargarse de los pedidos de material. No sé cuál de las dos estaba más emocionada con el proyecto: ella o yo.

Esa tarde me dejé caer por el restaurante de Serendipity y ella nada más verme cruzar la puerta vino a abrazarme con su sonrisa indestructible. Esa mujer era feliz siempre o tal vez lo estaba inducida a base de sus orujos de hierbas, no lo sé, aunque eso último seguro que tenía mucho que ver. Cada vez que me tomaba uno, volaba, pero volaba de verdad.

—Estás radiante —dijo prestando atención a la aureola que debía de flotar por encima de mi cabeza.

—¿Puedes verlo sin tu lámpara?

—Sí, cuando el aura comienza a florecer los efectos son evidentes para todos. Transmites paz, alegría... —Me achuchó apretujándome contra su pecho caído.

—Me encuentro muy bien y la limpieza, aunque tuvo su riesgo, ha provocado que duerma mucho mejor, antes apenas conseguía dormir seis horas del tirón.

—Me alegra oírte decir eso, Merche. Eres muy buena persona y te mereces

ser feliz.

—¿Me das el alta, entonces?

—Todavía no estás del todo curada, aunque estás muy cerca de conseguirlo, la evolución ha sido exponencial, pero hay algo... —frunció el ceño entonces—... que aún debes solucionar.

Y qué razón tenía, todavía no había conseguido aclararme en cuanto a los dos hombres que había en mi vida y que tanto habían aportado a su manera a mi curación emocional. Ambos me gustaban por igual, o de forma contraria, pero complementaria. ¿Por qué tenía que elegir a uno?

Me marché de allí convencida de que tenía que tomar una decisión al respecto y una botella de su orujo en el bolso por si necesitaba volar en algún momento.

Pedro y yo habíamos acordado ver el programa juntos en mi casa al calor de mi colcha y un buen vino que él traería de la bodega de su tía Gertru. La mujer era una vieja conservada en alcohol de buenas cosechas y puede que hasta fuera socia de las bodegas La Faraona.

—¿Estás nerviosa? —Pedro me pasó una copa de vino tinto denso.

—Un poco, pero ya sé lo que va a pasar, y eso le resta emoción al momento.

—Deberíamos pedirles un porcentaje del *share* de audiencia que vayan a sacar hoy —bromeó Pedro sentándose a mi lado reclamando un trozo de colcha.

—No vamos a reclamar nada, solo espero que nadie me reconozca.

—Es una broma, Merche, parece mentira que no me conozcas. —Me guiñó un ojo y yo le devolví el gesto con una burla.

—¿Crees que nos dará tiempo a hacer tararí que te vi? —pregunté con ese palpitar imperecedero que me acompañaba últimamente.

—¿Tararí que te vi?

—Sí, chun chun, tras tras, ñaca ñaca...

—¿Te refieres a un *We will, we will rock you*?

—Sí, a eso mismo me refiero —dije dando saltitos con mi culo sobre el sofá como una niña desesperada por una chuche.

—Vamos a darle a la batuta. —Pedro me agarró en volandas haciéndome derramar el contenido de la copa sobre el sofá y me llevó a la habitación.

Sin quitarle el ojo al despertador de mi mesita para que no se nos pasara la hora de la emisión, retozamos como posesos y fieles a nuestro estilo sexual más genuino, cargado de canciones de Queen y *Mi jaca*, haciéndonos sudar

como si ciertamente estuviéramos posesos en un concierto. Esta vez, además, introduje una habanera, canto lírico típico de la zona, que a Pedro no le gustó, así lo dejó patente conforme me arranqué a entonar la primera estrofa de *La bella Lola*.

Y al fin llegó el momento. De un salto, salimos de la cama desnudos y nos acoplamos en el sofá compartiendo la colcha a gusto.

—Merche, estás temblando.

—Es una mezcla de frío y nervios. ¿Sabrá media España que llevo una peluca?

—Probablemente. —Pedro rio.

—Eso no me ayuda.

—Tranquila, nadie nos va a reconocer, ambos llevamos *looks* y personalidades diferentes.

—Tienes razón, voy a relajarme. —Busqué su mano y la agarré con fuerza y finalmente las entrelazamos como unos verdaderos novios de toda la vida.

—*Bienvenida, Mercedes.*

—*Hola, Carlos, gracias.*

—*Ven conmigo, tu acompañante estará al caer.*

—*Estupendo.*

—*¿Quieres tomar algo mientras le esperamos?*

—*Sí, por favor, un vino blanco me vendría genial.*

—Qué guapa sales, la cámara te quiere, Merche —comentó Pedro con orgullo.

—Sí, la verdad es que sí —afirmé viéndome en la televisión—. Además, no se nota que es peluca.

—No, al tacto sí, pero tras la pantalla, no.

—*¿Una empresa?*

—*Sí, de colocación.*

—*Y ¿qué colocas, Mercedes?*

—*De colocación de alfombras.*

—*¿Alfombras? ¿Has dicho «alfombras»?*

—*Y moquetas.*

—¿Cómo se te ocurrió otorgarte la gerencia de una empresa de colocación de moquetas? —preguntó Pedro muerto de la risa.

—Perdona, pero es un trabajo muy digno. Aportas calidez a los pies de los seres humanos —comenté contrariada también por aquella invención tan poco glamurosa.

—¡Lo que tú digas! Pero es poco probable colocar moquetas en Alicante.

—Y dale, alguien las colocará.

—*Hola, encantada de conocerte, Gailan.*

—*No, Gal-lan, no. Gil-lon.*

—*Gaelon.*

—*No, Gal-lon. Gil-lon.*

—*Pero ¿eso es un nombre o un insulto?*

—Ay, Dios mío, qué vergüenza. —Me tapé la cara con las manos.

—Fue muy divertido, Merche, mira qué cara pone el Sobera. —Pedro se lo estaba pasando bomba y se partía literalmente la caja.

—Es que vaya nombre elegiste, no podías haberte bautizado como Mark, Paul o Kevin.

—Gillon me pareció más ocurrente y distinto. Era consciente que nadie sabría pronunciarlo correctamente, y ahí estaba la gracia.

—*Mersedes, he de desirte que tienes un look magnífica. Siempre me han gustado las damas con el pelado largo.*

—*Tienes toda la razón.*

—*¿Te encuentras bien?*

—*Estoy magnífica.*

—*¿Quieres tomar vino?*

—*Sí, por favor.*

—Ahora que lo pienso, tienes un excelente acento británico y hablas muy bien inglés. —Lo miré esperando una respuesta a esa dicción sajona tan perfecta.

—Sí, tía Gertru tiene la culpa. Me pagó los mejores colegios británicos durante mi infancia y adolescencia. Decía que era su pequeño Paul Newman y que haría de mí una estrella. También sé tocar el piano y el violín —añadió con orgullo.

—Vaya con tu tía, debe de quererte mucho.

—Sí, me adora, y yo a ella. Mis hermanos nunca quisieron darle un beso, decían que olía a naftalina, pero a mí me gustaba estar con ella y que me contara historias de las fiestas a las que había ido y la gente que había conocido cuando era la dueña de Trapones Chic.

—*¿Una esposa? ¿Querrás decir una novia, una amiga, una...?*

—*No, no, una esposa. Quiero casarme cuanto antes.*

—*Pues qué suerte que me hayas encontrado a mí, yo siempre he querido casarme con un caballero inglés como tú.*

—*Eres magnífica, Mergie. Cuando te he visto, he pensado: esta dama no puede tener defectas. Pero me equivocaba, me complace ver que no es así. No, queurida, no lo pienses mal, intuía que yo no estaría a la altura de una dama como tú. Pero ahora me doy cuenta de que he sido un tonto al pensar que no. Tú y yo estamos hechos el uno para el otro.*

—Ya llega el gran momento —dije entre grititos.

—¿Estás preparada? —Pedro me agarró con fuerza las dos manos.

—Qué remedio.

—Queurida, *ahora ya puedo decirte así, ¿quieres desposarte conmigo? Espera, queurida, espera.*

—Sí.

—¿Cómo has dicho?

—*He dicho que sí. Sí, quiero.*

Tras visualizar el momentazo en un intenso silencio, agarrados como si esperásemos la combinación de números que nos haría ganar la lotería, Pedro se incorporó del sofá. Me miró fijamente y vi como su nuez subía y bajaba tras tragar saliva.

—Merche, no sé cómo decirte esto. No me gustaría que pensaras que es otra de mis bromas o que estoy jugando contigo, o lo que quiera que puedas pensar de mí. —Yo lo miraba con los ojos bien abiertos y con la mano derecha en mi boca presa de los nervios—. Desde que empezamos esta aventura, montada por mí claramente, supe que la locura que envolvía mi estafa como persona se estaba convirtiendo en una realidad.

—¿Adónde quieres llegar? —intervine.

—Merche, me he enamorado de ti hasta las trancas. Con peluca, sin peluca, con moquetas y sin moquetas... Ese día te pedí matrimonio como Gillon el cardiólogo estirado y hoy, en tu casa, me arrodillo ante ti como Pedro Barquero y te lo vuelvo a pedir. ¿Quieres casarte conmigo?

Me quedé inmóvil y con la respiración entrecortada, procurándole un silencio dramático a aquella situación tan comprometida que habían vuelto a provocar Pedro y su insistencia, en tan corto intervalo de tiempo, por desposarse conmigo. Los segundos pasaban, los iba contando con los latidos de mi corazón. Y, finalmente, como por arte de magia o impulsado por los seres divinos de los cielos, fui salvada por la campana de mi timbre antes de tomar una decisión.

—¿Quién será a estas horas? —Pedro se mostró molesto con la interrupción.

—Alguna vecina. —Supuse, visiblemente aliviada, levantándome del sofá.

—No te entretengas, tienes una respuesta que darme. —Me guiñó un ojo y yo le dediqué mi mejor sonrisa.

Me puse la camisa de Pedro y me la fui abrochando mientras recorría el pasillo. No llevaba bragas y si levantaba un poco los brazos se me veía el culo desnudo, y lo que no era culo, es decir *mi pelado* rubio natural. Abrí la puerta y la sonrisa se me cayó a los pies, ante mí estaba un Israel mojado, de los pies a la cabeza, con su camiseta de La Altramuza.

—Hola, Israel, ¿qué haces aquí a estas horas? —Un pinchazo fuerte y repentino me asestó la sien.

—Tenía ganas de verte y no he podido resistirme a hacerte una visita, ¿molesto?

—No —respondí con la boca chica, entornando la puerta y saliendo al rellano.

—¿Y por qué no me dejas pasar?

—Es que tengo la casa fatal.

—Creo que podré resistirlo, ya has visto dónde vivo. ¿Pasa algo, Merche?

—Nada —respondí cruzando las piernas para que los restos del sexo no se me escaparan por los muslos.

—¿Me dejas o no? —dijo ya con un pie dentro del recibidor—. Bonita casa.

—Nooooooooo. —Me lancé sobre él y le hice un placaje a lo Hulk Hogan, cayendo Israel en plancha sobre el suelo—. Lo siento, lo siento mucho. ¿Te has hecho daño?

—¿A qué tipo de dolor te refieres, Merche? ¿Al provocado por la caída o al daño que le has hecho a mi corazón?

—¿A qué has venido? —pregunté con cautela ya oliéndome lo peor.

—Antes, en la tele, he visto algo que me ha dejado un poco alucinado y quería que me lo explicaras —respondió poniéndose en pie, y yo asentí.

—Pero ¿no trabajabas hoy?

—Sí, pero con la que está cayendo, no había nadie y Carmen, mi compañera, ha puesto la tele. Yo no suelo ver la tele, pero Carmen es una adicta al programa de citas del Sobera. ¿Sabes cuál te digo?

Asentí.

—Ha empezado a decir que te conocía, que eras una cliente habitual de La Altramuza.

—¿A mí?

—Sí, a ti. Al principio me ha costado un poco reconocerte, porque ese pelo largo y ese maquillaje a lo actriz de *Armas de mujer* eran un poco disuasorios, pero cuanto más miraba a esa Merche de Alicante y propietaria de un negocio de alfombras y moquetas, más me daba cuenta de que eras tú. ¿Eras tú? —me increpó.

Asentí de nuevo con un nudo en la garganta.

—¿Y qué hacías en ese programa?

—Pues lo que todos, supongo, vivir una experiencia.

—Sí, Merche, pero te prometiste a ese inglés en directo —me reprochó—. Eso es más una experiencia paranormal, ¿en qué pensabas?

—No lo sé. Me dio por ahí.

—¿Y cuándo se grabó ese programa?

—Hará un par de meses, fue antes de conocerte.

—Eso mismo he querido pensar yo, pero entonces me he dado cuenta de un pequeño detalle.

—¿Cuál?

Se metió la mano en el bolsillo y sacó mi pulsera de los deseos.

—Llevabas la pulsera que te regaló Barbi unos días antes de conocernos.

—¿Cómo ha llegado a tu poder?

—Se te cayó en mi casa el otro día, la encontré ayer cuando cambié las sábanas, pero eso no es lo que importa en este momento.

—Pues la verdad es que no sabía dónde la había perdido —comenté con ánimo de alterar el curso de la conversación.

—Pues aquí la tienes. —Hizo ademán de entregármela y yo la fui a coger, pero Israel me agarró la mano con fuerza—. Entonces, me he fijado un poco más, justo en el momento en el que ese tío cursilón te ha puesto el anillo en el dedo y he visto esto —añadió dándole la vuelta a mi mano. La quemadura se había oscurecido un poco pero todavía seguía presente—. Llevabas una tirita. Joder, Merche, no me lo puedo creer, eso pasó solo unos pocos días antes de conocernos, tras el accidente del café con leche en Flores de Azúcar.

Estaba presa del pánico, Pedro seguía en el salón seguramente escuchando toda esta conversación y a punto de intervenir si tenía sangre en las venas.

—Y ahora la pregunta del millón: ¿sigues viéndote con ese hombre?

—Sí.

—¿Sí? —Soltó una carcajada de loco—. ¿En serio? ¿Has estado liada con ese inglés de pelo churreto y conmigo a la vez?

—Sí.

—¿Y piensas casarte con él? —inquirió con tono arrogante.

—No lo sé.

—Pero ¿le quieres?

—Me gusta, sí.

—¿Y yo?

—Tú también.

—Joder, Merche. —Se cubrió los ojos con las manos. Estaba llorando. Por mí. Dios mío, me sentía fatal y lo peor estaba por llegar.

—Oye, tú, yo no tengo el pelo churretos. ¿Lo ves?

—Ahí estaba: Pedro Barquero en acción.

Israel apartó las manos y levantó la vista; sus ojos ya no lagrimeaban, aunque estaban enrojecidos y aquello resaltaba el azul de sus iris. Se encontró con Pedro detrás de mí, en la puerta del salón, con los puños cerrados y la tez enrojecida por la ira.

—¡Joder, está aquí! ¿¡Vive aquí!?! —chilló en un tono demasiado agudo para un hombre.

—No.

—¿Quién es este chico, Merche? —preguntó Pedro subiendo la voz.

—¿Y por qué cojones habla tan bien el español?

—No es inglés, en realidad —le respondí pegándome a Pedro haciendo de escudo humano para frenar que le pegara.

—¿Qué dices?

—Que no es inglés.

—Pero ¿qué sois vosotros?, ¿unos farsantes?

—Lo siento, Israel.

—¿Qué clase de persona eres, Merche? No te conozco.

—Soy una mentirosa, ya lo sabes.

—Eres mucho peor que eso, Merche. Eres una zorra. Has estado follando con dos tíos todo este tiempo.

—Pero ¿qué dice este chico, Merche? ¿A quién llamas tú «zorra»? ¡Lárgate de aquí, si no quieres que te parta la cara, niñato!

Me volví para calmar a Pedro, no me apetecía ver mi pasillo convertido en un *ring* improvisado.

—Pedro, por favor, luego te explico.

Me volví hacia Israel, pero él ya había salido disparado hacia la puerta. Lo seguí a la carrera.

—Israel, no te enfades conmigo. Tú y yo solo estábamos viendo lo que

pasaba entre nosotros. Además, tú también te ves con otras chicas, me lo dijo Jerson cuando me fui de tu casa —protesté perdiendo los nervios ya.

—Pero ¿cómo puedes ser tan cruel? Jerson no ha podido decirte eso de mí, porque yo no suelo llevar mujeres a casa, pensaría que eras un ligue de Pablo.

—¿Cuánta gente vive en ese piso?

—¿Qué importancia tiene eso ahora? —me replicó, intentando zafarse de aquella comprometida conversación bajando varios peldaños de las escaleras.

—¡Nos estábamos conociendo y no había ningún tipo de relación oficial! —grité, un poco a la desesperada, e Israel volvió a subir los escalones encarándose conmigo.

—¿Hace falta? ¿Tenía que pedirte salir? Para mí era algo evidente. Creo que esas cosas están de más, surgen a medida que la cosa marcha. ¿O es que tenía que hincarme de rodillas y regalarte un anillo para que me tomaras en serio? —Me puso la pulsera en la mano—. Espero que tu deseo se haya cumplido, el mío se acaba de joder. Qué te vaya bien con ese tío. Sois tal para cual.

Israel bajó a toda prisa las escaleras y yo me quedé mirando cómo lo hacía en silencio, con las lágrimas arrasándome las mejillas.

—Me debes una explicación. —La voz de Pedro me llegó desde atrás.

Tardé unos segundos en reaccionar, antes necesitaba buscar una buena explicación, pero no la tenía, así que opté por bajar las escaleras tras Israel.

—¿Adónde vas? —gritó Pedro saliendo también tras de mí.

Era como una saltadora olímpica de obstáculos, saltaba los escalones de dos en dos o de tres en tres. Solo sé que me vi volando sobre un conjunto de peldaños con una camisa de hombre, que no cubría bien mis partes nobles. Era una loca semidesnuda que corría tras su amante. Pero la noche no había hecho nada más que empezar. Cuando conseguí llegar al portal sin romperme la crisma, al abrir la puerta de hierro me encontré de bruces con Julio, pulsando mi timbre en el telefonillo.

—¿Qué haces tú aquí? No te he dado permiso para llevarte a *Bienvenido* —le fui hablando mientras cabeceaba buscando a Israel por la calle. Al fin lo vi detrás del coche de Juanjo, que hoy, debido a la torrencial lluvia, había prescindido de su habitual inspección de bajos, montado en su moto a punto de arrancar—. ¡Espera, Israel, no te vayas! —Me fui derecha hacia él.

—¡Se te ve el culo, estás desatada, Merche! —me gritó Julio mientras Pedro hacía su aparición estelar en el portal. En calzoncillos.

—Israel, por favor, vamos a sentarnos los cuatro, los tres, no sé qué leches

hace Julio aquí.

—Seguramente sea otra de tus víctimas —contestó poniéndose el casco dispuesto a marcharse.

—No, no lo es. De verdad que no sé qué pinta aquí.

—Pues qué voy a pintar, soy tu Julio, el verdadero amor de tu vida. —De repente, aparecieron detrás de mí Pedro y Julio en amor y compañía, uno decentemente vestido de la cabeza a los pies y el otro en gayumbos y unos calcetines negros.

—Oiga usted, que yo sepa, su prometido soy yo, yo soy el verdadero amor de su vida, díselo, Merche, díselo a este hombre —intervino Pedro con menos credibilidad que una pelea de *Los Ángeles de Charlie*.

—Todo esto me parece ridículo, Merche, me voy de aquí, que disfrutes tu *ménage à trois*.

—Israel, no, por favor, eres la persona más cuerda aquí en estos momentos, no te marches, te necesito —supliqué por su permanencia en todo aquel embrollo.

—Adiós, Merche.

Y tras esas palabras, todo se tornó negro.

Cuando recuperé el sentido, con mi cuerpo tendido en el gélido y mojado asfalto, lo primero que me vino a la cabeza fue que iba sin bragas y mis manos fueron automáticamente a cubrir, con la camisa de Pedro, mi loco «felpudo». Suspiré de alivio, alguien había tenido el gesto de cubrirme con algo. Lo segundo, fue aquel penetrante olor a pescado que me envolvía como una nube de moscas. Estaba por completo empapada, y no era solo de lluvia, allí había algo más, que no tardaría en descubrir. Lo tercero, fue un terrible dolor de cabeza acompañado de varios sentimientos entremezclados entre sí como las raíces de un árbol centenario: pánico, vergüenza, curiosidad... Escuchaba voces cayendo sobre mí, como la lluvia, que no daba tregua. Abrí los párpados despacio, decenas de ojos se cernían sobre mi persona expectantes, y entonces, como una autómatas del amor, dije:

—Te quiero.

—¿A quién se lo dirá? —preguntó una voz que aún no conseguía ubicar.

—A mí, claramente. —Una ráfaga de migas cayó sobre mi cara.

—¿Qué hace usted aquí? —le dije a Jacinto, fue la primera persona que focalicé.

—He venido a traerle su detector de metales. Tenía una horita libre para cenar y aquí que he venido, señorita. Al final, con las prisas, se lo dejó en el

taxi.

—¿A este también te lo estás tirando? —Mi vista se fue derecha a esa voz y pude reconocer la cara de Israel.

—¿Podría alguien ayudarme a incorporarme del suelo? —pregunté confusa ante tan surrealista escena.

—Yo lo haré, es mi trabajo. —No me lo podía creer, ¿qué hacía aquí el poli guapo de la playa?

—Ay, hija mía, ¡qué susto! He venido a traerte esto. —Mi madre alzó una fiambarrera de berenjenas rellenas de carne picada y bechamel; ella sabía que me encantaban recién horneadas—. Y me he encontrado todo este tinglado rocambolesco, además de a este *ser*. —Señaló a Pedro aún en calzoncillos y con los pezones más empitonados que dos clavos.

—¿Qué ha pasado? —pregunté aturdida mientras el poli guapo me sentaba en el bordillo de la acera.

—La señora Encarna lanzó un cubo de hielo del pescado, con tal mala suerte que se le resbaló de las manos y cayó sobre tu cabeza —me explicó Julio, abrazándome como si no hubiera un mañana—. Creía que te volvía a perder.

—Suéltala, malnacido. *Dejar* a mi niña respirar. —Mi madre le dio un bolsazo a mi ex que lo dejó catatónico.

—Señora, nada de agresiones —le advirtió el policía—. Mercedes, mi compañero le está tomando declaración a la pescadera.

—Oh, no —gemí desolada—, no quiero denunciarla, pobre mujer, ha sido un accidente.

—Merche, flor de loto, menos mal que vuelves a la vida. Nos tienes a todos en un vilo, ¿recuerdas que te pedí matrimonio antes de que este nos interrumpiera? —Señaló, como en una telenovela, a Israel.

—Oye, oye, a mí no me señales con ese dedo de saca-mocos que tienes.

—¿Sacamocos? Eso lo serás tú, mocososo.

—Merche, explícale a este niñato cómo llamas a nuestros polvos. Los llama «pedronchones». Yo soy el amor de su vida, el hombre que va a cuidar de ella en cuanto todos os larguéis de aquí.

—¿Tú? Ni lo pienses, dinamitaré esa relación desde el minuto uno, ¿me oyes? —le amenazó mi madre.

—¿¡Alguien quiere medio bocata de mortadela!? —chilló el taxista levantando su trofeo de pan y fiambre rosa.

—¡Yo! El amor hay que recibirlo con el estómago lleno —dijo Julio con

júbilo.

—*¡Callad todos!* —grité llevándome las manos a la cabeza, me retumbaba todo dentro de ella.

—Chsss, silencio, Merche va a hablar —dijo Pedro.

—Os agradezco a todos que estéis aquí, de verdad, me habéis hecho sentir importante. Incluso me alegro de que Julio —él asintió dándole un mordisco monumental al bocata aceitoso— esté aquí intentando recuperarme después de destrozarme la vida y el corazón hace cinco años.

—En mi defensa diré que me encontraba en un estado de locura transitoria por aquel entonces, y que tu sistema de emparejamiento falla, y mucho, Merchita. Esa mujer me está volviendo loco —comentó Julio sin perder bocado—. Ni en un día se quiere, ni en dos se olvida. Estas últimas semanas, al volverte a ver, me he dado cuenta de que solo tú eres el amor de mi vida. Te quiero y te necesito en ella, ¿qué dices?

—¿Dos días? Cinco malditos años, Julio. Estás más que enterrado en mi vida y me tiene sin cuidado tu estado mental en aquel momento, y si mi sistema ha fallado, te jodes y ahora te comes a tu tetuda con patatas. Me gustaría que abandonararas el programa ahora mismo. Eres el primer nominado y expulsado. Jamás volvería contigo.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

—Me voy, pero tendrás noticias mías.

Los allí presentes empezaron a aplaudir, incluso creí ver a Mercedes Milá junto a la puerta del plató despidiendo a Julio con el bocadillo en la mano.

—¿Y yo, Merche? A mí sí me vas a elegir, ¿verdad? —A Pedro le brillaban los ojos como dos zafiros.

—Respecto a ti, y a ti. —Miré a Israel entonces—. Os quiero a los dos, no puedo elegir a ninguno porque cada uno de vosotros aportáis cosas maravillosas a mi vida. ¿Por qué debería elegir a uno de los dos para sentirme infeliz para el resto de mi vida?

—Porque la vida es eso mismo, Merche, elegir lo que queremos en nuestra vida, y lo más importante, saber lo que no queremos en ella —dijo Israel con tristeza, dejándome sin coartada y sin argumentos. ¿Por qué leches era tan maduro?

—Lo sé, Israel, por eso creo que os debo dejar marchar. No puedo elegir.

—No, Merche, yo no quiero marcharme sin ti. —Pedro estaba verdaderamente afectado.

—Tranquilo, te irá bien. —Intenté consolarlo—. Eres un buen hombre.

—Entonces ¿eres incapaz de escoger? Pretendes que nos marchemos y sigamos nuestros caminos como si aquí no hubiera pasado nada. ¿Es eso lo que quieres decir? —me increpó Pedro al borde del llanto.

—Sí, Pedro, así es. No soy mujer para atar, me he dado cuenta de que la sociedad quiere que tengamos una pareja, pero yo quiero ser libre, amar y ser amada como el sol ama a la tierra, como los pájaros aman el cielo.

—Me voy, Merche, estás desvariando —dijo Israel alejándose de mi lado.

—Dejemos que el destino decida por nosotros —solté, poseída por Rafael Alberti.

—Si tan claro lo tienes, tampoco hago nada aquí. Me voy, no quiero molestarte más, he captado el mensaje. —Pedro parecía abatido por las circunstancias, quizá debería elegirlo, sin duda, había demostrado ser el más sensible y el más sentido en ese momento.

—Puedes quedarte, podríamos dormir juntos como teníamos previsto —habló mi yo más egoísta.

—No, ya no me apetece. Creo que deberíamos hacer eso mismo que dices, dejar que el destino nos una si así lo desea. —Pedro me besó la frente y se marchó en calzoncillos.

—La que has liado, hija mía. —*Loquita* se sentó a mi lado y el policía guapo la acompañó, sentándose al otro lado.

—Lo sé, pero no me arrepiento de nada, mamá. Si te digo la verdad, este último mes he vuelto a ser feliz gracias a esos dos hombres que me han abierto los ojos, ¿acaso no es eso lo suficientemente importante como para no sentirme demasiado mal?

—La felicidad es un estado muy preciado en estos tiempos, no te juzgo, esta vez no.

—Gracias, mamá. He aprendido que mi felicidad solo depende de mí y de nadie más. Y voy a seguir buscándola.

—Pero depílate los bajos.

Se me escapó una carcajada, Paquita era mi madre, pero sobre todo era mi *Loquita*.

—Lo haré.

—Señorita, déjeme decirle que ha sido usted muy valiente.

—¿Yo? —Miré confundida al poli guapo.

—Sí, no debe de ser fácil renunciar a tres hombres que visiblemente la desean tanto. Aceptar con tanta integridad que es usted de sentimiento disperso

y dejarlos marchar para que busquen su propia felicidad.

—Gracias, pero es lo que debía hacer.

—Me ha encantado su exposición.

Ahora lo miré alucinada.

—¿En serio?

—Sí, y por eso mismo me gustaría invitarla a cenar cuando esté usted repuesta de todo esto.

—Pues sería un placer, señor agente.

—Puedes llamarme Mario.

—De acuerdo, Mario. Tú a mí puedes llamarme Merche. —Le hice un juego de pestañas y luego añadí—: ¿Qué te parece mañana?

¿Por qué no? Después de todo, las oportunidades las pintan calvas; y cuando una puerta, o dos, o tres, se cierran, una ventana se abre en otro lugar; y tras una tormenta, siempre llega la calma, o no, qué más da en realidad, si la dicha es buena, y lo había sido, sin duda, si no que se lo pregunten a mi berberecho, que nunca más estaría en barbecho, o a mi aura, que ahora era rojo infernal. El caso es que en el transcurso de aquel proceso curativo aprendí muchas cosas sobre mí misma, pero la más importante fue, que yo, Mercedes Esteban, fundadora y socia mayoritaria de Pinkxel Solutions, iba a seguir sacándole la lengua a la sociedad con orgullo, autoimponiéndome la etiqueta de soltera de pro, porque ¿por qué leches hay que elegir uno solo, cuando el mar está lleno de deliciosos pescaditos? Y a decir verdad, yo era un tiburón, o una «tiburona», y mi aroma a boquerón me delataba.

Epílogo

Un mes más tarde, Bárbara entró en mi despacho taconeando mientras ojeaba *El Informal* de Alicante con gesto preocupado.

—Lee.

Me puso el periodicucho delante de las narices, señalándome con un dedo de perfecta manicura, que yo misma había tenido que costear ante su cansina insistencia de ponerme una demanda por daños y perjuicios morales en el juzgado, un titular.

—¡Pero qué leches! —Mi boca se había quedado abierta como la de una muñeca hinchable.

Volví a leer el artículo con más detenimiento, y Barbi me zarandó un par de veces tras comprobar que me había quedado en modo «autista».

—No entiendo nada. ¿Cuándo han emitido ese programa? —dije al cabo de unos cuantos minutos.

—Ayer por la mañana.

—¿Tú lo has visto?

—No, pero seguro que podemos verlo en diferido en la web de Telehincó.

—Pero ¡qué cabrón!

—Y qué sucio mentiroso —añadió Bárbara tan indignada como yo.

En eso, sonó el teléfono de su mesa y ella se marchó para atenderlo. Julio había ido al programa de Felicia Braga a difamar que yo era una farsante del amor. Y no solo había tenido los santos cojones de destaparme en el programa de *First Dates*, sino que, además, había mentido sobre mí y Pedro, diciendo que éramos unos embusteros, que ni yo era propietaria de una empresa de moquetas, ni él un estirado cardiólogo inglés, además de añadir que le debía una pasta gansa, puesto que Pinkxel Solutions era mucho más rentable de lo que declaraba a Hacienda. Todavía no había conseguido digerir todas aquellas infamias, cuando escuché a Bárbara gritar fuera de sí.

—¡No tenemos nada que alegar! ¡Es una calumnia! Mercedes Esteban no le debe ni un céntimo al capullo de Julio Gil, ¡y mucho menos tiene una cuenta en Suiza! —Colgó de un golpazo el auricular y regresó resoplando por la nariz como un toro.

—¿Y qué piensas hacer?

Me recosté en mi silla y eché la cabeza hacia atrás mirando el techo. Antes de responder, tenía que pensar algo. Algo gordo. Cuando lo tuve claro, hablé a la pobre Bárbara, que estaba a punto de subirse por las paredes.

—Pues pagarle con su misma moneda a ese capullo.

Ante mi respuesta, abrió los ojos a más no poder.

—¿Cómo?

—Ahora lo verás.

Cogí el móvil y marqué el número de Pedro.

—Hola, Pedro... No, hoy no, cariño, no puedo, sabes que tu día es el sábado... ¿Has visto *El Informal* de hoy?... Pues échale un vistazo cuando puedas, estamos en primera plana... Sí, estás muy guapo en la foto... Prepara maletas que nos vamos a Madrid. Ha llegado tu momento, Pedro, vas a triunfar por la puerta grande.

—¿En serio? —me preguntó mi amiga tras cortar la llamada con mi chico de los sábados.

—¿Lo dudabas?, soy Mercedes Esteban, soy una *tiburona* y Julio se va a cagar encima. Consígueme el teléfono de *Dimes y Diretes*, tengo que hablar con ellos, pero ya.

Pues claro que sí, iba a ir al programa de la petarda de Felicia Braga e iba a dejar en calzoncillos a Julio a nivel nacional. Cuantas más vueltas le daba a la idea, más me gustaba, y así, de paso, le daríamos un buen empujón a la carrera de actor de Pedro. Es obvio, por mis palabras, que seguíamos viéndonos, pero solo en concepto de *follamigos*. Él, finalmente, había aceptado que yo no buscaba el amor, solo follar por amor al arte, y a mí me venía de perlas desfogarme a golpe de pedronchones.

El móvil me vibró en la mano con un aviso de WhatsApp. Era Israel. Un par de semanas después de aquella locura de noche, me dejé caer a tomar unas cervezas con mis amigas en La Altramuzza, y de nuevo surgió esa química incombustible entre los dos. Yo no quise negarme; él no pudo negarse y, así pues, había pasado a ser, bajo su total consentimiento, mi chico de los martes.

«¿Cómo está mi coño loco esta mañana?»

Sonreí, joder, Israel y sus polvos acrobáticos me iban a partir la espina dorsal un día de estos. Tenía agujetas en las agujetas después de lo de ayer. Iba a responderle que tenía que comprar Reflux, cuando comenzó a sonar de nuevo con una llamada entrante. Esta vez era Mario, mi poli guapo de los jueves.

—Hola, Merche.

—Hola, guapetón.

—Mañana no puedo quedar, me han cambiado el turno.

—Tranquilo, no pasa nada. Nos vemos la semana que viene entonces.

—Claro, preciosa, hasta luego.

Bárbara irrumpió en mi despacho con una sonrisa triunfante.

—Lo tengo, lo tengo —dijo dejando en mi mesa un *post-it* rosa con un número anotado.

—Eres la mejor.

—Por supuesto, ya lo sabes.

Me entró otro *wasapito* y levanté el dedo para pedirle un segundo y leerlo.

«¿Te parece bien que quedemos en Samoa a las nueve?»

Sonreí como una boba.

—¿De cuál de tus chicos es?

—El de los miércoles: Ferrán.

Barbi puso los ojos en blanco.

—¿Ese es el enfermero cañero, verdad?

Asentí.

—Zorróna, quién te ha visto y quién te ve. ¿Te queda algún día libre?

—Los domingos, pero ya sabes que los domingos hay que descansar, lo dice la Biblia.

—¿Y desde cuándo eres tú tan religiosa? —Se le escapó una carcajada—. Se te va a poner malo el berberecho, Merche.

Asentí con la cabeza y me reí.

—Pero, al menos, que sea de tanto usarlo.

—Pues sí, que no te pase como a la Jurado con el amor. ¡Larga vida al berberecho!

Table of Contents

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Cita
Contenido
Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
Epílogo